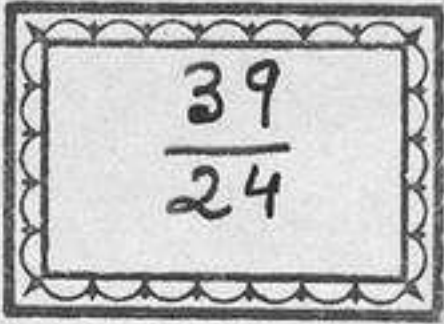




BIBLIOTECA GENERAL.



OBRAS DE JOVELLANOS.



RES 61

29(7)

BIBLIOTECA GENERAL

OBRA DE JOYELLANOS

R. 23.943

OBRAS

DE

DON GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS.

NUEVA EDICION.

TOMO VII.

LOGROÑO.—1847.

IMPRESA DE D. DOMINGO RUIZ,
calle de la plaza frente á portales número 34.

D JWS 787



EXEMPLAR

OPRAS

DE

DON CASPAR MEXICOR DE VILLALBA

NOVA EDICION

TOMO VII

LOGRONO - 1817



IMPRESA DE D. DOMINGO RUIZ

en la plaza frente a portales número 34

1010101010

DE LAS FIGURAS Y SU DIVISION.

Podemos, pues, definir las figuras un modo de espresar los pensamientos, que se desvia en parte ó en un todo del natural y sencillo, y que da fuerza, nobleza y gracia á la oracion.

Divídense estas en tropos y figuras propiamente dichas. Los tropos consisten en el cambio de la significacion propia de la palabra, pasando esta á significar una cosa diferente. Las figuras se subdividen en figuras de palabra, que están en ella de tal modo, que quitada ó cambiada esta desaparece la figura, y en figuras de pensamiento, que consisten absolutamente en él; de forma que aunque se cambien las palabras queda intacta la figura, con tal que el pensamiento se conserve. Trataremos de todas ellas por su orden, ilustrándolas con ejemplos escogidos.

Los tropos principales, y á los que reduciremos otros que son solamente variaciones de estos son cinco, á saber: metáfora, metonimia, sinécdoque, ironía y antonomasia.

Metáfora.

Es la metáfora la espresion de una idea por medio de una palabra ó palabras, cuya significa-

cion propia es indiferente, pero que tiene alguna analogia con la idea que se vá á espresar. Este tropo es de mucha importancia, y acaso de mas uso en la oratoria y poesía que todas las demas figuras. Por lo mismo, y por quanto sus reglas convienen en parte á los demas tropos y figuras, le trataremos con mas estension. Fúndase esencialmente en la semejanza entre dos objetos; envuelve siempre un símil y comparacion, y solo se diferencia de esta en que la comparacion se espresa, y la metáfora es una comparacion oculta, pero que se presenta al instante al ánimo del oyente. Por lo mismo en brillo y magnificencia lleva tanto ó mas ventaja á la comparacion, como esta á la espresion natural. Esta idea, por ejemplo, *ya sale el sol alumbrando montes y valles*, es bella y agradable, aunque espresada en términos propios, pero si se vierte con una comparacion feliz en esta forma:

Ya viene el que parece luminoso
 Rey del dia, los montes y los valles
 alegrando,

se ennoblece la idea, y se le dá un aire de magestad y hermosura; y si omitiendo *el que parece*, que es el que constituye la comparacion, se espresa con la bellísima metáfora:

Ya viene el luminoso rey del dia,
 Los montes y los valles alegrando;

sin duda alguna que es mayor su brillo y magnificencia.

Empléase frecuentemente este tropo, no solo en la oratoria y poesía, sino tambien en los demas estilos, y hasta en el familiar. De él nos valemos casi por necesidad para tratar de las ideas abstractas y cosas espirituales, presentándolas al ánimo del oyente como por medio de los sentidos. A toda composicion da mucha gracia, magestad y belleza, usando de él en los debidos términos, para lo que observaremos las siguientes reglas:

1.a Que la semejanza entre los dos objetos sea tan clara y tan manifiesta, que se presente al instante al entendimiento, pues de lo contrario la metáfora se hace dura, y fatiga el ánimo del que oye ó lee, desagradándole por la misma razon.

En el ejemplo propuesto se vé al instante la conexion que tiene el sol y el buen rey, tanto por su nobleza y magestad, como por sus benéficos influjos.

2.a Que jamás se tome la metáfora de cosas bajas, asquerosas ó poco honestas. Siendo el fin principal de este tropo ennoblecer el objeto de que se trata, mal se podria conseguir tomándole de cosas semejantes. No obstante se observará que la dignidad ó la magnificencia de los objetos de que se toma la metáfora, no esceda sobre manera á la de los que se quieren expresar. El estilo debe siempre acomodarse á la ma-

teria, y las figuras que en él se emplean deben igualmente ser proporcionados á ella en medianía y grandiosidad.

3.a Que se atienda en la conducta de las metáforas á no mezclar jamás el lenguaje figurado con el sencillo, ni construir el periodo de forma que parte de él se haya de entender metafóricamente; y parte literalmente; lo cual produce siempre la confusion mas desagradable. Los efectos, las calidades y demas circunstancias que se aplican en el período al objeto de que se toma la metáfora; deben siempre convenir á aquel de que se trata; pero cuando alguna de estas cosas se puede aplicar solamente á este, se corta el hilo á la figura, y se halla confundido el oyente entre el sentido propio y el figurado.

4.a Que sobre un objeto no se acumulen dos ó mas metáforas diferentes. Esto cansaria sin duda, y desagradaria al ánimo del oyente; pues complaciéndose con descubrir la propiedad y la belleza de la primera, le seria penoso pasar repentinamente á examinar la segunda, por mas perfecta que fuese.

Estas son las principales reglas para la buena construccion de la metáfora, á las que añadiremos estas observaciones: 1.a los objetos de que se tome esta figura, aunque agradarán mas siendo nuevos ó poco triviales, no obstante deberán ser muy desconocidos por no hacer el sentido oscuro, ó del todo impenetrable: 2.a deberán evitarse las metáforas demasiadamente in-

geniosas, que se fundan siempre en un sentido falso, el cual una vez descubierto, dan solamente frialdad y pequeñez al asunto; 3.ª y por fin se cuidará de no prodigar este tropo, sino usar de él con mucho tiento; y no solamente cuando parece que lo exige la narracion ó el discurso.

Cuando se sigue una misma metáfora en un discurso entero, pasa á ser alegoría, que solo se diferencia de aquella en que la metáfora se circunscribe á un periodo, y á la alegoría no se le pone límite. Debe seguirse con la misma exactitud que la metáfora; y ademas en el fin de ella, y tal vez en el principio, se debe indicar el objeto sobre que recae, pues el lector y el oyente le pueden perder de vista por su dilatado curso. Son alegorías los apólogos y fábulas morales, y muy á propósito para cierta especie de poesías, y entran tambien en esta clase los enigmas y proverbios, pero unos y otros son de ningun uso en la poesía y oratoria.

Metonimia.

La *metonimia* consiste en tomar la causa por el efecto, ó el efecto por la causa, el continente por el contenido, ó al contrario; el abstracto por el concreto, ó el concreto por el abstracto; lo moral por lo físico, ó lo físico por lo moral. Comienza por ejemplo, el Taso su Jerusalem: *Canto las armas y el varon piadoso,*

tomando la causa por el efecto, pues lo que canta es lo que obró con su prudencia y con su brazo en aquella famosa expedición. Decimos comunmente *beber un vaso de agua*, tomando el continente por el contenido. A *San Juan Obispo de Constantinopla*, le llamaron *Crisóstomo*, esto es, *pico de oro*, tomando el órgano físico de la elocuencia por ella misma, en donde se acompaña esta figura de una hermosa metáfora, denotando la pureza y sublimidad de su elocuencia por la del oro. Solemos también decir, *esto es la verdad*, tomando el abstracto por el concreto, pues lo que intentemos significar es que esto es cierto y verdadero.

Sinécdoque.

Este tropo tiene mucha afinidad con el anterior, y consiste en emplear la parte por el todo, ó el todo por la parte; el género por la especie ó la especie por el género. Se dice, por ejemplo, de un buen ministro, *es una gran cabeza*, tomando la parte por el todo. Pedimos á Dios pan para cada día, tomando una especie de alimento por el género. Refieren también los retóricos á este tropo el cambio de números, de personas y de tiempos. Para señalar el carácter de las naciones se dice ordinariamente *el español es constante*, *el francés ligero*, *el inglés meditabundo* etc., hablando de todos los individuos de cada nación.

Cuando damos á alguno reprehension ó consejo , cambiamos alguna vez de persona , diciendo : *debemos siempre comportarnos de este ó aquel modo*. Para hacer una descripcion fuerte y animada empleamos muchas veces el presente por el pasado : tal es la de Duchesne de la famosa batalla de Cannas. Dice , pues , hablando de Annibal. «Cae de improviso sobre este cuarto ejército , mas brillante que animoso , le atropella , le despedaza , le devora , y harto ya de sangre y carnicería , grita fatigado á sus soldados : hijos , dad cuartel á los rendidos.»

Estos dos tropos contribuyen mucho á la energía y elegancia de la expresion , y los usamos con frecuencia hasta en el estilo familiar ; pero se debe atender á que estén recibidos por el uso comun. Será buena y elegante esta expresion : *pasaron los ingleses el Sund con veinte velas* ; pero seria intolerable decir *con veinte mástiles* ; siendo asi que en uno y otro caso se toma la parte por el todo. Del mismo modo se puede decir de cierto pueblo : *consta de cien hogares* , y seria expresion ridícula la de *cien cocinas* ; por estar recibida aquella , y no esta , por el uso comun.

Ironía.

La *ironía* es una expresion enteramente contraria á lo que se siente , y se intenta persuadir. Es de mucho uso en todos estilos , mayormente en la elocuencia del púlpito y del foro

para acriminar alguna accion poco digna en un sugeto. A cada paso se nos ofrece esta espression: *vaya, que está V. un buen hombre*. Los predicadores por medio de esta figura pintan con energía la ingratitud de los hombres con el Criador, y Ciceron debe á ella mucha parte de la fuerza de sus invectivas contra Antonio y Catilina.

Antonomasia.

La *antonomasia* emplea un nombre comun en lugar del propio, ó un nombre propio en lugar del comun. En el primer caso se pretende dar á entender que aquella persona ó cosa de que se habla tiene alguna escelencia sobre las que son comprendidas bajo el nombre comun. Estos nombres *apóstol* y *filósofo* son sin duda nombres comunes, y los usamos muchas veces para denotar con el primero á San Pablo, y con el segundo á Aristóteles. En el segundo caso se quiere espresar la gran semejanza que tiene la persona de que se habla con otra cuyo nombre se haya hecho célebre por alguna virtud ó vicio. Para exagerar la elocuencia de algun sugeto decimos comunmente que es un Ciceron, y para notarle de cruel ó voluptuoso, que es un Neron ó un Sardanápalo. Tiene mucho uso este tropo, mayormente en el estilo noble, por la mucha energía que da á la oracion.

Figuras propiamente dichas.

Las figuras, á diferencia de los tropos, dan

vehemencia, nobleza y gracia á la oracion, sin cambiar el sentido de las palabras que emplea el orador. Omitir términos que se pueden fácilmente suplir, emplearlos con superabundancia; la interrogacion, el apóstrofe, la exclamacion, son los ornamentos de esta especie, donde no hay mutacion alguna de sentido en las palabras. Divídense, como ya hemos dicho, en figuras de palabra y figuras de pensamiento. Las de palabra, que consisten en ella de tal modo, que suprimiéndola ó cambiándola desaparece la figura, son las siguientes:

Repeticion.

Esta figura consiste en repetir una ó muchas veces alguna palabra ó expresion, en que principalmente se contiene la pasion del que habla. Esprime con igual energía la indignacion, el furor y la ternura; de suerte que se puede llamar con propiedad el lenguaje de todas las pasiones. Narbal, por ejemplo dice al jóven Telémaco: «¡Feliz el que se vé á punto de alejarse de aqui para siempre! ¡Feliz el que pudiese seguiros hasta las mas desconocidas regiones! Feliz el que pudiese vivir y morir con vos!» No es menos á propósito para probar cualquiera asercion, como se puede ver en Teruliano á favor de la Religion católica.

Derivacion.

Semejante á la figura de que acabamos de

tratar, es la derivacion; y consiste en emplear dos ó mas voces en una misma frase ó periodo; que tengan una misma derivacion. Ciceron dice á César: *Vos habeis vencido la victoria misma.* Corneille en el Cid: *Tu brazo no fué jamás vencido; pero no es invencible.* Se puede llamar figura solamente de ornato; y debe usarse de ella pocas veces, y sin que se eche de ver afectacion.

Sinonimia.

Algunas veces ni se repiten las mismas voces, ni las que son derivadas de un mismo origen, sino que se acumulan muchas diferentes, pero de un mismo sentido, con intento de afirmar con vehemencia alguna cosa. Esta figura se llama sinonimia, y es muy comun en los discursos. Decimos muchas veces: *te aseguro, te protesto que no he hecho tal cosa.* Boileau califica la Eneida de Virgilio de *agradable, dulce, armoniosa.*

Espolicion.

Cuando no son voces sinónimas las que se acumulan, sino pensamientos semejantes en cuanto al sentido, pero diferentes en la manera de espresarle, se usa entonces de la espolicion, que es figura de pensamiento, pero que se pone aqui por su estrecha conoxion con la sinonimia. El uso de esta figura es muy frecuente, y se emplea cuando se quiere desen-

volver un pensamiento para insinuarle mas y mas en el ánimo del oyente. Para los predicadores, abogados y todos los que hablan en público es absolutamente necesaria porque sus palabras, volando como ligeras flechas no dan bastante lugar al oyente para la reflexion y les es preciso reproducir una misma idea bajo diferentes formas, para persuadirla ó hacerla entender suficientemente. De aqui se infiere que es menos necesario su uso para aquellos que escriben solo para ser leidos. No obstante, cuando las cosas que tratan, ó son difíciles de comprender, ó tales que debe acompañar en ellos el sentimiento á la inteligencia, es preciso que insistan y vuelvan sobre las mismas ideas, variando solamente las espresiones. Aunque esta figura es de mucho valor, se puede abusar de ella como de todas las demas, ya sea empleándola en asuntos donde no conviene, como son los de puro razonamiento, ya sea multiplicándola tanto, que se empobrezca la materia á fuerza de abundancia.

Asindeton y polisindeton.

Estas dos figuras contrarias entre sí, consisten la primera en suprimir las conjunciones que deben enlazar varios objetos, cuando se ha de pasar por ellos con rapidez y viveza; y la segunda en multiplicarlas cuando conviene parar la reflexion sobre cada uno de los objetos. Ya

tratamos de ellas con bastante estension en la energía de las sentencias, aunque no como figuras de retórica.

Elipsis y pleonasmos.

Son tambien contrarias la elipsis y el pleonasmos. La primera suprime una voz que es necesaria para la integridad de la frase. Es muy propia en las pasiones tristes, que parece que no permiten al que está agitado de ellas completar su discurso; *¡Ay de mí! ¡Ya que partido tomar en este caso!* Aqui se usa de las elipsis, suprimiendo la voz *puedo* ó *se puede*. La segunda produce el mismo efecto que la polisindeton, que es insistir fuertemente sobre una idea, usando de voces superfluas para la integridad del sentido. Decimos para dar fuerza á la asercion: *yo lo ví por mis propios ojos*.

Hay una especie de elipsis, bellísima por sí, pero que no conviene á pasiones violentas; y es cuando sin prevencion alguna se introduce á hablar una persona de quien se está refiriendo algun suceso. De esta suerte Homero introduce á Héctor, amenazando á sus troyanos. «Héctor entonces, llenando de clamores la ribera, manda á sus soldados que dejen el pillaje y corran á las naves. Porque juro á los dioses que á cualquiera que ose apartarse de mi vista, lavaré yo su vergonzosa codicia con su propia sangre.»

Reticencia.

La reticencia viene á ser otra especie de elipsis, pero de mas alto grado. Por la elipsis se suprime una voz, y por la reticencia se suprime y se indica solamente una proposicion entera. Esta figura puede ser efecto mas de la reflexion y de la prudencia que de la pasion, como se ve en este bello pasaje de Ciceron por Ligario, hablando con César: «Si en la alta fortuna que gozais no tuvieseis vos aquella dulzura á que por naturaleza propendeis, yo os aseguro, y yo me entiendo, que vuestra victoria seria un manantial de sangrientas catástrofes.»

Antítesis.

Hay algunas figuras que consisten en cierto orden simétrico ó en puro juego de palabras, de las cuales, por ser todas estas pueriles, y á propósito solamente para materias jocosas, elegiremos solo la antítesis. Es esta figura una disposicion de los miembros del período, de forma que á un nombre ó verbo del primero, corresponda otro nombre ó verbo del segundo; y será tanto mejor la figura, cuanto haya mayor oposicion entre las palabras que se correspondan. Por ejemplo: *A los voluptuosos se les hace por sus excesos enojosa la vida, y por sus remordimientos terrible la muerte.* Es muy agradable por sí misma por aquel gusto natural que

tenemos de la simetría, pero para que no sea viciosa se deben observar en ellas tres cosas: 1.^a Que caiga siempre sobre palabras de sentido verdadero y sólido, y jamás sobre pensamientos falsos. 2.^a Que se use de ella con sobriedad y discrecion, pues aquellas cosas que causan el placer mas vivo, son precisamente las que mas fastidian con su uso demasiado ó inoportuno. 3.^a Que no se emplee en el estilo elevado ó de movimiento, á no ser que salga tan naturalmente de la cosa misma, que de ningun modo se eche de ver que fué buscada.

Epiteto.

El epiteto es un hombre adjetivo, aplicado á un sustantivo, á quien engrandece ó disminuye, segun la calidad que le confiere. Da mucha gracia, y algunas veces vehemencia á la espresion euando es bien aplicado; de suerte que suprimiéndole pierde la frase mucha parte de su mérito. No obstante, deben usarse con sobriedad, pues acumulados sin medida hacen la oracion abundante mas de palabras que de cosas. Compara graciosamente nuestro Quintiliano un discurso cargado de epitetos á un ejército donde hubiese tantos pajes como soldados, que seria doble en número, pero no en fuerzas. Debe tambien el epiteto, particularmente en la prosa, ser acomodado al sentido de toda la frase, como en esta: *El ambicioso Ale-*

Jandro emprendió la conquista del universo. Se ve bien la íntima relacion que tiene el epíteto *ambicioso*, con el proyecto del dominio universal.

Aposicion.

La aposicion tiene mucha afinidad con el epíteto. Este es un adjetivo, aplicado á un sustantivo, á quien califica, y la aposicion emplea los sustantivos como epítetos. Fr. Luis de Leon califica asi á Saturno en su noche serena:

Rodéase en la cumbre
Saturno, padre de los siglos de oro.

En cuyo pasaje el sustantivo *padre* califica á *Saturno* de bienhechor de la humanidad, como fundador de aquel imperio de la inocencia y felicidad que tanto decantan los poetas. Muchas veces se une esta figura á la metáfora, como en el ejemplo propuesto; pero se usa tambien sin ella, como en este otro; *la retórica ciencia tan importante como deliciosa*, etc. Conviene solamente esta figura al estilo elevado, y seria desagradable en el familiar. Aun la elocuencia y la poesía deben hacer de ella un uso muy sobrio, porque aunque de magestad y elegancia, quita la fluidez al estilo empleada con profusion.

Hipérbaton.

Es muy corto el uso que no sea vicioso de

esta figura en las lenguas vivas , respecto al que hicieron de ella la griega y latina. Consiste en invertir el orden natural de las palabras que componen el período para darle mas armonía y elegancia. Y como las lenguas modernas carecen en los nombres de aquellas diferentes terminaciones que tuvieron las antiguas , no pueden colocarlos tan arbitrariamente como ellas, sin incurrir en la ambigüedad de sentido. No obstante , siempre que este quede bien claro y determinado , se podrá trastornar el orden natural de las palabras , segun convenga á la mayor elegancia y buen sonido de la cláusula.

Hay una especie de hipérbaton muy comun entre nosotros , y aun entre los franceses , ni-
miamente escrupulosos en esta parte , que es comenzar la arenga de una persona que introducimos á hablar en un discurso , antes de prevenirle. Asi Cervantes en su ingenioso Hidalgo. *Desde la memorable aventura de los batanes*, dijo Don Quijote , *nunca he visto á Sancho con tanto temor como ahora ;* donde se ve que el orden natural de las palabras deberia ser : *dijo don Quijote : desde la memorable aventura etc.*

Figuras de pensamiento.

Ya llevamos dicho que las figuras de pensamiento son aquellas que consisten en él de tal modo , que aunque las palabras se cambien , permanece la figura con tal que el pensamiento

se conserve. La parte principal en estas figuras es la espresion de los sentimientos, y por lo mismo comenzaremos por los que con mas viveza los esprimen.

Interrogacion y exclamacion.

La interrogacion, figura de retórica, no es aquella por la cual preguntamos para saber lo que ignoramos, como cuando se dice *¿qué hora es? qué hay de novedades?* La figura de que tratamos es aquella interrogacion que se introduce en el discurso para animarle, para esprimir la indignacion, el dolor, el temor y todos los demas movimientos del alma. Asi en Virgilio, dando cuenta Anquises á su hijo de sus descendientes, que vagan en sombras por los campos Eliseos, le dice: *¿Quién pasará en silencio á los dos Escipiones, rayos de la guerra?*

La exclamacion espresa aun con mas viveza las pasiones, y por lo mismo es mas á propósito para las fuertes conmociones del ánimo. En el mismo pasage, tratando Anquises del jóven Marcelo, esclama: *¡Oh piedad! ¡Oh fé antigua! Oh indomable diestra en las batallas!*

Apóstrofe.

El apóstrofe es tambien una espresion muy viva del sentimiento que ocupa al que habla cuando arrebatado, y como olvidándose de sus

oyentes dirige su discurso á una persona ausente ó á la misma de que trata. En el lugar arriba citado, prosiguiendo Anquises el informe que va haciendo á su hijo, deja á este, y arrebatado endereza su discurso al mismo sugeto de quien le informa. *¡Ah jóven digno de compasion! Si por alguna via logras romper los duros hados, que le amenazan, tú seras Marcelo.*

Hay un uso mas atrevido de esta figura que solo tiene lugar en el mayor fuego de una passion; y es cuando se dirige el discurso á algun ser inanimado, como suponiéndole capaz de inteligencia y sentimiento. Entonces se acompaña esta figura de la personificacion de que vamos á tratar, y por su mucha elevacion se debe emplear solamente en la poesia, y muy rara vez en la prosa. No obstante, Ciceron hace uso de ella en una de sus oraciones por Milon hablando con el Monte Albano, en cuyas inmediaciones fué muerto Clodio. «Yo os imploro y os pongo por testigos, oh sagrado monte Albano, bosques religiosos, y altares albanos, tan antiguos como los del mismo pueblo romano, y asociados á su culto; y vosotros que fuisteis profanados por este insensato con las masas enormes de sus edificios.»

Personificacion.

La personificacion ó prosopopeya, se espresa con tanta ó mas vehemencia que las figuras anteriores las fuertes conmociones del ánimo. Con-

siste en transformar los seres insensibles en personajes animados, atribuyéndoles inteligencia y afectos propios de los hombres. Es muy comun su uso en los violentos accesos de algunas pasiones; y á cada paso se nos ofrece clamar á los cielos á otros seres insensibles que nos rodean, cuando nos vemos sumergidos en una profunda tristeza, ó nos sobreviene alguna desgracia, como suponiéndolos capaces de entender y sentir la pasion que nos agita. Tres son los modos mas generales de esta figura: 1.º Cuando solo referimos de un ser inanimado alguna accion ó afecto propio de los hombres. Asi Plinio el mayor para realzar el valor y la sencillez de los antiguos romanos, dice: «Regocíjase la tierra al verse romper con el arado entretejido de laureles, y por la mano del labrador triunfante.»

2.º Cuando dirigimos nuestro discurso á un ser inanimado, como si este fuese capaz de entendernos y de penetrarse de los afectos de que estamos conmovidos, entonces se une esta figura al apóstrofe, y supone el mas alto grado de conmocion y arrebatamiento del afecto que nos ocupa. La poesía nos ofrece á cada paso hermosos ejemplos de esta figura, ya sea en los afectos dulces, ya en los trágicos. Asi Fr. Luis de Leon, en su Noche serena hablando con el cielo:

Morada de grandeza,
templo de claridad y hermosura,

el alma que á tu alteza
nació , ¿qué desventura
la tiene en esta cárcel baja oscura?

En la prosa se emplea rara vez , como llevamos dicho en la figura anterior , y solo cuando la materia exige la mayor elevacion. Barthelemi en su *Anacarsis* , refiriendo el heróico sacrificio de sus vidas , que los trescientos esparciatas hicieron por la patria en el paso de los Termópilas. «Perdonad , sombras generosas, la debilidad de mis espresiones , yo os ofrezco un homenaje mas digno cuando visite aquella colina en donde rendisteis los últimos suspiros; cuando apoyado sobre uno de vuestros sepulcros bañe con mis lágrimas aquellos lugares teñidos de vuestra generosa sangre.

3. ° Cuando ademas de atribuirles sentimiento se hace hablar á las cosas inanimadas, á los ausentes y á los ^{vivos} muertos. Es de tanta elevacion en este modo , que se necesita , segun Quintiliano , prepararla el camino con un esfuerzo grande de elocuencia , para que no aparezca muy atrevida. La profecía del Tajo de Fr. Luis de Leon nos suministra un hermoso ejemplo de la prosopopeya en este tercer modo desde los versos.

El rio sacó fuera
el pecho , y le habló de esta manera:
en mal punto te goces
injusto forzador etc.

Aunque esta figura es mas propia de los asuntos serios, y del estilo elevado, se usa tambien en materias jocosas y en los apólogos, como el Lutrin de Boileau, y algunas fábulas que contienen diálogos entre seres inanimados.

Hipotiposis.

Hipotiposis es voz griega, que significa imagen ó pintura. Consiste esta figura en una descripcion tan viva de aquello que se refiere, que parece ponerse delante de los ojos mismos. Muéstrase, por decirlo asi, lo que no hace mas que referirse. Dáse en alguna manera el original por la copia, el objeto mismo por la pintura. Contribuye mucho á esta viveza de descripcion el poner siempre el verbo en presente, pues las acciones pasadas parece que se ponen entonces á la vista. La descripcion que el abate Seguí hace de la arribada de San Luis á Africa en el panegírico de este Santo, es un bellissimo ejemplo de la hipotiposis: «Parte, dice, bañado en lágrimas y cubierto de bendiciones de su pueblo: ya gimen las ondas con el peso de su poderosa armada: ya se ofrecen á su vista las costas del Africa; ya se forman en batalla las innumerables tropas de los Sarracenos. Cielo y tierra, sed testigos de los prodigios de su valor. Arrójase con precipitacion á la costa seguido de su armada, que su ejemplo, anima, á pesar de los espantosos gritos del ene-

migo, y rompiendo una nube espesa de dardos que le cubre; avanza hácia los campos donde le llama la victoria: toma tierra, acomete, penetra los espesos batallones de bárbaros, etc.

Amplificación.

Algunas veces se ejecuta esta pintura con solo uno ó pocos rasgos, pero fuertes y expresivos; y otras se ponen á la vista todas aquellas circunstancias que la puedan hacer mas interesante. Esto se llama *amplificación* ó *acumulación*, que no es tanto una figura cuanto el manejo artificioso de varias que hacemos dirigirse á un mismo punto. Si se dice *que una ciudad fué tomada por asalto, arrasada, y pasados á cuchillo sus habitantes*, con pocas palabras se ponen á la vista todos los horrores que acompañan un desastre igual. Pero si se desenvuelve lo que comprenden aquellas palabras, se verán allí llamas que devoran las casas y los templos; la ruina de los edificios que vienen á tierra con horrible frascaso; los gritos diversos de que resulta un ruido confuso y espantoso, huyendo unos sin saber adonde encaminan sus pasos, y abrazando otros estrechamente las personas que mas aman, sin poder separarse de ellas: los alaridos lamentables de mugeres y niños, y los lamentos de los viejos que se quejan al cielo de haberlos reservado para tan desafortunado dia.

La enumeracion de todos los particulares, y la reunion de todas las circunstancias interesantes constituyen esencialmente esta figura, y se le dará mas valor si se emplea en ella el *climax*, que consiste en disponer de tal modo las circunstancias que se refieren, que vaya siempre en aumento su importancia é interés. Asi Ciceron: «Delito es grande encadenar un ciudadano romano; maldad terrible azotarle; casi parricidio matarle: ¿pues qué diremos de ponerle en una cruz?» Donde se ve que esta progresion gradual aumenta en gran manera el último delito. Se debe advertir, sin embargo, que en estos *climax* ó graduaciones se ha de procurar esconder el artificio en cuanto sea posible; pues aunque tienen mucha belleza quitan tambien mucho al calor y sentimiento cuando se echa de ver el estudio.

Hipérbole.

Las pasiones que aumentan ó disminuyen su objeto, segun su interés. La admiracion aumenta, el menosprecio disminuye, del mismo modo las demas. De aqui nace *hipérbole*, que algunos retóricos la dividen por lo mismo en dos: esto es, aumentacion y disminucion, pero realmente es una sola figura, pues sea que el objeto se engrandezca, sea que se disminuya, siempre se exagera. Es de uso muy ordinario, y muchas espresiones hiperbólicas han

pasado ya al lenguaje familiar. Es muy comun la espresion de tan ligero como el viento, tan blanco como la nieve, y otras semejantes. Cuando esta figura tiende á disminuir, se emplea frecuentemente en materias jocosas, y tiene poco lugar en el estilo elevado. Pero en este se emplea felizmente cuando con el juego de la pasion se aumentan los objetos, y se sacan de su natural proporcion. No obstante la prudencia tan recomendada en el uso de las demas figuras, es mas necesaria en el de esta. Las hipérbolos muy frecuentes, ó las desmesuradas y muy extravagantes, hacen lánguida la composicion, y no pocas veces ridícula.

Énfasis.

La voz *énfasis* se toma algunas veces por la pompa y el esplendor del estilo; por aquel gusto de sublimidad y nobleza que reina en el total de las ideas y de las espresiones, y que resulta de la eleccion de pensamientos nobles y de palabras dignas de espresarlos. Pero como figura particular de retórica es la eleccion y colocacion de una frase, en donde da á entender mucho mas de lo que espresa. Asi Mitrídates en Racine al verse repelido de Monima: ¿Es esta Monima? Soy yo Mitrídates? Cuyas enfáticas voces envuelven todo este sentido. «¡Monima me desprecia! Monima, á quien he sacado de la condicion privada para hacerla reina,

y que está enteramente en mi dependencia! Soy yo Mitrídates! Soy aquel cuya severa magestad hace temblar al mundo, y que no obstante sufre tranquilamente la insolencia de una muger!»

Perifrasis.

La *perifrasis*, al contrario de la énfasis, desenvuelve una cosa con un número considerable de palabras. Parece á primera vista que esta figura es mas bien un vicio que una virtud de la locucion. En efecto la circunlocucion, que es lo mismo, es desagradable las mas de las veces por esprimir en muchas palabras lo que se conoce que se podria decir en una sola, huyendo asi de la propiedad de los términos, que es una virtud fundamental en un discurso. No obstante, en muchas ocasiones es útil, y en algunas absolutamente necesaria. Cuando el orador se propone no solamente darse á entender, sino tambien agradar á sus oyentes, lo consigue mejor usando de esta figura, aunque con moderacion, que expresándose en un estilo nímiamente preciso y austero. Pero cuando tiene que tocar un punto desagradable, duro, ó menos honesto, tiene en ella el socorro necesario para espresarse con decencia y placer de los oyentes. Va casi siempre unida á otras figuras, especialmente á la metáfora, y dá á la poesia mucha belleza y esplendor. Asi pinta Homero un amanecer: «Ya la aurora abria con sus dedos de rosa las doradas puertas del oriente.»

Litote.

Esta figura es la espresion de un pensamiento por medio de unas palabras que parece que debilitan, mas cuya fuerza se sabe que han de hacer sentir las ideas accesorias. Se dice menos de lo que se siente por modestia ó por otro respeto, pero se sabe bien que este menos subirá mas de punto que el pensamiento. Es muy comun su uso, y decimos frecuentemente para reprender ó detestar: «yo no puedo alabar tal conducta.» Igualmente para calificar á alguno de discreto solemos decir: «pues fulano no es bobo.» Es el lenguaje de la modestia, é indispensable su uso cuando uno trata de sí mismo; cuando se da consejo á persona que se debe respetar; cuando se representa sobre méritos y servicios, mayormente al trono, adonde uno se propone llevar la verdad, pero donde el respeto no permite emplear espresiones fuertes y atrevidas, y hasta una afirmacion modesta es mejor recibida que una decision cortante.

Pretericion.

La *pretericion* consiste en figurar que se omiten algunas circunstancias ó hechos pertenecientes al asunto, tocándolos ligeramente para insistir sobre uno que se supone ser el principal, y fundar en él todo el peso de un dis-

curso. Acontece muchas veces al orador presentársele varias razones para probar y persuadir alguna cosa; y siéndole embarazoso y expuesto á confusion el desenvolverlas todas, pasa rápidamente por aquellas que le parecen de menos valor, para insistir fuertemente sobre aquella que elige como de mas peso. Consíguese de este modo el presentarlas todas sin embarazo á la reflexion del oyente, á quien suelen herir mas por la misma razon de posponerlas á la que se juzga de mas fuerza, algunas veces se toca solamente una cosa, que aunque es de la mayor fuerza no se halla por conveniente el insistir sobre ella. Asi en Corneille, objetando Flaminio á Laodisea, que habia procedido temerariamente en oponerse á los romanos, y que el valor sin la prudencia es una virtud brutal, responde esta reina: «Mi prudencia jamás estuvo dormida, y sin examinar por qué celoso destino estais tan mal avenidos con la grandeza de alma, paso á haceros ver que mi valor en esta empresa no fué de modo alguno brutal?»

Prolepsis.

La prolepsis es una figura que previene las objeciones que se pueden hacer contra nosotros y que destruyéndolas de antemano, vuelven inútiles en la mano de nuestro adversario las armas con que se prometia destruirnos. Echase de ver al instante la gran importancia

de esta figura por ser máxima general que el golpe prevenido hace siempre menos daño. Los oradores por lo comun, mientras puedan preveer razones contrarias á aquello que afirman ó intentan persuadir, las van proponiendo y refutando, logrando de este modo embotar las armas que les pudieran dañar, ó á lo menos disminuir su efecto. Apenas habrá una oracion ó discurso de los antiguos y modernos que no se pueda proponer por ejemplo de esta figura.

Sentencia y epifonema.

Estas dos figuras consisten ambas en un pensamiento digno de observacion que contiene alguna razon ó máxima de importancia. Diferéncianse en que la epifonema se emplea para terminar la relacion de un hecho, ó la discusion de una proposicion, y de consiguiente debe ceñirse precisamente á su materia, viniendo á ser como sustancia de ella: la sentencia se puede colocar en cualquiera parte del discurso, por máxima general en materia de costumbres. Es muy frecuente el uso de ambas ya en prosa, ya en poesía, y dan mucha elevacion y nobleza al estilo; pero se debe observar que la mucha profusion en las sentencias les hace enervado y poco fluido.

Transicion.

La *transicion* une y traba la diferencia de

materias ó pensamientos que entran en la composicion de un discurso; pero de una manera fina y delicada. Aquel tránsito simple de una materia á otra que se hace con prevencion al auditorio, y habiendo dividido antes el discurso en partes, aunque no siempre es reprehensible, no merece el nombre de figura de retórica. Esta ligacion ha de nacer de la naturaleza de las mismas cosas, entre las cuales se busca alguna afinidad ó relacion por donde se enlazan, llevando insensiblemente al oyente de un objeto á otro, sin hacerle sentir interrupcion alguna. Entonces es cuando la transicion pide arte y delicadeza, y conserva la energía y fluidez del estilo.

De las tres especies de estilo.

Hemos tratado hasta ahora de la perspicuidad y ornamento del estilo en general, réstanos pues examinarle con respecto á la *conveniencia* que debe tener con las materias á que se aplica.

Esta conveniencia debe dirigir siempre al orador, tanto en la alocucion de que ahora tratamos, como en la invencion y disposicion de sus discursos, como veremos despues. Todo lo que acabamos de decir perteneciente al ornamento, si se hace de ello un uso desagradable, si no se pone el mayor cuidado en acomodarlo á la exigencia de las materias: sí se

tratan los objetos grandes en un estilo humilde y dulce, los pequeños magníficamente, y los patéticos con frialdad; si se aplica un estilo alegre á una materia triste, y triste, á la que le pide alegre y adornado, áspero y duro á un discurso suplicatorio, y humilde al que le conviene en un tono amenazante; todos nuestros preceptos, digo, vendrán á ser no solo inútiles, sino tambien nocivos. Aquel solo se debe tener por elocuente que sabe tratar las cosas pequeñas con simplicidad, las grandes con elevacion y movimiento, y las medianas en un estilo mas relevado que el simple, y menos animado y fuerte que el grande.

Esto es lo que propiamente se llama conveniencia en la elocucion; y la atencion á observarla produjo necesariamente los tres géneros de estilo que mas han señalado los retóricos, es á saber: el estilo simple, el adornado ó florido, y el grande ó elevado. Otras varias divisiones hacen algunos del estilo; pero pondremos solo estas tres clases, tanto porque iremos reduciendo á ellas todas las demas, quanto porque estas solas responden visiblemente á los tres deberes de un orador, es á saber: al de instruir, al de agradar, al de conmover. El estilo simple es el mas á propósito para instruir; el adornado para agradar, y el fuerte ó grande para herir y conmover; y aunque á este último pertenece principalmente la victoria en la elocuencia, los otros dos son absolutamente ne-

cesarios: pues nada se puede hacer sin primero instruir, y es un socorro muy importante el agradar para alcanzar la persuasión. Así que el orador verdaderamente digno de este nombre no será aquel que sea solo eminente en uno de los tres géneros, sino el que los reuna todos, y los emplee siguiendo la diferencia de las materias. Este es el único modo de practicar la regla fundamental de un discurso, que es el proporcionar los estilos á la naturaleza de los objetos.

De este modo se consigue tambien la inestimable ventaja de la variedad, tan justamente recomendada á los poetas y oradores. Ni es necesario para alcanzarla un arte muy estudiado, pues dejándose gobernar por la materia de su discurso, ella misma conducirá al orador á aquella alternativa de estilo que exige la infinita variedad de objetos que se le presentan. Solo se necesita dejarse poseer de ellos, y darles el tono correspondiente, y se hallará un discurso vario por la impresion misma de la naturaleza, y sin esfuerzo alguno de parte del orador.

Es tan natural, dice Quintiliano, la division que acabamos de hacer del estilo, que en Homero, el escritor mas antiguo que conocemos, se nota y señala con sus propios caracteres. Describiendo la elocuencia de Menelao, las virtudes de estilo que le atribuye son una brevedad elegante, la propiedad de los términos, y la

precisión ó descarte de palabras supérfluas; y hé aqui las virtudes del género simple. El carácter propio del género adornado es la delicia y la dulzura. Homero pinta este gusto en el estilo de Nestor, de cuya boca, dice el poeta, corria un discurso mas dulce que la miel.» Pero á la elocuencia de Ulises le dá un carácter diferente. «Su boca, dice, derramaba las palabras con la abundancia y la impetuosidad de las nieves que caen en el invierno.» Asi define el tercer género, cuya esencia consiste en la abundancia, la fuerza y el movimiento; y no solamente le define, sino que le aprecia, dándole la superioridad sobre los otros. «Ningun mortal, añade, podia disputar á Ulises la gloria de decir bien.» Vamos ahora á tratar de ellos en particular.

Del estilo simple.

El estilo simple es mas fácil de definir por la exclusion de aquello que no le conviene, que por la esposicion de lo que abraza. No admite ni lo sobresaliente en figuras y construcción, ni lo que se resiente de ornato y esplendor, ni lo que hiere por el vigor de los movimientos, ni lo que se eleva por la grandeza de las ideas. Repugna igualmente los períodos numerosos y las cadencias armoniosas ó estudiadas. Una eleccion de términos propios, una frase neta, corriente y desembarazada de

toda superfluidad, y una elegancia modesta, son los caracteres que le constituyen, y que le proporcionan, tanto á las materias para que es hecho, que son aquellas que no inducen movimiento, quanto á su principal objeto, que es el de instruir.

Admite, no obstante, todas las gracias de la simple naturaleza; pero repugna aquellas que tiran á embellecerla por medio de rasgos brillantes. A un trozo escrito con una amable simplicidad, si se le quisiese adornar con ellos, le sucedería lo que á una estatua de Lisipó, que Neron hizo vestir ricamente; esto es, que la riqueza ofuscaba todas las gracias, y fué necesario despojarla y volverla á su primer estado, para restituirla su mérito.

Como en este género de estilo reina mas que en otro alguno la claridad, asi es mas á propósito para aquellas partes de la oracion que comprenden la simple discusion de los hechos y sus pruebas, para las disertaciones académicas, para los discursos filosóficos; para diálogos, cartas, diarios y demas papeles públicos, y para las obras didácticas de cualquiera especie que sean.

La historia es grande y noble por su objeto, y de consiguiente lo debe ser tambien su estilo. Pero la nobleza no es de modo alguno enemiga de la simplicidad; al contrario, lo que es verdaderamente grande, jamás lo parece tanto como cuando desnuda y simplemente se pre-

senta tal cual ella es. En este estilo escribió Julio César sus comentarios, que son sin duda el mejor modelo de él, y de los que hace Ciceron un gran elogio. En este mismo gusto de simplicidad escribió el abate Fleuri su Historia Eclesiástica; obra muy estimada de todos los buenos conocedores. No obstante, debemos confesar que los mas de los historiadores, asi antiguos como modernos, no se contuvieron dentro de sus límites. Aun el mismo Ciceron abre mas ancho campo al historiador, quien siguiendo su plan puede acompañar su relacion de reflexiones, señalar su juicio, ligar por medio de transiciones las diferentes circunstancias, y adornar su obra con retratos. Pero en esta parte conformándonos con el gusto de nuestro siglo, deberemos seguir un camino medio entre los dos estilos sencillo y adornado. Podemos adornar la narracion con las mejores figuras de retórica cuando el mismo pasage parece que lo exige, pero no derramarlas con profusion; descartando asimismo toda pompa de palabras, toda frase armoniosa y poriódica, y sobre todo aquellas espresiones de movimientos impetuosos y pasiones propiamente oratorias. Las reflexiones pueden ser finas é ingeniosas; pero es preciso que sean fundadas en el mismo discurso, y que no rompan de modo alguno el hilo de la narracion. No son del gusto presente, ni las excelentes, pero largas reflexiones de Polibio entre los griegos, ni la profusion de sentencias de

Tácito y Tito Livio entre los latinos, ni el refinamiento, demasiadas flores y descripciones poéticas de nuestro Solís.

De todo lo que acabamos de decir se concebirá á primera vista, que el estilo sencillo es el mas fácil de alcanzar; pero bien considerado, y segun el juicio de Ciceron, ninguno es mas difícil. En el estilo adornado brillan las flores retóricas, aun cuando falte algunas veces la solidez de los pensamientos que constituye la verdadera hermosura. En el grande y vehemente hay la ventaja de que el propio ímpetu de la pasion conduce naturalmente al orador á aquella sublimidad que tanto encanta á los oyentes, y que les hace perder de vista algunas veces los mayores defectos. Pero en el sencillo no hay socorro alguno que supla las gracias y encubra los descuidos. Abandonado á la misma naturaleza de los pensamientos, tiene que buscar en ellos toda su gala y hermosura. Aun aquel pequeño adorno que se le concede ha de estar tan hermanado con la solidez de los discursos, que parecza nacer precisamente de ella; consistiendo toda su belleza en un aire natural, en una simplicidad fácil, elegante y delicada, y en presentar al espíritu unas imágenes comunes, pero vivas y agradables.

Del estilo florido.

Este género de estilo se llama tambien atem-

perado, porque viene á ser un medio entre el sencillo y el vehemente; mas grande y rico que el primero, y menos fuerte y elevado que el segundo. Pero el nombre de florido es el que propiamente esprime su carácter y su gusto dominante; porque el ornato dirigido á agradar es lo que le constituye y diferencia de los otros. No es decir que se deba desterrar todo ornato del estilo sencillo, y mucho menos del vehemente, sino que en el uno y en el otro debe el orador dispensarle con mucha sobriedad, en lugar que en el florido le puede derramar con abundancia. La utilidad domina particularmente en aquellos, y en este el lujo, el deseo de agradar y de conseguir aplausos. Por esta definición es muy fácil conocer á que naturaleza de objetos, ó á cual género de causas conviene ó no conviene el estilo adornado y florido. En los informes, deliberaciones y demas partes en que el orador tiene un objeto, del cual debe estar enteramente ocupado, no convendrá usar de ornato alguno que no se encamine á ponerle claro y patente. Pero cuando el orador está sin interés particular, y el auditorio nada mas busca que su placer, como en las arengas académicas, en discursos de aperturas de tribunales, escuelas y funciones públicas, en fin, en todos aquellos discursos que no tienen por principal objeto la instruccion, entonces acomodará bien el estilo florido; entonces podrá desplegar todas las riquezas del arte, y ostentar toda su

pompa; entonces podrá emplear los pensamientos ingeniosos, las espresiones brillantes, las colocaciones y figuras agradables, las metáforas atrevidas, el orden numeroso y periódico; en una palabra, todo aquello que tiene el arte de mas brillante y magnífico. A nada aspira entonces mas que á agradar, y todo cuanto á esto se dirige llenará su objeto.

Pero esta libertad de ornato no carece de límites ó de medida. Ella está sujeta á la inflexible ley de la verdad, que jamás sufre excepcion alguna. Asi que no se da lugar aun en el estilo de que hablamos, ni á los pensamientos falsos, ni á las hipérboles desmesuradas, ni á aquellas antitesis en que la exactitud se sacrifica al brillo, ni á los adornos que jueguen solamente sobre palabras, y que desaparecen cuando se intenta pasarlos á otra lengua.

Los pensamientos demasiados finos, aunque sean fundados sobre la verdad, tambien es necesario sembrarlos con discrecion. Un discurso lleno de ellos fatigaria al espíritu del oyente, y disgustaria tambien por su uniformidad. Quanto mas viva y uniformemente hieren las cosas en nuestra imaginacion, tanto mas pronto nos cansan y fastidian, como dice Ciceron en su Orador.

Del estilo vehemente.

Este género de estilo encierra dos, que se confunden muy ordinariamente, es á saber: el

patético y el sublime. Es cierto que tienen alguna cosa de comun, esto es, un carácter de elevacion que hiera el espíritu del oyente ó del lector, le eleva y le transporta. No obstante se distinguen los dos por su naturaleza y por sus efectos. El patético, á quien se le puede dar nombre de estilo ardiente, apasionado y vehemente, esprime y escita la pasion, bien sea de amor, odio, ternura, indignacion ó furor. La propiedad del sublime es de escitar solamente la admiracion y el asombro. Las lecciones de Job son los mejores modelos del patético, por la vivísima espresion de la amargura en que se hallaba sumergido aquel patriarca; y los Salmos de David están sembrados de trozos del verdadero sublime. Y pues hay una distincion real entre los dos, los trataremos separadamente.

Del patético.

Quintiliano caracteriza con mucho acierto y energía el estilo vehemente y patético, cuando despues de haber comparado el estilo adornado á un gran rio que corre magestuosamente entre dos riberas adornadas de verdes florestas, designa á este de que ahora tratamos, por un impetuoso torrente que arrebatara las piedras que encuentra al paso; que indignado de verse detenido ó embarazado por algun puente, le trastorna con violencia, y que no sufriendo los límites de su lecho, se derrama por todas par-

tes con impetuosidad. Un estilo, dice, cuya vehemencia imite la de este torrente, arrastrará los ánimos del auditorio, y los revestirá de aquel afecto que pretende escitar. Como tiene por objeto el mover las pasiones, se vale para ello de aquel mismo fuego que agita al orador, y viene á ser el lenguaje de un hombre, cuya imaginacion está recalentada, y fuertemente penetrada de lo que dice ó escribe.

De esta comparacion se deduce, que el carácter propio del estilo patético es la energía y fogosidad. Ama la sencillez de las espresiones, y no admite aquellas figuras que solo sirven para el ornato de la locucion. El buen orador no emplea en este estilo ninguna ostentacion ni estudio, antes bien mostrando cierto desaliño, cierto desórden, cierta perturbacion, nos dice que está vehementemente poseido del entusiasmo de aquella pasion que esprime. Debe estarlo en efecto, pues mal podrá herir á sus oyentes, sin estar el herido de antemano. Para conseguirlo es necesario que penetre profundamente el asunto que trata, que se convenza plenamente de su objeto, que sienta toda su verdad é importancia, que se grabe fuertemente la imágen de las cosas que quiera emplear para mover á sus oyentes, y que las pinte con tanta naturalidad como energía. Los discursos fuertes y vehemente siempre son preferidos por hombres apasionados. El ingenio ni el arte en esta ocasion no pueden suplir el senti-

miento, porque el que no ha probado una pasión ignora su idioma, y solo muy imperfectamente se le puede enseñar el arte. Las pasiones deben ser miradas como la semilla productiva de los grandes pensamientos: ellas son las que mantienen una perpetua fermentación en nuestras ideas, y fecundan en la imaginación las que serían estériles en una alma tibia. Las pasiones, en fin, siempre serán el alma del discurso elocuente, pues le dan la fuerza que necesita para arrebatarlo todo.

Aunque parece que las pasiones deben reinar por intervalos en aquellos trozos de la composición en que es menester mover y persuadir, sin embargo el lugar mas propio de su imperio es el epílogo ó peroración. Aquí es donde se deben reunir como en un foco todos los rayos de un discurso para tomar mayor actividad. Aquí es donde el hombre elocuente, para acabar de subyugar los ánimos y arrancarles sus últimos sentimientos, emplea tumultuariamente, según la importancia y naturaleza de las cosas, ya lo mas tierno, ya lo mas fuerte de la elocuencia.

Los objetos de las pasiones en la oratoria deben ser siempre cosas grandes, y en que resplandezca la justicia, la bondad y la conmiseración: unas son grandes por su naturaleza, como las divinas, las celestes, el bien de la humanidad, la salud de la patria, la vida del ciudadano, el triunfo de la virtud, la defensa de la justicia, etc. Otras son grandes por con-

vención humana, como el honor, la reputación, la dignidad, la riqueza, la prosperidad etc. En todas ellas serán las pasiones excelentes cuando se nos hace esperar lo que debe ser verdadero y digno objeto de nuestras esperanzas, temer los males que nos amenazan, aborrecer las acciones que la virtud y la religión condenan, amar la verdad y la justicia, detestar la iniquidad y la imprudencia, desear el honor y la felicidad, y compadecer la inocencia oprimida. Espresándose, pues, el orador con naturalidad y conveniencia á cada una de ellas, conseguirá todo el efecto que pretende, pues la verdadera elocuencia no es otra cosa que la efusion de una alma sencilla, sensible, y juntamente grande.

Del sublime.

Lo sublime en todas las cosas es lo que hace en nosotros la impresion mas fuerte, por razon de que siempre envuelve un sentimiento profundo de admiracion ó respeto, nacido de la grandeza ó terribilidad de los objetos por sus circunstancias ó caracteres. Como el efecto de esta impresion proviene á veces de dos cosas diferentes, podemos distinguir dos especies de sublime; la una de imágen, y la otra de sentimiento. A la primera pertenecen aquellas sensaciones profundas de una admiracion ó estupor secreto causado por la grandeza de las co-

sas. Asi lo veremos en la naturaleza, donde los objetos que escitan sensaciones mas fuertes son siempre la inmensidad de los cielos, la prodigiosa estension de los mares, las erupciones de los volcanes, los estremecimientos de la tierra, y la furia de las tempestades.

Algunos fueron de parecer que la sublimidad en los objetos estaba ceñida precisamente al espacio; esto es, á aquella inmensidad que se concibe en su prodigiosa estension ó profundidad; pero no debemos ser de su opinion, porque hay muchos objetos que aparecen sublimes, sin que tengan relacion alguna al espacio. Si un altísimo monte, ó una desmesurada torre nos presenta una idea sublime, no lo será menos la que nos imprime el hórrido bramido de los vientos, ó el temeroso estallido de un trueno ó cañon. Si una llanura interminable á la vista, ó la prodigiosa estension del Océano, son objetos verdaderamente sublimes, lo son del mismo modo la rapidez de un relámpago, y la voracidad de un incendio. Son tambien objetos grandes y sublimes el espantoso ruido que forman las aguas despeñadas de una grande altura; una oscuridad muy densa, el profundo silencio de una selva ó campaña solitaria, el magestuoso sonido de una gran campana, mayormente en medio del silencio ó calma de la noche, y en general lo son muchas escenas nocturnas, sin que todas estas cosas, y otras muchas que se pueden proponer, tengan

relacion alguna con el espacio. Finalmente, no hay ideas tan sublimes como las que se toman del Ser Supremo, el mas desconocido, pero el mas grande de todos los objetos; cuya infinita naturaleza y eterna duracion, juntas con su omnipotencia, aunque sobrepujan mucho nuestras ideas, las exaltan sobremanera.

El sublime de sentimiento tiene por objeto las grandes acciones de nuestros semejantes, que producen en nosotros el mismo efecto que la vista de los objetos grandes de la naturaleza, llenando el ánimo de admiracion, y elevándolo sobre sí mismo. Sentimos esta conmocion siempre que en una situacion crítica vemos á un hombre singularmente intrépido, y que se confia á sí mismo, superior á la pasion y al miedo, y animado por algun gran principio al desprecio de las opiniones populares, del interés personal, de los peligros y de la muerte. Las virtudes heróicas son la fuente mas copiosa y natural de la sublimidad moral, ó del sentimiento. Sin embargo, hay ocasiones en que teniendo poco lugar, ó manifestándose muy poco la virtud, con tal que se descubra en ellas una fuerza y vigor extraordinario del ánimo, no dejamos de sentir cierta grandeza en el carácter, y no podemos dejar de admirar á un conquistador brillante, ó á un osado conspirador, aunque estemos bien lejos de aprobarlo.

Siendo una misma la conmocion que nos producen las dos especies de sublime: esto es, un

asombro ó elevacion de ánimo sobre sí mismo, parece que debe haber, y podremos hallar una causa fundamental comun á las dos. En efecto, algunos juzgaron que la amplitud ó grande extension junta con la sencillez, era la calidad fundamental de todo lo sublime, pero ya hemos visto que la amplitud está limitada á cierta especie de objetos sublimes, y que no puede aplicarse sin violencia á todos los demas. Cierta autor opina que el terror es la fuente del sublime, y que ningun objeto tiene este carácter, sino el que nos hace impresion de terror y de pena. Tampoco podemos asentir á esta opinion, pues aunque hay objetos terribles que son muy sublimes, hay otros que causando mucho terror, nada tienen de sublimidad, como la amputacion de un miembro, y la mordedura de una serpiente; y hay tambien otros que son sublimes, sin que produzcan terror alguno, como el magnífico prospecto de unas grandes llanuras, y las disposiciones ó sentimientos morales que miramos con la mayor admiracion. Con mas fundamento podremos juzgar que la fuerza y el poder son la calidad fundamental del sublime. Bien examinado todo, ningun objeto hay que lo sea, en cuya idea no entren directamente el mucho poder y fuerza, ó que á lo menos no estén íntimamente ligados con ella, guiando nuestros pensamientos á algun poder superior que intervenga en la produccion del objeto. Aquella comparacion que

involuntariamente hacemos de este poder en el hecho mismo de observarle con nuestra debilidad, produce inmediatamente el asombro. Pero dejando esto solamente en el grado de verosímil, vamos á averiguar el estilo que corresponde al sublime.

Suponiendo que el orador ó poeta, debe estar bien penetrado del objeto que va á describir, es necesario que procure presentarle en el aspecto mas propio para darnos de él una impresión clara y llena. Para esto deberá describirle con sencillez, concision y fuerza. La sencillez ó exclusion de aquellos atavíos artificiales de la retórica, que solo tienen lugar en el estilo florido, conviene á este aun mas que al patético. Quanto mas adornado y hermoso se presente el objeto, tanto menos tendrá de sublime, aun cuando por su naturaleza lo sea en alto grado. Lo propio sucede si en su descripcion hay redundancia ó superfluidad en las espresiones. La conmocion causada en el ánimo por algun objeto grande ó noble le dá un tono mas elevado, y le comunica una especie de entusiasmo muy agradable mientras dura; que por instantes viene esta á caer en su situacion ordinaria; y cuando un autor nos ha puesto en este estado, ó nos quiere poner en él, si multiplica las palabras sin necesidad; si enriquece con adornos brillantes el objeto sublime que nos presenta; si prodiga las decoraciones, y con ellas oculta la imágen principal, en el

momento altera la clave, relaja la tension del ánimo, y enerva la fuerza del sentimiento; de forma que podrá quedar lo bello, pero desaparecerá por grados el sublime. Cuando César dice al piloto que temia hacerse con él á la mar en una tormenta: «Qué temes? llevas á César» nos conmueve la osada magnanimidad de uno que reposa con tanta confianza en su casa y su fortuna; pero Lucano, tratando de amplificar y adornar el pensamiento, le va demandando mas y mas del sublime, hasta que al cabo viene á parar en una hinchada declamacion.

César que siempre armó la confianza
 Contra amenazas últimas del hado,
 Mi naufragio, *responde*, es la tardanza.
 Largas velas en contra el golfo airado,
 Combate su altivez, sus fuerzas doma,
 Y si te niegan puerto, en mí le toma.

La fuerza de la descripcion nace en gran parte de la concision sencilla; pero requiere tambien una eleccion de circunstancias tales, que muestren el objeto en el mejor punto de vista. Cada objeto tiene diversos aspectos, por los cuales se nos puede presentar segun las circunstancias que le acompañan; y aparecerá mas ó menos sublime, segun estén mas ó menos bien escogidas estas circunstancias. Si la descripcion es demasiado general, y está desnuda de circunstancias, el objeto aunque grande, apare-

cerá bajo una luz desmayada , y hará en el lector una impresion muy débil , ó no le hará ninguna. Lo mismo sucederá si se le mezclan algunas circunstancias impropias , triviales , bajas y ridículas. Una tempestad es sin duda un objeto sublime en la naturaleza , pero las propias y grandes circunstancias que Virgilio felicisimamente le acomoda , le presentan al ánimo en un grado muy alto de elevacion.

El mismo Padre celestial cercado
De tempestad y noche tenebrosa,
Rayos fulmina con la diestra armado.

Hemos considerado ya el estilo segun sus tres principales especies , en las cuales se refunden todas las demas que señalan los retóricos , y que recorreremos brevemente , por ser de poca importancia estas subdivisiones. La primera es en estilo conciso y difuso : aquel se ciñe á las expresiones absolutamente necesarias , presentando el objeto bajo un solo punto de vista ; y este desenvuelve completamente el pensamiento presentándole bajo de diferentes aspectos , para su mayor inteligencia. Señalan despues el nervioso y el débil : este coincide casi siempre con el difuso , y aquel con el conciso ; pues la redundancia en la espresion pocas veces deja de debilitarla , como la precision de darla fuerza y energia. Finalmente , desde el árido , que es el que escluye todo ornato de cualquiera clase que sea , ponen el llano , el limpio y el elegante,

que van por grados admitiendo el adorno hasta llegar al florido , que es el que emplea toda la pompa y flores de la retórica.

De todos los géneros de estilo que hemos tratado no es fácil , ni aun necesario , determinar cual sea el mejor. Es cierto que hay calidades generales de tal importancia que se deben tener siempre presentes en cualquiera especie de composicion , y que se debe procurar evitar siempre ciertos defectos. Un estilo pomposo , por ejemplo , un estilo débil , árido , oscuro ó afectado son siempre defectuosos , ó la claridad , fuerza , limpieza y sencillez son bellezas á que debemos siempre aspirar. Pero en cuanto á la mezcla de estas buenas calidades ó al grado en que debe prevalecer cada una de ellas para formar nuestra manera particular y característica , no pueden darse reglas precisas , ni se puede señalar ningun autor por modelo. Daremos , sí , algunas reglas en cuanto al método propio de conseguir un buen estilo en general , dejando al asunto sobre que se compone y al impulso peculiar del genio del compositor la formacion del carácter particular del estilo.

La primera es procurar adquirir ideas claras acerca del asunto sobre el cual hemos de hablar ó escribir. El estilo y los pensamientos de un autor están enlazados tan íntimamente , que es por lo comun difícil distinguirlos. Siempre que la impresion que hacen las cosas sobre el

ánimo es débil é indistinta, ó embarazosa y confusa, nuestro estilo lo será igualmente tratando de estas cosas mismas; al paso que naturalmente espresamos con claridad y con fuerza lo que concebimos y sentimos clara y fuertemente.

En segundo lugar para formar un buen estilo es indispensable la práctica de componer frecuentemente. Hemos observado muchas reglas para el estilo, pero todas ellas serán inútiles sin un ejercicio habitual, ni basta tampoco para adquirir un buen estilo el componer de cualquiera manera. Está tan lejos de ser esto así, que adquirimos sin duda un estilo malísimo por componer mucho, de priesa y sin cuidado; y para olvidar defectos y corregir negligencias hallamos despues mas dificultad que si no hubiéramos tenido práctica alguna. Por tanto se ha de cuidar á los principios de escribir con lentitud y esmero; pues la facilidad y soltura han de ser obra del tiempo y de la práctica.

No obstante es preciso observar que puede haber un extremo en punto al nimio cuidado y afan por las palabras. La demasiada atencion á cada una de ellas puede cortar algunas veces el hilo de las ideas, y resfriar el calor de la imaginacion. Será pues conveniente dejar para la lima aquella última perfeccion ó pulimento que se debe dar á la composicion, pero que tiene poca conexion con el calor que debe animarla.

En tercer lugar, es de la mayor importancia el familiarizarnos bien con el estilo de los

mejores autores. Esto se requiere tanto para formarnos un buen gusto en punto de estilo, cuanto para adquirir un rico caudal de palabras sobre cualquier asunto. Para sacar el mayor fruto de este ejercicio, será conveniente este método: traducir en nuestras propias palabras alguna página de un autor clásico, habiéndola leído antes dos ó tres veces; comparar despues lo que hemos escrito con el estilo del autor, y observar por la comparacion y corregir los defectos en que hayamos incurrido.

En cuarto lugar, es preciso precavernos al mismo tiempo de la imitacion servil de un autor cualquiera que sea. Esto es siempre dañoso, porque embota el genio y fácilmente hace resbalar en una manera dura; y los que se dan á una imitacion rigurosa, del mismo modo imitan los defectos del autor que las bellezas. Ninguno será buen escritor ú orador sin seguir con alguna confianza su genio. Debemos guardarnos en particular de adoptar ciertas frases de un autor, y de copiar pasajes suyos. Mucho mejor será que nuestras composiciones sean de nuestro propio caudal, aunque no sean sobresalientes, que no que brillen con adornos prestados, que cuando mas servirán para poner en claro la total falta de genio.

La quinta regla, tan importante como obvia, es que cuidemos siempre de acomodar el estilo al asunto, y aun á la capacidad de los oyentes, si componemos para hablar al público.

No merece nombre de elocuencia ó bello lo que no es para la ocasion y personas á quienes se habla, y es el mayor absurdo tratar de decir alguna cosa en estilo florido y poético en ocasiones en que se debe tratar solamente de argüir y racionar; ó hablar con pompa y aparato de espresiones delante de gentes que no son capaces de comprenderlas. Estos defectos no son tanto de estilo, quanto, lo que es peor, de sentido comun. Cuando tratamos de escribir ó hablar debemos formarnos de antemano el fin á que aspiramos; conservar siempre á la vista esta idea, y adaptar á ella el estilo. Si á tan importante fin no sacrificamos todos los adornos intempestivos que pueden presentarse á nuestra fantasía, no merecemos disimulo alguno: y aunque nos captemos la admiracion de los niños y los tontos, daremos que reir con nuestro estilo á los hombres de juicio.

De la elocuencia.

Concluida la parte perteneciente al lenguaje y estilo, vamos á examinar las materias en que aquel se emplea. Comenzaremos por lo que se llama propiamente elocuencia ó locucion pública. Para esto hemos de considerar los varios géneros de materias de locucion pública, la manera correspondiente á cada una, la buena distribucion y desempeño de todas las partes de un discurso, y su recitacion ó pronunciaçion pro-

pia. Pero antes de entrar en ninguno de estos capítulos, será bien dar algunas nociones de la naturaleza de la elocuencia en general. La definición mejor que se puede dar de la elocuencia es el arte de hablar de manera que se consiga el fin para que se habla. Siempre que un hombre habla ó escribe, se supone, como que es racional, que aspira á algun fin, sea á instruir, á entretener, á persuadir, ó á influir de un modo ó de otro sobre sus semejantes. Aquel que habla ó escribe de manera que con mayor acierto acomoda á este fin las palabras, es el hombre mas elocuente. La elocuencia tiene lugar en cualquiera materia, en la historia, y en la filosofía, como en las oraciones.

La definición que hemos dado de la elocuencia comprende todos sus diversos géneros; ora se emplee para instruir, ora para persuadir, ó agradar. Pero como el objeto mas importante del discurso es la accion ó la conducta, por eso el poder de la elocuencia se ve principalmente cuando se emplea para influir en la conducta, ó para persuadir á la accion. Siendo este fin el principal objeto del arte, la elocuencia bajo este punto de vista, se puede definir *el arte de la persuasion*.

Establecido esto, se siguen inmediatamente ciertas consecuencias que señalan las máximas fundamentales del arte. De aqui se infiere claramente que para persuadir, los requisitos mas esenciales son argumentos sólidos, método cla-

ro, y un carácter de probidad reconocida en el orador, junto con las gracias del estilo y de la espresion, que esciten nuestra atencion á lo que dice. El buen sentido es el fundamento de todo. Ningun hombre sin él puede ser verdaderamente elocuente, pues los locos solo pueden persuadir á otros locos. Para persuadir á un hombre que está en su juicio, es preciso convencerle; y esto solo se puede conseguir dándole á entender que es muy útil lo que se le propone. Esto nos hace observar, que convencer y persuadir, aunque algunas veces se confunden, son sin embargo cosas diferentes; lo que debemos distinguir desde luego para no confundirlas en adelante.

La conviccion es relativa solamente al entendimiento, la persuasion á la voluntad y á la práctica. Oficio es del filósofo convencer de la verdad; oficio es del orador persuadir á obrar conforme á ella, inclinándome á su partido, y empeñándome en él. La conviccion no va siempre acompañada de la persuasion. Ellas debieran á la verdad ir juntas, é irian tambien si nuestra inclinacion siguiese constantemente el dictámen de nuestro entendimiento. Pero sucediendo muchas veces lo contrario, puedo yo estar convencido de que la virtud, la justicia, y el patriotismo son laudables y no estar al mismo tiempo persuadido á obrar conforme á ellas. La inclinacion puede oponerse, aunque esté satisfecho el entendimiento; y las pasio-

nes pueden prevalecer contra el juicio.

No obstante, la convicción facilita siempre la inclinación del corazón, y el orador debe desde luego poner su mira en ganarle, porque la persuasión no puede regularmente ser durable, si no va cimentada en la convicción. Pero para persuadir debe el orador hacer mas que convencer, porque necesita considerar al hombre como una criatura movida por muchos y diferentes resortes, que debe poner en ejercicio. Es preciso que se dirija á las pasiones; es preciso que pinte á la imaginación y toque al corazón. Por tanto en la idea de la elocuencia; además de argumentos sólidos y método claro, entran todas las artes de conciliar é interesar.

Hechas previamente estas reflexiones acerca de la naturaleza de la elocuencia en general, pasamos á considerar los diferentes géneros de locución pública, el carácter distintivo de cada uno, y las reglas concernientes á ellos.

Los antiguos dividieron todas las oraciones en tres géneros á saber: el demostrativo, el deliberativo y el judicial. El fin del demostrativo es la alabanza ó vituperio; el deliberativo persuadir ó disuadir, y el del judicial acusar ó defender. Las principales materias de la elocuencia demostrativa fueron los panegíricos, las invectivas, y las oraciones gratulatorias y fúnebres. El género deliberativo se empleaba en las materias de interés público, ventiladas en el senado ó en las juntas populares. El judicial es

el mismo que la elocuencia del foro, empleada en hablar á los jueces que tenían poder de absolver ó condenar. Esta division, abrazada por los modernos, es bastante exacta, pues comprende casi todas las materias de los discursos hechos en público. No obstante nos parece mas conveniente seguir la division que naturalmente nos indica el estado de la elocuencia moderna en las tres grandes escenas, á saber: juntas populares, foro y púlpito; pues cada una de estas tiene un carácter distinto, que peculiarmente le pertenece. Esta division coincide en parte con la antigua. La elocuencia del foro es precisamente la que los antiguos llamaban judicial. La elocuencia de las juntas populares, aunque por la mayor parte es de aquella especie que los antiguos llamaron deliberativa, admite tambien el género demostrativo. La elocuencia del púlpito es de naturaleza enteramente distinta, y no se puede reducir con propiedad á ninguna de las especies que imaginaron los antiguos retóricos.

A todos tres, púlpito, foro, y juntas populares son comunes las reglas concernientes á la conducta de un discurso en todas sus partes, de las cuales trataremos despues. Pero primero veremos lo que sea peculiar de cada una de ellas en su espíritu, carácter y manera, de lo cual es esencialísimo formar una idea exacta para dirigir la aplicacion de las reglas generales.

Comenzaremos por el género que derrama mas

luz sobre los demas, conviene á saber, la elocuencia de las juntas populares. Teatro de este género de elocuencia es toda junta; y do quiera que se congregue cierto número de hombres para debates ó consultas puede tener lugar esta elocuencia, aunque en formas diferentes. Su objeto es ó debe ser siempre la persuasion. Debe proponerse algun fin, algun puoto por lo regular de utilidad comun, y determinar en su favor á los oyentes. Pero en su conducta debe caminar sobre el principio de que para persuadir á un hombre es necesario convencer su entendimiento. Seria gran error imaginar que por admitir la elocuencia popular mas que otros el estilo declamatorio, no tenga necesidad de apoyarse en razonamientos sólidos; los que se gobernasen por esta falsa idea, podrian acaso parecer mas elocuentes, pero no producirian efecto alguno.

Cualesquiera que sean los oyentes, debe juzgar el orador que no les hará impresion alguna con arengas linchadas y pomposas, sin buen sentido y pruebas sólidas. Aun el pueblo juzga de la solidez de las pruebas mejor de lo que muchas veces pensamos; y sobre cualquiera cuestion interesante un rústico que hable al caso sin arte, prevalecerá generalmente sobre el mas diestro orador que haga mas ostentacion de flores y paramentos que de razones. «Póngase cuidado en las palabras, y mucho esmero en las cosas.» dice Quintiliano.

Es tambien regla fundamental para persuadir con eficacia en las juntas populares, la de que estemos persuadidos de lo que intentamos recomendar á otros. Siempre que se pueda debemos ceñirnos á aquella parte de la prueba que nos parezca mas justa y verdadera. Nunca será elocuente un orador, sino cuando está apasionado, y mal podrá estarlo de aquello á que no está íntimamente persuadido.

Ya llevamos dicho que la elocuencia sublime debe nacer siempre de la pasion ó emocion ardiente. Esto es lo que hace persuasivos á los hombres, y lo que dá á su genio una fuerza desconocida en cualquier otra ocasion. Pero ¿qué desventaja no lleva para eso el que no sintiendo lo que dice, se ve precisado á fingir un calor que le es extraño?

Los debates en estas juntas raras veces dan lugar al orador á que de antemano componga y perfeccione su discurso, como lo permite siempre el púlpito, y algunas veces el foro. Las pruebas se deben conformar al tono que toma la disputa; y como ninguno puede preveerlo exactamente, al que se fie en un discurso estudiado, compuesto en su gabinete, le sucederá muchas veces que son ineficaces ó fuera de propósito sus racionios, por el nuevo rumbo que tomaron los negocios. Por esta razon nunca será demasiada la preparacion con respecto á la materia hasta que el orador se haga enteramente dueño del asunto que ha de tratar.

Y por cuanto en estas oraciones repentinas hay el riesgo de contraer el hábito de hablar de una manera floja é indigesta , será conveniente que los principiantes las eviten en cuanto sea posible, hasta que adquirieran aquella firmeza , aquella presteza de ánimo y posesion del buen lenguaje , que únicamente pueden dar el hábito y la práctica de recitar discursos compuestos.

Despues que esto se haya adquirido , irán saliendo de estos límites escribiendo de antemano aquellas sentencias de que piensan valerse para ponerse en el buen camino , y apuntando unas breves notas de los tópicos ó pensamientos principales en que han de insistir ; dejando que el calor del discurso les sugiera la correspondiente locucion. Por este método se acostumbrarán á algun grado de exactitud , á pensar mas de cerca en la materia en cuestion , y á coordinar metódicamente sus pensamientos.

Lo mas importante en toda locucion pública es ciertamente el método propio y claro ; no aquel método formal de capítulos y subdivisiones que comunmente se practica en el púlpito, pues este disgustaria á los oyentes, como que semejantes introducciones presentan siempre el aspecto melancólico de uu discurso largo. Pero aquel método que consiste en coordinar de antemano los pensamientos y colocarlo todo en su propio lugar , es lo que mas contribuye á la claridad y fuerza del discurso , ayudando al mismo tiempo á la memoria del orador , y guián-

dola en todo él sin estar espuesto á aquella confusión que padece á cada paso el que no se forma un plan distinto de lo que ha de decir. El estilo que corresponde á la elocuencia de las juntas populares debe ser sin duda el mas animado. La vista de una concurrencia numerosa, empeñada en debates de importancia, y atenta toda al discurso de un hombre solo, es capaz de inspirar al orador tal calor y elevacion que le sugieran las espresiones mas fuertes y mas propias. Aqui tienen su propio lugar aquellas valientes figuras de que hemos hablado, como lenguaje espontáneo de la pasion: aquel ardor de locucion, aquella vehemencia de sentimiento que nacen de un ánimo agitado é inflamado por algun objeto grande y público, forman el carácter propio de la elocuencia popular en su mayor perfeccion.

No obstante, esta libertad que vamos dando á esta manera fuerte y apasionada, se debe entender con algunas limitaciones. En primer lugar, el calor que manifestamos debe ser proporcionado á la ocasion y á la materia. No puede haber cosa mas intempestiva que hablar con vehemencia en un asunto de poca importancia, y que por su naturaleza requiere ser tratado con flemma; y el que en cualquiera ocasion se muestra apasionado y vehemente, será tenido por un importuno declamador.

En segundo lugar, debemos guardarnos de fingir un calor que no sentimos. Es muy difícil,

como ya dijimos , aparentar una pasion de que no estamos revestidos ; y nunca puede ser tan perfecto el disfraz , que no se descubra. Esto nos lleva siempre á una manera violenta que nos hace fastidiosos , y no pocas veces ridículos. Debemos en este caso, como en cualquiera otro, seguir la naturaleza , proporcionando el estilo á nuestro genio y sensibilidad. Puede uno ser orador de mucha reputacion por el género calmado del racionio. Para conseguir el patético y el sublime de la oratoria , se requieren aquella fuerte sensibilidad de ánimo , y aquel gran poder de espresion que se conceden á muy pocos.

En tercer lugar, debemos cuidar de que nuestra impetuosidad no sea tanta , que nos arrebate y lleve demasiado lejos , aun cuando la materia justifique la manera vehemente , y el genio la favorezca. La elocuencia , como ya apuntamos , no causará los mayores efectos si el orador no está conmovido ; pero si se deja arrebatar tanto que pierda el dominio de sí mismo, bien pronto perderá tambien el de su auditorio. Este le debe acompañar en el camino de la pasion ; y si él se precipita ó corre demasiadamente apresurado , sucederá que el auditorio quede atrás en la mayor frialdad. Cuando está el orador mas acalorado por su asunto , ha de permanecer no obstante tan dueño de sí mismo, que conserve una firme atencion á las pruebas, y algun grado de correccion en la espresion. Entonces este señorío de sí mismo , esta presencia

de ánimo en medio de la pasión, hará un asombroso efecto, sea para agradar, sea para persuadir; pues la mayor excelencia de la elocuencia está en unir la fuerza de las razones con la vehemencia y juego de las pasiones.

Por último, se debe dar la mayor atención al decoro, lugar y carácter. La vehemencia que sienta bien á una persona de carácter y autoridad, puede ser impropia de la modestia que se espera de un orador jóven. La manera alegre é ingeniosa que corresponde á un asunto en ciertas juntas, es enteramente intempestiva en negocios de gravedad, y en una junta respetable. La cordura, dice Ciceron, es el fundamento de la elocuencia, como de todo lo demás. No se ha de hablar con un mismo estilo y unos mismos pensamientos á hombres de diferentes clases, edad y fortuna, y en diferentes tiempos, lugares y auditorios. En cada parte del discurso se ha de atender, como en la conducta, á lo que es decente, viendo lo que piden el asunto de que se trata, las personas que hablan, y aquellas á quienes se habla.

El estilo en general debe ser llano, franco y natural; las espresiones agudas y artificiosas, y los adornos pomposos no son aqui del caso, y siempre dañan á la persuasion. Se debe procurar un estilo fuerte, varonil y nada difuso, y el lenguaje metafórico introducido con propiedad produce regularmente buenos efectos.

Elocuencia del foro.

La mayor parte de lo que llevamos dicho en la elocuencia de las juntas populares es aplicable á la del foro, y por tanto nos reduciremos á señalar la diferencia entre una y otra. En primer lugar el fin principal de ambas es por lo comun diverso. El que se debe proponer el orador en una junta popular es determinar á los oyentes á que tomen alguna resolucion, despues de convencerles de que es buena y conveniente. Para conseguir este fin tiene que valerse de todos los resortes que pueden poner en accion nuestra naturaleza, y dirigirse á las pasiones y al corazon no menos que al entendimiento. Pero el fin principal en el foro es convencer. Aqui no es negocio del orador persuadir á los jueces lo bueno y lo útil, sino mostrarles lo justo y lo verdadero; y de consiguiente su elocuencia se debe dirigir principalmente al entendimiento, al paso que en las juntas populares á la voluntad. Esta es la diferencia característica que hay entre las dos, y que se debe tener siempre á la vista.

En segundo lugar, los oradores en el foro hablan á uno ó pocos jueces, y aun estos son por lo comun personas de edad, gravedad y carácter. Aqui carecen de las ventajas que ofrece una junta numerosa para emplear todas las artes de la alocucion, aun suponiendo que las

admitiese el asunto; porque las pasiones no se escitan aqui tan fácilmente; todos escuchan con frialdad al orador, le observan con mas severidad, y se veria este espuesto á que le tuviesen por ridículo, si tomase un tono muy vehemente, el cual solo corresponde á las juntas populares.

Finalmente, la naturaleza y el manejo de las materias pertenecientes al foro piden un género de oratoria muy diverso del de las juntas populares. En estas tiene el orador mucho mas campo, y raras veces se ve atado con regla alguna precisa, pudiendo tomar sus tópicos de infinitos parages, y emplear las ilustraciones que le sugiera su fantasía; pero en el foro el campo del orador está reducido al rigor de las leyes y estatutos, siendo su principal oficio el hacer continua ampliacion de ellos al asunto de que se trata, dejando muy poco lugar á la imaginacion.

Siendo la elocuencia del foro mas limitada y modesta que la de las juntas populares, no debemos considerar las oraciones de Demóstenes y Ciceron como rigurosos modelos de la manera y estilo que conviene al estado presente del foro: la diferencia del antiguo y el moderno es bien manifiesta, pues aunque las oraciones de aquel fuesen sobre causas civiles ó criminales, no obstante la naturaleza y circunstancias del foro permitian antiguamente, tanto en Grecia como en Roma, que su elocuencia se acer-

case mas qué ahora á la de las juntas populares. Siempre se podrán estudiar con mucho provecho estos dos famosos oradores, por la destreza con que habren la materia, por la facilidad con que se insinuan para grangearse el favor de los jueces, por la buena coordinacion de los hechos, por lo gracioso de su narracion, y por el plan y esposicion de las pruebas. Pero seria ahora ridículo imitarlos en sus exageraciones y amplificaciones, en su difusa y vehemente declamacion, y en su empeño de escitar las pasiones.

Suponiendo que el orador del foro debe estar completamente instruido de la causa de que se encarga, y sin que para ello perdone la mas diligente y penosa atencion, es preciso observar que la elocuencia es de la mayor importancia para dar apoyo á una causa. De que sea poco á propósito la antigua y vehemente manera de orar, no se ha de inferir que la elocuencia no tenga ya lugar en el foro. Aunque se ha mudado la manera, con todo siempre hay una propia y conveniente, que se debe estudiar cuanto se pueda. Acaso no hay escena pública donde sea mas necesaria la elocuencia. En otras ocasiones la materia sobre que se habla es por lo comun suficiente para interesar por sí sola á los oyentes; pero la aridez y tenuidad de las que generalmente se ventilan en el foro, piden mas que otras algunas cierto género de elocuencia para grangearse la atencion, para dar el peso

competente á las pruebas, y para impedir que se oiga con indiferencia, y acaso con desprecio, al abogado.

Aunque el estilo debe ser del género templado y calmado, sea de palabra, sea por escrito, no obstante se debe dar á la imaginacion un poco de soltura, para animar un asunto árido, y aliviar algo la atencion fatigada. Pero esta libertad se debe tomar siempre con sobriedad, porque un estilo demasiado brillante y una manera florida harian que el orador fuese escuchado de los jueces con sospecha de que no hubiese solidez y fuerza en sus pruebas. Se debe procurar con especialidad la pureza y limpieza de expresion de un razonamiento preciso, que no esté inutilmente cargado de términos legales, pero que tampoco se eche de ver en él la afectacion de evitarlos, siempre que valgan, ó sean necesarios.

Una propiedad esencial de la locucion del foro es la distincion, la cual se ha de mostrar principalmente en dos cosas. Lo primero en establecer la cuestion, mostrando claramente cual es el punto contencioso que se niega, y donde comienza la línea de separacion entre nosotros y la parte contraria.

Lo segundo, se debe ver en el órden y disposicion de todas las partes del informe. En todas oraciones es de la mayor importancia un método claro; pero este es casi el todo en los casos embrollados y dificultosos del foro. Por

eso nunca será demasiado el cuidado que se ponga en estudiar de antemano el plan y el método. Donde hay desórden y confusión nunca puede haber acierto en convencer, porque toda la causa queda en tinieblas.

Finalmente, debe guardarse el orador de hacer injusticia alguna á las pruebas de la parte contraria, cuando va á refutarlas, ya sea desfigurándolas; ya presentándolas bajo otro aspecto del que deben tener. Es muy de temer que descubriéndose pronto el engaño entrasen los jueces en desconfianza del orador, que ó no tuvo discernimiento para percibir la fuerza de las razones contrarias, ó ingenuidad para confesarla. Por el contrario; cuando esponen con ingenuidad y candor los argumentos puestos contra él, aun antes de pasar á rebatirlos, se preocupan fuertemente los jueces en su favor, y se ponen en mejor disposición para recibir las impresiones que intenta hacerles un orador, en quien hallan ingenuidad, entendimiento y probidad, que es la prenda que debe brillar siempre en su carácter.

Elocuencia del púlpito.

Siendo la verdadera elocuencia el arte de colocar la verdad en la luz mas ventajosa para convencer y persuadir, en ningun teatro puede interesar y brillar tanto como en el púlpito. Las materias que en él se tratan en cualquiera clase de sermones, son siempre las mas notables y de

la mayor importancia. Grande es la ventaja que por esta razon tiene el orador del púlpito sobre todos los demas; pero tampoco carece de desventajas. Si las materias de sus discursos son tan altas é interesantes, son tambien trilladas y familiares. Siglos enteros han sido ocupacion de tantos oradores y tantas plumas; y el público está tan acostumbrado á oirlas, que el predicador necesita hacer un esfuerzo extraordinario para cautivar su atencion.

Ninguna composicion requiere tanta destreza, como la que afianza todo su mérito en la ejecucion; porque no está la gracia en enseñar una cosa nueva, ni en convencer á los hombres de lo que no creen, sino en dar á verdades conocidas tales colores, que irremediabilmente conmuevan su imaginacion y su corazon.

Los principales caractéres de la elocuencia del púlpito son dos, á saber: la gravedad y el calor. La naturaleza de las materias pertenecientes al púlpito pide gravedad, su importancia exige calor. No es fácil ni comun unir estos dos caractéres en el grado conveniente. Si prepondera la gravedad, viene á parar en una magestad informe y fastidiosa. El calor cuando le falta la gravedad, raya en teatral y ligero. Deben pues los predicadores poner su principal conato en unirlos, tanto en la composicion de sus discursos, como en el modo de recitarlos.

Entonces conseguirán aquella manera de predicar afectuosa y penetrante, que nace de una

fuerte sensibilidad de su corazón á la importancia de las verdades que tienen en la boca, y de un ardiente deseo de que hagan la mas profunda impresion en el corazón de sus oyentes.

En órden al estilo del púlpito, el primer requisito es que sea claro. Como los discursos que se han de recitar son para la instruccion de toda suerte de oyentes, debe reinar en ellos la claridad y sencillez. Se han de evitar las palabras desusadas, hinchadas y altisonantes, con especialidad las que son meramente poéticas ó filosóficas. El púlpito requiere dignidad de expresion en el mayor grado y por ningun caso se deben tolerar espresiones débiles ó arrastradas, ni modos de hablar bajos ó vulgares. El fervor que debe animar á un predicador y la grandeza é importancia de la materia justifican y aun exigen espresiones ardientes y animadas, pues se concilian tanto con la claridad y sencillez. Finalmente, le vendrán bien al predicador en ocasiones oportunas las metáforas atrevidas, las comparaciones, los apóstrofes, las personificaciones, las exclamaciones vehementes, y en general tiene á sus órdenes las figuras mas patéticas de la locucion.

Partes de un discurso.

Examinado ya todo lo peculiar á uno de los tres espaciosos campos de la locucion pública, trataremos ahora de lo que es comun á todos

ellos; esto es, de la conducta de un discurso ú oracion en general. Sea cual fuere la materia sobre que el orador piense hablar, por lo regular ha de comenzar preparando los ánimos de los oyentes por medio de alguna introduccion; ha de fijar el asunto esplicando los hechos relativos á él, se ha de valer de pruebas para establecer su opinion y destruir las contrarias, y en fin, despues de haber dicho cuanto juzgare oportuno, ha de cerrar su discurso con alguna peroracion ó conclusion. Siendo este el curso natural de la locucion, las partes componentes de una oracion regular y completa se reducen á cuatro: 1.ª a el exordio ó introduccion: 2.ª la narracion ó esposicion: 3.ª confirmacion ó pruebas: 4.ª peroracion ó conclusion. Algunos retóricos señalan otras dos partes, que son la proposicion con la division de la materia, y la parte patética; pero nosotros incluiremos la proposicion en la narracion, y la parte patética en la peroracion, por ser ese su propio lugar, cuando es necesario usarlas. Trataremos ahora de cada una de las cuatro esenciales, comenzando por el exordio.

Introduccion ó exordio.

A todas tres especies de locucion pública conviene el exordio, y tanto que se debe tener menos por invencion retórica, que por fundado en la naturaleza, y sugerido por el sentido co-

mun. Siendo el fin principal de cualquier discurso convencer y persuadir, es natural que el orador pase á hacerlo no de golpe, sino con alguna preparacion, comenzando con alguna cosa que pueda inclinar á las personas á quienes le dirige á que juzguen favorablemente de lo que va á decir, y disponerlas de modo que coadyuben al intento que se propone. Este es, ó debe ser siempre el fin de toda introduccion. Conforme á esto señalan Ciceron y Quintiliano tres fines, de los cuales es necesario siempre acomodarse á alguno, cuando no á todos ellos: es á saber, hacer benévolo, atentos y dóciles á los oyentes.

El primer fin es conciliarse la voluntad del auditorio, haciéndole benévolo y adicto al orador y á su asunto: para esto se puede tomar el argumento de la naturaleza de la materia, como íntimamente enlazada con el interés de los oyentes, y de la buena intencion con que el orador toma parte en el asunto. El segundo fin de la introduccion es escitar la atencion de los oyentes; lo cual puede conseguirse dándoles alguna idea, ya de la importancia, dignidad ó novedad del asunto, ya de la claridad y precision con que va á tratarle. El tercero es hacer dóciles á los oyentes, ó prepararlos para la persuasion, para lo cual hemos de procurar desvanecer todas las preocupaciones que pueda haber contra la causa, ó contra la parte que sostenemos.

Por ser el exordio una parte del discurso que exige no poco cuidado, ya porque de su naturaleza es difícil una buena introduccion, ya porque siendo el principio del discurso, pende de ella la primera impresion mas ó menos favorable que comienzan á sentir los oyentes, estableceremos ciertas reglas para su composicion.

La primera es que la introduccion sea fácil y natural. La misma materia del discurso debe sugerirla: se ha de procurar como dice Ciceron, que brote enteramente del asunto de que se trata. Para que las introducciones sean fáciles y naturales, lo mejor es no bosquejarlas hasta que se haya meditado bien el fondo del discurso. De otro modo hallará el que compone serle forzoso echar mano de lugares comunes, y acomodar despues el discurso á la introduccion, y no la introduccion al discurso, como debiera ser. En segundo lugar, se debe cuidar en un exordio de que las espresiones sean las mas correctas. Esto lo exige el estado mismo de los oyentes, los cuales se hallan entonces mas dispuestos á criticar, porque como no están todavía ocupados con el asunto, fijan su atencion en el estilo y la manera del orador. Ademas de esto, debe la introduccion ser modesta, sin declinar en baja, pues de un aire de arrogancia y ostentacion se da luego por ofendido el amor propio de los oyentes, que ya por todo el discurso escuchan al orador con frialdad y menosprecio. No obstante servirá de mucho al orador

mostrar á una con la modestia y deferencia á sus oyentes, cierta dignidad nacida del conocimiento de la justicia, ó de la importancia del asunto. Del mismo modo se cuidará de no prometer mucho en el exordio. Es regla general que el orador no manifieste al principio todas sus fuerzas, sino que las vaya aumentando, al paso que va adelantando en el discurso. Hay casos, no obstante, en que desde el principio puede tomar un tono elevado, por ejemplo, cuando se presenta á hablar á favor de una causa que ha sido muy censurada é infamada del público, ó cuando ha de versar su discurso sobre materia de naturaleza declamatoria, que entonces hará buen efecto una introduccion fuerte ó magnífica, con tal que despues se sostenga bien. Pero muy pocas veces tienen lugar en el exordio la vehemencia y las pasiones. Los ánimos de los oyentes se deben preparar por grados, antes que el orador llegue á aventurar sentimientos vehementes y apasionados. Mas aunque en las introducciones no es donde regularmente se manifiestan las ardientes conmoviciones, sin embargo se ha de preparar en ellas el camino para las que se quieran escitar en lo restante del discurso. Asi por ejemplo, si en su discurso se ha de insistir en la compasion, la indignacion ó el desprecio, ha de sembrar sus semillas en la introduccion, y debe comenzar respirando aquel mismo espíritu que intenta inspirar. Tambien se cuidará de no anticipar en la introduc-

cion alguna parte principal de la materia. Si en ella se apuntan, y en parte se esplican los tópicos ó pruebas que despues se han de estender, pierden á la segunda vez su gracia y novedad. La impresion que se intenta hacer con un pensamiento interesante, es siempre mayor, cuando se hace de una vez y en el lugar que corresponde. Finalmente debe ser la introduccion proporcionada al discurso que le sigue, en duracion y en género, pues la razon nos dicta que cada parte del discurso debe corresponder al todo en el espíritu, en el tono y aun en el estilo.

Narracion.

La segunda parte constitutiva de un discurso es la narracion ó esplicacion. Pondremos juntas á estas dos, ya porque las comprenden unas mismas reglas, ya porque comunmente se dirigen á un mismo intento, sirviendo para ilustrar la causa ó asunto de que se trata, antes de proceder á sus pruebas ó argumentos. La claridad, distincion, probabilidad, y concision, son las calidades que exigen principalmente los críticos en una narracion; y cada una de ellas lleva bastantemente consigo la evidencia de su importancia. La distincion pertenece á toda la serie del discurso; pero en la narracion se requiere con especialidad pues ella debe derramar luz sobre todo lo demas. Un hecho, ó una simple circunstancia pasada por alto ó mal

entendida por el auditorio, puede destruir el efecto de todas las pruebas y razonamientos que emplee el orador. Si su narracion es improbable, el auditorio no hace aprecio de ella; y si empalagosa y difusa, se cansa pronto y la olvida. Para la distincion se requiere una atencion particular á disponer con claridad los nombres, las datas, los pasajes y cualquiera otra circunstancia esencial de los hechos que se refieren.

Para que la narracion sea probable es esencial ponernos en lugar de las personas de que hablamos, y hacer ver que sus acciones procedieron de motivos que se pueden tener por fidedignos y naturales. Para que sea concisa, si lo permite la materia, es necesario despojarla de toda circunstancia supérflua; con lo cual se hará probablemente mas clara y vigorosa la narracion.

En los sermones, donde raras veces tiene lugar una narracion propia, la explicacion de la materia sobre que se ha de hablar sustituye á la narracion en el foro, y se ha de moderar por el tono mismo: esto es, ha de ser concisa, clara y distinta, y en el estilo correcto y elegante antes que muy adornada. La division de la materia, que hemos reducido á esta parte, y que se debe ejecutar en el principio de ella, tiene algunas reglas generales, que apuntaremos para su mejor ejecucion. 1.^a Las diversas partes en que se divide un discurso han de ser realmente distintas unas de otras; esto es, que la una no incluya á la otra pues este método serviria solo

para dar al asunto nueva confusion y desórden. 2.^a Se ha de seguir en la division el órden de la naturaleza , comenzando por los puntos mas sencillos , mas fáciles de comprender , y que se deben examinar los primeros , pasando despues á los que están fundados en estos , y que suponen su conocimiento. 3.^a Los diferentes miembros de una division deben apurar la materia , pues de otro modo no seria completa la division , y se presentaria el asunto por trozos , sin dar un plan que lo manifestase todo. 4.^a Los términos con que se espresan las divisiones han de ser los mas concisos que sean posibles. Debe huirse de toda circunlocucion , y no admitirse ni una sola palabra que no sea necesaria. Se ha de estudiar la precision , sobre todo cuando se establece el método. Lo que principalmente hace que una division sea limpia y elegante , es que las diferentes partes ó capítulos se propongan con las palabras mas claras y mas espresivas. Esto produce siempre una impresion agradable á los oyentes , y es ademas muy importante para que las divisiones se conserven mas fácilmente en la memoria. 5.^a y última : se debe evitar una multiplicacion de partes y capítulos que no sea necesaria. El rajar una materia en muchas particillas con infinitas divisiones y subdivisiones hace mal efecto en la locucion. Podrá venir bien en un tratado de lógica , pero á una oracion la hace dura y árida , y fatiga la memoria sin necesidad. La división , cuyas reglas hemos

dado , no conviene aunque se observen todas , á todo género de discursos. En los que se hacen para el púlpito y el foro tienen á su favor la práctica comun , y está fundada en razones de bastante peso. Si las particiones formales hacen que un sermón sea menos oratorio , tambien le hacen mas claro , y mas fácil de comprender , y de consiguiente mas instructivo al comun de los oyentes : objeto principal que se debe tener siempre presente. Los puntos de un sermón sirven de mucho auxilio á la memoria , tanto del orador , como de los oyentes , y tambien para fijar la atencion de estos. Hacen que les sea mas llevadero el aguardar con sosiego el fin del discurso , y les dan pausas y descansos donde pueden reflexionar sobre lo que se ha dicho , y discurrir lo que se ha de seguir. Finalmente , el estilo que conviene á todas las partes de la narracion es sin duda alguna el sencillo ; pues este es el mas á propósito para esponer un asunto con claridad , tan necesaria en esta parte del discurso.

Confirmacion.

El órden natural pide que despues de haber espuesto y distribuido su objeto , entre el orador en probarle. Asi que , despues de la narracion y division , que ordinariamente andan juntas , se sigue la confirmacion , que contiene y pone en órden las pruebas de la causa , y que destruye las que oponen ó pueden oponer los

contrarios. Esta parte del discurso es sin duda la mas esencial, y de consiguiente aquella en que el orador debe poner su mayor esfuerzo. Este prepara los espíritus por medio del exordio, y presenta el hecho con exactitud é inteligencia por medio de la narracion, para venir á las pruebas, que son las que le pueden dar el triunfo y alcanzar una sentencia tal como la desea. Es ciertamente muy útil en cualquiera asunto el agradar y conmover los ánimos, pero todo aquello que se llama sentimiento está subordinado á la prueba, y tiene solamente el mérito de servir á hacerla valer. Comprendemos bajo un mismo artículo aquello que mira directamente á probar la causa, y lo que se emplea para destruir las objeciones contrarias.

Los oradores pueden usar en la conducta de sus razonamientos dos métodos distintos, los cuales en términos del arte se llaman *analítico* y *sintético*. El analítico es cuando el orador encubre su intencion tocante al punto que va á probar, hasta que por grados ha conducido á sus oyentes á la conclusion deseada. Los lleva paso á paso, de una verdad conocida á otra desconocida, hasta encontrar con el fin, como consecuencia necesaria de una serie de proposiciones. Asi, por ejemplo, cuando uno intenta probar la existencia de Dios, comienza por observar que todas las cosas que vemos en el mundo han tenido principio; que todo lo que tiene principio ha de tener una causa anterior, que

en las producciones humanas, el arte que vemos en el efecto, arguye necesariamente un designio en la causa; así va procediendo de una causa en otra, hasta llegar á una suprema y primera, de la cual se derivan todo el órden y de los designios que vemos en sus obras. Este método es casi el mismo que el socrático, y es muy artificioso, susceptible de mucha belleza, y muy á propósito para cuando prevenido el auditorio contra alguna verdad, se le quiere convencer de ella imperceptiblemente.

Pero no todas las materias admiten este método, ni se ofrecen siempre ocasiones de emplearlo. El método de razonar usado mas generalmente, y el mas conforme al género de locucion popular, es el llamado sintético. Por esto se señala claramente el punto que se ha de probar, y se va cargando una prueba sobre otra, hasta que los oyentes queden enteramente convencidos.

Es evidente que el buen efecto de las pruebas, ha de depender en parte de su recta disposicion. Deben colocarse de modo que no embaracen unas á otras, sino que se den un auxilio mútuo, y vayan encaminadas á un fin, para lo cual observaremos las reglas siguientes: 1.^a No se deben mezclar en un discurso pruebas que sean de distinta naturaleza. Todas se dirigen á probar una de estas tres cosas: ó que lo que se trata es verdadero, ó que es moralmente recto, ó que es provechoso. Estas son las que consti-

tuyen las tres grandes materias entre los hombres: á saber, verdad, obligacion é interés; pero las pruebas que se dirigen á cada una de ellas son genéricamente distintas, y el que las confunda todas bajo de un tópicó hará una oracion confusa y nada elegante. 2.a Se ha de observar el climax ó graduacion en el órden y disposicion de las pruebas; esto es, que la fuerza y eficacia de ellas vaya siempre en aumento. Esta debe ser casi siempre la conducta del orador; teniendo una causa clara, y esperando probarla evidentemente. No hay peligro en comenzar por las pruebas mas débiles, subiendo poco á poco, y sin desplegar hasta el último toda su fuerza cuando se tiene seguridad de hacer una completa impresion sobre los oyentes, preparados ya por lo que antes se haya dicho.

Pero si el orador tiene poca confianza en su causa, en este caso le conviene presentar al frente su prueba principal, para ganar de antemano á los oyentes, y hacer al principio el esfuerzo posible, para que removidas las preocupaciones y dispuestos los ánimos en su favor, escuchen lo restante con mas docilidad. Cuando entre varias pruebas hay una ó dos que no son tan concluyentes como las otras, pero que sin embargo son buenas, aconseja Ciceron que se pongan en el medio, por ser un paraje no tan visible como el principio ó el fin. 3.a Cuando nuestras pruebas son fuertes y convincentes serán tanto mejores, cuanto mas distintas y se-

paradas esten unas de otras; porque se puede presentar cada una en toda su estension, amplificarla, é insistir en ella. Pero cuando son dudosas y solamente del género presuntivo, será mejor acumularlas y mezclarlas unas con otras, para que aunque de suyo tengan poca fuerza, se sostengan mutuamente. 4.ª Se ha de cuidar de no estender mucho las pruebas, ni multiplicarlas demasiado; porque esto antes sirve de hacer sospechosa una causa, que de darla autenticidad. La multiplicacion no necesaria de las pruebas confunde la memoria, y disminuye el convencimiento de que podrian haber pocas bien escogidas. Se ha de observar tambien que si las pruebas se amplifican y estienden fuera de los límites de una ilustracion razonable, tienen siempre poca fuerza, y enervan el vigor y la agudeza que debe ser el distintivo de la parte argumentativa de un discurso.

Finalmente, despues de poner la conveniente atencion en la disposicion de las pruebas, otro requisito esencial para el buen manejo de estas es espresarlas en estilo conveniente, y recitarlas de manera que se las dé toda su fuerza. El estilo debe ser claro y preciso en cuanto sea posible, por contribuir estas calidades al vigor que se pretende, y podrá no obstante participar de los mas de los adornos de la locucion.

Peroracion.

Luego que las pruebas han sido concluidas,

y refutadas las objeciones contrarias, parece que la causa está absolutamente concluida y la materia completamente tratada; pero aun resta alguna cosa al orador. Del mismo modo que le seria duro entrar en la materia sin la preparacion del exordio que la debe anunciar, asi la dejaria desairada sin aquella conclusion que sirve como de corona al discurso, y es la que llaman peroracion. Esta tiene dos objetos, es á saber: el resumir las partes principales del discurso, y el acabar de conciliar y mover los ánimos del auditorio. La recapitulacion de las partes mas importantes es absolutamente necesaria en las causas grandes, las que por su estension y por la variedad de los objetos que pueden abrazar, hay riesgo de que dejen alguna confusion y embarazo en el ánimo de los oyentes. Aqui es donde el orador debe juntar todas aquellas especies que deja esparcidas; reducir lo que le habia sido preciso estender, y presentar toda la causa ó materia de su discurso bajo un solo punto de vista, si le es posible, ó á lo menos bajo un pequeño número de razones faciles de combinar y retener. La parte patética de un discurso hemos dicho ya que tiene aqui su principal lugar, aunque en algunas ocasiones se puede usar en todas ó en las mas de las divisiones que hemos hecho. Es cierto que instruido el auditorio y convencido su entendimiento del objeto del discurso, parece que solo resta moverle el ánimo, hablándole á la

pasion que corresponde , para alcanzar triunfo completo. Asi que debe esforzarse mas aqui este género de locucion , observando en él aquellas reglas que prescribimos para el estilo vehemente.

LECCIONES DE POETICA.

Hemos dado fin á nuestras observaciones sobre las diferentes especies de composiciones en prosa, trataremos ahora de las composiciones poéticas en todas sus formas ; aunque mucha parte de lo que llevamos dicho en la retórica , particularmente el lenguaje figurado, pertenece tambien á esta facultad. Antes de entrar á examinar ninguna de sus especies en particular, trataremos por modo de introduccion de la naturaleza de esta facultad , y daremos alguna razon de su origen y progresos , como tambien de la versificacion ó números poéticos.

Sobre la definicion de la poesía han variado mucho los críticos, haciendo algunos consistir su esencia en la ficcion , sostenidos con la autoridad de Aristóteles y Platon : pero ya la opinion comun desecha esta definicion , por ser constante que hay muchos que sin ser fingidos son muy propios para la poesía. Otros han hecho consistir la esencia de la poesía en la imitacion ; pero esto es una cosa muy general , y que no la define , pues conviene tambien á otras artes que imitan igualmente que la poesía.

La definicion mas exacta que nos parece se podrá dar de la poesía es el lenguaje de la pa-

sion ó de la imaginacion animada, formado por lo comun en números regulares. Los llamados lenguaje de la pasion ó de la imaginacion, porque del mismo modo que el orador, el historiador y el filósofo hablan principalmente el entendimiento, esta á la imaginacion y á las pasiones; el fin directo de aquellos es informar, instruir ó persuadir, pero el principal objeto que se propone la poesía, es agradar y conmover, aunque secundaria ó indirectamente puede y debe tener la mira de instruir y corregir. Se supone el ánimo del poeta avivado por algun objeto interesante, que enciende su imaginacion, ó empeña su corazon, y que de consiguiente comunica á su estilo una elevacion proporcionada á sus ideas, y muy diferente de aquel tono de espresion que es natural al hombre en el estado ordinario de su alma. Añadiremos que es formado por lo comun este lenguaje en números regulares, por no detenernos ni decidírnos enteramente sobre una cuestion poco interesante, pero muy batida entre los críticos, de si es ó no la esencia de la poesía, y si hay ó no límites entre una prosa numerosa, y una versificacion desaliñada. Es cierto que hay obras en prosa que poseen los principales constitutivos de la poesía, que son la invencion artificiosa y agradable, y el lenguaje apasionado, y en cierto modo numeroso, como el Telémaco, de Fenelon; las elegias sobre la guerra de Mesenia, de Barthelemi, y otros muchos rasgos épicos y aun dra-

máticos; pero nosotros siguiendo la opinion mas comun, pondremos la versificacion, ya que no por su principal constitutivo, por una propiedad de la poesia, que la caracteriza y distingue de las composiciones prosáicas.

El origen de la poesia, asi como el de todas las ciencias y artes, se le atribuyen á los griegos y ponen por los primeros poetas á Orfeo, Lineo y Museo, porque acaso fueron estos los primeros que se distinguieron en la Grecia: pero es muy cierto que hubo poesia mucho antes que hubiese noticia de tales hombres, y entre gentes donde jamas fueron conocidos. No se debe imaginar que la poesia y la música son artes que pertenecen solo á las naciones civilizadas; ellas tienen su fundamento en la misma naturaleza del hombre, y pertenecen á todas las naciones y á todas las edades; bien que, semejantes á las demas artes que tienen el mismo fundamento, han sido mas cultivadas, y por un conjunto de circunstancias favorables llevadas á mas perfeccion en unos paises que en otros. Para hallar el origen de la poesia, hemos de recurrir á los desiertos y los bosques; debemos volver á la edad de los cazadores y los pescadores; y en fin al estado mas sencillo de la naturaleza humana.

Es comun opinion y voto unánime de toda la antigüedad que la poesia es mas antigua que la prosa. No se debe entender por esto que los primeros hombres en sociedad conversasen entre sí en números poéticos; antes bien se debe ima-

ginar que las primeras familias se comunicarian en prosa la mas humilde y escasa las necesidades y menesteres de la vida; pero las primeras composiciones que se trasmitieron á la posteridad, ya por medio de la memoria, ya por la escritura, despues que esta se inventó, se cree fueron en verso. Desde el principio de las sociedades es natural que hubiese ocasiones en que se congregasen los hombres para fiestas, sacrificios, juntas populares, y en ellas es bien sabido que la música, el canto y la danza eran su principal divertimiento. En la América principalmente es donde hemos tenido lugar de conocer al hombre en su estado salvaje; y por las relaciones de todos los viageros sabemos que entre todas las naciones de aquel vasto continente la música y el canto encienden en gran manera su entusiasmo y reinan en todos sus congresos.

Asi, los primeros rudimentos de las composiciones poéticas se encuentran en aquellas toscas efusiones que el entusiasmo de la fantasía ó de las pasiones sugeria á los hombres rudos, excitados por acaecimientos interesantes, ó por su reunion en las concurrencias públicas. Dos particularidades distinguirian desde luego este lenguaje del canto de aquel en que conversaban en su trato ordinario, á saber: una desusada coordinacion de palabras, y el uso del lenguaje figurado. Ellos invertirian las palabras, ó de aquel orden regular en que las colocaban en su trato

ordinario las harian pasar á aquel que mas convenia á la pasion del que hablaba, ó á la cadencia que requeria aquel canto. Bajo el poderoso influjo de una pasion fuerte, ó de una conmocion vehemente, los objetos no parecen aquello que son en realidad, sino lo que los hace parecer la pasion. Se engrandece, se exagera, se comparan las cosas menores con las mayores, se habla á los ausentes como si estuvieran presentes, y aun se dirige el discurso á las cosas inanimadas. De aqui en conformidad con los movimientos del ánimo, nacen aquellos giros de expresion, que distinguimos ahora con los doctos nombres de hipérbole, prosopopeya, símil, etc., pero que no son otra cosa que el lenguaje nativo de la poesía entre las naciones mas bárbaras.

Esta especie de composicion poética no se ha de creer propia ó característica de ciertas naciones ó paises, sino de cierta edad, ó de aquel periodo que dió el primer origen á la música y á la poesía en todas las naciones. Comunes son á todos los motivos ú ocasiones de estas composiciones, como las alabanzas de los dioses y de los héroes, la celebridad de sus ascendientes, la relacion de las hazañas marciales, los cantos de victoria y las querellas por los infortunios y la muerte de sus compatriotas, y el mismo calor y entusiasmo, la misma composicion tosca, pero animada, el mismo estilo conciso y relumbrante, y unas figuras igualmente extraordinarias que atrevidas, son los rasgos que distinguen y ca-

racterizan las poesías antiguas y originales.

Pero la diversidad del clima y de la manera de vivir debió sin duda haber ocasionado alguna diferencia en el carácter de la primera poesía de las naciones, según que estas fueron más feroces ó más humanas; y según que adelantaron más ó menos lentamente en las artes de la civilización. Así vemos que todos los fragmentos de la antigua poesía goda son señaladamente feroces, y no respiran sino sangre y carnicería, mientras que desde los tiempos más remotos las canciones orientales giraban sobre asuntos más blandos y tiernos. Entre los griegos parece que las poesías recibieron pronto un tono filosófico según estamos informados de los asuntos de los tres antiguos poetas Orfeo, Lineo y Museo. Estos trataron de la creación y del caos, de la generación del mundo y del origen de las cosas. Pero sabemos al mismo tiempo que los griegos se inclinaron más pronto á la filosofía, y dieron en ella pasos más largos que la mayor parte de las demás naciones en todas las artes.

En la infancia de la poesía todas sus diferentes especies estaban confundidas y mezcladas en la misma composición, según que el entusiasmo, la inclinación ó la casualidad dirigian la vena del poeta. Con los progresos de la sociedad y de las artes comenzaron á tomar aquella regularidad de formas diferentes, y á distinguirse por aquellos nombres diversos con que ahora las conocemos. Pero en el primer estado

grosero de las efusiones poéticas, podemos fácilmente discernir las semillas y los principios de todas las especies de poesía regular: himnos y odas de todas clases serian naturalmente las primeras composiciones, segun que los sentimientos religioso, el amor, el resentimiento, el júbilo ó algun otro afecto vehemente movian á los poetas á derramar en cánticos sus conceptos. La poesía elegíaca ó lastimera naceria naturalmente de las querellas por la muerte de sus parientes y amigos. La narracion de las hazañas de los héroes y ascendientes dió origen á la poesía épica; y como no contentos con recitar ó cantar sencillamente estas hazañas, se verian sin duda inducidos á representarlas en algunas de sus concurrencias públicas, introduciendo diferentes personajes que hablaban en el caracter de sus héroes, y se respondian unos á otros, hallamos en esto los primeros bosquejos la tragedia ó poesía dramática.

Ninguna de estas especies de poesía se distinguió como quiera en los primeros tiempos de la sociedad, ni tuvo la separacion propia que hacemos ahora entre ellas. Al principio fueron una misma cosa la historia, la elocuencia y la poesía. Cualquiera que necesitaba mover ó persuadir, instruir ó deleitar á sus compatriotas y amigos, fuese cual fuese el asunto, acompañaba sus sentimientos y narraciones con la melodía del canto. Esto fué lo que sucedió en aquel período de la sociedad en el que se reunian en una sola

persona el carácter y las ocupaciones del labrador, de arquitecto, de guerrero y de político.

Cuando con los progresos de la sociedad é invencion de la escritura se fué haciendo separacion entre los negocios de la vida civil, se fué reflexionando sobre lo que era real y fabuloso, y se comenzaron á poner en custodia las apun-taciones de los hechos pasados, y aquellos discursos que interesaban al entendimiento, se fué tambien haciendo por grados la separacion de las diferentes ocupaciones literarias. El historia-dor abandonó los arcos de la poesía, escribió en prosa, y emprendió dar una fiel y juiciosa relacion de los acaecimientos anteriores. El filósofo se dirigió principalmente al entendimien-to. El orador trató de persuadir con racionios, y retuvo mas ó menos el estilo antiguo, apa-sionado y relumbrante, segun que era mas ó menos conducente á sus designios. La poesía vino á hacerse de este modo un arte separado, dirigido principalmente á agrar, y ceñido por lo general á aquellos asun-tos que se referian de cerca á la imaginacion y á las pasiones.

La poesía en su antigua condicion original debió de ser mas vigorosa que en su estado mo-derno. Entonces rebosaba todo el ardor del co-razon del hombre, y este ponía en ejercicio toda su imaginacion y todas sus potencias. Impeli-do el poeta, é inspirado por objetos que le pa-recian grandes, por acaecimientos que intere-

saban á su patria ó á sus amigos , se levantaba y cantaba. Cantaba á la verdad en un tono desordenado y tosco ; pero sus canciones eran las efusiones espontáneas de su corazon , los ardientes conceptos de admiracion y reconocimiento, de dolor ó amistad. Cuando la poesía llegó ya á ser un arte regular , y se cultivó por ganar reputacion é interés , los autores comenzaron á afectar lo que no sentian : componiendo á sangre fria en sus gabinetes , se esforzaron á imitar las pasiones , mas bien que á espresarlas , y trataron de violentar su imaginacion , fingiendo arrebatos que no esperimentaban , ó de suplir la falta de calor nativo con atavíos artificiales , que podian dar á la composicion un esterior espléndido.

La separacion entre la poesía y la música produjo efectos nada favorables en algunos respecto á la poesía , y acaso tambien á la música. La de aquellos primeros periodos fué sin duda muy sencilla , y del mismo modo los instrumentos con que acompañaban á la voz , y realzaban la melodía del campo. Oíase siempre la voz del poeta ; y tenemos varios fundamentos para creer que entre los antiguos griegos , igualmente que entre otras naciones , el poeta cantaba sus versos , y tocaba al mismo tiempo su arpa ó su lira. En este estado fué cuando la música obró aquellos efectos prodigiosos que leemos en las historias antiguas , y que dieron origen ó portentosas fábulas , como las de Orfeo y Arion. Parece cierto

que solo de la música acompañada del verso ó del canto debemos esperar aquella fuerte expresion y aquel poderoso influjo sobre el corazon del hombre.

Aun conserva sin embargo la poesía algunas reliquias de su primera y original conexion con la música. Para ser espresada en canto se dispuso en números, ó en una coordinación artificial de palabras y sílabas. Esta calidad característica que hoy conserva y llamamos versificación, la trataremos ahora.

Las naciones, cuyo lenguaje y pronunciacion eran musicales, cimentaron su versificación principalmente en las cantidades; esto es, en la longitud ó brevedad de las sílabas. Otras que no hacian percibir tan distintamente en la pronunciacion la cantidad de las sílabas, fundaron la melodía de sus versos en el número de sílabas que contenian; en la disposicion propia de los acentos y de las pausas, y frecuentemente en aquella repeticion de sonidos correspondientes, que llamamos rima. Sucedió lo primero entre los griegos y romanos; lo último es lo que sucede entre nosotros, y entre las mas de las naciones modernas. Entre los griegos y romanos cada sílaba tenia conocidamente una cantidad fija y determinada, y su manera de pronunciarla hacia á esta tan sensible al oido, que una sílaba larga era computada precisamente por igual en tiempo á dos breves. Pero el genio de nuestra lengua no corresponde en esta parte al

de la griega y latina. Es cierto que miramos de algun modo en la pronunciacion á la cantidad de las sílabas; pero es tan corta la diferencia que hacemos de las largas y breves, son tantas las que no tienen cantidad fija, como en las palabras monosílabas, y algunas bisílabas, y tan grande la libertad que nos tomamos de alargar las sílabas breves, y al contrario, segun mas nos acomoda, que la cantidad sola es muy poca cosa en la versificacion castellana. La única diferencia perceptible entre nosotros es la de pronunciar algunas sílabas con aquella presion mas fuerte de voz, que llamamos acento. Este acento, sin hacer siempre mas larga la sílaba, la da un sonido mas fuerte, y la melodía del verso entre nosotros depende infinitamente mas de cierto orden y sucesion de sílabas acentuadas, que de ser estas largas ó breves.

Nuestro verso endecasílabo ó heróico es compuesto de una sucesion alternativa de sílabas, no breves y largas, sino acentuadas y no acentuadas. Quanto al lugar de los acentos, tenemos alguna libertad por amor de la variedad. Las mas veces comienza el verso de una sílaba no acentuada, y algunas en el curso de él van seguidas dos y aun tres sílabas no acentuadas; pero en general en cada verso hay cuatro ó cinco sílabas acentuadas; y cuantos mas acentos lleve, suele ser mas corriente y numeroso. El número de las sílabas es once, á no ser que el verso concluya en sílaba aguda ó acentuada, la qual

allí tiene el valor de dos; ó que por una concurrencia de vocales se haga alguna sinéresis, ó enmudezcan algunas sílabas líquidas en la pronunciación; de suerte que si atendemos solo á su efecto en el oído, nunca bajan ni suben de once. La sílaba última no deberá ser acentuada, por convenir poco á la armonía; pero convendrá siempre que lo sea la penúltima, y nunca la antepenúltima; porque la precipitación á que arrastra el esdrújulo no se adapta bien á nuestra gravedad y medida.

Otra circunstancia esencial en la estructura del verso es la pausa de censura. Casi todas las naciones dan al verso una pausa de esta especie, dictada por la melodía. En el verso heróico francés es muy perceptible, por tenerla constantemente en el medio, dividiéndole así en dos hemistiquios iguales. Lo propio se advierte en nuestros antiguos poetas, hasta la época de Boscan y Garcilaso. Aquellos versos pareados, de catorce y de diez y seis sílabas del monge Berceo, y los de Juan de Mena y sus coetáneos de doce, observan siempre la regla de dar la pausa ó censura en el medio, incurriendo por lo mismo en la ingrata monotomía que hoy notan todos en los heróicos franceses, que son también de doce sílabas. Pero la versificación actual castellana, ora sea adoptada por Boscan, Garcilaso y Mendoza, de la italiana, ora conocida antes y mejorada por estos, lleva en este punto mucha ventaja á la nuestra antigua, y á la fran-

cesa moderna. Aquella facilidad y licencia de colocar esta censura en cuatro sílabas diferentes, variándola arbitrariamente y segun lo exige el sentimiento, dan á nuestros endecasílabos mucha melodía y fuerza.

Esta cesura ó pausa puede caer despues de la cuarta, de la quinta, de la sesta y de la séptima sílabas. Cuando cae despues de la cuarta ó de la quinta se dá mucha viveza á la melodía, y se anima en gran manera el verso, como en estos de Cienfuegos:

Pluguiera al cielo

Que de Jaen | en la sangrienta arena

La paz gozase | del eterno sueño.

Cuando la cesura cae despues de la sexta ó séptima sílaba se dá peso y magestad al tono, y el verso camina con mas lentitud y con pasos mas mesurados como en estos de Garcilaso:

Divina Elisa, | pues agora el cielo

Con inmortales pies | pisas y mides,

Y su mudanza ves | estando queda,

¿Por qué de mí te olvidas, | y no pides

Que se apresure el tiempo | en que este velo

Rompa del cuerpo, | y verme libre pueda?

Pero siempre convendrá variar esta cesura; pues de este modo se huye la monotonía, se varia la melodía del verso, y se diversifican su

aire y cadencia , como se nota en estos versos de Melendez :

¿A dónde incauto | desde la ancha vega
 Del claro Tormes | que con onda pura
 De Otéa el valle | fertiliza y riega ,
 Dejando ya | á los tímidos pastores
 El humilde rabel , | canta atrevido
 La gloria de las artes | sus primores,
 Y de la pátria | el nombre esclarecido?

Donde se vé la ventaja que llevan en melodía los cuatro últimos á los tres primeros , por tener aquellos variada la cesura , y estos todos despues de la quinta sílaba.

Convendrá tambien que el sentido acompañe en cuanto sea posible el orden de las cesuras; esto es, que la pausa dictada por la misma construcción del verso coincida con la que pide el sentido , ó que á lo menos no le violente ni le interrumpa. Por esta razon cuando hay alguna oposicion entre la melodía formada por las pausas y el sentido de los versos , se deben leer estos segun lo dicta el sentido , sin hacer alto en la cesura ; porque aunque esto haga perder al verso parte de su gracia , no destruye enteramente el sonido.

El verso suelto ó no rimado tiene muchas ventajas , y es en realidad una especie de versificación noble , grandiosa y desembarazada. El defecto principal de la rima es la precision en

que pone al compositor de cerrar el sentido al fin de cada estancia, á mas de la sujecion del consonante. El verso suelto no tiene este embarazo, y permite que los versos monten unos á otros con la misma libertad que los latinos. Aun por esto euadra tan bien en los asuntos que por su dignidad y vehemencia piden números mas libres y robustos, que los que permite la rima. La violenta y metódica regularidad de esta, destruye mucha parte del sublime y patético, y por lo mismo se debe juzgar menos á propósito para la epopeya y la tragedia, que el verso suelto, á pesar de algunos trozos que tenemos de esta clase de una versificación algo corriente y numerosa.

No obstante, asentará bien la rima en las composiciones cuyos sentimientos no son muy vehementes, y cuyo estilo no exige la mayor sublimidad; tales como las églogas, elegías, epístolas, sátiras, etc. A estas les dá aquel grado de elevacion que les es propio; y sin otro auxilio distingue fácilmente su estilo del de la prosa.

Pero donde campea mas nuestra versificación es en los géneros cortos. Hemos adoptado el verso de ocho sílabas para la prodigiosa variedad de romances, ya heróicos, ya amorosos, ya jocosos, ya burlescos; y en estos hemos empleado una media rima que nos es peculiar, esto es el asonante. Este sin atar tanto al poeta, dá á la composicion una sonoridad sencilla, que acompaña naturalmente á la espresion ingénu

y nativa del sentimiento. Este verso octosílabo y asonantado es el que generalmente se emplea en la comedia; pues el diálogo no debe de ser en redondillas, liras, sonetos, ni décimas, que son de un mecanismo trabajoso, y muy ageno del estilo de la conversacion.

Para el género anacreóntico hemos adoptado el verso de siete sílabas, que es casi idéntico con el de Anacreonte; y aun en el mismo género hemos empleado el de seis sílabas, que se acomoda tambien á las endechas y á las letrillas. Las arietas que hemos imitado de los italianos modernos, quieren tambien este género de verso corto, bien sea de ocho, siete, seis y aun cinco sílabas; con la particularidad solamente de haberse de rimar una copla en final aguda.

Finalmente, para concluir lo que pertenece á la versificacion observaremos: 1.º Que asi los endecasílabos, como los versos cortos se deben terminar las menos veces que sea posible en adjetivos; porque entre otras razones, el sentido de una cláusula no reposa tan bien en un adjetivo, como en un sustantivo; y se tiene averiguado que los mejores poetas pusieron en esto particular esmero. 2.º Se debe cuidar mucho de que no vayan seguidos dos ó mas versos asonantados, ó que tengan consonantes poco diferentes, por el mal efecto que hacen en el oido. 3.º Por la misma razon se debe evitar en un mismo verso la concurrencia de dos ó mas vocablos asonantados, y mucho mas consonantados,

porque su inmediacion los hace monótonos, y destruye la melodía. Hablando de la armonía del lenguaje hemos dicho acerca de ello lo conveniente, lo que es aun más aplicable al asunto de que tratamos; porque de suyo exige mayor sonoridad, y de consiguiente se resiste muchas veces á los hiatos que resultan de las diéresis, á la atropellada ó sorda pronunciacion que producen las sinéresis; y á veces tambien á las sinalefas. 4.º Finalmente se debe siempre poner el mayor cuidado en la fluidez y sonoridad del verso; pero con especialidad en dos géneros de composiciones: en el poema épico, cuyo interes se debilitaria mucho sin este auxilio, y en la poesía lírica, por requerir esta, como destinada al canto, la mas subida y delicada armonía imitativa; y lo propio convendrá en todas aquellas poesías cortas, en que se describe un pensamiento delicado, y cuyo mérito depende por la mayor parte de la felicidad de la espresion.

Poesía pastoral.

Finalizadas las observaciones sobre el origen y progresos de la poesía, y las principales reglas de la versificacion castellana, vamos á tratar ahora de las diferentes especies de composiciones en que esta se emplea, comenzando por la poesía pastoral, no por ser esta la mas antigua, como algunos pensaron con poco fundamento, sino por ser la mas simple y de menos vehemencia en los afectos.

La materia de esta poesía es la vida pacífica, inocente y deliciosa que se imagina en los primeros hombres, cuyo ejercicio fué por la mayor parte pastoril.

Cuando ya formadas las sociedades, reunidos los hombres en ciudades populosas, y hechas las distinciones de clases y estados, se hicieron conocer el bullicio y tedios de las córtes, y la doblez y mala fé de sus habitantes; entonces fué cuando algunos volvieron los ojos con placer á la vida mas sencilla é inocente, que habian ó imaginaban haber llevado sus antepasados: entonces fué cuando figurándose en aquellas escenas campestres y ocupaciones pastoriles un grado de felicidad superior á la que ellos disfrutaban en su estado, concibieron la idea de celebrarla en la poesía. Teócrito escribió las primeras pastorales de que tenemos noticia en la córte del rey Tolomeo, y Virgilio le imitó en la de Augusto. En ellas recuerdan á la imaginacion aquellas escenas, aquellas vistas risueñas de la naturaleza, que son las delicias de nuestra infancia y juventud, y á las cuales volvemos con gusto la vista en edad mas avanzada. No hay asunto mas hermoso y á propósito para la poesía. La naturaleza presenta á manos llenas en el campo objetos para las descripciones mas delicadas y halagüeñas. Parece que corren de suyo á ponerse en números poéticos los arroyos y las montañas, los prados y los oteros, los rebaños y los árboles, y los pastores exentos de cuidados.

Para estas composiciones no se ha de considerar la vida pastoril en el estado que tiene al presente, cuando el pastor se halla reducido á un estado bajo, servil y laborioso; cuando sus ocupaciones han llegado á hacerse desagradables y groseras, y ruines sus ideas, sino como podemos suponer que fué alguna vez, cuando era una vida de comodidad y abundancia, porque las riquezas de los hombres consistian principalmente en ganados, y el pastor, aunque no refinado en su estilo y maneras, era respetable en su estado, y de costumbres sencillas é inocentes. De este modo la pintaron los referidos poetas, y lo debe hacer cualquiera que se emplee en composiciones de este género, ya sean églogas, idilios, y aun dramas; y pintaron, digo, la sencillez é inocencia de la vida del campo, sin mencionar su grosería y miserias. Pueden atribuírsele á la verdad inquietudes y desgracias, porque seria violentar la naturaleza suponer exenta de ellas ninguna condicion de la vida humana; pero han de ser estas de tal naturaleza, que no presenten á la fantasía cosas que puedan disgustarnos de la vida pastoril. Puede afligirse el pastor de hallarse mal correspondido en sus honestos amores, de la pérdida de un corderillo á quien amaba y acariciaba, ó con otros sentimientos que manifiesten igualmente su sencillez é inocencia. Mas para hacer recomendable este estado, basta que no tenga otros males que llorar. Finalmen-

te, debe el poeta presentarnos la vida pastoril algo hermoseada, ó vista á lo menos por el lado mas bello. Debe hermosear la naturaleza, pero cuidando de no desfigurarla; pintando con los colores mas agradables aquellos objetos halagüeños que algunas veces encantan á nuestra vista é imaginacion, como los prados amenos y floridos, los bosques sombríos y deliciosos, las fuentes y arroyos cristalinos, los vientecillos suaves, y el dulce canto de los pajarillos etc., cuidando siempre de variar las escenas por ser esta una circunstancia que se debe observar en todo género de composiciones poéticas.

Poesía lírica.

El carácter peculiar de la oda ó poesía lírica le viene de su destino á ser cantada y acompañada con la música. El nombre mismo envuelve esta idea, pues oda en griego es lo mismo que canto ó himno en nuestro idioma; y aunque todos los demas géneros de poesía tuvieron en su principio el mismo destino, este solo retuvo el nombre. En la oda retiene por tanto la poesía su primera y mas antigua forma; esto es, aquella en que los poetas antiguos espresaban los conceptos, hijos de su entusiasmo, alababan á sus dioses y á sus héroes, y se lamentaban de sus infortunios. Ningun asunto le viene á ser ageno; pero los de sentimiento le son sin duda mas propios. Por lo mismo compren-

deremos este género de poesía bajo cuatro denominaciones.

1.^a Odas sagradas, himnos dirigidos á Dios, ó sobre asuntos religiosos. De esta naturaleza son los Salmos de David; que nos muestran esta especie de poesía lírica en el punto de su perfeccion. 2.^a Odas heróicas empleadas en las alabanzas de los héroes, y en la celebracion de las hazañas marciales y de las acciones. De esta especie son las de Píndaro y algunas de las de Horacio. Estas dos especies deben tener por carácter dominante la sublimidad y elevacion. 3.^a Odas filosóficas y morales, donde los sentimientos son principalmente inspirados por la virtud, la amistad y la humanidad. De esta especie son muchas de las de Horacio y otros; y aqui es donde la oda ocupa aquella region media que antes hemos dicho. 4.^a Odas festivas y amorosas destinadas meramente al placer y entretenimiento. De esta naturaleza son todas las de Anacreonte, algunas de las de Horacio, y muchos cantos y composiciones de los modernos. El carácter dominante de estas debe ser la elegancia, la alegría, la blandura y la jovialidad.

En todas ellas debe haber siempre un asunto, y este debe tener partes; pero tan conexas, que resulte de su union un todo perfecto. Aun las transiciones de un pensamiento ó de un afecto á otro deben ser tan delicadas y suaves, que se eche de ver al instante alguna conexion que haga natural y nada violento este paso.

Poesía didáctica.

Como el fin último de la poesía y de toda composición consiste en hacer alguna impresión útil en el ánimo, todas ellas se dirigen á él, aunque las mas por medios indirectos, como la fábula, la narración y la descripción de caracteres; pero la poesía didáctica declara abiertamente su intención de instruir y de dar conocimientos útiles. Por tanto solo se diferencia en la forma, y no en la esencia y fin, de un tratado en prosa, filosófico, moral ó crítico.

En toda obra didáctica se requieren esencialmente método y orden, aun mas que en cualquiera otra especie de poesía. Tambien hay en esta mas libertad para los episodios y adornos, por el riesgo de hacerse tediosa una instrucción nada interrumpida, mayormente en la poesía, donde tanto se busca la diversion. Pero los episodios deben estar enlazados con el asunto: y en esto se admiran el arte y la felicidad con que los introducen Virgilio en sus *Geórgicas*, y Lucrecio en los seis libros *De la naturaleza de las cosas*. Deben, pues, tales episodios no ser extraños de la propia materia que se trata, ni de una estension desproporcionada; y el estilo que les compete tanto á ellos, como al total de la composición, deberá ser por lo general un medio entre el llano y el sublime.

Poesía de los hebreos.

Aunque la antigua poesía de los hebreos ó de las Escrituras sagradas no constituye una especie diversa de las que hasta aqui hemos tratado; por contener los rasgos mas sublimes que se leen de esta facultad, examinaremos sus diferentes géneros y los caracteres distintivos de algunos de los principales escritores.

Los géneros poéticos que vemos en la Escritura, son principalmente el didáctico, el elegíaco, el pastoral y el lírico. De la poesía didáctica el ejemplo principal es el libro de los Proverbios. Sus nueve primeros capítulos son muy poéticos, escritos con mucha gracia y distinguidas figuras de espresion; el libro del Eclesiástico es tambien de este género; y lo son del mismo modo algunos de los Salmos de David.

En la Escritura hallamos bellísimos ejemplos de la poesía elegíaca, como las Lamentaciones de David sobre su amigo Jonatás: varios pasajes de los profetas, y algunos salmos que respiran tristeza y afliccion. Pero la composicion elegíaca mas regular y perfecta de la Escritura, y acaso de todo el mundo, es el libro intitulado *Las lamentaciones de Jeremías*.

Los Cánticos de Salomon nos presentan el mejor ejemplo de la poesía pastoral: su forma es dramática, ó un diálogo continuo entre personas del carácter de pastores; y consiguien-

temente están sembrados del principio al fin de imágenes rurales y pastoriles.

El viejo Testamento está lleno todo de poesía lírica, ó que al parecer iba acompañada de música. Fuera de infinitos himnos y cánticos esparcidos por los libros historiales y proféticos, como el cántico de Moises, el de Débora y otros muchos, todo el libro de los Salmos se ha de considerar como una colección de odas sagradas. En ellos encontraremos la oda en sus varias formas, y con todo el fuego y el sublime de la poesía lírica, á veces vivo, alegre, triunfante, á veces grave y magnífico, y á veces tierno y blando. Por estos ejemplos se vé que en la Escritura sagrada hay dechados perfectos de varios de los principales géneros poéticos.

Poesía épica.

Es ya universalmente reconocido que el poema épico es el mas noble de todos. Su definición se puede reducir á la relacion de alguna empresa esclarecida hecha en forma poética. Es constante tambien que es el de mas difícil ejecución, segun la idea que dan de él todos los autores, porque debe ser una historia que agrade é interese á todos los lectores, uniendo al mismo tiempo la diversion, la instruccion y la importancia: que esté llena de incidentes oportunos, animada con la variedad de caracteres y descripciones, y que se conserve en toda aquella

propiedad de sentimientos, y aquella elevacion de estilo que requiere un poema de la mayor nobleza.

Pretenden algunos que el poema épico, por su esencia debe ser una alegoría ó fábula, fabricada para ilustrar alguna verdad moral; y aun por lo mismo descartan de esta clase á la Farsalia de Lucano, y otros poemas que tratan materia puramente histórica. Pero los mayores críticos están por la opinion contraria: y solo pretenden que el hecho que refiere este poema, esté adornado de tales circunstancias, ya verdaderas, ya fingidas, que interese y suspenda el ánimo de los lectores. El fin que se propone el poema de esta clase, es estender ideas acerca de la perfeccion humana, y escitar la admiracion. Esto solo puede conseguirse por una representacion propia de acciones heróicas y de caractéres virtuosos; porque los hombres están por naturaleza propensos á admirar las acciones grandes, y por eso los poemas épicos son por precision favorables á la causa de la virtud. En el discurso de estas composiciones se deben presentar con los colores mas vivos y espléndidos, el valor, la verdad, la justicia, la fidelidad, la amistad, la compasion y la magnanimidad. Con esto se empuñan nuestros afectos en favor de los personajes virtuosos; nos interesamos en sus designios y en sus afectos; se despiertan las afecciones generosas y patrióticas; se purga el ánimo de las inclinaciones sensuales y bajas, se acostumbra á

tomar parte en las empresas grandes y heróicas.

El tono y el espíritu general de toda composición épica la distinguen bien de las otras especies de poesía. En la pastoral la idea dominante es la inocencia y tranquilidad. La compasión es el objeto principal en la tragedia: el ridículo es el campo de la comedia; pero el carácter que prevalece en la epopeya es la admiración que escitan las acciones heróicas. Requiere mas que otra especie una dignidad grave, igual y sostenida; y aunque es composición mas calmada que la tragedia admite tambien el patético, y aun el sublime; pero no son estos sus caractéres generales.

La acción del poema épico debe tener tres propiedades: debe ser una, grande é interesante. Debe ser una; esto es, que comprenda esta composición una sola acción principal, y que esta se eche de ver por todo el curso de ella; pues cuanto mas sensible sea á la imaginación esta unidad, tanto mayor será el efecto del poema. Pero no se ha de entender esta unidad, de forma que escluya los episodios ó acciones subordinadas. Una composición épica puede contener algunos episodios, que bien manejados adornarán mucho el total de ella; pero para que produzcan este efecto, se observarán las reglas siguientes: 1.^a Que estén introducidos naturalmente, teniendo bastante conexión con el asunto del poema, y que sean siempre inferiores á él en grandeza y circunstancias. 2.^a Que pon-

gan á la vista objetos diferentes, en especial de los que anteceden y siguen en el curso del poema; porque los episodios se introducen principalmente en las composiciones épicas por amor de la variedad. 3.^a Que siendo de suyo el episodio un adorno, se ha de procurar en él una elegancia particular, y que esté bien acabado, como en efecto vemos que se han esmerado en ello los mejores poetas épicos. Como la unidad de la acción épica supone por necesidad que esta ha de ser entera y completa, debe tener por lo mismo su principio, su medio y su fin, ya sea refiriéndose toda, ya sea introduciendo alguno de sus autores que dé cuenta de lo que ha pasado antes de abrir el poema; de forma que el poeta debe darnos siempre cabal noticia de todo el asunto; ha de satisfacer completamente nuestra curiosidad y nos ha de llevar al punto preciso en que concluye su plan y cierra el poema.

La segunda propiedad de la acción épica es que sea grande; es á saber, que tenga el esplendor y la importancia suficiente, ya para fijar nuestra atención, ya para justificar el magnífico aparato de que se ha valido el poeta. Este requisito es tan evidente, que no necesita de ilustración, y se ve que todos los poetas épicos han escogido asuntos de importancia ó por la naturaleza de la acción, ó por la fama de los personajes interesados en ella.

A la grandeza del asunto épico contribuye que

no sea de una data reciente, y que no esté comprendido en un período de la historia con el cual estamos íntimamente familiarizados. La antigüedad es favorable á aquellas ideas elevadas y augustas que debe escitar la poesía épica: contribuye á engrandecer en nuestra imaginacion tanto las personas como los acontecimientos; y concede al poeta la libertad de adornar su asunto por medio de la ficcion. Pero en entrando en la esfera de la historia real y auténtica, se coarta mucho esta libertad; porque entonces es preciso que el poeta se ciña rigurosamente á la verdad á espensas de la riqueza de la poesía.

La tercera propiedad del poema épico es que sea interesante. Para esto no basta que su accion sea grande; porque hay hazañas que por heróicas que sean no dejarán de aparecer en el poema frias y cansadas. Es necesario, pues, que el asunto que se elige interese por su naturaleza al público, escogiendo por héroe á uno que es el fundador, el libertador ó el favorito de alguna nacion, ó escribiendo hazañas de gran celebridad, ó trascendentales á la causa pública.

Pero la principal circunstancia que hace interesante un poema épico es la artificiosa conducta del autor en el manejo del asunto. Debe disponer de tal manera su plan, que abrace muchos incidentes. No siempre ha de presentar á los lectores hazañas heróicas, porque se cansarian de estar viendo perenemente encuentros y

batallas. Debe, pues, mezclar con lo grave y magestuoso lo tierno y patético, y entre las escenas heróicas presentar tambien algunas delicadas y placenteras. De estas debe preferir aquellas situaciones que mas despiertan los sentimientos de la humanidad, y estarán sin duda en ellas los pasajes mas interesantes de la obra, como se ve en Virgilio y Taso.

El carácter de los héroes que presenta en su poema, hace tambien en gran parte el interés de él. Todos estos deben ser tales, especialmente el que preside, ó es el objeto del poema, que interesen fuertemente al lector, y le hagan tomar parte en los peligros que arrostran. Estos peligros ú obstáculos forman el nudo ó el enredo del poema; y el artificio y belleza de él consiste por la mayor parte en su juiciosa conducta. Aqui se escita la atencion del lector á vista de las dificultades que le hacen temer se malogre la empresa de sus personages favoritos, y debe ir subiendo de punto y tomando por grados mas cuerpo, hasta que habiendo tenido por algun tiempo al lector en agitacion y confusion, se van superando estas dificultades y riesgos, se va allanando el camino por una preparacion propia de los incidentes, y desenredando el nudo de una manera natural y probable.

El éxito de la accion épica quieren los mas de los críticos que sea siempre feliz, porque un remate desdichado en un poema épico abate el ánimo y se opone á la elevacion de connoccio-

nes que pertenecen á esta especie de poesía. El terror y la compasion son asuntos propios de la tragedia, y del poema épico la elevacion de ánimo y admiracion de lo heróico; y asi el éxito infeliz es mas propio de aquella que de este. Nó obstante algunos poemas de mucho nombre que le tienen infeliz, como la Farsalia de Lucano en la ruina de la libertad Romana; y el Paraíso perdido de Milton en la espulsion del hombre de este sitio feliz.

La introduccion de seres sobrenaturales, como ángeles buenos y malos, encantadores, y nigrománticos, fué adoptada por los mas de los poetas épicos, antiguos y modernos, y en ella fundaban gran parte del interés del poema: es á lo que llamaron máquina, y en que pusieron particular esmero. Pero aunque absolutamente hoy no se prohíbe, parece menos á propósito para interesar en un tiempo en que ya no se creen semejantes patrañas, ni aun por el ínfimo vulgo; y se puede suplir ventajosamente con la conmocion de los afectos y vehemencia de las pasiones, en que se deberá poner el mayor conato.

Poesía dramática.

Poesía dramática es aquella en que escondiéndose el poeta, habla solo en voz de aquellos personajes que introduce para representar una accion. Sus principales especies son la comedia y la tragedia, segun los incidentes de la

vida humana sobre que estriba , ya ligeros y festivos que constituyen la primera , ya graves y patéticos que dan materia á la segunda. Pero como los asuntos grandes y serios dominan mas la atencion que los pequeños y burlescos , como la caida de un héroe interesa mas al público que el casamiento de un particular , se ha mirado siempre la tragedia como composicion mas noble que la comedia. Aquella estriba en las grandes pasiones , las virtudes , los crímenes y los trabajos de los hombres ; esta en sus estravagancias , locuras y caprichos. El terror y la compasion son los instrumentos principales de la primera ; el ridículo es el único de la segunda ; por tanto , trataremos primeramente , y con mayor estension , de la tragedia.

Tragedia.

La tragedia se puede definir una representacion de un hecho grande , acaecido á personas de alta esfera , que se dirige á purgar nuestras pasiones por medio de la compasion y el terror. De esta definicion se deduce que en la accion trágica han de intervenir necesariamente riesgos , desdichas y grandes mutaciones de fortuna , que aterren y muevan la compasion de los espectadores. Algunos pretenden que el éxito de esta accion haya de ser precisamente infeliz : pero los mas de los críticos llevan que no es absolutamente necesario , y que bastará que el héroe

ó personage principal se vea en grandes peligros y persecuciones, que conmuevan fuertemente nuestros ánimos, y nos interesen á favor de la virtud oprimida. Para esto se ve bien que este personaje se debe delinear con los rasgos mas brillantes de honradez, nobleza y virtud. Asi se conseguirán todos los fines morales de la tragedia, interesándonos á favor del virtuoso affligido, moviendo nuestra indignacion contra el autor de sus males, y por medio del interés que escita en nosotros la desgracia agena, guiándonos á la precaucion de entregarnos á la violencia de las pasiones que deben producir los riesgos y desdichas en la tragedia.

Para conseguir estos fines el primer requisito es que el poeta escoja una historia poética é interesante, porque la naturalidad y probabilidad son la base de la tragedia, y son en ella mucho mas esenciales que en la poesia épica. El objeto del poeta épico es escitar nuestra admiracion por la relacion de aventuras heróicas, y para esto no es necesario un grado tan alto de probabilidad. Pero la tragedia pide una imitacion mas rigurosa de la vida y de las acciones de los hombres, porque el fin á que aspira no tanto es elevar la imaginacion, cuanto conmover el corazon, y este juzga siempre de lo que es probable con mas escrupulosidad que la imaginacion.

Por este principio se escluye de la tragedia toda máquina ó intervencion de seres sobrena-

turales, aunque lo usaron algunos dramáticos antiguos, que hoy destruirian la probabilidad por las diferentes ideas que tenemos de aquellos seres.

Para aumentar esta probabilidad, tan necesaria para el buen éxito de la tragedia, será conveniente, aunque no absolutamente preciso, que el asunto no sea de invencion del poeta, sino que se tome de la historia verdadera, y aun de los pasages mas célebres y conocidos, pero en los incidentes tiene el poeta facultad de inventar á su arbitrio, con tal que nunca salga de la línea de lo verosímil.

Para mejor conservar la verosimilitud se ha fijado la regla de las tres unidades que debe haber en la accion trágica, es á saber: unidad de accion, unidad de lugar, y unidad de tiempo. La unidad de accion es la principal de las tres, y mas importante en la tragedia, que en todas las demas composiciones poéticas de que hemos tratado. Consiste en que haya solamente en la tragedia una accion principal. Dividen esta los críticos en simple y complexa; esto es, en accion destituida de incidentes ó acciones subordinadas, y la que abraza otras muchas, pero dependientes siempre de ella. Aun en esta última se puede y debe conservar perfectamente la unidad, haciendo que cualquiera otra accion que se introduzca en el drama, esté íntimamente enlazada con la principal, y sea de suyo menos interesante que ella. La unidad de lugar requiere que jamás se mude la escena, sino que la ac-

cion continúe hasta el fin en el mismo lugar donde se supone comenzó. La unidad de tiempo, tomada en rigor, requiere que el tiempo de la accion no sea mas largo que el de la representacion del drama, aunque Aristóteles parece que dió un poco mas de libertad al poeta, permitiendo que la accion comprendiese el tiempo de un dia entero.

El objeto de estas dos últimas unidades es cargar lo menos que sea posible la imaginacion de los espectadores con circunstancias inverosímiles en la representacion del drama, y hacer que la imitacion se acerque mas á la realidad; pero la práctica moderna de suspender totalmente el espectáculo por un corto tiempo entre acto y acto, da algo mas campo á la imaginacion, haciendo menos necesaria la precision en que estaban los antiguos griegos, cuyos dramas carecian de la division de actos, de ceñirse al mismo lugar y tiempo; pues mientras queda interrumpida la representacion se puede suponer que pasan algunas horas entre acto y acto, ó figurar se traslada del salon de un palacio á otro, y de una parte de la ciudad á otra; y no parece que debe preferirse la observancia rígida de estas unidades á bellezas superiores de ejecucion y á la introduccion de situaciones mas patéticas, las cuales no pueden realizarse algunas veces sin traspasar estas reglas.

Pero no debe ser esta libertad sin límites; pues seria una cosa absurda, y cortaria toda la

verosimilitud é ilusion de los espectadores , comenzar la representacion con un hecho acaecido en Madrid , y finalizarla con el mismo , concluido en Paris ú otro parage distante ; ó que la accion que se representa en tres ó cuatro horas , comprenda el espacio de muchos meses ó años. La mayor estension que dan los críticos modernos á la unidad de tiempo , es hasta el espacio de tres dias , y á la de lugar el recinto de una ciudad ó poblacion con sus cercanías. Pero se debe tener siempre presente que cuanto mas se acerque el poeta á la rígida observancia de estas unidades , tanta mayor perfeccion y verosimilitud dará á sus dramas , por acercarse mas de este modo lo fingido ó lo verdadero , y ser mas completa la impresion que hará en los espectadores.

La division en actos se tiene hoy por arbitraria , pudiendo formarse el drama en cinco , en cuatro y hasta en un solo acto ; pero se debe observar que á esta division de actos ha de corresponder la de la accion ; esto es , que cada acto debe terminar en una parte señalada de ella , dividiéndola para esto cuando se forma el plan del drama en aquellos pasages mas notables , para arreglar á ellos el número de los actos.

Tampoco se dá regla fija para el número de personajes ó interlocutores que deben entrar en una tragedia ; solo sí se puede decir , que cuanto menor sea este , tanto mas fácil le será al poeta sostener el carácter de cada uno , en lo cual

se debe poner muy particular esmero, y los espectadores podrán tambien mejor formar idea de ellos, y conservar su conocimiento en todo el discurso del drama. Podrá ser bastante el número de seis interlocutores, y escetivo el que pase de diez á doce cuando mas, pero siendo demasiado corto, hallará tambien el poeta dificultad en conservar la escena para que nunca llegue á verse enteramente vacía, lo que no debe suceder, por cortarse con esto el curso al sentimiento, y algunas veces á la ilusion de los espectadores. En cuanto á las salidas y entradas de los interlocutores se deberá observar que ninguno entre ni salga de la escena, sin que lo exija la misma accion y enlace del drama. Puede presentar el poeta en la representacion un personage que no es necesario entonces; y ausentarse sin necesidad es faltar notoriamente á la propiedad y verosimilitud, que deben reinar siempre en las composiciones dramáticas.

Finalmente se debe disponer la materia de forma que el interés vaya siempre en aumento, exponiendo el asunto del drama en el primer acto, formando y aumentando el enlace en los siguientes, y reservando para el último la solucion, ó desenredo, que se deberá ir preparando para que sea mas natural; y en todos ellos se debe conservar aquella elevacion de estilo que exige lo grande de la materia, pero sin faltar á la naturalidad, tan necesaria para la conmocion de los afectos.

Comedia.

La comedia conviene con la tragedia en estar sujeta á todas las reglas que dimos para la formacion de esta, y solo se diferencia de ella en la materia y estilo que se le debe adoptar. Ya dijimos que la materia de la tragedia son los peligros, desdichas, y mutuciones de fortuna de personajes célebres, proveniendo todo de entregarse á la violencia de las pasiones. Pero los asuntos de la comedia se deben tomar de acaecimientos ordinarios, y entre gentes de menos alta clase. Asi como el fin moral de la tragedia es purgar nuestras pasiones por medio de la compasion y el terror, el de la comedia es corregir nuestros vicios por el eficazísimo medio de verlos ridiculizados. La observancia de las tres unidades, y todo cuanto puede contribuir á sostener la verosimilitud, es aun mas necesaria en la comedia que en la tragedia; porque como los asuntos de aquella nos son mas familiares, y están mas á nuestro alcance, nos serian por lo mismo mas reparables y enojosos los defectos en esta parte. Tiene tambien la tragedia mas libertad en los asuntos, no limitándose estos á tiempo ni pais alguno; pero en la comedia será muy conveniente que el asunto se refiera al tiempo presente ó recien pasado, y al pais propio ó cercano. La razon es, porque los sucesos y las pasiones que tienen lugar en la tragedia, son co-

munen á todos los hombres y á todos los tiempos, pero los vicios que particularmente se deben castigar en la comedia, son los que mas dominan en el pais y en los tiempos presentes.

Puede dividirse la comedia en dos especies: comedia de carácter, y comedia de enredo. En la primera se aspira principalmente á desenvolver algun carácter particular, siendo en ella la accion como subordinada á aquel; pero en la segunda la trama ó accion del drama es el objeto principal. De uno y otro género tenemos varias y muy ingeniosas, aunque las mas de ellas enormemente defectuosas en las unidades.

Para llevar la comedia á su perfeccion se deben mezclar con oportunidad las dos especies: sin alguna historia interesante y bien manejada, el diálogo y la conversacion se hacen insípidos. Debe haber siempre el enredo que sea suficiente para hacernos desear y temer alguna cosa. Los incidentes se deben suceder unos á otros, de forma que presenten situaciones apuradas, y que lleven toda nuestra atencion, dando lugar al propio tiempo para mostrar los caractéres que deben ser siempre el objeto principal del poeta cómico. El estilo de la comedia debe ser puro, elegante y animado, sin levantarse apenas del tono ordinario de una conversacion entre personas atentas, y sin descender jamás á espressiones vulgares, bajas y groscras. El verso que mas la compete es el octosílabo asonantado, por

ser este el que mas se acerca á la prosa, que debiera ser el lenguaje de la comedia, como propio de una conversacion familiar, sobre que por la mayor parte ella versa. Por esta razon se debe tener por importuno en la comedia el estilo demasiado adornado y culto, y la versificacion artificiosa de sonetos, décimas, quintillas y otras, cuyo defecto se nota en nuestros dramáticos antiguos.

Ha pocos años que apareció en el teatro francés una especie de comedia, que cultivaron despues con ventaja los ingleses y alemanes. Esta es la comedia tierna ó drama sentimental, de que tenemos un buen modelo en *Delincuente honrado*, original, y en la traduccion de la *Misanropía*. Esta especie de drama ó comedia tiene por principal objeto el promover los afectos de ternura y compasion, sin que deje de dar lugar al desenvolvimiento de caracteres ridículos, que fueron desde principios el fundamento de las composiciones cómicas. No es fácil decidir cual especie es mas digna de imitacion; pues si la primera castiga los vicios y extravagancias de los hombres con el ridículo, esta otra forma el corazon sobre los útiles sentimientos de humanidad y de benevolencia. Todas serán muy interesantes bien manejadas, y dispuestas de forma que induzcan el amor á la virtud, aunque se mire oprimida, y el horror al vicio, aunque parezca afortunado, que es el fin principal que se debe proponer todo poeta dramático, y

aun los compositores en todos los demas géneros de poesía.

TRATADO DE DECLAMACION.

La declamacion puede dividirse en dos partes principales, que son *pronunciacion* y *accion*: trataremos de cada una de ellas separadamente.

El que habla en público debe tener una pronunciacion clara y distinta; esto es, debe hablar despacio, distinguir los sonidos, sostener los finales, separar las palabras, las sílabas, y algunas veces las letras que podrian confundirse ó producir al encontrarse algun mal sonido; pararse en los puntos, las comas, y donde quiera que lo pidan el sentido y la claridad. Es la pronunciacion, respecto del discurso, lo que la impresion respecto de la lectura; asi como una obra, hermosamente impresa, en buen papel, con todos los acentos y debidos espacios entre las palabras y entre los renglones, parece que adquiere un nuevo mérito, y encanta la vista; del mismo modo se oye con indecible gusto una pronunciacion clara que lleva las palabras al oido sin confusion y sin embarazo.

La pronunciacion debe ser tambien espedita, no precipitada. Tampoco se ha de alentar frecuentemente para que no se corte el sentido de la oracion, ni se ha de aguantar el aliento hasta que falte, porque es muy disonante el eco pro-

ducido por el aliento que se acaba ; por cuya razon los que tienen que decir un período dilatado deben tomar el aliento de tal manera , que esto se haga por un instante , sin ruido , y sin que se conozca. Con todo , bueno es ejercitar el aliento para que dure lo mas que sea posible , como hizo Demóstenes , que recitaba sin alentar los mas versos que podia , subiendo cuestas , y solia perorar en su casa revolviendo piedrecillas con la lengua , para pronunciar las palabras con mas espedicion.

Pero la gracia principal de la pronunciacion consiste en la variedad , cuyo vicio opuesto se llama *monotonia* ; esto es , un solo tono y sonido de la voz. No conviene decirlo todo á gritos , lo cual es una locura ; ó como en una conversacion , lo cual carece de afecto ; ó en un bajo murmullo , lo que quitaria á la pronunciacion toda la viveza ; sino que se deben variar las inflexiones de la voz , segun lo pidiere , ó la dignidad de las palabras , ó la naturaleza de los conceptos , ó el remate y principio de los períodos , ó el tránsito de una cosa á otra. Sobre todo , atiéndase á no esforzar la voz mas de lo que se puede ; porque la voz sofocada y despedida con esfuerzo , es siempre oscura , y algunas veces violentada , viene á dar en aquel tono que los griegos llaman *closmos* ; esto es , canto de gallina , tomado el nombre del canto de los pollos pequeños.

La pronunciacion debe ser conveniente ; es

decir, que se ha de tomar un tono de voz proporcionado á lo que se dice. Siendo estos tonos infinitos en número, seria dificultoso señalar todas sus diferencias, y dar reglas acerca de ellos; con todo, parece que se puede reducir á tres especies: tono familiar, sostenido, y medio.

El primero es de la conversacion: se compone de inflexiones suaves y sencillas; no es monótono, ni muy desigual, y no tanto se aprende con reglas, quanto con la imitacion; pero es menester escoger un buen modelo, porque hay que distinguir el tono familiar de los hombres cultos, del tono familiar de la gente ordinaria; y entre los primeros, unos tienen mas finura que otros. A este tono pertenecen las definiciones, reflexiones, y relaciones: en una palabra, todo lo que es narracion.

El tono sostenido se emplea en la declamacion de discursos graves, ó quando se leen obras serias. La voz entonces es llena; las sílabas se pronuncian con cierta melodía parecida al canto, y se varian las inflexiones con dignidad. Dícense con este tono las oraciones públicas, y los trozos de poesía sublime.

El tono medio tiene mas aparato que el familiar, y menos que el sostenido: se estiende su jurisdiccion á las recitaciones en verso y prosa, quando no pertenecen al género sublime, y á las disertaciones literarias, romances y fábulas.

Despues de la pronunciacion no hay cosa mas importante que la accion. Con ella espresamos

algunas veces las cosas mejor que con las palabras, y de ella pende toda la gracia del que habla en público. Por esta razón solía Demóstenes ejercitarse en esta parte de la oratoria, mirándose en un espejo de cuerpo entero.

La cabeza es uno de los miembros principales en la acción, como lo es en el cuerpo, y contribuye no solamente á dar gracia, sino también espresion. Lo que se requiere es que esté siempre derecha, y en una postura natural; porque baja denota humildad, demasiado levantada arrogancia, inclinada á un lado desfallecimiento, y muy tiesa grosería.

En segundo lugar, debe tener unos movimientos proporcionados á la misma acción, de tal manera que acompañe las manos y se conforme al ademán. Esto deberá observarse siempre, menos cuando desaprobamos, negamos ó mostramos aversion á alguna cosa, de tal manera que parece que con el semblante detestamos, y con las manos desechamos aquello mismo, como cuando decimos: *¡Oh Dioses, apartad tamaña peste!* Hay otros muchos modos con que la cabeza espresa los sentimientos del corazón, porque además de los movimientos que tiene para *afirmar, negar y asegurar*, los tiene también para mostrar *verguenza, duda, admiración é indignación*, conocidos y sabidos de todos.

Mas no debe hacerse uso del movimiento solo de la cabeza: aun el moverla frecuentemente no deja de ser cosa viciosa, y moverla con dema-

siado ímpetu sacudiendo los cabellos , es propio de un hombre que está furioso.

El semblante es el que mas dominio tiene en la accion. Con él nos mostramos suplicantes; con él amenazamos , con él somos benignos , tristes, alegres , soberbios y humildes. De él están como pendientes los hombres ; á él es á quien miran, con él mostramos nuestro amor , por él entendemos muchísimas cosas , y algunas veces sirve por todas las palabras. Pero en el semblante hacen los ojos el papel principal , pues en ellos se pinta el alma , de manera que aun sin moverse , no solo se revisten de claridad con la alegría , sino que con la tristeza se cubren como de una nube. Ademas de esto la naturaleza les dió las lágrimas por intérprete del sentimiento ó del gozo.

Con el movimiento muestran conato , ó indiferencia , soberbia , fiereza , dulzura , ó aspereza ; de cuyas formas se revestirá el que habla en público , segun el lance lo pidiere. Alguna vez deberá fijar la vista en un objeto , ofenderse , ó manifestar desfallecimiento , asombro , alegría , viveza , ó deleite , ó ponerla atravesada , y por decirlo asi , amorosa , en ademan de hacer alguna súplica. Porque ¿quién sino un hombre enteramente rudo é ignorante tendrá los ojos cerrados , ó fijos siempre en un objeto mientras habla?

Mucho hacen tambien las cejas , pues parece que ponen en otra disposicion los ojos , y gobiernan la frente. Con ellas se arruga , se baja ,

ó se levanta; y como si la naturaleza hubiese querido que una misma cosa sirviese para muchos afectos, aquella sangre que sigue los movimientos del alma, movida por la vergüenza, hace cubrir el rostro de color encendido, y cuando se retira por el miedo, queda todo el hombre exangüe, frio y pálido; mas templada, produce un buen medio de serenidad.

Apenas puede decirse cuantos movimientos tienen los brazos: las demas partes del cuerpo acompañan al que habla; pero estas casi estoy por decir que hablan por sí mismas. Por ventura ¿no pedimos con ellas, no prometemos, llamamos, perdonamos, amenazamos, suplicamos, detestamos, tememos, preguntamos, negamos, y mostramos gozo, duda, confusion, tristeza, arrepentimiento, moderacion, abundancia, número, y tiempo? Ellas mismas ¿no incitan, no suplican, no aprueban, no se admiran, no se avergüenzan? Para mostrar los lugares y personas, ¿no hacen las veces de adverbios y pronombres de tal manera que siendo tan grande la variedad de lenguas que hay entre todas las gentes y naciones, este parece ser un lenguaje comun á todos los hombres?

Pero el aire de los brazos no se consigue sino con mucha aplicacion, y por mas favorables que puedan ser nuestras disposiciones naturales, el punto de perfeccion depende del arte. Para que el movimiento de los brazos sea agradable, se observará la siguiente regla: siempre que se le-

vante el uno, es menester que la parte superior, quiero decir, la que se comprende de la espalda al codo, se separe del cuerpo la primera, y que esta arrastre las otras, que deben moverse sucesivamente y sin precipitacion. De consiguiente, la mano deberá moverse la última, permaneciendo inclinada hasta tanto que la parte anterior del brazo haya llegado á la altura del codo: entonces la mano se mueve hácia arriba, mientras que el brazo continúa su movimiento para elevarse al punto en que debe permanecer.

Cuando se quiere bajar el brazo deberá la mano caer la primera, y las demas partes del cuerpo seguirán por su órden, atendiendo á que los brazos no estén tiesos, y se haga ver el pliegue del codo y del puño. Los dedos no deben estar estendidos: es necesario presentarlos con suavidad, y hacer que se conserve entre ellos la gradacion natural, que es fácil observar en una mano medianamente doblada.

Igualmente es necesario no accionar con viveza, porque cuanto mas lenta y suave es la accion, es tanto mas agraciada.

Separándose de las espresadas reglas, y moviéndose, por ejemplo, primeramente la mano y la parte inferior del brazo, la accion es zurda: si el brazo se estiende con precipitacion y con fuerza, la accion es dura. Cuando se acciona solamente con medio brazo, y los codos se mantienen unidos al cuerpo, semejante postura es en extremo desairada. No

obstante, los brazos deben estar igualmente estendidos, ni elevarse á la misma altura; porque es una regla bastante conocida que la mano no debe levantarse mas arriba del codo, ó á todo mas de los ojos; pero cuando una violenta pasion arrebatada al que declama, puede olvidar todas las reglas, y en tal caso le será lícito accionar con viveza y levantar los brazos encima de la cabeza.

El movimiento de una mano comienza muy bien desde el lado izquierdo, y remata en el derecho: la izquierda por sí sola jamás hace buen ademan: comunmente acompaña á la mano derecha, y se levanta algunas veces á la altura de la otra para la espresion de algunos afectos.

La postura del cuerpo debe ser recta: los pies iguales, ó el izquierdo muy poco trecho delante del otro: las rodillas derechas: pero no de manera que parezca se tienen estiradas: los hombros quietos, los brazos algo separados del cuerpo, y las manos en la disposicion que se dijo arriba.

Sobre la congruencia en la pronunciacion.

Peca contra la congruencia:

1. ° El que hablando á un superior, ú orando, no da á sus palabras el tono de respeto ó veneracion que debe.

2. ° El que predicando en el templo, exhortando á un concurso, perorando en un consejo

no proporciona su pronunciacion al lugar y auditorio.

3. ° Lo mismo el que pronuncia discursos piadosos con irreverencia ó descompostura, graves, con ligereza, jocosos con gravedad, alegres con chocarrería.

4. ° El que habla con descaro á sus mayores, con altanería á sus iguales, con menosprecio á los inferiores; pues tal es el defecto de la pronunciacion, que muchas veces se ofende mas con el tono que con las palabras.

5. ° Y en fin, casi siempre que se peca contra el sentimiento, se peca tambien contra la congruencia. Asi que, para evitar equivocaciones, debe notarse, que la diferencia que hay entre estas dos propiedades, es que la congruencia mira principalmente al tono general de la pronunciacion, y el sentimiento á la modulacion particular de cada espresion, aunque sin perder de vista el tono general.

Este tono en la congruencia dice relacion al sentido; pero el sentimiento de la pronunciacion al efecto del ánimo, ó al sentimiento mismo.

Para que se comprenda mejor esta diferencia debe advertirse:

1. ° Que nosotros podemos muy bien enunciar con palabras las ideas de racionio; mas no de sentimiento.

2. ° Que para estas no tenemos signos bastante congruentes.

3. ° Que aunque en las lenguas no hay pa-

labras ó signos sentimentales, por ejemplo, las interjecciones, ni aun estas lo son, por sí solas, independientes de la pronunciacion.

4. ° Que solo podemos enunciar bien nuestros sentimientos cuando á las palabras que los representan, sean las que fueren, acompañamos la modulacion que corresponde á cada uno en particular.

5. ° Que siendo tantos y tan varios los que pueden afectar nuestra alma, la pronunciacion no será congruientemente sentida sino en cuanto se acomode, multiplicando y variando, y uniendo sus modulaciones, al número y variedad de nuestros sentimientos.

6. ° Y en fin, que siendo cada sentimiento particular, por ejemplo, de horror, de sorpresa, de lástima, de gozo, capaz de tantos grados de fuerza, dentro de su misma naturaleza, no bastará para la completa espresion del sentimiento que la modulacion sea general correspondiendo á su naturaleza, sino que deberá tambien acomodarse á su grado.

Peca contra la armonía el que peca en las demas calidades de la pronunciacion; porque el que no espresase clara y ordenadamente sus palabras ó no señalare con las pausas convenientes su distincion, y la de las frases y períodos: el que no acomodare su tono y modulacion á los objetos y sentimientos de su discurso, claro es que no será armonioso en su pronunciacion, pero tampoco lo será el que por defecto natu-

ral ó vicio adquirido (que es lo mas comun) pronuncia con voz oscura, ó cascarena, ó desentona: el que da á las palabras sonidos ásperos, confusos ó desagradables: el que chilla, ó ladra, ó canta en vez de hablar, esto es, cuyo tono ó modulaciones son ya agudos ya bajos, ya ásperos en demasía, ó ya demasiado afectados en la espresion. El que cae en monotouía; esto es, en uniformidad de tono, pronunciando todo cuanto dice con un mismo sonido, ó que por el contrario varia sin razon ni objeto sus sonidos, ó pronunciando como se suele decir, sin ton ni son. Finalmente el que pronuncia sus discursos sin cadencia; esto es, sin elevacion ó depresion de la voz, ó tiene esta cadencia fuera de los puntos en que la requieren las frases, ó períodos, ó las emplea en mas alto grado, ó bajo del que ellas requieren.

Para confirmar estos principios de pronunciacion con ejemplos, es indispensable la viva voz. Con todo citaremos dos escritos para mayor ilustracion. El 1.º será en prosa; á saber, las arengas pronunciadas en Tlascala antes de su conquista por los españoles, tomadas de Solis. El 2.º la Profecía del Tajo de Fr. Luis de Leon. De uno y otro hablaré segun la ocasion.

En cuanto á la claridad, las reglas dadas no han menester esplicacion, ni se puede dar sino á la voz. Solo noto que debiendo ser la pronunciacion de Xicotencal mas animada, pide ya un sonido mas fuerte, ya unas pausas menos

detenidas y marcadas que la de Magiscacin; y tambien que en la primera estancia de la Profecía del Tajo, en que habla el poeta, se debe pronunciar con menos fuerza que las otras en que habla el rio. Y que la pausa entre ella y las demas debe ser mas larga y marcada.

En las arengas se debe considerar: 1.º La dignidad de los que hablan como senadores. 2.º De los que oyen al senado ó consejo soberano de la república. 3.º El asunto, la deliberacion, la paz y la guerra con un ejército de fuerza y poder desconocido. 4.º El estado: esto es, la division de pareceres en el senado, y la necesidad de tomar un partido, para responder á los embajadores. Estas consideraciones son comunes á uno y otro interlocutor, y piden de entrambos: 1.º Gravedad circunspecta y respetuosa al cuerpo que oye. 2.º Vigor para esforzar las razones y persuadir y vencer con ellas. 3.º Calor y vehemencia de pronunciacion para espresar el amor á la patria que las dicta y anima, y el temor de las consecuencias del contrario dictámen. 4.º Confianza en la fuerza y peso de las razones en que se funda cada uno.

Pero el carácter personal de los que hablan, modifican variamente estas consideraciones.

Magiscacin era anciano, lleno de madurez y esperiencia, amante de la paz por razon, y del reposo por su edad: su patriotismo era mas desinteresado, y todo esto le daba una gran con-

sideracion en todo el senado, y mayor confianza en su opinion. Por el contrario, Xicotencal, mozo de profesion militar, general de las tropas, y acreditado en la guerra, tenia de una parte inclinacion preferente á ella, y de otra mas confianza en las armas: la ambicion tomaba en él la máscara del patriotismo. Conocia la consideracion de Magiscacin, pero la sentia al mismo paso que la desdeñaba; y para quitársela y destruir el peso de ella queria pintar su prudencia como hija del miedo y la cobardía, y su inclinacion como efecto de la vejez y amor al reposo. Si pues las razones que dimos antes presentaban á entrambos unos mismos puntos de congruencia, las que acabamos de indicar presentan otros particulares á cada uno de estos interlocutores, como prueban sus mismos discursos.

Asi que el tono de Magiscacin será firme y circunspecto, porque solo quiere llamar la atencion del senado á sus razones, y no á su persona, y no trata de deslucir el dictamen ageno, sino de establecer el propuesto. Pero el de Xicotencal debe ser vehemente y orgulloso, porque quiere superar á Magiscacin, y llamar la atencion del senado á sí solo. Magiscacin empezará con gran reposo, y sin prelude, recordando la tradicion en que se funda, hasta las palabras «no puedo negaros:» En ellas habla con mas énfasis, porque aplica el vaticinio á los españoles, y confirma esta aplicacion con los recientes por-

«sentos, hasta «pues ¿quién habrá;» donde su espresion empieza á ser mas sentimental y acalorada, témplase en las palabras «pero yo,» donde prescindiendo del vaticinio, se funda solo en razones de probidad y política; pero entrando en las palabras «sobre que injuria,» toma nuevo calor, cuyo sentimiento y espresion van creciendo gradualmente hasta «mi sentir es,» donde concluye su dictámen con firme é imparcial seguridad.

Pero Xicotencal, desde su exordio (que acaba en las palabras «verdad es,») trata de desviar la atencion del senado de Magiscacin, y de menguar su autoridad. Debe, pues, empezar con cierta templanza, pero orgullosa, y cuando dice que venera el dictámen de Magiscacin, debe manifestar mas desden que respeto. Sigue templado en las palabras citadas, concediendo (como de gracia) la certeza del vaticinio, pero con cierto énfasis que indica sus dudas acerca de él. Luego toma calor su espresion desde «pero dejadme,» donde reprueba la aplicacion que hizo Magiscacin á los españoles. Continua creciendo su calor, y muestra menosprecio de estos enemigos, y de los que los temen, hasta «esto se pondera:» desde aqui mas fuerza de calor y altanería; mas aun desde «estos nuestros,» donde hay una mezcla de horror, encono y envidia hácia el enemigo, variados y graduados segun los males de que los acusa. En todo aspira á llamar hácia su persona toda la conside-

racion. Por fin, interpreta las últimas señales del cielo en favor de su intento, menosprecia la intercesion de los zempoales, y concluye lleno de arrogante confianza en favor de la guerra que desea.

Profecía del Tajo.

Creían los gentiles que en los ríos y fuentes habitaban genios, y los poetas fingiendo lo mismo, los personificaban, y hacían hablar. Así Fr. Luis hace al Tajo, río principal de España por su caudal, y porque baña la ciudad de Toledo, antigua corte de los godos, profetizar á su rey don Rodrigo la irrupcion sarracénica. Un río, pues, que es una especie de semidios, anunciando en tono profético al soberano de una gran nación los males y la ruina que la amenaza, debe tomar en su espresion el último grado de vehemencia; aunque graduándola según la série de los pensamientos. Esta vehemencia crece por el estado del rey, que siendo á quien principalmente incumbe la defensa de la nación, en vez de atender á ella, está descuidado y entretenido en amores ilícitos. A esto se agrega que en poesía la espresion debe ser mas fuerte y marcada que en la prosa, y todas las calidades de la pronunciacion mas cuidadosamente distinguidas. De estos principios se inferirá el tono de congruencia general con que se debe pronunciar toda oda.

El poeta espone en la 1.ª estancia el objeto

y la escena de la profecía; en la 2.ª rompe súbitamente el río por una amarga imprecación al Monarca; en la 3.ª deplora tristemente los males que amenazan á su pátria: declara en la 4.ª y en la 5.ª la grande estension de pais á que se estenderán. En la 6.ª declara con vehemencia los aparatos de la guerra que le viene encima, y su progreso y cercanía en las siguientes hasta la 12.ª; siempre graduando la vehemencia de la espresion, conforme á ellos. El *¡ay triste!* con que rompe la 12.ª, y la reconvencion que hace el río al Monarca, debe espresarse en tono profundamente lastimoso y desconsolado; pero en la 13.ª pone al río en todo su calor y priesa para mover al rey monarca. Al fin en la 14.ª, 15.ª, y 16.ª, desesperado de todo remedio, lamenta en tono muy doloroso y abatido los horrores de la guerra, derrota del ejército, y ruina de la pátria.

Gesto.

El gesto acompaña, ayuda y completa la pronunciacion. Consta de dos partes: una á quien conviene mas particularmente este nombre, y es el aire ó aspecto que sucesivamente va tomando nuestro semblante al paso que pronunciamos; y otra á que se dá el nombre de accion, y es el movimiento con que nuestro cuerpo, y particularmente nuestra cabeza y brazos acompañan nuestras palabras.

Para conocer quanto es el poder del gesto,

reflexiónese que la esperiencia enseña que nuestro rostro, aun sin hablar puede manifestar atencion, aprobacion, ó desaprobacion, duda, recelo, temor, complacencia, gravedad, respeto, desden, desprecio, inclinacion, amor, despego, ódio, aborrecimiento, horror, templanza, moderacion ó alteracion, sobresalto, ira, furor, despecho, contento, alegría, gozo estremado, seriedad, tristeza, melancolía, etc.; en suma, no solo todos los sentimientos que se pueden expresar con palabras, sino tambien algunos, para cuya espresion no hay palabras en ninguna lengua conocida.

Para determinar mas la espresion de estos sentimientos los dividiremos en tres clases: 1.ª disposiciones: 2.ª afecciones: 3.ª pasiones del ánimo. La 1.ª indicará el estado tranquilo de nuestra alma, aunque modificado por su disposicion actual como sério, grave, circunspecto, plácido, sereno, satisfecho, afable, agradable, etc. La 2.ª los movimientos mas vivos del ánimo, conmovido por alguna afeccion, como de gozo ó dolor, orgullo, recelo, admiracion, repugnancia, aversion, etc. La 3.ª los movimientos mas impetuosos del ánimo, poseido ó arrebatado por alguna pasion, como de ódio, horror, furor, sorpresa, profunda tristeza, estrema alegría, etc.

TRATADO

del análisis del discurso, considerado lógico y gradualmente.

. Cui lecta potenter erit res,
Nec facundia deseret hunc, neque lucidus ordo.

Analizar una cosa es dividirla en todas las partes de que se compone, para observar cada una separadamente, y volver despues á unir las para observar su conjunto. Hecho este análisis se conoce una cosa cuanto cabe en el entendimiento humano.

Así, si queremos conocer el mecanismo de un reloj, le dividiremos en todas sus partes poniéndolas unas junto á otras. Examinarémos su forma y su destino; como obran unas sobre otras, y como desde el primer muelle pasa el movimiento de rueda en rueda hasta la aguja que señala las horas.

Luego tambien para analizar el discurso observaremos el oficio y la significacion de cada palabra, sus relaciones unas con otras, cómo de su enlace se forman los pensamientos, y cómo estos reducidos á cierto orden componen el discurso.

De aquí se ve que el discurso no es mas que una série de pensamientos espresados con palabras. Luego haciendo el análisis del discurso, se hace al mismo tiempo el del pensamiento. Aun

podemos decir que el análisis del pensamiento se halla hecho en el discurso, porque las palabras nos representan las ideas que recibimos por la sensación ó por la reflexion. Las relaciones de las palabras son las de nuestras ideas. En la union de las palabras vemos claramente las comparaciones, los juicios y los racionios que forma nuestro entendimiento. Todas estas cosas están separadas y puestas en órden en el discurso; nos podremos detener en cada una para observarla con cuidado, y ver despues como se unen entre sí para formar el pensamiento.

Este método, pues, nos ha de enseñar como formamos y como espresamos nuestros pensamientos. Por él adquirirá nuestro entendimiento aquella rectitud necesaria para hallar la verdad en las ciencias, y la precision que se dirige á facilitar tan precioso hallazgo. Conocida la generacion de las ideas, y por consiguiente la de las palabras, no tropezaremos en ninguna que pueda causar confusion: rectificaremos las ideas falsas que hemos contraido por el hábito, y distribuiremos todos nuestros conocimientos en un órden tan claro, que podremos desde el último subir progresivamente hasta el primero, y desde este bajar hasta el último.

El análisis es el único método que tenemos para aprender y saber bien las ciencias, porque es aquel con que ellas se formaron. Las matemáticas, por ejemplo, infunden al entendimiento tanta claridad y conviccion, porque sus pro-

posiciones se deriban unas de otras, y así no es posible convencerse de una de ellas antes de haberse convencido de aquella en que se funda su demostracion.

Del mismo modo sin el análisis nunca podremos conocer el arte de pensar y el de hablar, que se reducen á lo mismo. Una cosa es pensar y hablar, y otra pensar y hablar bien. Todos los hombres piensan y hablan, porque sus necesidades les precisan á esto desde su infancia. ¿Mas qué diferencia reina entre ellos en este punto?

Dejemos aparte aquella clase de hombres que viven en la mas baja esfera de la sociedad, pues estos, no con sus luces; sino con su trabajo, contribuyen al bien comun, por lo que el corto número de sus ideas se contraen únicamente á sus oficios respectivos, y á los objetos que diariamente se presentan á su vista. Solo contemplemos los que recibieron una educacion, sea la que fuere, y veremos desde luego que la mayor parte de ellos puede dar razon de lo que ha aprendido. ¿Quién duda que esplicarán bien sus ideas si estuviesen colocadas en su entendimiento en un orden claro? Pues en este caso solo tendrian que dar á las palabras el mismo orden que tienen sus ideas.

Al contrario, estando sus ideas envueltas en la mayor confusion, ¿quién se admirará de que la misma confusion reine en las palabras?

A lo mismo se debe atribuir la facilidad con que olvidan lo sabido ya. No habiendo orden,

no estan sus conocimientos enlazados unos con otros. Por consiguiente cuando perciben una idea no pueden representarse todas aquellas con quienes tiene relacion; asi como estando separadas varias bolas de marfil, el impulso dado á una de ellas no comunicará movimiento alguno á las demas, pero estando unas unidas con otras, bastará dar impulso á una, para que todas reciban movimiento.

Apuremos mas nuestras observaciones, aplicándolas á aquella porcion de hombres que llamamos de instruccion. Muchos de ellos, dotados de ingenio, por la falta de método no logran la estension de luces á que podian aspirar. Por mas que lean los mejores modelos; y traten con los mas eruditos, reina siempre en su entendimiento un caos que no pueden disipar. De ahí se ven en sus producciones los pensamientos mas sólidos, junto á los mas ridículos, y á la verdad mezclada con el error. Algunos tienen el don de hablar con facilidad; mas sus discursos son por lo regular fútiles y vacíos de sentido. Su facundia les ofrece muchas palabras, y su imaginacion muchas ideas placenteras con que quieren encubrir su falta pero este afeitte no puede engañar á la razon; y solo fascina los ojos de la ignorancia.

Si volvemos ahora la vista hácia aquellos; que siempre claros en sus pensamientos, lo son tambien en sus espresiones, que esparcen la misma claridad con todas las materias que tratan, que

juzgan con solidez y eligen con buen gusto, cuya conversacion agrada tanto, porque siempre es sencilla, amena y del alcance de todos, estos diremos que piensan bien, porque estudiaron como se piensa bien: estos hablan bien, porque hablan del mismo modo que piensan.

Por último, si en cualquiera ciencia ó arte, el que estudia por principios lleva tanta ventaja al que solo sabe por la práctica. Si un arquitecto es superior á un albañil: un pintor á un embarcador y un piloto á un práctico, lo mismo en el arte de espresar nuestros pensamientos, el mas perfecto será el que conozca mejor sus principios.

Ya conocemos la importancia de este arte, estudiemos sus principios, que llegarán á nuestro conocimiento por medio del análisis del discurso.

Principio del análisis.

El discurso es una série de pensamientos espresados con palabras. Luego todas las veces que hablamos ó escribimos con alguna estension, formamos un discurso.

Puesto que un discurso consta de varios pensamientos, para analizarle será preciso considerar aparte cada pensamiento, y despues considerar como se enlazan unos con otros.

Pero un pensamiento tiene varias partes que están desenvueltas en lo escrito. Para conocerlas no hay mas que tomar un pensamiento en cualquier obra, y observarle con cuidado. Sea por

ejemplo el trozo siguiente, sacado del discurso de don Ventura Rodríguez, por don Gaspar de Jovellanos. Trátase en él de la erección del nuevo templo de Covadonga.

«A la vista de una de aquellas grandes escenas en que la naturaleza ostenta toda su magestad, Rodríguez se inflama con el deseo de la gloria, y se prepara á luchar con la naturaleza misma. ¡Cuántos estorbos, cuántas y cuán arduas dificultades no tuvo que vencer en esta lucha! Una montaña que escondiendo su cima entre las nubes embarga con su horridez y su altura la vista del asombrado espectador; un río caudaloso, que taladrando el cimiento brota de repente al pie del mismo monte; dos brazos de su falda, que se avanzan á ceñir el río formando una profunda y estrechísima garganta, horrendos peñascos suspendidos sobre la cumbre, que anuncian el progreso de su descomposicion; sudaderos y manantiales perennes; indicios del abismo de aguas cobijado en su centro, árboles robustísimos que le minan poderosamente con sus raíces, ruinas, cavernas, precipicios.... ¿qué imaginacion no desmayaria á la vista de tan insuperables obstáculos?

«Mas la de Rodríguez no desmaya, antes su génio, empeñado de una parte por los estorbos, y de otra mas y mas aguijado por el deseo de gloria, se muestra superior á sí mismo, y hace un alto esfuerzo para vencer todos los obstáculos. Retira primero el monte, usurpando á una

y otra falda todo el terreno necesario para su invencion; levanta en él una ancha y magestuosa plaza, accesible por medio de bellas y cómodas escalinatas, y en su centro esconde un puente que da paso al caudaloso rio y sujeta sus márgenes; coloca sobre esta plaza un robusto panteon cuadrado, con graciosa portada, y en su interior consagra el primero y mas digno monumento á la memoria del gran Pelayo; y elevado por estos dos cuerpos á una considerable altura, alza sobre ella el magestuoso templo de forma rotunda, con gracioso vestíbulo, y cúpula apoyada sobre columnas aisladas; y le enriquece con un bellissimo tabernáculo, y le adorna con toda la gala del mas rico y elegante de los órdenes griegos.

«¡Oh que maravilloso contraste no ofrecerá á la vista tan bello y magnífico objeto, en medio de una escena tan hórrida y estraña! Dia vendrá en que estos prodigios del arte y de la naturaleza atraigan de nuevo allí la admiracion de los pueblos, y en que disfrazada en devocion la curiosidad, resucite el muerto gusto de tan antiguas peregrinaciones, y engendre una nueva especie de supersticion, menos contraria á la ilustracion de nuestros venideros.»

Número 1.

Partes de un pensamiento.

Todo este trozo se reduce á un solo pensa-

miento. Rodriguez hizo un magnífico edificio en Covadonga; mas el autor le desenvuelve con claridad, precision y elegancia.

Primero le divide en tres partes principales señaladas con tres párrafos distintos. En el primero presenta los obstáculos que Rodriguez tuvo que vencer: en el segundo todo lo que hizo para vencerlos; y en el tercero la admiracion que causa tan magnífica obra. Estas tres partes, distintas en lo escrito, se presentaban al mismo tiempo al entendimiento del autor. No pudo separarlas sin desenlazar su pensamiento; ni expresarlas con primor, sin analizar con exactitud y perfeccion.

Luego que el autor descubrió en su pensamiento tres partes principales, trató de desenvolver cada una separadamente. Cada una de estas tres partes se hizo, pues, como un nuevo pensamiento, cuyas nuevas partes fué preciso señalar. En efecto, las vemos señaladas en el primer párrafo, ora con un punto, ora con dos, ó con coma; ó con punto y coma.

Estas palabras, v. gr. «Rodriguez se inflama con el deseo de gloria, y se prepara á luchar con la naturaleza misma» se terminan con un punto, porque presentan un sentido completo. Todas las demas partes de este párrafo se terminan con dos puntos, porque el sentido se halla suspenso de una á otra, y asi todas concurrerán á desenvolver la primera, cuyo desenvolvimiento acaba con el párrafo. En cada parte ve-

mos una coma, última subdivisión del pensamiento, que sirve para separar una idea de otra.

Lo mismo podemos observar en los dos párrafos siguientes. Como quiera, ocurre en ellos una nueva división, señalada con punto y coma. Esta tiene casi el mismo oficio que los dos puntos, pues si en algunos casos el punto y coma no señala una relación tan próxima entre lo que se dijo y lo que se va á decir como la que señalan los dos puntos, siempre se puede asegurar que uno y otro se confunden las mas de las veces, y que ambos son partes que desenvuelven un pensamiento.

Número 2.

Naturaleza de estas partes.

Hemos visto el pensamiento dividido en varias partes: consideremos ahora cada parte separadamente.

Para esto hemos de advertir que un pensamiento se compone de uno ó mas juicios, porque cuando pensamos no hacemos sino juzgar de dos ó mas cosas, y cuando espresamos con palabras estos juicios de nuestra alma formamos lo que se llama proposición.

Ahora bien, volvamos á nuestro asunto, y veremos en el trozo precedente tres especies de proposiciones. En la primera parte del primer párrafo. «Rodríguez se inflama.....» hallamos

una proposición, llamada principal, porque la que precede y las que siguen se refieren á ella, y no hacen mas que desenvolverla. Su carácter consiste en que presenta por sí sola un sentido completo. Llamamos subordinada la que está antes, «A vista de una.....» porque no forma sentido alguno, sino en cuanto se une á la proposición principal. Puede estar antes ó despues de ella, sin que por eso pierda su carácter.

Se observa la última especie de proposición en estas palabras: «una montaña, que embarga la vista del espectador.» *Que embarga* no es proposición principal, tampoco es *subordinada*; determina solamente la palabra *montaña*, señalando la calidad que tiene de embargar la vista, por lo que se le da el nombre de incidente.

En la primera parte del último párrafo vemos una proposición principal que carece de miembros. Esta tiene el nombre de frase ó de oración.

En el primero y segundo párrafo varias proposiciones desenvuelven la proposición principal: se da el nombre de periodo á su conjunto, y á cada una el de miembro del periodo.

Número 3.

Análisis de la proposición.

Se asentó arriba que una proposición, es la espresion de dos ó mas juicios: luego para co-

nocer que cosa es proposicion, debemos considerar antes en qué consiste el juicio.

Esta es una operacion de nuestra alma. Para comprender mejor como se hace, tomémosla desde su principio.

Sabemos ya que todas nuestras ideas proceden de la sensacion ó de la reflexion: de la sensacion cuando las percibimos por medio de los sentidos, y de la reflexion cuando el alma se para á considerar sus propias operaciones.

Supongamos ahora que el alma recibe por la sensacion dos ideas. En este caso su primera operacion es la atencion; esto es, atiende á ellas. No podria el alma atender á ellas si no fuesen presentadas por los sentidos; mas pueden los sentidos; presentárselas, sin que por eso les dé siempre el alma su atencion como sucede cuando miramos una cosa y pensamos en otra.

Despues de la atencion el alma pasa á la comparacion; esto es, compara una idea con otra. Si despues de compararlas percibe entre ellas semejanza ó diferencia, esta percepcion es un juicio de nuestra alma.

Luego el juicio procede de la comparacion de dos ideas: la comparacion es la atencion dada á cada una de estas dos ideas; y se debe la atencion á la direccion de nuestros sentidos á un objeto particular.

Estas tres operaciones son simultaneas en nuestra alma, como lo podemos conocer por nuestra propia experiencia. Siempre que ha-

blamos formamos uno ó muchos juicios, sin advertir que nuestra alma atiende ó compara para formarlos. Obrando las tres al mismo tiempo, nuestra alma percibe por ellas al mismo instante una relacion de semejanza ó de diferencia que constituye el juicio.

Mas si queremos espresar este juicio con palabras, tendremos que separar estas operaciones. Asi representaremos por medio de dos palabras las dos ideas de que consta necesariamente cada juicio; y hecha la comparacion, representaremos por medio de una tercera palabra la relacion de semejanza ó de diferencia que se advierte en las dos primeras. De ahí se ve como las operaciones de nuestra alma se analizan con palabras ó, lo que es lo mismo, con el discurso.

Si el juicio espresado con palabras constituye la proposicion, este juicio *Rodríguez es arquitecto* se llamará proposicion, y hallaremos en ella el análisis de las operaciones que hizo nuestra alma para formar este juicio.

Luego toda proposicion consta de tres palabras. La primera se llama sugeto, la segunda atributo: ambos son seguidos de dos ideas que hemos comparado; y la tercera, que es signo de la operacion de nuestra alma, se llama verbo.

Las proposiciones son simples ó compuestas: simples cuando constan de tres palabras ó de dos, porque en este caso el verbo y el atributo se confunden en una misma palabra. Asi *yo hablo*

es una proposicion simple , que equivale á *yo estoy hablando*.

Llámase proposicion compuesta la que contiene en compendio varios juicios , como la siguiente: «Rodriguez tiene ingenio , osadía , talento.» Es claro que en esta proposicion hay tantos juicios cuantos atributos. Es lo mismo que decir : «Rodriguez tiene ingenio..... Rodrigueztiene osadía..... Rodrigueztiene talento.»

Tambien puede una proposicion ser compuesta respecto del sugeto , como se advierte en esta: «Rodriguez , dotado de una alma sublime , superior á todos los obstáculos , formado por los mejores modelos , tiene ingenio , osadía , talento.» *Dotado , superior y formado* son otros tantos atributos que se refieren á *Rodriguez* por medio del verbo que se suple en cada uno de ellos.

Por último , los varios miembros de que se compone un periodo son otros tantos juicios que se refieren al sugeto ó al atributo de una proposicion principal , como lo podemos ver en el primero y segundo párrafo del trozo mencionado.

Se infiere de esta doctrina , que un juicio es simple , y que una proposicion es compuesta , cuando encierra en sí varios juicios.

Número. 4.

Análisis de los términos de una proposicion.

El sugeto , el verbo y el atributo , que tam-

bien suelen llamarse términos de una proposición, tienen sus oficios respectivos. El sugeto representa la cosa de que se habla, el atributo la calidad que se juzga que tiene, y el verbo refiere la calidad al sugeto.

1.º El sugeto representa la idea de una cosa que existe, ó la idea de una cosa que miramos como existente. En el primer caso se contrae únicamente á la cosa que representa, distinguiéndola de cualquier otro individuo, por lo que se llama nombre propio, como *Madrid*, *Tajo*. En el segundo comprende en su significacion una clase de muchos individuos, como *hombre*, *caballo*, y se llama nombre general.

Luego el nombre propio espresa la idea que tenemos de un individuo, y el nombre general una clase de muchos individuos.

La idea de un individuo es una idea de sensacion, pues no la tendríamos si los sentidos no presentasen este individuo á nuestra alma; y los sentidos no le presentarian si no existiese verdaderamente. Al contrario, la idea que tenemos de una clase, es una idea de reflexion, pues los sentidos no presentan esta clase á nuestra alma, sino que la formó ella de por sí, por medio de varias espresiones: luego el nombre general no representa una cosa que existe verdaderamente.

Consideremos ahora las operaciones que hizo el alma para lograr la idea de una clase. Los sentidos le presentaron sucesivamente varios in-

dividuos, á quienes dió su atencion. 1.^a Operacion: comparó estos individuos unos con otros. 2.^a Operacion: juzgó que tenían varias calidades comunes. 3.^a Operacion: dió el alma la idea de un conjunto de calidades comunes de muchos individuos cuyo conjunto se representa por la palabra *clase*, ó lo que es lo mismo por la de *nombre general*.

Asi como hemos formado varias clases de individuos que existen, formariamos tambien varias clases de las calidades que percibimos en los individuos. Tales son las clases representadas por las palabras *blancura*, *olor*, *virtud*.

Se infiere de estos principios, que el sugeto de una proposicion representa indistintamente un nombre propio ó un nombre general, cuyos nombres se reducen comunmente al de sustantivo.

El atributo representa un nombre general, como en la proposicion. «Rodriguez es arquitecto», ó un adjetivo, como en esta: «Rodriguez es ingenioso.» Consideremos ahora el carácter de esta última palabra.

El adjetivo determina siempre el sustantivo; y se podria llamar incidente, pues hace el mismo oficio que la proposicion de este nombre. En *hombre ilustre*, la palabra *hombre* representa la idea de un nombre general, y la palabra *ilustre* determina esta idea, haciéndola considerar con la relacion de *ilustre*. En *vuestro padre*, la palabra *vuestro* determina la idea *padre*, pues se-

ñala la relacion que tiene con vosotros. En *este libro*, la palabra *este* determina la idea de *libro*, porque manifiesta la relacion que tiene con lo que indica. Y generalmente todo adjetivo añade á la idea principal otra idea, que por esta razon se llama adjetiva.

Estas tres relaciones suponen tres juicios de nuestra alma. No conoceríamos, v. gr., la relacion que existe entre *hombre* y *ilustre*, sin haber comparado estas dos ideas. Luego cuando decimos, *hombre ilustre* significamos que la idea de *hombre* conviene con la de *ilustre*, ó lo que es lo mismo, que la primera tiene relacion con la segunda. Conforme á esto, *hombre ilustre* es lo mismo que *hombre que es ilustre*; *vuestro padre*, lo mismo que *padre que es vuestro*: *este libro* lo mismo que *libro que es este*. Donde se ve claramente que los adjetivos tienen el mismo oficio que las proposiciones incidentes; esto es, el de determinar los sustantivos.

Los sustantivos con preposicion tienen tambien el mismo oficio que los adjetivos y las proposiciones incidentes. *Hombre de ingenio* es lo mismo que *hombre ingenioso*, ó lo mismo que *hombre que es ingenioso*. Sentaremos, pues, por principio general que las proposiciones incidentes, los adjetivos y los sustantivos con preposicion se identifican; y que todos ellos determinan los sustantivos.

Número 5.

Análisis del verbo.

El verbo , segun hemos dicho , juzga de la relacion de semejanza ó de diferencia que existe entre el sugeto y el atributo: de donde se podria inferir que no hay mas que un verbo en el lenguaje. Mas los hombres procuraron reducir la espresion de sus pensamientos á un corto número de palabras por cuya razon impusieron á una sola palabra la significacion de varias relaciones , que deberian espresarse con distintas palabras.

Asi unieron la idea del verbo *estar* , con la idea de un adjetivo , espresando las dos con una sola palabra , cual es *vivir* , *amar* , *estudiar* , en lugar de *estar viviendo* ; *estar amando* , *estar estudiando* ; y estos compuestos se llamaron tambien verbos.

Ademas de esto imaginaron varias terminaciones del verbo , para espresar con ellas varias relaciones: 1. ° con un sugeto conocido por medio de esta terminacion , y que por lo mismo puede suplirse en el discurso: 2. ° relacion con el número de sugetos: si es uno se dice *estudio* , si son muchos *estudiamos*: 3. ° relacion al tiempo: *estudio ahora mismo*.

Si tomamos por punto fijo del tiempo un momento determinado , estableceremos tres divi-

siones: tiempo presente, tiempo pasado ó perfecto, y tiempo venidero, cuyos tres periodos se señalan con distintas terminaciones del verbo.

La accion, una de las calidades transitorias de un sugeto, puede tener relacion con dos periodos. De ahí nuevas terminaciones del verbo, conocidas bajo los nombres de imperfecto, pluscuamperfecto, imperativo.

Por último todos estos tiempos reciben distintas terminaciones en las proposiciones subordinadas, lo que constituye la diferencia de tiempo del indicativo, y tiempo de subjuntivo. Tales son las relaciones espresadas con las terminaciones del verbo: veamos las que le acompañan.

Cuando se dice *la naturaleza ostenta*, se puede preguntar, ¿qué es lo que ostenta? *toda su magestad*; donde se ve que *magestad* es objeto del verbo. Luego si hemos hallado una relacion entre el sugeto y su calidad, comparando el primero con la segunda, hallariamos del mismo modo una relacion entre el sugeto y el objeto del verbo. Esta relacion no se espresa en el discurso, sino por el lugar que tiene el objeto, pues suele posponerse al verbo; y cuando no, se alcanza esta relacion por medio del buen sentido.

La naturaleza ostenta su magestad á todos los hombres, es otra relacion espresada con la preposicion *á*; porque la calidad del sugeto se dirige ó se termina en *todos los hombres* porque *todos los hombres* se llaman término del verbo.

En una de aquellas grandes escenas: rela-

cion del lugar, señalada con la preposicion *en*.

Se inflama con el deseo de gloria: relacion de causa, señalada con la preposicion *con*.

Dos brazos de su falda: relacion de pertenencia, señalada con la preposicion *de*.

Bastan las relaciones que acabamos de apuntar para formar concepto de las demas, cuyo número es considerable, y con esto concluimos el análisis del discurso; puesto que le hemos dividido en varias partes, y subdividido estas en proposiciones principales, subordinadas, incidentes, simples y compuestas; hallado en cada proposicion sustantivos, adjetivos, verbos y preposiciones, y visto como unas palabras sirven para determinar otras. He aqui pues el discurso reducido á sus elementos y acabado su análisis.

Número 6 y último.

Observaciones sobre el análisis del discurso.

Con el análisis que acabamos de hacer hemos reparado que muchas palabras se suplen en el discurso con motivo de darle mas precision. Esta calidad del discurso es muy grata al que escribe y al que lee, al que habla y al que oye, porque con ella unos y otros logran mas pronto su intento. Las percepciones de nuestra alma son obra de un instante; mas su espresion exige todo el tiempo necesario para descomponerlas. Percibiendo varias ideas al mismo tiempo, de-

searíamos, si fuese posible, espresarlas del mismo modo; mas no pudiendo ser esto, nuestro mayor gusto pende de la mayor precision. Cuan-
to mas se reduce el tiempo, tanto mas pronto se verifica la espresion, y tanto menos trabajo cuesta la descomposicion. A esto se puede atribuir el origen de las palabras compuestas en el discurso. El adverbio, el pronombre y la conjuncion, por ejemplo, no representan una sola idea, sino varias ideas que deberian espresarse con distintas palabras. Por esta razon no tratamos de ellos en el análisis.

Consideremos ahora estas palabras compuestas, y veamos á qué elementos se reducen.

El adverbio equivale á un sustantivo con preposicion. Se dice *prudentemente*, en lugar de *con prudencia*: *mas*, en lugar de *en cantidad superior*, y asi de los demas.

El pronombre equivale algunas veces á una proposicion compuesta, como *venid á ver á un rey á quien sus reyes pagaron tributo, á un soberano de quien eran vasallos ocho soberanos, al monarca mas célebre de su siglo, al mas sabio de Europa, y todos menos su corazon le faltaron*. Donde vemos que el pronombre *le* representa las cuatro partes de que consta esta proposicion.

La conjuncion encierra en sí el pensamiento ó la idea que se acaba de espresar, uniéndola con la que sigue. Tales son las siguientes: *entonces*, en lugar de *en aquel tiempo*; *asi*, en lu-

gar de esta suerte ; pues , en lugar de *por consiguiente*.

La conjuncion *y* entre dos substantivos como *orador y poeta* , manifiesta que se va á hacer respecto de *poeta* el mismo juicio que se hizo de *orador*.

Por último , la conjuncion *que* suple el lugar de varias palabras , como *dícese que la jurisprudencia es el alma de la sociedad*. La conjuncion *que* en esta proposicion es una espresion abreviada que corresponde á esta otra : *dícese una cosa que es la jurisprudencia* , etc. ; donde se vé que su oficio es unir la primera proposicion con la segunda.

RESUMEN GENERAL.

PRIMERA PARTE.

1. ° Nuestros pensamientos se contraen á cosas que existen en la naturaleza , ó á cosas que miramos como existentes.

2. ° Una cosa que existe es un conjunto de calidades , porque las calidades de las cosas son todo lo que podemos percibir en ellas.

3. ° Las calidades pueden ser esenciales ó transitorias. *Animado* es una calidad esencial del hombre. La accion de sus miembros es una calidad transitoria , porque pende de su voluntad.

4. ° En una cosa que existe consideramos las calidades esenciales y transitorias ; mas en una cosa que miramos como existente prescindimos

de las transitorias, y solo consideramos las esenciales; de donde se infiere que la idea de las primeras es de sensacion, y la de las segundas de reflexion.

5. ° La palabra que representa la idea de una cosa que existe, se llama nombre propio. La que representa la idea de una cosa que miramos como existente, se llama nombre general. Ambos tienen nombre de substantivos.

6. ° El nombre propio siempre es sugeto; el nombre general puede ser sugeto de una proposicion.

SEGUNDA PARTE.

1. ° Las cosas tienen entre sí varias relaciones; luego las mismas relaciones habrá entre nuestras ideas.

2. ° Percibimos estas relaciones por medio de una operacion de nuestra alma.

3. ° Una cosa puede tener relacion con otra cosa, ó con una ó varias calidades.

4. ° Para espresar estas relaciones en el discurso, usamos de nombres generales, adjetivos, proposiciones incidentes, y substantivos con preposiciones que se refieren al sugeto por medio del verbo espresado ó suplido.

5. ° El adjetivo, llamado así porque siempre se une al substantivo, espresa en el discurso lo que se refiere al sugeto.

6. ° El adjetivo, la proposicion incidente,

y el sustantivo con preposicion, son siempre atributos de una proposicion.

7. ° El verbo es el signo de una operacion de nuestra alma que juzga de la relacion de semejanza ó diferencia que existe entre el sugeto y el atributo.

8. ° Damos tambien el nombre de verbo á una palabra compuesta que comprende el verbo verdadero en adjetivo y varias relaciones expresadas con sus terminaciones, aunque algunos los diferencian llamando verbo sustantivo al primero, y verbo adjetivo al segundo.

9. ° Las demas palabras compuestas que vemos en el discurso, se reducen á las que acabamos de señalar como el pronombre, el adverbio y la conjuncion.

RUDIMENTOS

de la gramática francesa: idea de la pronunciacion.

La verdadera pronunciacion de la lengua francesa, consiste en dar á cada sílaba un sonido conforme al genio de la lengua. Las sílabas se componen de letras, así como en los demas idiomas; consideraremos pues la pronunciacion de cada letra por sí sola, y despues llegaremos á la pronunciacion de las letras en cuanto forman sílabas.

Las letras se dividen en vocales y consonan-

tes. Las vocales son cinco: *a*, *e*, *i*, *o*, *u*, cuya pronunciación solo en la *e* y en la *u* se diferencia de la castellana: la *e* se articula con mas ó menos lentitud, segun lo requieren los acentos, que en francés son tres: agudo, grave y circunflejo. Por medio de estos tres acentos, la *e* toma tres nombres y tres pronunciaciones distintas: *e* cerrada se pronuncia como en castellano *amé*; *e* abierta pide una abertura de boca mas grande, y *e* muda tiene un sonido sordo, como en la palabra *madre*: la pronunciación de la *u* se hará conocer con la viva voz.

Dos ó tres vocales pueden andar unidas en una misma palabra, y sin embargo se reducen al sonido de una sola vocal: llámanse entonces vocales compuestas. Asi en la voz francesa *plaire*, la *a* y la *i* juntas suenan como una *e*: en la voz *autel*, la *a* la *u* tienen el valor de una *o*. No sucede lo mismo en la lengua castellana, donde se pronuncia como se escribe, y se escribe como se pronuncia. Procurarémos hacer conocer con ejemplos algunas de estas vocales compuestas, dejando al uso el conocimiento de las demas, que son en gran número.

Ejemplos de vocales compuestas: *ai*, *ei*, *oi* tienen el sonido de una *e* abierta, como *maison* casa; *peine*, trabajo; *conoztre*, conocer.

Ea suena a v. g. *li mangea*, él comió; *eo* suena o v. g. *nous mangeons*, nosotros comemos; *eu* forma un misto de *e* muda y de *u* francesa v. g. *peu*, poco; *ou* hace *u* castellana, v.

g. *fou*, loco; *ui* se pronuncia como *i*, v. g. *gui-
de*; *guia*.

Cada una de estas vocales no sigue la misma pronunciacion en todas las palabras: las excepciones son muchas, y por consiguiente reservaremos para el tiempo de la lectura el indicarlas á medida que se ofrezca.

Las consonantes de la lengua francesa son diez y nueve, á saber: *b, c, d, f, g, h, j, k, l, m, n, p, q, r, s, t, v, x, z*.

No pueden pronunciarse sin ayuda de vocal: aplicaremos pues cada una de ellas á cada una de las cinco vocales para determinar su pronunciacion respectiva. En estas combinaciones observaré sus diferencias del castellano, particularmente en los tres sonidos de la *e*

La *b* se ha de distinguir de *v* en la pronunciacion. El sonido de la primera se forma arrojando el aliento al tiempo de desunir los labios, y el de la *v* hiriendo en los dientes de arriba el labio de abajo, al modo con que se pronuncia la *f*, como en estas vocales, *base*, y *vase*, *bague* y *vague*, *bain* y *vain*. Los españoles confunden estas dos letras en la pronunciacion, mas no en lo escrito, como lo manifestaremos en la pronunciacion.

C y *k* son unísonas hiriendo á las vocales *a, o, u*: la *c* se pronuncia *s* antes de *e* y de *i*: suena *g* algunas veces, v. g. *second*, *cicogne*, *secret*: suena *s* delante de las cinco vocales cuando está con cedilla.

La *g* suena como en castellano delante *a*, *o*, *u*; pero es necesario oír la viva voz para pronunciarla con *e*, *i*. Se pronuncia delante de *a*, *o*, *u*, como delante de *e*, *i*, cuando á dicha *g* sigue inmediatamente una *e* muda, como *il mangea*. A la pronunciacion de la *g* delante de *e*, *i*, se arregla la pronunciacion de la *j* delante de las cinco vocales, v. g. *jardin*, *joli*.

La *h* es aspirada *hamau*, ó muda v. g. *homme*, *honneur*. La primera corresponde á una consonante, la segunda suple las veces de vocal.

La *d*, *f*, *l*, *m*, *n*, *p*, *q*, *r*, *t*, no se apartan de la pronunciacion castellana.

La *s* simple tiene el sonido de la *c* francesa, que se hará conocer con la viva voz, como *baiser poison*: la doble tiene el sonido de una castellana, v. g. *baissér*; *poisson*.

La *x* tiene en francés dos sonidos: el primero suena como *ks* v. g. *sexe*, *axe*, y el segundo suena *s* como *deuxième*, *sixième*.

La pronunciacion de cada letra por sí sola conduce á la pronunciacion de las letras en cuanto forman sílabas: llamamos sílaba un sonido que se articula con un solo impulso de la voz: una sílaba se compone de una consonante con una vocal, v. g. *me*, *pe*; ó de una vocal con varias consonantes, v. g. *prompt*, ó de una consonante con varias vocales, v. g. *Dieu*; ó de una sola vocal, v. g. *a*.

Nacen de aqui dos dificultades: primera, ¿cómo se distinguen las sílabas en una palabra que

tiene muchas? Segunda, ¿cómo se distinguen las sílabas largas de las breves? Dejaremos para mañana el responder á ellas.

La division de las sílabas en una palabra depende del oído solo; de modo que toda la doctrina sobre este asunto, se reduce á que los alumnos atiendan á la voz de su maestro, y apunten en la palabra tantas sílabas cuantos sonidos fueren señalados en la pronunciacion. Ilustrados por la esperiencia conocerán despues fácilmente los caprichos del uso francés sobre este particular.

Formada la division de las sílabas en una palabra, falta dar á cada una su sonido correspondiente. Si la sílaba fuere compuesta de una consonante con una vocal, os será fácil pronunciarla; habiendo aplicado cada consonante á cada una de las cinco vocales. Si la consonante fuere combinada con una vocal compuesta, no os detendrá tampoco su pronunciacion, sabiendo que una vocal compuesta se reduce al sonido de una simple vocal. Está toda la dificultad en la combinacion de consonantes con diptongos ó con vocales nasales, que serán el objeto de las lecciones siguientes.

El conjunto de dos vocales que se pronuncian en dos sonidos, se llama diptongo: en la palabra *moi* la *o* y la *i* tienen dos sonidos distintos: en la palabra *mai* la *a* y la *i* juntas tienen un solo sonido, ved aqui la diferencia del diptongo y de la vocal compuesta.

Los diptongos se componen de dos vocales

simples , como *suave* ; ó de una vocal simple con una vocal compuesta , como *miauler* , ó de dos vocales compuestas, v. g. *ouais*.

El diptongo forma siempre sílaba; y si las vocales no pueden pronunciarse en una sola sílaba deja de ser diptongo, como en estas voces *criant*, *sanglier*. Los diptongos pertenecen á los dos idiomas, francés y castellano: los triptongos solo al castellano, y no al francés, segun nuestro dictámen que motivaremos en la esplicacion.

Cuando una vocal simple ó compuesta se une con la *m* ó la *n*, forma una vocal nasal, por salir de las narices su pronunciacion , v. g. *plan*, *can*, *paon*: *en* y *em* suenan algunas veces *an* y *am*, v. g. *enfant* *empire*; otras voces suena *en*, v. g. *ennemi*, *lien*: *im* y *in* siguen la misma pronunciacion , como *faim* *jardin*.

Cesan de ser nasales la *m* y la *n* cuando se pronuncian separadas de la vocal, y forman distintas sílabas , v. g. *amitié*, *vaine*. Haremos conocer la pronunciacion de estas vocales nasales con la viva voz , aplicando á cada una de ellas cada una de las consonantes; y asi facilitaremos á los alumnos el pronunciarlas en sus sílabas.

Las sílabas largas y breves son el objeto de la segunda dificultad: la sola regla para distinguir las es el uso y el ejemplo de aquellos que hablan puramente. Las sílabas largas son señaladas regularmente con el acento grave ó circunflejo , v. g. *tempête*, *après*; debiéndose advertir que la pronunciacion francesa es diame-

ralmente opuesta á la castellana en cuanto á los acentos. Las sílabas breves en castellano son largas en francés, v. g. *ingénua*, *ingennúe*; *série*, *serie*; *génésis*; *genése*.

Se ha dado á conocer la pronunciacion de cada letra por sí sola, y la pronunciacion de las letras formando sílabas. Era el único fin de nuestras lecciones; porque sabida la pronunciacion de cada sílaba, no hay trabajo en pronunciar cualquiera palabra. Concluiremos este bosquejo con algunas reglas generales de la pronunciacion.

1.^a *Regla.* No se ha de pronunciar ninguna consonante final, á escepcion de *c l m*.

2.^a *Regla.* Si la consonante final fuere seguida de una vocal inicial de voz, la consonante se pronunciará en la poesía y discursos académicos; mas no en la prosa y discursos familiares, sino en ciertas palabras que hacen escepcion.

3.^a *Regla.* Se pronuncia larga la sílaba final de los plurales.

Observaciones particulares.

La *d* final se pronuncia con el sonido de la *t*, v. g. *grand homme*: la *g* con el de la *k*, v. g. *sang et eau*. La *l* no se pronuncia en *il* ó *ils*, v. g. *il mange*, *ils laissent*, sino cuando se sigue una vocal inicial de voz: *quelque* y sus derivados se pronuncian sin *l*; *cet* suena *st*, y *cete* suena *ste*, v. g. *cet oiseau*, *cette femme*.

Es muy desagradable la pronunciacion que se dá en Paris á la *l* mojada, á las vocales compuestas *ou*, *eu*, *aou*, y *gn*: restableceremos estas letras en su verdadera pronunciacion, indicando los abusos de la lengua parisina.

Concluiremos aqui nuestras lecciones de pronunciacion, persuadidos de que en esta materia no conviene multiplicar las reglas, sino apuntar las precisas, y sostenerlas con buenas esplicaciones; mas hace aqui la viva voz del maestro, que la teoría mas sublime de los principios.

Principios de la gramática francesa.

Se han considerado las palabras como simples sonidos en el tratado de la pronunciacion: conviene ahora considerarlas como signos de nuestros pensamientos; esto es, dando á conocer á los otros hombres, por medio de la voz ó de la escritura, lo que pasa en nuestra mente, bien sean los objetos, ó las formas de nuestros pensamientos. Las palabras asi consideradas, se llaman partes de la oracion.

En la lengua francesa, como en las demas lenguas, todas las palabras son indicantes ó determinantes. Cada una de estas especies se divide en varias clases, segun se ha explicado en la gramática general. Seria ocioso repetir una cosa sabida ya: prescindamos, pues, de estas definiciones; y sábios ecónomos del tiempo, nos

detendremos solamente en las diferencias de la lengua francesa.

Palabras indicantes de ser y de calidad.

Estas dos clases de palabras son susceptibles en todas las lenguas de sexo, número y caso.

En la lengua francesa el sexo se distingue por las palabras *le* y *la*: *le* conviene á la especie varonil, y *la* á la especie de hembras. Seria un error manifiesto querer determinar el sexo por la terminacion, existiendo palabras de diferentes sexos, que se terminan del mismo modo, como *porte*, *homme*, *gain*, *main*: hemos de advertir que *le* y *la* no pueden determinar el sexo cuando la palabra que sigue principia con vocal, porque la vocal anterior se omite por evitar la cacofonia, quedando su lugar señalado con el apóstrofe, como *l'ame*, *l'esprit*: en estos casos el Diccionario puede servir de guia á los principiantes. Es de grande importancia para nuestros alumnos el reparar con cuidado los sexos de las palabras francesas, y cotejarlos con los de las palabras correspondientes en castellano; de este modo no se dejarán engañar por la analogía de su idioma. El dolor se dice en francés *la douleur*; el fin, *la fin*; la primavera, *le printemps*; la sangre, *le sang*. Sucede algunas veces que la misma palabra indicante de *ser* muda su sexo mudando su significacion: *le garde du corps*; *la garde d'une épée*; *un poste avantageux*; *courir la poste*.

Otras, sin mudar su significacion, mudan su sexo en ciertas ocasiones: *gens* indica sexo femenino cuando es precedido de una palabra indicante de calidad: así se dice *les bonnes gens*: y al contrario, es masculino cuando le sigue una indicante de calidad, como *les gens savans*.

Amour es masculino refiriéndose á uno, y femenino refiriéndose á muchos; *les folles amours*.

Chose es femenino por sí mismo, y masculino cuando se une con *quelque* v. g. *quelque chose de bon*.

Las palabras indicantes de calidad tienen dos sexos: el femenino y el masculino, aumentado con la letra *e*, v. g. *savant, savante*. Esta regla tiene muchas escepciones: primeramente las voces terminadas en *l, n, s, t*, duplican estas en la formacion del femenino, como *bel, belle*.

Lo segundo *beau* hace *belle, blanc blanche, public publique, bref breve, long longe, favori favorite, pécheur pécheresses, acteur actrice, frai fraiche, honteux honteuse, doux douce, malin maligne*.

Las palabras francesas reciben tambien número. El plural se forma añadiendo una *s* al singular, como *porte, puerta, portes*, se exceptuan las voces terminadas en *au, eu, ou*: estas toman una *x* el plural, en lugar de una *s* como *eau, agua, eaux; caillou, guijarro, cailloux*.

La palabra determinante *la* hace *les* al plural y no *las*: los terminados en *al* se convierten en *aux*, como *cheval, caballo, chevaux*: salen de

esta escepcion *bal*, baile; *regal*, regalo; *car-
naval*, carnaval y algunos otros.

Los que acaban en *z*, *s*, *x*, guardan estas letras en el plural, como *le nez*, la nariz; *le fils*, el hijo; *la voix*, la voz. Algunos plurales son irregulares: *le ciel*, el cielo, hace *les cieux*; *ayeul*, abuelo, hace *ayeux*; *œil*, ojo, hace *yeux*.

En fin las palabras francesas son susceptibles de casos: no renovaremos aqui la teoría de los casos por haberse establecido en la gramática general; bástanos decir que se forman en francés como en castellano por medio de palabras determinantes, segun se sigue:

El hombre- <i>l'homme</i>	El hombre- <i>l'homme</i>
Del hombre- <i>de l'homme</i>	O hombre- <i>ó homme</i>
Al hombre- <i>à l'homme</i>	Del hombre- <i>de l'homme</i>

El plural francés se refiere tambien al castellano, como.

Los hombres- <i>les hommes</i>	Los hombres- <i>les hommes</i>
De los hombres- <i>des hommes</i>	O hombres- <i>ó hommes</i>
A los hombres- <i>aux hommes</i>	De los hombres- <i>des (hommes.</i>

Hay alguna variacion en el uso de las determinantes cuando la palabra principia con vocal y es masculina, como:

El pan- <i>le pain</i>	El pan- <i>le pain</i>
Del pan- <i>du pain</i>	O pan- <i>ó pain</i>
Al pan- <i>au pain</i>	Del pan- <i>du pain.</i>

Las palabras femeninas no siguen esta diferencia: se dice.

De l'eau—del agua
A l'eau—al agua

De la fleur—de la flor
A la fleur—á la flor.

Por lo que queda dicho se infiere, que la lengua francesa y la castellana son conformes en cuanto á los casos: que solo se diferencian en las palabras que principian con consonantes, y que entrambas se apartan del mismo modo de la latina, escluyendo las terminaciones, y representándolas con palabras determinantes.

Convendria, pues, establecer aqui los usos y variaciones de esta palabra determinante, llamada por los latinos artículo; sin embargo, no le señalaremos este lugar por conformarnos al orden que se ha puesto en la gramática general.

Las palabras indicantes de ser pueden ser representadas por otras palabras para evitar una repeticion frecuente: los latinos llamaron á estas últimas pronombres. Son de uso comun en todas las lenguas, y por ser dificultosa su aplicacion en la francesa, nos detendremos en considerarlas por menor, esplicando sus diferencias.

1.^a Especie. En el discurso, uno puede hablar de sí mismo, de otro, á otro; y para no repetir sus apellidos respectivos, se ha convenido en representarlos por medio de otras palabras. En castellano se dice: *yo, tú, él*; en francés *je, tu, il*; tienen la misma significacion

las palabras *moi*, *toi*, *lui*, y corresponden á *mí*, *tí*, *sí*.

Luego se puede establecer, que para expresar la primera persona se puede usar de las palabras *je*, *me*, *moi*. Para la segunda de *tu*, *te*, *toi*, y para la tercera de *il*, *le*, *lui*. Falta ahora determinar la aplicacion de cada una: *je*, *tu*, *il*, son sugetos de la accion, como yo veo, *je*, *vois*: *me*, *te*, *le*, se ponen cuando sigue una palabra indicante de accion como él le mató, *il*, *le*, *tua*: *moi*, *toi*, *lui*, se ponen despues de la indicante de accion, como dále *donne lui*.

Cuando las personas indican muchedumbre se dice *nous*, *vous*, *ils*, nosotros, vosotros, ellos. Se ha de advertir que *nous* y *vous* no varian delante ó despues de una palabra indicante de accion, como *nous*, *aimons*, nosotros amamos; *il nous aime*, él nos ama; *aimez, nous*, amadnos. No sucede asi, respecto á la tercera persona; se dice, *ils*, cuando es el sugeto de la accion, v. g. *ils veulent*: se dice *les*, antes de una palabra indicante de accion, como *il les ennuye*, él les enfada; se dice unas veces *les* y otras *leurs*, despues de una indicante de accion: permitidles, *permettez leurs*; matadles, *tuez les*.

2.a Especie. Estas palabras indicantes de *ser* se convierten en indicantes de calidad, cuando se trata de posesion. *Je*, primera persona, se convierte en *mon* ó *mien*: *tu*, segunda persona, en *ton* ó *tien*: *il*, tercera persona, en *son* ó *sien*. De modo que se dice, *mon*, *ma*, *mien*, *mienne*

(mi, mio, mia) : *ton, ta, tien, tienne* (tú, tuyo, tuya) : *son, sa, sien, sienne* (su, suyo, suya).

Teneis que advertir que las palabras castellanas, *mí, tú, su*, no reciben género femenino como las francesas, v. g. *mi libro, mi casa, mon livre, ma maison*. La aplicacion de estas dos especies, *mon, mien, ton, tien; son, sien*, es la misma en los dos idiomas, y por tanto no hablaremos de ellas.

Aunque *mon, ton, son*, sean propios del masculino, se usarán para ambos géneros, cuando el nombre que sigue empieza con vocal ó *h* muda, v. g. *mon ami, mi amigo, mon ame, mi alma*.

3.ª Especie. No se pueden colocar en esta clase segun mi dictámen *ce* y *cet*, que corresponden en castellano á *este*; porque en francés estas palabras se juntan siempre á un nombre, luego no se les puede llamar pronombres, sino meras palabras indicantes de calidad.

En lugar de *ce* y *cet*, cuando se quiere usar de estas palabras, como pronombres, se ha de decir, *celui-ci celui-lá*, v. g. ¿quién es ese? *qui est celui-ci?* aquel es mi primo, *celui-lá est non cousin*.

Sucede algunas veces, que para indicar mayor inmediacion, las sílabas *ci* y *lá* se posponen á *ce*, v. g. este libro, *ce-livre-ci*; aquel blanco, *cebanc-lá*.

4.ª Especie. Llámanse relativos aquellos que se refieren á una cosa ó persona antecedente:

tales son en francés, *qui*, *que*, *quoi*, *quel dont*: *qui*, es sugeto de la accion, como *la vertu qui plait*; *que* es término de accion, v. g. *la vertu que j' aime*, la virtud que yo amo; *quoi* se usa en ciertas ocasiones, v. g. con qué escribe vd? *avec quoi écrivez vous?* Se dice *quel* antes de una palabra indicante de *ser*, cuando el sentido es admirativo, ó la oracion interrogativa, v. g. ¿qué hombre es esté? *quel homme est celui-ci?* *Dont* corresponde á las palabras castellanas de *que*, ó de *quien*, v. g. el libro de que hablo, *le livre, don je parle*.

5.a y última especie. Hay en francés una palabra que indica una especie de tercera persona, general é indeterminada, como cuando se dice: *on étudie*, se estudia. Esta palabra *on* parece tener las propiedades de pronombre, y por tanto la hemos colocado en esta clase, apartándonos de las ideas recibidas en las gramáticas francesas.

Pueden tambien ser contraidas á esta especie, *y*, *en*: la primera corresponde á las voces castellanas en él, ó en ellos, y la segunda á las voces de él, ó de ellos, v. g. hablando de un sitio hermoso, *je m' y divertis*, yo me divierto en él; hablando de manzanas, *j' en ai mangé* comí de ellas: ampliaremos esta doctrina en la explicacion.

Palabras indicantes de accion.

Habeis aprendido á espresar ideas simples con

palabras indicantes de *ser*, conviene ahora unir estas entre sí para formar una oracion completa; lo que se hace por medio de palabras indicantes de accion. Infundiremos claridad sobre esta materia, considerando primero sus conjugaciones; segundo sus propiedades; tercero sus especies.

Sus conjugaciones.

Conjugar una palabra indicante de accion es decirla con todas las diferencias de que es capaz; de lo cual hablaremos despues. No se conjugan del mismo modo todas las palabras, porque existe su diferencia en la terminacion del tiempo indeterminado de cada una, pueden reducirse á cuatro sus terminaciones: *er*, *ir*, *oir*, *re*; luego son cuatro las conjugaciones.

Conviene hablar ahora de los auxiliares *haber* y *ser*, porque no reciben regla alguna para su conjugacion peculiar, y entran en la conjugacion de las demas palabras.

CONJUGACION DEL AUXILIAR HABER.

Tiempo presente.

J'ai

tu as

il a

nous avons

vous avez

ils ont.



Pretérito imperfecto, ó tiempo pasado, referente al presente.

J'avois	nous avions
tu avois	vous aviez
il avoit	ils avoient.

Tiempo pasado perfecto.

J'ai eu, ó j'eus	tu as eu, ó tu eus
il a eu, ó il eut	vous avez eu, ó vous eutes
nous avons eu, ó nous eumes	ils ont eu, ó ils eurent.

Tiempo pasado, referente á otro mas pasado.

J'avois eu	nous avions eu
tu avois eu	vous aviez eu
il avoit eu	ils avoient eu.

Tiempo venidero.

J'aurai	nos aurons
tu auras	vous aurez
il aura	ils auront.

Tiempo presente, referente al venidero.

Aie	ayez
qu'il ait	qu'ils aient
ayons	

Tiempo indeterminado.

Avoir.

Participio activo.

Ayant.

Participio pasivo

Eu.

*Los mismos tiempos sujetos á una causa de la accion.*Il faut que j' aie
que tu aies
qu'il aitque nous ayons
que vous ayez
qu'ils ayent.*Tiempo pasado, referente al presente.*Quand j'aurois
quand tu aurois
quand il auroitquand nous aurions
quand vous auriez
quand ils au roinet.*Tiempo pasado.*Quoique j' aie eu
quoique tu aies eu
quoiqu'il ait euquoique nous ayons eu
quoique vous ayez eu
quoiqu'ils ayeut eu.*Tiempo pasado referente á otro mas pasado.*Si j'eusse eu
si tu eusses eu
s'il eut eusi nous eussions eu
si vous eussiez eu
s'ils eussent eu.*Tiempo venidero.*Quand j'aurai eu
quand tu auras eu
quand il aura euquand nous aurons eu
quand vous aurez eu
quand ils auront eu.

CONJUGACION DE LA PALABRA AUXILIAR *ser*.*Tiempo presente.*

Je suis	nous sommes
tu es	vous êtes
il est	ils sont.

Tiempo pasado, referente al presente.

J'étois	nous étions
tu étois	vous étiez
il étoit	ils étoient.

Tiempo pasado perfecto.

J'ai été, ó je fus	nous avons été, ó nous fumes
tu as été, ó tu fus	vous avez été, ó vous futes.
il a été, ó il fut	ils ont été, ó ils furent.

Tiempo pasado, referente á otro mas pasado.

J'avois été	nous avions été
tu avois été	vous aviez été
il avoit été	ils avoient été

Tiempo venidero.

Je serai	nous serons
tu seras	vous serez
il sera	ils seront.

Tiempo presente, referente al venidero

Sois	soyez
qu'il soit	qu'ils soient.
soyons	

Tiempo indeterminado. *Participio pasivo.*
Etre. Eté.

Participio activo. *Gerundio.*
Etant. En étant.

TIEMPOS DEPENDIENTES DE UNA CAUSA DE LA
ACCION.

Tiempo presente.
Il faut que je sois que tu sois
qu'il soit que vous soyez
que nous soyons qu'il soient.

Tiempo pasado, referente al presente.
Quand je serois quand nous serions
quand tu serois quand vous seriez
quand il seroit quand ils seroient.

Tiempo pasado.
Quoique j'aie été quoique nous ayons été
quoique tu ayes été quoique vous ayez été
quoique il ait été quoiqu'ils ayent été.

Tiempo pasado referente á otro mas pasado.
Si j'euss e été si tu eusses été
s'il eut été si vous eussiez été
si nous eussions été s'ils eussent été.

Tiempo venidero.
Quand j'aurai été quand nous aurons été

quand tu auras été
quand il aura été

quand vo us aurez été
quand ils auront été

Conocidas las conjugaciones de los auxiliares *ser* y *haber*, veamos como entran en la conjugacion de las demas palabras: á este efecto estableceremos aquí las cuatro conjugaciones.

PRIMERA CONJUGACION.

Tiempo presente.

J'aime.
tu aimes
il aime

nous aimons
vous aimez
ils aiment.

Tiempo pasado, referente á otro mas pasado.

J'aimois
tu aimois
il aimoit

nous aimions
vous aimiez
ils aimoient.

Tiempo pasado,

J'ai aimé, ó j'aimai nous avons aimé, ó nous aimas
(mes
tú as aime, ó tu aimas vous avez aimé ó vous aimates
il a aimé, ó il aima ils ont aimé, ó ils aimèrent.

Tiempo pasado, referente á otro mas pasado.

J'avois aimé
il avoit aimé
nous avions aimé

tu avois aimé
vous aviez aimé
ils avoient aimé.

Tiempo venidero.

J'aimerai	nous aimerons
tu aimeras	vous aimerez
il aimera	ils aimeront.

Tiempo presente, referente al venidero.

Aime	aimez.
qu'il aime	qu'ils aiment.
aimons	

Tiempo indeterminado.

Aimer.

Participio.

Aimé

Participio activo.

Aimant.

Gerundio.

En aimant.

TIEMPOS DEPENDIENTES DE UNA CAUSA DE LA ACCION.

Tiempo presente.

Il faut que j'aime	que nous aimions
que tu aimes	que vous aimiez
qu'il aime	qu'ils aiment.

Tiempo pasado, referente al presente.

Quand j'aimerois	quand nous aimerions
quand tu aimerois	quand vous aimeriez
quand il aimerait	quand ils aimeroient

Tiempo pasado.

Quoique j'aie aimé	quoique nous ayons aimé
--------------------	-------------------------

quoique tu aies aimé quoique vous ayez aimé
 quoiqu'il ait aimé quoiqu'is aient aimé

Tiempo pasado, referente á otro mas pasado.

Si j'eusse aimé si vous eussions aimé
 si tu eusses aimé si vous eussiez aimé
 s'il aût aimé s'ils eussent aimé.

Tiempo venidero.

Quand j'aurai aimé quand nous aurons aimé
 quand tu auras aimé quand vous aurez aimé
 quand il aura aimé quand ils auront aimé

SEGUNDA CONJUGACION.

Tiempo presente.

Je finis tu finis
 il finit. vos finissez
 nous finissons ils finissent.

Tiempo pasado, referente al presente.

Je finissois nous finissions
 tu finissois vous finissiez
 il finissoit ils finissoient.

Tiempo pasado.

J'ai fini, ó je finis nous avons fini, ó nous finimes
 tu as fini, ó tu finis vous avez fini, ó vous finites
 il a fini, ó il finit ils out fini, ó ils finirent.

Tiempo pasado, referente á otro mas pasado.

J'avois fini
tu avois fini
il avoit fini

nous avions fini
vous aviez fini
ils avoient fini.

Tiempo venidero.

Je finirai
tu finiras
il finira

nous finirons
vous finirez
ils finiront.

Tiempo presente, referente al venidero.

Finis
qu'il finisse
finissons

finissez
qu'ils finissent.

Tiempo indeterminado.

Finir.

Participio activo.

Finissant.

Participio pasivo.

Fini.

Gerundio.

En finissant.

TIEMPOS DEPENDIENTES DE UNA CAUSA DE LA ACCION.

Tiempo presente.

Il faut que je finisse
que tu finisses
qu'il finisse

que nous finissions
que vous finissiez
que ils finissioient.

Tiempo pasado, referente al presente.

Quand je finirois

quand tu finirois

quand il finiroit
quand nous finirions

quand vous finiriez
quand ils finiroient.

Quoique j'aie fini

Tiempo pasado.

quoique tu, etc.

Tiempo pasado, referente á otro mas pasado.

Quand j'aurai fini, etc.

TERCERA CONJUGACION.

Tiempo presente.

Je recois
tu recois
il recoit

nous recevons
vous recevez
ils recoivent.

Tiempo pasado, referente al presente.

Je recevois
tu recevois
il recevoit

nous recevions
vous receviez
ils recevoient.

Tiempo pasado.

J'ai reçu, ó je recus, etc.

Tiempo referente á otro mas pasado.

J'avois reçu, etc.

Tiempo venidero.

Je recevrai
il recevra
nous recevrons

tu recevras
vous recevrez
ils recevront.

Tiempo presente , referente al venidero.

Recois
qu'il recoive
recevons

Recevez
qu'ils recoivent.

Tiempo indeterminado.

Recevoir.

Participio activo.

Recevant.

Participio pasivo.

Recu.

Gerundio.

En recevant.

TIEMPOS DEPENDIENTES DE UNA CAUSA DE LA ACCION.

Il faut que que je recoive que nous recevions
que tu recoives que vous receviez
qu'il recoive qu'ils recoivent.

Tiempo pasado , referente al presente.

Quand je recevrais quand nous recevriions
quand tu recevrais quand vous recevriez
quand il recevrait quand ils recevraient.

Tiempo pasado.

J'aie reçu , etc.

Tiempo pasado , referente á otro mas pasado.

Si j' eusse reçu , etc.

Tiempo venidero.

Quand j' aurai reçu , etc.

CUARTA Y ULTIMA CONJUGACION.

Tiempo presente.

Je défends	nous défendons
tu défends	vous défendez
il défend	ils défendent.

Tiempo pasado, referente al presente.

Je défendois	nous défendions
tu défendois	vous défendiez
il défendoit	ils défendoient.

Tiempo pasado perfecto.

J' ai défendu, ó je défendis, etc.

Tiempo pasado, referente á otro mas pasado.

J' avois défendu, etc.

Tiempo venidero.

Je défendrai	nous défendrons
tu défendras	vous défendrez
il défendra	ils défendront.

Tiempo presente, referente al venidero.

Defends	défendez
qu' il défende	qu' ils défendent.
défendons	

Tiempo indeterminado. *Participio activo.*
 Défendre. Défendant.

Participio pasivo. *Gerundio.*
 Défendu. En défendant.

TIEMPOS DEPENDIENTES DE UNA CAUSA DE LA ACCION

Tiempo presente.

Il faut que je défende que nous défendions
 que tu défendes que vous défendiez
 qu' il défende qu' ils défendent.

Pasado , referente al presente.

Quand je défendrais quand nous défendrions
 quand tu défendrais quand vous défendriez
 quand il défendrait quand ils défendroient

Tiempo pasado.

Quoique j' aie défendu etc.

Pasado , referente á otro más pasado.

Si j' eusse défendu , etc.

Tiempo venidero.

Quand j' aurai défendu , etc.

Hasta aqui se trató de las conjugaciones de las palabras indicantes de accion regulares : va-

mos ahora á tratar de sus propiedades.

Las palabras indicantes de accion reciben números, personas y tiempos. El número se distingue cuando la acción se hace por uno ó muchos agentes: en el primer caso es singular, en el segundo plural. De esto se infiere que los agentes determinan el número en esta especie de palabras.

Las personas ó agentes son tres, como lo hemos establecido hablando de los pronombres. En francés acompañan á las palabras indicantes de accion, de manera que no pueden ser separadas de ellas: no sucede lo mismo en la lengua castellana, como se comprobará en la explicacion.

Regularmente se colocan las personas precediendo á las palabras de accion: sin embargo, puede suceder que se pospongan á ellas: 1.º cuando hay interrogacion en el discurso: 2.º cuando se encuentran despues de las voces *aussi*, *peutêtre*, *du moins*, *en vain*, *à peine*. Cuando se habla interrogativamente y que se termina la palabra de accion con *e* muda, no basta posponer la persona correspondiente, sino que la *e* muda se convierte en *e* cerrada: *parle-je bien?* se ha de pronunciar, *parlé je bien?*

En estos casos de interrogacion pueden ser espresadas en la oracion palabras indicantes de *ser*, y no obstante se les debe espresar los pronombres, y posponerlos á las palabras de accion, v. g. *Pierre est il paresseux?*

Consta por lo que queda dicho que á cada persona corresponde en cada palabra de accion una terminacion diferente; con que se hace preciso conocer esta variedad para aplicarla en el discurso.

Los tiempos son objeto de la última propiedad de las palabras de accion. Seria muy ocioso considerar ahora sus diferencias y definiciones, por haber sido desenvuelta esta teoría en la gramática general: bastará para recapacitarse en la memoria, reunir sencillamente aquellas mismas espresiones en la esplicacion. Ceñiráse nuestra tarea á observar como se aplican en francés los tiempos dependientes de una causa de la accion con oposicion á la lengua castellana, siendo asi que los dos idiomas suelen muchas veces espresar una misma accion con varios tiempos.

Primeramente cuando el presente parece referirse á una accion venidera, varían las dos lenguas en su espresion: creo que venga, *je crois qu' il viendra*; cuando yo venga, *quand je viendrai*. 2.º El pasado referente al presente no recibe la terminacion de tiempo dependiente cuando encierra una condicion inmediata, v. g. Si yo respondiera, *si je répondois*. 3.º No hay diferencia alguna tocante al pasado. 4.º El pasado referente á otro mas pasado se arregla siempre á la terminacion dependiente, por afectado que sea de condicion. Si yo hubiese respondido, *si j' eusse répondu*. 5.º Sucede en castellano espresarse el venidero dependiente con

el pasado relativo al presente , y en francés con el futuro , v. g. Cuando yo hubiese leído , *quand j' aurois lu.*

La formacion de los tiempos es materia de mucha dificultad en la lengua francesa , y no se pueden dar reglas generales sobre este particular , porque hay ciertas palabras que con la calidad de ser de una misma conjugacion , no por eso se arreglan á una misma formacion en todos sus tiempos : las primeras se llaman defectuosas , las segundas irregulares ; por consiguiente no pueden los alumnos arreglarse á aquellas conjugaciones que se han establecido , sino en ciertas palabras de accion. Pero ¿cómo sabrán distinguir las unas de las otras? Cómo conocerán las que son irregulares , defectuosas , ó regulares? Mi dictámen es , que la sola experiencia debe ilustrarles sobre esto , porque no es posible desenvolver las conjugaciones de todas las palabras , por ser infinitas en número , ni conviene apuntar algunas de ellas , si no han de dar luz para la formacion de las demas. Me pareció pues conveniente el reducir todo lo que se debe saber ahora á tres partes principales , que se señalarán en una cartilla : 1.ª las terminaciones de los tiempos que se arreglan á una misma conjugacion : 2.ª sus diferencias en algunas palabras defectuosas : 3.ª una porcion considerable de palabras irregulares.

CARTILLA DE CONJUGACIONES.

PRIMERA CONJUGACION.

Terminaciones.

1. . . .	2. . . .	3. . . .	4. . . .	5.
er,	ant,	é,	e,	ois.
aimer,	aimant,	aimé,	je aime	je amois.

Todas las palabras pertenecientes á esta conjugacion se arreglan á una misma terminacion, prescindiendo de las palabras *aller y puer*.

SEGUNDA CONJUGACION.

1. . . .	2. . . .	3. . . .	4. . . .	5.
ir,	issant,	i,	is,	ois.
finir,	finissant,	finir,	je finis,	je finisois.

Primera diferencia. Palabras defectuosas.

En algunos verbos varian las palabras pertenecientes á esta clase en cuanto á la terminacion de su tiempo presente: tales son las siguientes. *sentir*, *je sens*; *bouillir*, *je bous*; *dormir*, *je dors*; *mentir*, *je mens*; *partir*, *je pars*; *se repentir*, *je me repens*; *servir*, *je sers*; *sortir*, *je sors*.

Segunda diferencia.

1. . . .	2. . . .	3. . . .	4. . . .	5. . . .	6.
enir,	enant,	enu,	iens,	ins,	euois,
tenir,	tenan,	tenu,	je tiens,	je tins,	je tenois,

venir, venant, venu, je viens, je vins, je vonois.

Tercera diferencia.

1.	2.	3.	4.	5.	6.
rir,	rant,	ert,	re,	ris,	rois.
couvrir, couvrant, couvert, je couvre, je couvris, je					
(couvrois.					

TERCERA CONJUGACION.

1.	2.	3.	4.	5.	6.
evoir,	evant,	u,	ois,	us,	evois.
recevoir, recevant, reçu, je recois, je recus, je rece					
(vois.					

CUARTA CONJUGACION.

1.	2.	3.	4.	5.	6.
dre,	dant,	du,	ds,	dis,	dois,
rendre, rendant, rendu, je rends, je rendis, je ren					
(dois,					
répondre, répondant, répondu, etc.					

Primera diferencia.

1.	2.	3.	4.	5.	6.
indre,	ignant,	int,	ins,	igns,	ignois
craindre, carignat, craint, jecrains, je craignis, je					
(craignois.					

peindre, peignant, peint, etc.

joindre, joignant, joint.

Segunda diferencia.

1.	2.	3.	4.	5.	6.
aire,	aisant,	u,	ais,	us,	sois.

plaire, plaisant, plu, je plais, je plus, je plaisois.
faire, faissant,

Tercera diferencia.

1. . .	2. . .	3. . .	4. . .	5. . .	6.
uire,	uisant,	uit,	uis,	uisis,	uisois,
produire	produissant	produit	je produis	je produisis	(je produisois,

Cuarta diferencia.

1. . .	2. . .	3. . .	4. . .	5. . .	6.
oître,	oissant,	u,	ois,	us,	oissois,
paroître	paroissant	paru	je parois	je parus	je parois
					(sois.

conoître, conoissant, etc.

Irregulares de la primera conjugacion.

1. . .	2. . .	3. . .	4. . .	5. . .	6.
aller,	allant,	allé,	je vais,	j'allai.	
puer,	puant,	pué,	je pus,	je puai,	

Irregulares de la segunda conjugacion.

1. . . .	2. . . .	3. . . .	4. . . .	5.
courir,	courant,	couru,	je cours,	je courus.
cueillir,	cueillant,	cueilli,	je cueille,	je cueillis.
faillir,	faillant,	failli,	je faux,	je faillis.
fuir,	fuyant,	fui,	je fuis,	je fuis.
haïr,	haissant,	haï,	je haïs.	
mourir,	mourant,	mort,	je meurs,	je mourus.
ouïr,	oyant,	ouï,	j'oïs,	j'oïs.
acquérir,	acquérant,	acquis,	j'acquiers,	j'acquis.

saillir, saillant, sailli, j'saillis, je soillis.
 vêtir, vêtant, vêtu, je vêts, je vêtis.

Irregulares de la tercera conjugacion.

1. . . .	2. . . .	3. . . .	4. . . .	5.
échoir,	échéant,	échu,	échois,	
mouvoir,	mouvant,	mu,	je meus, je mus,	
pleuvoir,	pleuvant,	plu,	il pleut, il plut.	
pouvoir,	pouvant,	pu,	je puis, je pus.	
savoir,	sachant,	su,	je sais, je sus.	
valoir,	valant,	valu,	je vaux je valus.	
voir,	voyant,	vu,	je vois, je vis.	
vouloir,	voulant,	voulu,	je veux, je voulus.	

Irregulares de la cuarta conjugacion.

1. . . .	2. . . .	3. . . .	4. . . .	5.
batre,	battant,	battu,	je bats, je battis.	
boire,	buvant,	bu,	je bois, je bus.	
conclure,	concluyant,	conclu,	je conclus je conclus	
confire,	confisant,	confit,	je confis, je confis,	
croire,	croyant,	cru,	je crois, je crus.	
dire,	disant,	dit,	je dis, je dis.	
lire,	lisant,	lu,	je lis, je lis.	
mettre,	mettant,	mis,	je mets, je mis.	
vivre,	vivant,	vecu,	je vis, je vecu.	

ESPECIES DE PALABRAS INDICANTES DE ACCION.

En francés, como en castellano, hay palabras de accion activas, pasivas, neutras, reflexivas, recíprocas, é impersonales; por tanto

no las tomaremos en consideracion, dejando á la práctica su conocimiento y distincion: tocaremos algo en la esplicacion acerca de las tres primeras, señalando la diferencia que reina entre ellas por lo tocante á la formacion de sus tiempos compuestos, porque se aparta en esto el francés del castellano, siendo asi que las activas piden el auxiliar *haber*, y las pasivas y neutras el auxiliar *ser*.

PALABRAS DETERMINANTES.

Las palabras determinantes sirven á determinar la idea de un objeto: se pueden dividir en determinantes de relacion y determinantes de modificacion: las primeras ejercen principalmente su determinacion sobre las palabras indicantes de ser. Las segundas sobre las palabras indicantes de accion. Se han tratado separadamente estas dos especies en la gramática general, y el francés no se aparta de lo establecido en ella, ni se diferencia tampoco del castellano. Dejamos de apuntar aquí una serie de palabras determinantes, por no ser esto un diccionario, bastando para la instruccion de los alumnos el considerar las variaciones que recibe en la lengua francesa el artículo.

El artículo en francés determina el sentido de una palabra indicante de ser, ó espresa una parte de un todo, ó indica un individuo de una especie: en estas tres diferencias recibe tres nombres diversos. En la primera se dice, *le, la*

v. g. *le libre que vous voyez*. En la segunda, *du, de la* sin negacion, y *de* con negacion, v. g. *donne moi du pain; ne me donnes pas de pain*. En la tercera *un* sin negacion, y *de* con negacion, v. g. *apporte une chaise, n'apporte pas de chaise; j'ai des livres; je n'ai pas de livres*.

RUDIMENTOS

de la gramática Inglesa.

La gramática inglesa puede ser dividida en cuatro partes: la 1.ª considera las letras respecto de su pronunciacion: la 2.ª queda contrahida á las sílabas con relacion á sus acentos: la 3.ª abraza todas las especies de palabras, sus derivaciones, mudanzas y analogía: la 4.ª en fin, trata de la colocacion y enlace de las palabras con motivo de formar una oracion. Estas cuatro partes se irán esplayando en otros tantos artículos.

Artículo primero.

De las letras respecto de su pronunciacion.

No se debe equivocar la verdadera pronunciacion de la lengua inglesa con aquella que se da en varias provincias, pues sucede en ellas lo que en España, donde no hablan todos con igual pureza y correccion, ya penda esta diferencia de sus relaciones comerciales, ya de la influencia de otro idioma particular, ya de los vestigios de una lengua antiguamente usada. Ten-

drán , pues , por objeto estos principios , la pronunciacion universal de la lengua inglesa , prescindiendo de la variedad que puede tener en los paises donde se halla adulterada.

Las letras son los elementos de la pronunciacion en todas las lenguas : se dividen en vocales y consonantes ; pero solo al inglés toca la subdivision de las vocales en simples y compuestas : las primeras se pronuncian con un solo impulso de la voz , sin ninguna alteracion de los órganos de la palabra , como *a* , *e* , *o* . Las segundas necesitan para pronunciarse de la aplicacion de uno , ó mas órganos ; tales son *i* , *u* .

Las vocales son cinco *a* , *e* , *i* , *o* , *u* : pueden ser consideradas como vocales *y w* , cuando terminan una sílaba , sino siempre son consonantes . Hay otra vocal cuyo sonido corresponde casi al de la *u* castellana ; se escribe con dos *oo* , y se halla en *boo* , *coo look* .

La vocal *a* , tiene cuatro sonidos : el 1.º

2

corresponde al de *a* castellana , v. g. *father* : el 2.º no es mas que una prolongacion del 1.º ,

3

y se advierte en *water* : el 3.º suena como una

1

e acentuada , y se halla en la palabra *fate* : el último en fin puede igualarse con el precedente , sino que es muy breve , y participa algo del so-

4 4

nido de la *á* , como en las palabras *fat man* .

La *a* tiene el sonido número primero, cuando termina una sílaba, y tiene acento, como

1 1 2
aper spectator. Se exceptúan solamente *father*
2 2

water, master. Tiene el sonido segundo cuando se halla seguida de una consonante con *e* mu-

3 3
da v. g. *trade spade.* Las solas excepciones son

4 2 4
have, are, gape, y bade. Tercer sonido se advierte en las voces que acaban en *tion*, como *creation gesticulation.*

El sonido número segundo corresponde á las palabras que terminan en *rp*, ó *im*, como en estas palabras, *farb, salm*: se halla algunas veces en las que se terminan en *lf*, ó *th*, como

2 2
calf, bath. En fin en las abreviadas *cant, hant, shant.*

La *a* tiene el sonido número tres, cuando

3 3
precede á *ll* como *all wall*, ó cuando se halla acompañada de *w*, como *was, what.* En fin el sonido número cuarto le corresponde siempre

4 4
que le sigue una consonante, como *man, fat*, y que el acento recaiga sobre esta consonante.

La *e* inglesa, suena como *i* castellana y algunas veces como una *e* castellana muy breve. Tiene el primer sonido siempre que la sigue una

consonante con *e* muda, como en palabras *glebe,*

1

theme. El otro sonido se halla en ciertos mono-

2 2 2

sílabos, como *fed, bed, red.*

El primer sonido de la *i* inglesa se compone del sonido de la *a* en la palabra *father*; y del

1

sonido de la *e* en la palabra *he*: los dos pronunciados tan juntos como puede ser: corresponde á las voces que acaban con *e* muda, como

1

time, thine. El segundo sonido puede igualarse

2

con el de la castellana, como *thin, him.*

La *i* tiene su sonido breve cuando se halla delante de una ó dos *rr* seguidas de un vocal, como *irritate, conspiracy*: si la *r* se halla seguida de una consonante, ó fuese letra final de dición, le corresponde el sonido de la *e* castellana, como *virtue, sir.*

La *i* suena como *e* número primero, en ciertas palabras tomadas de otras lenguas ó idiomas, como *verdegris, chiopolne, signior.* Suena como *i* en *miliaris, pinion.* Le toca el sonido largo siempre que forma sílaba, y que el acento recae sobre la sílaba, siguiente, como *idea, idolatry.* En fin conserva el sonido largo cuando se halla seguida de otra vocal, y que las dos forman distintas sílabas, como *diameter.*

Los ingleses dan regularmente á la *o* cuatro sonidos. El primero puede ser contraído al de

1

la *o* castellana, como *tone*, *bone*: el segundo cor-

2

2

responde á una *u* castellana, como *move*, *prove*:

el tercero se confunde con el de la *a* número

tercero, como *nor*, *for*, *or*: el cuarto se iden-

tifica con el primero, sino que es breve, como

4 4 4

not, *hot*, *got*.

El primer sonido de la *u* inglesa se compone de los sonidos de la *i* y de la *u* castellana: se

1 1

halla en las voces *tube*, *mule*. El segundo corresponde á la vocal francesa *eu*. El tercero

3

suenan como la *u* castellana, como *bull*, *full*.

La *y* inglesa es vocal: 1.º cuando termina sílaba ó dición; y así es que toma el sonido

2

largo en las voces *thyme*, *rhyme*: 2.º cuando terminando sílaba se halla precedida de una

f, como *justify*, *qualify*. *W* es también vocal en fin de dición ó de sílaba, y corresponde al

sonido de una *u* castellana, como *vow*, *towel*.

Un diptongo es la reunión de dos vocales en una sílaba. El diptongo es propio, cuando cada vocal tiene un sonido; é impropio, cuando las dos se reducen á un solo sonido: en este caso llámase también vocal compuesta.

Diptongos ingleses con sus sonidos castellanos correspondientes.

	i
ae.	caesar,
	e i eĩ
ai.	pail, raisin, ailes,
	a
ao.	gaol,
	a o
au.	taught, hauboy,
	a
aw.	bawl,
	i e a
ea.	each, bear, heart,
	i e
ee.	meet, meen,
	e i
ei.	vein, ceil, height,
	i o ia eu
eo.	people, georgie, feod, surgeor,
	iu
eu.	feud,
	iu o
ew.	new, to sew.
	ya i
ia.	pomard, mariag,
	ie eu
ie.	grieve, tvventie, bratier,
	eieu eu i
io.	priory, marchioness, cushion,

	o	a	
oa.	.	.	boat, broad,
	oi	i	e
oi.	.	.	boil, tortoise, conoiseur,
	u	o	o
oo.	.	.	noon, blood, door,
	au	eu	eu o a
ou.	.	.	acount, country, house, court, onght,
	ou	o	
ouv.	.	.	novv. knovv,
	ue	ia	
ua.	.	.	antiquate, guard,
	i	o	u
oe.	.	.	oeconomy, foe, shoc,
	ui	ie	iu u
ue.	.	.	mansuetude, guest, bluc, true,
	au	ie	i ui u
ni.	.	.	languid, guide, guitar, juice, bruide,
	uo		
uo.	.	.	quote,
	ai	i	
uy.	.	.	tobuy, plaguy,

Triptongos ingleses.

	ei		iu
aye.	.	.	aye, ieu. . . .adiu,
	iu		iu
ea.	.	.	beauty, beau, ievv. . . .vievv
	eu		eu
eu.	.	.	pleonteus, ocu. . . .manoeubre.

De las consonantes.

La *b* no se pronuncia 1.º despues de la *m* en una misma sílaba, como *lamb.*; *kemb*, *comb*, *dumb*: 2.º delante de *t* en una misma sílaba, como *debt*, *doubt*.

En la palabra *rhomb* se oye distintamente.

La *c* suena como la *k* delante de la *a*, *o*, *u*, como *card*, *cord*, *curd*; suena como *s* delante de *e*, *i*, como *cement city*, como *teck* en *vermicelli*, *violoncelo*, y como *z* en *suffice*, *sacrifice*, *discern*. Combinada con *h* tiene dos sonidos, el primero equivale *tch*, como *child*, y el segundo á *sh*, como *chaise*. Conserva este último sonido precediendo á los diptongos *ea*, *ia*, *ie*, *io*, *aeou*, como *ocean*, *social* etc.

La *d* se acerca mucho á la *t* en la pronunciacion; y se confunde con ella en los participios pasivos de ciertos verbos, como *blessed*, *cursed*. Delante de los diptongos *ia*, *ie*, *io*, *eu* suena como *dje*, v. g. *soldier*, *verdure*: su sonido es imperceptible en la palabra *ordinary*,

La *f* suena como en castellano.

La *g* tiene dos sonidos delante de *e*; *i*, el primero es muy suave en las voces derivadas del griego, latin y francés, como *gentil*; el segundo es fuerte en las voces sajonas, como *finger*; suena como en castellano delante de *a*, *o*, *u*, *l*, *r*.

La *h* es siempre aspirada, sino en ciertas palabras que se harán conocer en la lectura.

La *j* se pronuncia como *g*; y la *k* como *c*.

De veinte años acá se omite la *k* en fin de diccion cuando le precede una *c*.

La *k* es muda en muchas palabras: cuando se halla seguida de una *e* tiene un sonido imperfecto, que se advierte en las palabras *able*, *people*: la *m* y la *n* suenan como en castellano.

La *q* suena como *k* en la palabra *queen* y otras tomadas del francés, como *piquet*.

La *r* nunca es muda: pero se traspone algunas veces, como *sabre*, *saffron*, esta letra se pronuncia con fuerza al principio de diccion, sino es siempre suave.

La *s* tiene dos sonidos: el 1.º conforme al castellano, el 2.º particular al inglés, suena como *z*, equivale á *sh* en *censure*, *tonsure*, y á *zh* en *mansion*, *pleasure*.

La *t* delante de los diptongos suena como *sh*, con tal que el acento recaiga sobre la sílaba diptongal como *nation*. Tiene el mismo sonido delante de *u* como *nature*.

La *x* tiene dos sonidos, el primero como *ks* en la palabra *xercise*, el segundo como *g* inglesa en la palabra *example*; La *z* no es otra cosa mas que una *s* muy suave. Es aspirada delante de los diptongos, como en la palabra *vizier*,

Combinacion de consonantes.

G N. La *g* antes de *n*, en una misma sílaba, es siempre muda, como *resig*. Formando distintas sílabas tiene cada una su sonido, como *sig-*

nify. Se advierte la misma diferencia respecto de *gm*.

G. H. Al principio de dición se pronuncia como si no hubiese *h*, v. g. *gost*: en fin de dición suena *f* algunas veces, como *laugh*, ó no tiene sonido alguno, como *high*.

Artículo segundo.

De las palabras indicantes de ser.

Las palabras indicantes de *ser* reciben en inglés número y caso; el plural se forma añadiendo una *s* al singular, cuyo aumento no comunica mas sílabas al uno que al otro: así *stibk* hace *sticks* en el plural.

Es de advertir que muchas palabras se apartan de esta regla: 1.º las que acaban en *ch*, *ss*, *sh*, *x* añaden *es* al singular, como *church* *churches*: 2.º las que se acaban en *f* ó *fe*, convierten la *f* en *v*, como *vvife* *vvives*: 3.º las que tienen *y* final toman *es* al plural, v. g. *fainty*, *fainties*.

Ademas de esto muchos plurales son irregulares, como *man*, *men*, *child*; *children*, *foot*, *feet*, *tooth*, *teeth*.

Los casos se señalan por medio de palabras determinantes: solo el genitivo inglés puede ser espresado por la terminacion, segun sigue:

a child

a chil

of a child, or childs'

oh child

to a chil.

from a child.

Palabras indicantes de calidad.

Esta especie de palabras no tiene en inglés sexo, número y caso, mas á imitación del latín suelen espresarse con diferentes terminaciones sus diferentes grados en comparacion.

El primer grado, llamado positivo, se señala por la palabra primera: el 2.º que es el comparativo, se forma añadiendo *er* al primero, y el 3.º llamado superlativo, añadiendo *est* ó *most*, como *fair, fairer, fairest, ó monst fair*.

No todas las palabras de calidad pueden ser contraídas á estas tres terminaciones, porque algunas se comparan por medio de palabras determinantes como en castellano, v. g. *more, or mots benevolent*.

Los pronombres ingleses no se diferencian ni en su formacion, ni en su colocacion: van indicados en la cartilla siguiente:

1.º PRONOMBRE PERSONAL.

	Sugetos de la ac- cion.	Términos de la ac- cion.	Con pala- bras de <i>ser</i> .	Sin pala- bras de <i>ser</i> .
Sing.	I	me	my	mine.
Plur.	We	us	your	yours

2.º PRONOMBRE PERSONAL.

	Sugetos de la ac- cion.	Términos de la ac- cion.	Con pa- labras de <i>ser.</i>	Sin pala- bras de <i>ser.</i>
Sing.	tour, or you	thee	thy	thine
Plur.	ye, or you	you	your	yours.

3.º PRONOMBRE PERSONAL.

	Sugetos de la ac- cion.	Términos de la ac- cion.	Con pa- labras de <i>ser.</i>	Sin pala- bras de <i>ser.</i>
S. mas.	he	him	his	his
S. fem.	she	her	her	hers
S. neut.	il	it	its	its
Plur.	they	them	their	theirs.

INTERROGATIVAS.

	Sugetos de la ac- cion.	Términos de la ac- cion.	Con pa- labras de <i>ser</i> .	Sin pala- bras de <i>ser</i> .
de pers.	Who	Whoms	Whose	Whose
de coss.	What		Whereof.	

No se pueden llamar pronombres *this, that, vvhich* porque no se ponen en lugar de nombres, sino que se unen á ellos; asi se dice *this book, that man, the thing vvhich, you lost*.

Palabras indicantes de accion.

Estas palabras indican por lo regular una accion hecha por un sugeto, la cual puede ser presente, pasada y venidera; y para espresar estos tres estados, hay varias terminaciones de palabras, que llaman tiempos: en inglés son dos, presente y pasado.

El presente se señala por la misma palabra, v. g. *I burn*; el pasado añadiendo *ed* al primero, v. g. *I burned*. Las palabras acabadas en *d ó t* tienen sus tiempos iguales, y solo se distinguen en la pronunciacion, v. g. *to lead*, conducir; *lead* plomo.

No puede uno hablar sin referir la accion á sí mismo , á aquel con quien habla , ó á otro. De aqui nacen tres personas en cada tiempo, cada una con su terminacion correspondiente, segun sigue.

Tiempo presente.

I burn	we burn
thou burnest	you burn
he burns	they burn.

Tiempo pasado.

I burned	we burned
thou burnedst	ye burned
he burned	they burned.

Prescindiendo del presente y pasado , todos los demas tiempos suelen señalarse en inglés por medio de auxiliares , cuyo oficio se estiende tambien á los tiempos dependientes de una causa de la accion.

Los auxiliares son siete , *do , will , shall , may , can , have , be*. Los cuatro primeros solo tienen presente y pasado , y carecen de participio pasivo ; en lugar que los dos últimos pueden expresar todos los demas tiempos : trataremos de cada uno en particular.

El auxiliar *do* denota tiempo presente , y su derivado *did* tiempo pasado ; asi en lugar de *I burn* , se puede decir , *I do burn* ; y en lugar de *I burned* , *I did burn*.

Las terminaciones de esta palabra correspondientes á cada persona son:

Tiempo presente.

I do thou dost, or do
he doth, or do es

Tiempo pasado.

I did he did.

El auxiliar *may* denota tiempo presente dependiente de una causa de la acción: *might*, su derivado se aplica al pasado referente al presente, tambien dependiente de una causa de la acción.

Tiempo presente.

Tiempo pasado.

I may
thou mayst
he may.

I might
thou mightst
he might.

El oficio de los auxiliares *vwill*, *shall*, es indicar tiempo venidero, y el de sus derivados *vwould*, *shoud*, de señalar el pasado referente al presente dependiente de una causa de la acción.

Tiempo presente.

Tiempo pasado.

I will

I would

thou wilt
he will.

thou wouldst
he would.

Tiempo presente.

Tiempo pasado.

I shall
thou shalt
he shall.

I should
thou shouldst
he should.

Can, tiene en inglés el mismo oficio que *may*; estas son sus terminaciones.

Tiempo presente.

Tiempo pasado.

I can
thou canst
he can.

I could
thou couldst
he could.

Must y *ought* no reciben variacion en sus personas y corresponden á la expresion castellana, *es menester que*.

El auxiliar *have*, que corresponde á la palabra castellana *haber*, no se diferencia de este en su aplicacion á las palabras indicantes de accion.

Tiempo presente.

Tiempo pasado.

I have
thou hast
he has.

I had
thou hadst
he had.

El auxiliar *be* suple la voz pasiva de las pa-

labras indicantes de accion, como en castellano.

Tiempo presente.

Tiempo pasado.

I am, or be

I was, or were

thou art, or beest

thou wast, or wert

he is, or be.

he was, or were,

Conocidos los auxiliares ingleses y su oficio en la formacion de los tiempos, no será dificultosa la conjugacion de las palabras indicantes de accion con tal que sean regulares. Nos referimos pues á la práctica para su completa inteligencia.

La irregularidad de esta especie de palabras estriba en la formacion del pasado, y participio pasivo, que no terminan en *ed*. En las palabras, sobre esto, se ha de advertir: 1.º que en ciertas palabras irregulares el pasado y participio pasivo se identifican: 2.º que en otras el pasado se diferencia del participio: bastará dar algunos ejemplos para acreditar esta doctrina.

Primera especie de palabras irregulares.

Tiempo indeterminado. Pasado y participio pasivo.

abide,

habitar,

abode.

awake,

despertar,

awoke.

leave,

dejar,

left.

spring,

salir,

sprung.

*Segunda especie de palabras irregulares.**Tiempo indeterminado. Pasado y participio pasivo.*

be,	ser,	vvas,	been.
bear,	levar,	bare,	born.
befall,	llegar,	befell,	befallen.
forgive,	perdonar,	forgave,	forgiver.

Las palabras determinantes inglesas no presentan novedad alguna, porque prescindiendo de su pronunciacion peculiar, se contraen en todo lo demas al uso castellano. Hailas de relacion y de modificacion; ejerciendo las primeras su determinacion sobre las palabras indicantes de ser, y las segundas sobre las indicantes de accion.

Derivacion de las palabras inglesas.

Para enterarse á fondo de la lengua inglesa, y quitar los embarazos que dificultan su traduccion, será muy del caso esponer aquí brevemente los modos de derivarse unas veces de otras, indicando el origen que traen las primitivas de otros idiomas.

Las palabras indicantes de *ser* se derivan de las indicantes de *accion*, como espresan la cosa producida por la accion, y suelen contraerse á la primera persona del presente: asi las palabras *alove*, *fright*, *strooke*, se contraen á las terminaciones *i love*, *i frighth*, *i strook*.

El agente ó persona que hace la acción se denota por la sílaba *er* añadida á la palabra de acción, v. g. *lovet*, *frighter*, *strooker*.

Las palabras indicantes de *ser*, las de calidad y otras partes de la oración, pueden convertirse en palabras indicantes de acción, sin mas diferencia que el hacerse la vocal larga, como *house*, *to house*; *bras*, *to braze*; *glass*, *to glass*; *oil*, *to ols*; *further*, *to fulther*; *forvvaud*, *to'forvvard*.

La terminación *en*, añadida á una palabra indicante de acción, como *haste to hasten*, *length to lengthen*, *short to shorten*.

De las palabras indicantes de *ser* se derivan algunos indicantes de calidad, añadiendo las terminaciones *y* ó *ful*, como *vvealth vvealthy*, *mighthy*, *joy joyful*, *plenty plentiful*.

La terminación *some* hace que las palabras de calidad espresen una especie de diminución, v. g. *delight*, *delightosome*. La terminación *less*, denota una falta v. g. *vworth*, *vworthless*; la privación ó contrariedad se señala con la palabra *un* v. g. *unpleasant*.

Veamos ahora como las palabras inglesas han sido tomadas de otros idiomas. Muchas parece derivarse del latín, lo que consta por la grande analogía que tienen con las palabras de aquel idioma; sin embargo todos los autores ingleses dicen que han sido trasladadas al inglés de la lengua francesa.

Las palabras inglesas que parece derivarse de la latina, se forman del presente ó supino, co-

mo spend de *expendo*, *suplicate*, de *supplicatum*; *suppress*, de *suppressum*.

Las palabras que no son latinas, ni francesas, proceden de la lengua teutónica, que es la que formó todos los idiomas del Norte, esceptuando algunas que traen su origen del griego.

Es de notar que en esta traslacion de las palabras de otros idiomas á la lengua inglesa se han suprimido muchas vocales, y las mas de las terminaciones; quedando solamente las consonantes, como la parte mas sustancial; como de *expendo*, *spond*; *exemplum*, *sample*; *executio*, *execute*.

Artículo tercero.

De la colocacion y enlace de las palabras.

El sugeto de la accion en una oracion afirmativa se debe colocar antes de la palabra indicante de accion, como *Alexander conquered Darius*; y despues de ella, ó entre ella y su auxiliar, cuando fuere la oracion interrogativa, como *did Alexander conquer?* El régimen siempre se pospone á la accion, como en el primer ejemplo.

La palabra indicante de calidad debe proceder á la de *ser*, como *a good man*, y se coloca despues cuando entre las dos se halla una indicante de accion como *the lordis grea*: las palabras determinantes de modificacion suelen ponerse delante de la palabra de accion y su régimen, como *Alexander entirely vanquished Darius*; ó entre el

auxiliar y el participio, como *iam exceedingly fatigued*.

La palabra de calidad y la de accion siguen el número de las indicantes de *ser* como *this man, i love, the sun shines*

Cuando los pronombres fueren términos de la accion se deben colocar despues de las palabras de accion, *i love her, i vvrote this for him*.

El pronombre *it* se debe usar cuando entre discurso espresa el estado de alguna cosa, ó lo que es causa de algun suceso como en los ejemplos siguientes *t'vvas at the Royal feast of Persia i appearen od a summers day: hovvis il vviht you?*

Es de advertir que la palabra de accion *be* tiene siempre un sugeto despues de ella, como *it vvas ithat didit*.

Do antes de una palabra indicante de accion indica por lo regular tiempo indeterminado. Sucede sin embargo que muchas palabras se hallen seguidas de otras palabras de accion, sin admitir *to*, v. g. *i bade him do it: i vvil make him feel it*.

El tiempo indeterminado se usa algunas veces como palabras indicantes de *ser* para espresar la accion, como *to vvin is pleasant*.

El participio con una palabra determinante antes de él, y su régimen despues, corresponde al gerundio de los latinos, y se usa muy frecuentemente en la construccion inglesa, v. g. *felicity is to be obtained by avoinding evil*.

La palabra determinante suele algunas veces separarse de su régimen, colocándose despues

de la palabra de accion, como *Horace is an author whom i am much delighted with.*

Las determinantes *in, on* se suplen por lo regular delante de un pronombre, como *give me the book: get me the money*, en lugar de *give to me get forme.*

Algunas palabras determinantes rigen terminacion de tiempo dependientes; tales son *if, though un less, vvehether*, como *if thou be the son of god; though he slay me; un less he vvash his fles h; vvhether it vvere i, or they.*

Estas son las pocas reglas, que por ser peculiares de la lengua inglesa, necesitan de alguna mas consideracion, en las demas partes de la construccion no ofrece esta lengua dificultad alguna siendo al parecer de muchos eruditos la mas fácil de todas las lenguas en su sintásis.

No trataremos ahora de la última parte de la gramática (la prosodia, ó las sílabas con relacion á sus acentos), porque no es de gran importancia para enterarse de los principios de la traduccion. Daremos algunas reglas ligeras en las esplicaciones, sobre su ser peculiar en la lengua inglesa, solo en quanto se satisfaga la curiosidad.

MEMORIA

sobre la educacion pública, ó sea tratado teórico práctico de enseñanza, con aplicacion á las escuelas y colegios de niños.

Ilustre Sociedad Mallorquina: un hombre amante de nuestra patria, y en cuyo corazon arde el mas vivo deseo de su bien y su gloria, te alaba y bendice, porque has levantado tus ojos hasta el primer origen de su prosperidad. Te felicita de que hayas reconocido que este origen se halla en la instruccion pública, y se congratula contigo de que, viendo que la educacion es la primera fuente en que esta instruccion debe buscarse, hayas concebido la idea de un establecimiento literario que la mejore y comuniquen en nuestra isla. Esta idea hace tanto honor á tu celo como á tus luces, y ella es por si sola el mayor elogio del espíritu y del carácter de tus individuos.

Penetrado de estos mismos sentimientos, sigo tu voz, y vengo al llamamiento que has hecho en la Gaceta del 10 de abril á todos los buenos ciudadanos. ¿Quién será tan frio en el amor de nuestra patria que le niegue el oido? ¿Quién tan insensible que no corra á ayudarte en el gran designio en que está principalmente cifrado? Por lo menos me siento poderosamente llamado en tu auxilio por el grito de mi con-

ciencia, y por los mas poderosos estímulos de mi patriotismo; y cediendo á ellos, vengo á depositar en tu seno algunas ideas, que el estudio, la observacion, y la esperiencia me han sugerido acerca de tan importante materia. ; Dichoso yo si fuese capaz de producir una sola idea que merezca tu aprobacion y concorra al bien de nuestra patria! El asunto es ciertamente muy superior á mis fuerzas; pero ¿quién tendrá las que son necesarias para desempeñarle dignamente? Un ingenio sublime, una instruccion vastísima, una esperiencia consumada, apenas bastarán para poner á su nivel los escritores que hayan de tratarle. Pero tratarle es demasiado importante, para que cada uno no se apresure á reunir y depositar en tu seno las ideas que puedan conducir á su ilustracion. Este es un derecho innegable á nuestra patria: es un deber sagrado de nuestro patriotismo. Es necesario trabajar acerca de él, traer á un punto comun todas las luces, y hacer un depósito general de cuanto la observacion y la esperiencia hayan enseñado acerca de la educacion pública. ¿Puede ser otro el designio de la sociedad cuando quiere reunir las luces de los sábios á las suyas? Vengo pues á consagrarle mis pobres talentos. Hagan los demas otro tanto: háganlo sobre todo aquellos que están dotados de superiores conocimientos, y los deseos de la Sociedad serán cumplidos.

Con esto digo que no escribo para obtener el

premio, ni lo espero, ni aspiro á él: cedo al estímulo de mi corazón; y escribo para cooperar en cuanto pueda á un designio en que tanto se interesa nuestra patria. ¡Ojalá que concurriendo otros muchos con mayores luces lo disputen! Ojalá que algun ingenio sobresaliente lo arrebatase! El placer de verle bien desempeñado será mi premio.

Por lo mismo no me ceñiré á los términos del programa; pero discutiré algunas cuestiones que están enlazadas con él 1.^a Si la instrucción pública es el primer origen de la prosperidad de un estado: 2.^a si el principio de esta instrucción es la educación pública: 3.^a cual es el establecimiento mas conveniente para dar educación: 4.^a cual es, y que ramos abraza la enseñanza necesaria para difundirla y mejorarla: 5.^a como debe ser distribuida, y porque manos comunicada esta enseñanza: 6.^a qué dotacion será necesaria para sostener el establecimiento mas conveniente á la educación pública, y como se podrá recaudar. Resolver estas cuestiones será el objeto de la presente Memoria. Lo haré con la brevedad posible, lo haré con el candor y libertad que conviene al objeto. No llamaré en mi auxilio la erudicion ni la autoridad, sino la razon y la esperiencia; ni trataré de lucir, sino de convencer. *Hoc opus, hic labor etc.*

Primera cuestion.

¿Es la instrucción pública el primer origen

de la prosperidad social? Sin duda. Esta es una verdad no bien reconocida todavía, ó por lo menos no bien apreciada; pero es una verdad. La razon y la esperiencia hablan en su apoyo.

Las fuentes de la prosperidad social son muchas: pero todas nacen de un mismo origen, y este origen es la instruccion pública. Ella es la que las descubrió, y á ella todas están subordinadas. La instruccion dirige sus raudales para que corran por varios rumbos á su término; la instruccion remueve los obstáculos que pueden obstruirlos, ó estraviar sus aguas. Ella es la matriz, el primer manantial que abastece estas fuentes. Abrir todos sus senos, aumentarle, conservarle, es el primer objeto de la solicitud de un buen gobierno; es el mejor camino para llegar á la prosperidad. Con la instruccion todo se mejora y florece; sin ella todo decae y se arruina en un estado.

¿No es la instruccion la que desenvuelve las facultades intelectuales, y la que aumenta las fuerzas físicas del hombre? Su razon sin ella es una antorcha apagada: con ella alumbra todos los reinos de la naturaleza, y descubre sus mas ocultos senos, y la someten á su albedrio. El cálculo de la fuerza oscura é inesperta del hombre produce un escasísimo resultado; pero con el auxilio de la naturaleza ¿que medios no puede emplear? qué obstáculos no puede remover? qué prodigios no puede producir? Así es como la instruccion mejora el ser humano, el único

que puede ser perfeccionado por ella, el único dotado de perfectibilidad. Este es el mayor don que recibió de la mano de su inefable Criador. Ella le descubre, ella le facilita todos los medios de su bienestar, ella en fin es el primer origen de la felicidad individual.

Luego lo será también de la prosperidad pública. ¿Puede entenderse por este nombre otra cosa que la suma ó el resultado de las felicidades de los individuos del cuerpo social? Defínase como se quiera, la conclusión será siempre la misma. Con todo, yo desenvolveré esta idea para acomodarme á la que se tiene de ordinario acerca de la prosperidad pública.

Sin duda que son varias las causas ó fuentes de que se deriva esta prosperidad; pero todas tienen un origen, y están subordinadas á él: todas lo están á la instrucción. ¿No lo está la agricultura, primera fuente de la riqueza pública, y que abastece todas las demas? ¿No lo está la industria que aumenta y avalora esta riqueza, y el comercio que la recibe de entrambas, para esponderla y ponerla en circulación? Y la navegación, que la difunde por todos los ángulos de la tierra? Y qué, ¿no es la instrucción la que ha criado estas preciosas artes, la que las ha mejorado y las hace florecer? No es ella la que ha inventado sus instrumentos, la que ha multiplicado sus máquinas, la que ha descubier-to é ilustrado sus métodos? Y se podrá dudar que á ella sola esta reservado llevar á su última

perfeccion estas fuentes fecundísimas de la riqueza de los individuos, y del poder del estado?

Se cree de ordinario que esta opulencia y este poder pueden derivarse de la prudencia y de la vigilancia de los gobiernos; pero ¿acaso pueden buscarlos por otro medio que el de promover y fomentar esta instruccion, á que deben su origen todas las fuentes de la riqueza individual y pública? Todo otro medio es dudoso, es ineficaz: este solo es directo, seguro é infalible.

¿Y acaso la sabiduría de los gobiernos pueden tener otro origen? No es la instruccion la que les dicta las buenas leyes, y la que establece en ellas las buenas máximas? No es la que aconseja á la política, la que ilustra á la magistratura, la que alumbra y dirige á todas las clases y profesiones de un estado? Recórranse todas las sociedades del globo, desde la mas bárbara á la mas culta, y se verá que donde no hay instruccion todo falta, que donde la hay todo abunda, y que en todas, la instruccion es la medida comun de la prosperidad.

¿Pero acaso la prosperidad está cifrada en la riqueza? No se estimarán en nada las calidades morales en una sociedad? No tendrán influjo en la felicidad de los individuos y en la fuerza de los estados? Pudiera creerse que no, en medio del afan con que se busca la riqueza, y la indiferencia con que se mira la virtud. Con todo, la virtud y el valor deben contarse

entre los elementos de la prosperidad social. Sin ella toda riqueza es escasa, todo poder es débil. Sin actividad ni laboriosidad, sin frugalidad y parsimonia, sin lealtad y buena fé, sin probidad personal y amor público; en una palabra, sin virtud ni costumbres, ningun estado puede prosperar, ninguno subsistir. Sin ellas el poder mas colosal se vendrá á tierra, la gloria mas brillante se disipará como el humo.

Y bien, esta otra fuente de prosperidad, ¿no tendrá tambien su origen en la instruccion? Quién podrá dudarlo? No es la ignorancia el mas fecundo origen del vicio, el mas cierto principio de la corrupcion? No es la instruccion la que enseña al hombre sus deberes, y la que le inclina á cumplirlos? La virtud consiste en la conformidad de nuestras acciones con ellos, y solo quien los conoce puede desempeñarlos. Es verdad que no basta conocerlos; y que tambien es un oficio de la virtud abrazarlos; pero en esto mismo tiene mucho influjo la instruccion, porque apenas hay mala accion que no provenga de algun artículo de ignorancia, de algun error, ó de algun falso cálculo en su determinacion. El bien es de suyo apetecible: conocerle es el primer paso para amarle. Salva pues la siempre libertad de nuestro albedrío, y salvo al influjo de la divina gracia en la determinacion de las acciones humanas, ¿puede dudarse que aquel hombre tendrá mas aptitud, mas disposicion, mas medios de dirigirlas al

bien que mejor conozca este bien; esto es, que tenga mas instruccion?

Aqui debo ocurrir á un reparo. Se dirá que tambien la instruccion corrompe, y es verdad. Ejemplos á millares se pueden tomar de la historia de los antiguos y modernos pueblos en confirmacion de ello. Si la instruccion, mejorando las artes, atrae la riqueza, tambien la riqueza, produciendo el lujo inficiona y corrompe las costumbres. ¿Y qué es la instruccion sin ellas? Entonces ¡qué males y desórdenes no apoya! qué errores no sostiene! qué horrores no defiende y autoriza! Y si la felicidad estriba en las dotes morales del hombre y de los pueblos, ¿quién que tienda la vista sobre la culta Europa se atreverá á decir que los pueblos mas instruidos son los mas felices?

La objeccion es demasiado importante para que quede sin respuesta. Sin duda que el lujo corrompe las costumbres; pero absolutamente hablando el lujo no nace de la riqueza. Hay lujo en todas las naciones, en todas las provincias, en todos los pueblos, y en todas las profesiones de la vida, ora sean ó se llamen ricas ó pobres. Háile en las naciones cultas é instruidas como en las bárbaras é ignorantes. Háile en Constantinopla, como en Lóndres: mientras un europeo adorna su persona con galas y preseas, el salvaje rasga sus orejas, horada sus labios, y se engalana con airones y plumas. En todas partes el amor propio es el patrimonio

del hombre: en todas partes aspira á distinguirse y singularizarse. Hé aqui el verdadero origen del lujo.

Sin duda que la riqueza le fomenta, pero ¿cómo? Donde las leyes autorizan la desigualdad de las fortunas; cuando la mala distribucion de las riquezas pone la opulencia en pocos, la suficiencia en muchos, y la indigencia en el mayor número. Entonces es cuando un lujo escandaloso devora las clases pudientes, y cuando, difundiendo su infeccion, las contagia, y aunque menos visible las enflaquece y arruina.

Pero sea la que fuere la causa del lujo, la instruccion lejos de fomentarle, le modera: mejora, si asi puede decirse, los objetos; le dirige mas bien á la comodidad que á la ostentacion, y pone un límite á sus excesos. Ciertamente que no es un defecto de hombres instruidos; es de hombres frívolos y vanos. Es en fin, el vicio, es la pasion de la ignorancia.

No por eso negaré que haya desórdenes y horrores producidos ó patrocinados por la instruccion pero por una instruccion mala y perversa, que tambien en ella cabe corrupcion, y entonces ningun mal mayor puede venir sobre los hombres y los estados. *Corruptio optimi pessima.*

La instruccion que trastorna los principios mas ciertos; la que desconoce todas las verdades mas santas; la que sostiene y propaga los errores mas funestos: esa es la que alucina, estravía y cor-

rompe los pueblos. Pero á esta no llamaré yo instruccion, sino delirio. La buena y sólida instruccion es su antídoto; y esta sola es capaz de resistir su contagio, y oponer un dique á sus estragos; esta sola debe reparar lo que aquella destruye, y esta sola es el único recurso que puede salvar de la muerte y desolacion los pueblos contagiados por aquella. La ignorancia los hará su víctima, la buena instruccion los salvará tarde ó temprano; porque el dominio del error no puede ser estable ni duradero; pero el imperio de la verdad será eterno como ella.

Segunda cuestion.

Por mas que la discusion precedente parezca agena de nuestro asunto, he querido anticiparla y detenerme en ella, porque ha de servir de cimiento á cuanto digere en adelante. Hemos visto que la buena instruccion es el primero y mas alto principio de la prosperidad de los pueblos: veamos ahora si la educacion es la primera fuente de esta instruccion.

La Sociedad cree que sí, pues que en la ereccion de un seminario de educacion no se puede proponer otro fin que promover por este medio la instruccion pública. Con todo, son muchos (y con estos hablaremos ahora) los que no miran la instruccion como perteneciente á la educacion: que llaman bien educado, no al joven que ha adquirido conocimientos útiles, sino al que se ha instruido en mas fórmulas del tra-

to social, y en las reglas de lo que llaman buena crianza; y tachan de mal educado á todo el que no las observa, por mas que esté adornado de mucha y buena instruccion. Sin duda que estas reglas y estas fórmulas pertenecen á la educacion, pero ¡pobre pais el que la cifrare en ellas! Hombres inútiles y livianos devorarán su sustancia. La urbanidad es un bello barniz de la instruccion y su mejor ornamento; pero sin la instruccion es nada; es solo apariencia. La urbanidad dora la estatua, la educacion la forma. Entre todas las criaturas solo el hombre es propriamente educable, porque él solo es instruíble. A él solo dotó el supremo Hacedor de razon, ó por lo menos de una razon perfectible. Asi que, educarle no es otra cosa que ilustrar su razon con los conocimientos que pueden perfeccionar su ser. Por eso decia el gran canceller de Verulamio, que el hombre vale lo que sabe.

La educacion de otros animales, si acaso puede llamarse tal, es de otra especie. Algunos enseñan á sus hijuelos á volar, á cazar, á precaver los peligros y defenderse de ellos; pero esto pertenece á su instinto, supliendo el de los padres por la debilidad de los hijos. Este instinto es completo en todos, todos nacen instruidos en el conocimiento de los objetos y con los recursos necesarios para su conservacion, preservacion, propagacion y bienestar. Pero en ninguno puede residir mas perfeccion que la que

sacó. de las manos de la naturaleza. Si algunos parecen capaces de doctrina, como el buey que enseñamos á arar, el caballo á andar en tor- no, las aves á hablar, ó cantar, y á tener otras habilidades que á veces parecen portentosas, esto ¿qué quiere decir sino que dirigidos por la industria del hombre, son capaces de ciertos há- bitos? Pero su razon, ó sea su instinto, siem- pre es el mismo, y ninguna especie de instruc- cion puede llegar á su alma. Solo el alma hu- mana es instruable, y esto por dos medios, por observacion y por comunicacion: aquel perte- nece, por decirlo asi, á la naturaleza; este á la educacion; pero ¿cuánta diferencia entre uno y otro! Veámosla.

El hombre nace sujeto á muchas necesida- des, y guiado por su instinto á socorrerlas, em- pieza observando los objetos que le rodean. La esperiencia le enseña á distinguirlos, y la ra- zon á convertirlos en su provecho. Por eso la observacion y la esperiencia son las primeras fuentes de los conocimientos humanos. Pero este medio, sobre insuficiente, es lentísimo, y sin otro el hombre solitario se levantaria muy poco sobre el instinto animal.

No asi comunicando con otros hombres. En- tonces, sobre los conocimientos debidos á su pro- pia observacion y esperiencia, alcanzará por co- municacion los que han adquirido sus semejan- tes, y como cualquiera grado de instruccion con- duce á otro mayor, es claro que en tal estado

puede ya hacer mayores progresos. Esto se ve en los pueblos salvages, que ora vivan de raíces y frutas, ora de la caza, ó la pesca, poseen una muchedumbre de artes, que aunque groseras, tal vez admiran á los mas ilustrados europeos. Con todo, la pobreza, la ignorancia de estos pueblos son la mejor prueba de la insuficiencia de este medio.

Otra cosa sucede en las sociedades ya instruidas. No son raros en ellas los que sin ninguna educacion ni enseñanza metódica, adquieren muchos conocimientos, y desenvuelven altos talentos. Dotados de perspicaz y sólido ingenio, y colocados en una grande esfera de luz y de accion, la observacion y el trato concurren á enriquecer su razon, y á ilustrar su alma. Y hé aqui lo que ha engañado á muchos, hé aqui lo que les hace creer que la educacion no es necesaria. Pero dos cosas son dignas de reflexion en este punto. La primera, que en medio de aquellos seres privilegiados, los talentos de la muchedumbre yacen por falta de educacion en oscuridad y reposo; porque el hombre es de suyo perezoso y descuidado, y aunque dotado de ingenio, por lo comun, ve sin ver, oye sin oír, y observa y pasa rápidamente por la esperiencia, sin someterla á su razon. Solo el estímulo de la necesidad le puedo sacar de esta indolencia; y este estímulo es sentido de pocos en la primera edad. Entonces, por decirlo así, sus necesidades no son suyas; son de aquellos á cu-

yo cargo están confiadas, son de sus padres ó tutores.

La segunda, que la instruccion adquirida por este medio de comunicacion casual, es meramente práctica. Ninguno por él podrá subir hasta aquellas verdades teóricas que constituyen los verdaderos conocimientos; ninguno por él se ha hecho hasta ahora geómetra, mecánico ni astrónomo. Y ahora bien: con esta sola instruccion ¿á cuántos errores no estaria espuesto el general, el magistrado, el piloto, el maquinista y el arquitecto?

Se dirá que tambien estas verdades teóricas se han ido alcanzando por la observacion y la esperiencia; y asi es. Pero una vez distinguidas y separadas; una vez reunidas las de cierto órden, y reducidas á método y sistema; es decir, una vez formadas las ciencias, ya no pueden adquirirse sino por medio de una comunicacion metódica, á que llamaremos mas propriamente enseñanza. Hé aqui el método mas seguro y mas breve de instruccion; hé aqui el que conviene á la juventud; hé aqui el que hace necesaria la educacion.

Las ciencias bajo de este punto de vista no son otra cosa que un depósito de todas las verdades que la observacion y la esperiencia del género humano han descubierto desde los siglos mas remotos. Los que las fundaron y promovieron son sus grandes bienhechores. Los métodos que establecieron han facilitado su ad-

quisición, y tales son sus ventajas, que en pocos años puede un hombre alcanzar cuanto alcanzaron Euclides en la matemática, Ciceron en la ética, Newton en la física, y Casini en la astronomía. Pero esto supone una enseñanza, y esta pertenece á la juventud.

La razon es porque en la vida del hombre hay una edad destinada para la instruccion, y otra para la accion: una para adquirir la verdad, y otra para obrar segun ella. Este debe ser el fin de toda instruccion. Pasada la adolescencia, el individuo de cualquiera sociedad debe abrazar, alguna profesion ó carrera, y tomar algun estado ó destino. Si deja para entonces el cuidado de instruirse, ó no lo podrá conseguir, porque debe su tiempo á las funciones y deberes de su estado, ó defraudará á la sociedad, obrando sin instruccion, de todo el bien que pudiera hacer instruido. De aqui es que la puericia y la adolescencia forman el período propio para la instruccion.

Pero se dirá: el camino de las ciencias es largo, y apenas basta la vida de un hombre para adquirir completamente una sola. ¿Y qué? le detendremos en su estudio, y le haremos consumir en la indagacion de la verdad el tiempo que necesita para practicarla? No, por cierto. Hay una instruccion que conviene á los jóvenes, y otra que es propia de los adultos. En las ciencias hay ciertas verdades primitivas, y que se llaman elementales, porque sobre ellas

se levantan y de ellas se derivan todas las demas del mismo orden. Estas verdades pertenecen á la educacion. Para alcanzarlas es necesaria una enseñaanza metódica, y lo es la direccion y auxilio de un maestro. Las demas verdades que forman el fondo de cada ciencia, están reservadas al estudio y meditacion del hombre adulto. Las primeras se refieren por la mayor parte á la teoría de las ciencias; las segundas á su práctica y aplicacion, porque no hay alguna que no la tenga. Esto es lo que distingue los estudios del jóven y del adulto.

Ademas, entre estas ciencias hay algunas que se pueden llamar metódicas, porque facilitan el estudio de las demas. Sin la lógica, por ejemplo, es muy difícil hacer progresos en la filosofía racional, como en la natural sin la geometría. ¿Quién pues, dudará que el estudio de estas ciencias pertenece á la educacion?

Infiérase que por la palabra *educacion* entendemos principalmente la educacion literaria. A esta se refieren por ahóra los deseos de la Sociedad, y á esta cuanto dijéramos en la presente Memoria. No porque en ella se prescinde de lo que corresponde á la educacion física del hombre, sino porque esta, en cuanto simplemente supone el cuidado de su fuerza física, de su salud, de su robustez, de su agilidad, pertenece y siempre pertenecerá á la crianza doméstica. Nuestro objeto abraza cuanto es relativo al esclarecimiento de la razon humana, ya en el uso

de las fuerzas físicas, ya en el de las facultades intelectuales. En este sentido decimos, que la educación debe ser mirada como la primera fuente de la instrucción pública. Cuando espusiéramos los objetos que debe abrazar se completará esta demostración. De esto mas adelante. Veamos ahora cual es la institucion mas conveniente para educar la juventud.

Tercera cuestion.

Voy á acometer una discusion muy importante pero ruego á la Sociedad que no la tache de temeraria. Su opinion parece decidida por el establecimiento de un seminario; pero se haria grave injusticia á sus luces si se creyese que no conoce otra especie de institucion capaz de mejorar la educación pública. Es claro que proponiendo un seminario, seguirá las órdenes y benéficas intenciones del Consejo, y acaso temporizo tambien con las ideas comunes, que dan la preferencia á esta especie de institucion, confirmadas con tan distinguidos ejemplos dentro y fuera de España. Sea lo que fuere, ¿cómo podrá tener á mal que un ciudadano, penetrado de sus mismos deseos en favor de la educación pública, le represente con candor sus reflexiones acerca del mejor medio de perfeccionarla? Tengo demasiada confianza en su ilustracion y su celo, para temer que ninguna especie de orgullo ni indocilidad se mezclen á estas dotes.

Trátase, pues, de un seminario de nobles y

gente acomodada; y aunque suele decirse que los títulos son indiferentes á las cosas, veo yo en este un grave inconveniente. El prueba á la verdad, cuanto los amigos de Mallorca se han levantado sobre las ideas vulgares, pues que no tratan de un establecimiento limitado á una sola clase, y esa la menos numerosa. Conocen que una educacion noble es necesaria á todos los que están destinados á vivir noblemente, y que este destino no se regula por pergaminos, sino por facultades; y en fin, que el bien público exige que la buena y liberal instruccion se comunique á la mayor porcion posible de ciudadanos. Hé aquí lo que á mi juicio reguló sus ideas; pero hé aquí tambien lo que puede frustrarlas.

Por ventura la Sociedad, elevándose sobre las preocupaciones comunes, ¿podrá lisonjearse de haberlas desterrado? Temo que no alcance á tanto su ilustre ejemplo. Si se trata de la educacion de los nobles, ¿porqué (dirán estos) se admiten al Seminario los que no lo son? Y si solo de educar la gente acomodada, ¿porqué (dirán otros) se llamará el Seminario de nobles? Porqué no se trata solo de un Seminario de educacion?

Mas cuando asi fuere, estas distinciones, desechadas del título y del establecimiento, serian deseadas por la ignorancia y el orgullo. Noble habria que temiese infamar y perder á sus hijos enviándolos á un Seminario que no fuese exclusivamente de nobles. Otro, menos linajudo, pe-

ro algun tanto escrupuloso, repugnaria todavia la mezcla de los suyos con los de ciertas clases ó familias. Estos mismos escrúpulos penetrarian á las familias acomodadas, y es de temer que pocas se salvarsen de ellos; porque, al fin, el amor propio, do quiera que se anide, trata de clasificarse y distinguirse. ¿No se han clasificado entre sí las mismas familias nobles? No hacen otro tanto las que están destinadas á las profesiones liberales, al comercio, á la agricultura? Que digo! el mismo pueblo, dividido en tantas artes y ocupaciones humildes, ¿no se ha clasificado tambien? Qué nacion, qué provincia podrá gloriarse de no haber cedido á esta flaqueza? Y si alguna, ¿será la de Mallorca?

Fuera de que el establecimiento de un Seminario será siempre esclusivo por otras razones. Desde luego en él solo se podrán educar de 100 á 150 jóvenes, y Mallorca tendrá 500, tendrá 1000, tendrá mas de 1000 en estado de educarse. ¿Trátase de dar en él una educacion gratuita? Entonces, ó deberá ser escluida la gente rica, ó se caerá en el absurdo de educar de valde á los pudientes, sin proveer á la educacion de los pobres. Mas si se trata de educacion pensionada, estos los serán por el mismo hecho, y aun lo serán tambien todas las familias que no están sobre la mediana fortuna. Porque, ¿cuántas serán en Mallorca las que puedan pagar de 300 á 400 libras para la educacion de un hijo? y cuántas la pension de dos,

de tres, ó cuatro hijos? Luego el Seminario será siempre un establecimiento exclusivo; será por lo mismo un medio incompleto é insuficiente para mejorar la educacion pública.

Diráse que la necesidad de la educacion es siempre mayor respecto de las familias pudientes, porque las que no lo son, destinadas á las artes prácticas, no aspiran á ninguna especie de instruccion teórica; ó porque la instruccion se deriva siempre y difunde desde las clases altas á las medianas é ínfimas. Todo esto es cierto; pero un establecimiento limitado las excluye á todas, y todas tienen derecho á ser instruidas. Le tienen, porque la instruccion es para todas un medio de adelantamiento, de perfeccion y felicidad; y le tienen, porque si la prosperidad del cuerpo social está siempre, como hemos probado, en razon de la instruccion de sus miembros, la deuda de la Sociedad hácia ellos será igual para todas, y se estenderá á la universalidad de sus individuos. Aun se puede decir que esta duda crece en razon inversa de las facultades de las familias; pues que al fin, sobre poseer siempre mayor grado de instruccion las que son ricas, tienen en sí mismas los medios de adquirir la que les faltare, dotando ayos y maestros, y empleando los arbitrios y recursos necesarios para ello, mientras tanto que los pobres carecen de todo, y solo los pueden esperar del gobierno.

Infiérase de aquí, que lo que conviene á Ma-

lhorca no tanto es un Seminario de educacion, cuanto una institucion pública y abierta, en que se dé toda la enseñanza que pertenece á ella: una institucion, en que sea gratuita toda la que se reputa absolutamente necesaria para formar un buen ciudadano. A esta institucion, siendo la enseñanza libre y abierta, nadie se desdeñaría de enviar sus hijos, así como no se desdeña de enviarlos á la Universidad literaria, porque lo es. No habria en ella distinciones odiosas, como no las hay en la Universidad. La instruccion necesaria seria accesible á la mediana fortuna, á la mas sublime, y á cuantos pudiesen costearla. En suma, esta institucion seria pública, y la educacion recibida en ella pudiera llamarse verdaderamente pública tambien.

Es verdad, se dirá, pero la educacion no está cifrada en la enseñanza literaria. La parte civil y moral, que son mas importantes en ella, se deben aprender prácticamente, asi como cuanto pertenece á urbanidad y policia, de que no puede prescindir ninguna clase, y señaladamente la de los ricos. Otro tanto se dirá de los talentos agradables, que deben cultivarse en la primera edad, para ser el ornamento y la delicia de la vida. Se dirá que todos estos objetos se combinan muy bien con la disciplina de un Seminario, mas no con la de una escuela pública y abierta. Y si á esto se agrega la continua vigilancia de los maestros, el recogimiento y subordinacion de los jóvenes, y el cuida-

do del aseo en la persona, la salubridad en la comida, la moderacion en los ejercicios y pasatiempos, y otras atenciones que solo se pueden tener en un colegio, se concluirá, que con todos los inconvenientes, la educacion de un Seminario es preferible á las demas.

Reconozco de buena fe la solidez de este reparo, que fuera difícil satisfacer, si yo reprobase la institucion de los seminarios, de que estoy muy lejos. Mi ánimo es solamente demostrar que son un medio insuficiente para promover la instruccion pública, y que este importante objeto será mas bien y completamente alcanzado por medio de una institucion, en que la enseñanza sea libre, abierta y gratuita. Creo haberlo demostrado en cuanto á la parte literaria de la educacion: mas en cuanto á la civil y moral, ¿no será preferible la educacion privada y doméstica á la de cualquiera otra institucion? No es esta educacion la que está inspirada por la naturaleza, prescrita por la religion, reclamada y descada por la politica? No es esta la que supone amor y celo en los que deben darla, respeto y subordinacion en los que deben recibirla, y en unos y otros aquel tierno y recíproco interes, que ninguna institucion humana puede escitar ni suplir? No es la única que puede combinar sus principios, sus máximas, sus métodos con la clase y condicion, con la índole y carácter, con la edad, el talento y la complexion de los educandos?

No es la única que puede darles documentos oportunos y ejemplos eficaces, y grabar mas profundamente unos y otros en su espíritu y corazón? Y pues que la corrección debe suponerse necesaria, porque la pereza, la distracción, la ligereza, y tal vez la indocilidad son achaques ordinarios de la edad tierna é inesperta, ¿no es ella sola la que puede dirigirla y templarla en su aplicación? Quién mejor que un padre observará el germen de las virtudes ó los vicios de su hijo, ó aplicará mejor los estímulos ó los remedios? Quién sabrá sentir mejor el interés, escitar el celo, y moderar el rigor de la enseñanza?

Estas verdades son demasiado palpables para que ninguno las desconozca; pero nuestra indolencia las descuida, y nuestras mismas instituciones las hacen perder de vista. A no ser así (por qué lo callaremos?) ¿cuál sería el padre, que olvidando su obligación y sus derechos, y despojándose de los mas tiernos sentimientos de su alma, echase de su casa á un hijo en la edad en que está mas necesitado de su auxilio y consejos; que le asociase á una muchedumbre de niños de diversas edades, genios y complexiones, y que le abandonase al cuidado, y á la indiferencia de institutores mercenarios? Y cómo no temeria que esta temprana emancipación, al mismo tiempo que desnudase el corazón de su hijo de los sentimientos de respeto, de gratitud y de piedad filial, entibiase en

el suyo los de ternura y compasion; de aquel delicioso interés que debiera hacer el encanto de su vida y la mejor prenda de su felicidad doméstica? Y sobre todo ¿cómo no temeria que este desvío, este desapiadado alojamiento estinguendo poco á poco en las familias las virtudes domésticas, que hacen su consuelo, y su gloria, influyese en la ruina de la sociedad, de que son el principal apoyo y ornamento?

Pero reconociendo estas verdades, todavía se me opondria, que su efecto pende de la ilustracion de los padres, pues que estos no podrán educar bien á sus hijos sin tener una instruccion y unas luces, que lejos de ser comunes, se hallarán en muy pocos; que serán muy pocos los que conozcan sus principios y penetren sus máximas; que los iliteratos, por mas amor, por mas celo que se suponga en ellos, jamas podrán inspirar á sus hijos principios que no conocen, ni sentimientos de que no están penetrados; y que los desidiosos y disipados descuidarán una instruccion, cuya importancia no conocen, y los espoudrán á unas consecuencias que no pueden preveer. Que por lo mismo es mejor fiar este cuidado á hombres instruidos en el arte dificilísimo de la educacion, y colocar los niños en unas casas, donde todo el sistema de vida y enseñanza esté combinado con este importante objeto. He aquí lo que inspiró la idea de los seminarios, he aquí lo que tanto los recomienda.

Es verdad: pero una triste preocupacion ha da-

do á este raciocinio mas fuerza y estension de la que tiene en sí, y es de nuestro instituto reducirle á ella. Supongo primero que no se le puede aplicar á aquella parte de educacion que se refiere á la crianza física. Siendo su objeto la salud, la robustez, la agilidad del educando, es claro que requiere un amor activo, una asistencia asídua, una vigilancia, un cuidado individual y continuo, que no se pueden esperar fuera de la casa paterna. En ninguna otra parte será el sugeto mas conocido, ni el objeto mas deseado: en ninguna estarán los auxilios mas pronto, y en ninguna el interés y la disposicion necesarios para aplicarlos serán mas ciertos que en ella. En este cuidado, que por lo comun está confiado al amor materno, la naturaleza le ha enriquecido con una prevision tan cumplida de interés y ternura, que solo podra faltarle lo que nuestras preocupaciones y nuestros vicios le usurparen. Fuera, pues, un delirio preferir en este punto la educacion esterna.

¿Y por qué no diremos lo mismo de la educacion moral? Si se trata de los principios teóricos de la moral religiosa y civil, es claro que pertenecen á otra edad, y que forman la parte principal de la enseñanza literaria. Mas si se trata de la direccion de las acciones y el ejercicio de las virtudes que se refieren á estos principios, siempre creeré que esta parte sea tan difícil, cuando no inasequible á la disciplina de los seminarios, por buena y vigilante que sea, como fácil y adecuada á la vida y educacion do-

mística. Semejante enseñanza es mas bien de hecho que de raciocinio, y se da mas bien con ejemplos que con discursos. Para darla no se necesita ciencia ni erudicion; bastan la piedad y prudencia, dirigidas por aquel precioso interés que la mano de la naturaleza imprimió en el corazon de todos los padres. Porque no se debe olvidar que las verdades morales son verdades de sentimiento. El hombre, por decirlo asi, las halla antes en su espíritu, las siente mas bien que las conoce, ó las conoce y ve de una ojeada, y sin necesidad de profundas reflexiones. Una luz clara que el Criador infundió en su corazon, se las descubre, y una voz secreta que escitó en su interior, se las anuncia y recuerda poderosamente, aun en medio del tumulto de las pasiones. No es, pues, necesaria grande instruccion para enseñar estas verdades, y mas cuando esta enseñanza ha de consistir mas bien en ejemplos que en raciocinios.

Pues ahora bien: la conducta virtuosa de un padre, de una madre, de una familia entera, ¿no inspirará, no enseñará estas virtudes que pertenecen á la moral religiosa y civil mejor que ninguna educacion sistemática? No es ella la única que puede presentar vivos y frecuentes ejemplos de amor conyugal, de ternura paterna, de respeto y piedad filial, de union y afecto fraternal y doméstico? Dónde podrán ser mejor inspirados el recato y decoro, la paciencia y templanza, la frugalidad y amor al trabajo, á

las ocupaciones honestas, y el órden y la paz interior? Dónde la liberalidad, la beneficencia, la compasion y las demas virtudes que pertenecen á la inefable virtud de la caridad? Y en cuanto á urbanidad y policia, si el trato y conversacion doméstica, y las reglas de decoro y honestidad, prácticamente observadas, asi en la conducta interior de una familia como en el trato de las que están unidas á ella con relaciones de parentesco, de amistad ó de política no las enseñan; ¿cómo se aprenderán de los estériles documentos de un pedagogo, ó de los imperfectos remedos de un Seminario?

Es esto para mí tan cierto, que creo que aun aquellas virtudes civiles que nacen mas bien de reflexion que de sentimiento, pueden ser mejor inspiradas en la educacion doméstica; y que si un jóven no observare los primeros ejemplos de respeto á la religion y á las leyes, de amor á la constitucion y al gobierno, de desinterés y celo público en lo interior de su familia, y en la conducta pública de sus individuos; si estos ejemplos no ilustraren su espíritu, y gravaren en su corazon estas virtudes; mal las podrá esperar de las frias lecciones de la escuela.

No negaré yo por eso que la ignorancia y la indolencia sean los principales obstáculos de la educacion doméstica, ni aun tampoco que en medio de la indiferencia con que es mirada esta educacion sea grande el número de los padres que adolezcan de estos achaques. Pero este no

es un defecto del sistema, sino de las personas. Los padres que sean tales, no sintiendo ó desestimando las ventajas de la buena educacion, tampoco se curarán de enviar sus hijos al seminario. Semejante abandono cederá poco al influjo de la instruccion pública, la cual primero hará sentir la necesidad de la educacion doméstica, y despues perfeccionará sus métodos. Ella es la que desterrando la ignorancia, destruirá el primero de estos obstáculos. ¿Y por qué no tambien el segundo? La indolencia nace tambien de la ignorancia, y debe desaparecer con ella, asi como tantos vicios que tienen en ella su primera raiz. Bien sé que la ilustracion no bastará por sí sola para refrenar, y menos para extinguir las pasiones que nacen con el hombre, y solo pueden ceder á un influjo sobrenatural y divino. Pero si la instruccion no hace que todos los padres sean buenos, á lo menos hará que sean cautos; les dará á conocer cuanto importa que lo parezcan á los ojos de sus hijos: les hará sentir mejor las tristes consecuencias que sus flaquezas y vicios pueden atraer sobre su familia y posteridad: los hará avergonzarse de ellas, y tal vez el tierno interés de su corazon, unido á las luces de su espíritu, arrancándolos del camino de las pasiones, los pondrá en el buen sendero de la virtud.

En conclusion, los progresos de la educacion doméstica irán siempre á la par con los de la instruccion pública. A pesar de lo dicho, no es

mi ánimo negar que los seminarios sean una institucion buena y laudable: por tal los he creído siempre, y mas aquellos que están destinados para jóvenes que acabada, por decirlo así, su educacion, quieren seguir con mas recogimiento los estudios de Universidad, y formarse para el desempeño de los empleos de la Iglesia y del foro. Y ahora añadiré que los seminarios destinados á la puericia son hasta cierto punto necesarios; y ahora diré tambien, que son en cierta manera necesarios. Hay huérfanos entregados á tutores indolentes: hay hijos de viudas desamparadas, ó que pasan á segundo lecho; hailos de padres notoriamente estúpidos, disipados y corrompidos; y todos estos, no pudiendo recibir buena educacion en su casa, será muy conveniente, será necesario, que la reciban en un Seminario. Pero esta necesidad, que es notoria en un reino, en una gran provincia, ¿se puede reputar grande ni urgente respecto de una isla? Los amigos del pais de Mallorca decidirán. Yo, aunque tan interesado en su bien, creo que no, y digo sinceramente lo que creo, porque callando esta opinion, hubiera hecho tanto agravio á mi celo como al de la Sociedad.

Concluiré este artículo satisfaciendo á un reparo que tal vez ocurrirá á los que le lean. Viendo proponer el establecimiento de una escuela pública en Mallorca, para mejorar la educacion literaria, dirán que ya la tienen en su

Universidad. Pero el objeto de la Universidad es enseñar las facultades que llaman mayores, y el de aquella debe ser toda la enseñanza conveniente á una educacion liberal, la cual no pertenece al plan de la Universidad. La una estará destinada para educar la puericia; la otra lo está para instruir la adolescencia y juventud; y lejos de encontrarse en su objeto, ni ser incompatibles, la una debe mirarse como preparatoria de la otra.

Nuestras universidades no son propiamente institutos de educacion, sino de enseñanza científica. Aun en este sentido son limitadas en su objeto. Desde su origen se consagraron principalmente á la enseñanza de las ciencias eclesiásticas; y cuando la multiplicacion de las iglesias y de los tribunales civiles y eclesiásticos levantó á facultad mayor una y otra jurisprudencia, el estudio del derecho civil y canónico fué abrazado en su plan. Es verdad que en el círculo de los antiguos estudios se comprendian las llamadas entonces artes liberales, á las cuales pertenecia la matemática; pero pertenecia en el sentido de aquellos tiempos, en que el álgebra, la geometría trascendental, y las ciencias físico-matemáticas eran apenas conocidas entre nosotros. Aun aquellos estudios fueron poco á poco olvidados, y la filosofía aristotélica, la teología escolástica, las instituciones de Justiniano, y las decretales, con un poco de medicina, llenaron sus asignaturas. Entre tanto se

fueron adelantando las ciencias exactas; nacieron otras de la jurisdicción de la física; el estudio de la naturaleza arrebató la primera atención de los literatos, y el imperio de la sabiduría tomó un nuevo aspecto, sin que nuestras universidades, sujetas á su principal instituto y á sus leyes reglamentarias, pudiesen alterar ni los objetos ni los métodos de su enseñanza. Si pues la educación pública se ha de acomodar al estado presente de las ciencias, y á los objetos de exigencia pública, ¿cómo se pretenderá que basten para ella los estudios de la Universidad?

Y bien, se dirá todavía: ¿hay mas que agregar los nuevos estudios al plan de nuestra Universidad? Pero acaso es esto fácil? Creo que no, y aun me atrevo á decir que es imposible. Sin alterar los estatutos, los métodos y el espíritu de este cuerpo, no es posible combinar con ellos el sistema y los objetos de la nueva enseñanza, que desenvolveremos despues. La Universidad supone recibidas la mayor parte de ellas, porque no admite sino gramáticos, y aun los supone humanistas. La Universidad dá toda su enseñanza en latin y por autores latinos, y en esta lengua se explica, se diserta, se arguye, se conferencia, y en su suma, se habla en ella; porque la lengua latina, por razones que se esconden á mi pobre razon, se ha levantado á la dignidad de único y legal idioma de nuestras escuelas, y lo que es mas, se conser-

va en ellas á despecho de la esperiencia y el desengaño. Por otra parte, sus ejercicios de discusion, de aprobacion, de oposicion, su gerarquía, su disciplina, sus métodos; en una palabra, toda su organizacion es absolutamente agena de la que conviene á la nueva institucion que Mallorca necesita. Y como todo esto sea fijo por la estabilidad de sus estatutos, no puede reformarse sin trastornar, ó mas bien sin destruir, un cuerpo tan respetable. La sociedad, pues, no debe tratar de destruir, sino de edificar.

No se tema que esta nueva institucion dañe ni á los objetos ni á los estudios de la Universidad pues por el contrario les servirá de gran provecho. La enseñanza que se diere en ella presentará en las aulas jóvenes bien educados, y perfectamente dispuestos á recibir la suya. Su objeto será abrir la entrada á todas las ciencias, y por lo mismo vendrá á ser una enseñanza preparatoria. En esta se instruirán la puericia y la adolescencia; en la Universidad la adolescencia y la juventud; asi se ayudarán recíprocamente. ¿Y quién sabe si la perfeccion de los estudios de Universidad penderá algun dia de los de esta nueva institucion? Vamos, pues, á dar alguna razon de ellos.

Cuarta cuestion.

Empezarémos este artículo esplicando lo que

entendemos por educacion publica, para determinar despues la instruccion que le conviene; porque no es nuestro ánimo significar por este nombre lo que entendieron los antiguos pueblos. Entre ellos la educacion se llamaba pública, porque se estendia á todos los ciudadanos: se daba en comun, formaba el primer objeto de su política y era regulada por la legislación. Sus máximas, sus métodos, sus ejercicios se referian siempre á la constitucion, y se nivelaban con su espíritu. Y como el fin político de las antiguas constituciones fuese la independencia y seguridad del Estado, el patriotismo y el valor, como únicos medios de alcanzar este fin, eran tambien los únicos objetos de la educacion. En estas dotes cifraban los antiguos toda la doctrina de la virtud, y si alguna otra promovian, era solo con direccion y subordinacion á estas; y hé aquí el punto adonde llegó la filosofía política de los antiguos legisladores.

Semejantes instituciones correspondieron admirablemente á sus fines; porque no presentaban dificultad alguna en pueblos rudos y groseros, y en repúblicas de reducido territorio, donde todo ciudadano era soldado, donde la agricultura y las artes necesarias se abandonaban á los esclavos, y donde los esclavos, aunque iguales ó superiores en número á los hombres libres, se contaban mas en la propiedad que en el número de estos, y solo en este con-

cepto eran considerados por la legislacion.

Ni Roma salió de este caso cuando estendió tan prodigiosamente los límites de su dominacion; porque este inmenso estado se contenia, por decirlo así, en los muros de su capital, y en sus moradores residía virtualmente el ejercicio de la soberanía, aun despues que el derecho de ciudadano se comunicó á Italia y las provincias. Fuera de que esta y otras repúblicas, cuando engrandecidas perdieron ya de vista el primer fin político de su constitucion, ó por lo menos le estendieron y ampliaron con otras miras, desde entonces se puede decir que ya no tuvieron sistema de educacion pública, si acaso no damos este nombre á los ejercicios de la juventud ciudadana, que tenian por objeto el servicio de los ejércitos.

Como quiera que sea, en el plan de educacion pública de los antiguos, nunca entró la instruccion que se deriva del estudio. Es cierto que la filosofía, que entonces abrazaba todas las ciencias, se enseñaba pública y abiertamente; pero la legislacion no se curaba de esta enseñanza, y el gobiernó, sin dar proteccion ni sujecion á las escuelas de la filosofía, prescindia de ellas, mientras no turbaban ó embarazaban sus funciones.

No diremos por eso que los antiguos menospreciaron la instruccion; antes por el contrario, cuando las letras obtuvieron entre ellos la estimacion que les era debida, cuidaron mucho de

los estudios de la juventud. Pero este cuidado no pertenecía á la educacion pública, sino á la particular y privada. Los griegos enviaban sus hijos á la escuela de algun filósofo, ó los ponian bajo de su inmediata direccion; y cuando Roma, subyugada la Grecia, quiso tambien conquistar las ciencias y sus artes, los esclavos y libertos griegos servian á este objeto en el interior de las familias. La filosofía, de donde tomaba su fondo la elocuencia, que abria el paso á los empleos públicos, y la jurisprudencia que habilitaba para desempeñarlos, eran el principal objeto de los antiguos estudios; y para preparar á ellos se enseñaban tambien las bellas letras, porque la profesion de los antiguos gramáticos abrazaba todo cuanto entendemos hoy por el nombre de humanidades; y he aquí la suma de la educacion que la educacion privada procuraba á la juventud.

Pero en cualquiera tiempo y estado que consideremos la educacion pública ó privada de los antiguos, sus planes no podrán convenir ni acomodarse á los estados modernos. Grandes imperios de varia y complicada constitucion, donde los ciudadanos, aunque iguales á los ojos de la ley, están divididos en diferentes clases y profesiones: donde la gerarquía directiva es mas compuesta y mas artificiosamente graduada; donde el poder y la fuerza pública, no tanto se regula por el valor, quanto por la fortuna de los ciudadanos; donde por lo mismo las artes

lucrativas, el comercio y la navegacion, fuentes de la riqueza privada y de la renta pública, son el primer objeto de la política; y donde, en fin, el gérmen de ruina y disolucion anda envuelto y escondido en el mismo principio de la prosperidad, el campo de la instruccion se ha dilatado, se han multiplicado sus objetos, y ha nacido la necesidad de un sistema de educacion literaria proporcionado á la exigencia de tantas miras políticas.

¿Y por ventura lo hemos abrazado en nuestros planes de educacion literaria? No, por cierto; y sea dicho esto sin mengua del respeto que profesamos á nuestras antiguas instituciones. Ellas atendieron sin duda á objetos muy recomendables; porque ¿cuáles lo serán mas que la religion, las leyes y la salud de los ciudadanos? Pero descuidaron, ó por mejor decir no conocieron otros, de órden inferior á la verdad, pero acaso mas enlazados con la felicidad individual y la prosperidad pública. De aqui resultó una especie de contradiccion harto notable, y es que mientras la política se afanaba por estender el comercio, y buscar la riqueza en los últimos términos de la tierra, las ciencias, sin las cuales no podia ser alcanzado este fin, aquellas, sin las cuales no pueden perfeccionarse las artes, que aumenta el comercio y la navegacion que le dirige, parece que fueron desdeñadas por ella.

No fué este un defecto peculiar á nuestras

instituciones literarias; lo fué de las de toda la Europa, que erigidas sobre el mismo plan, se consagraron á los mismos objetos. Ni fué, por decirlo así, un defecto suyo, sino de la época en que nacieron. Se acomodaron al estado político coetáneo, y la estabilidad de sus estatutos no les permitió seguir sus vicisitudes y mudanzas. Así que, cuando la política hubo cambiado sus planes, y ensanchado sus miras, vinieron á hallarse insuficientes para tantos objetos como fueron abrazados por ella.

Si queremos pues tener una educación literaria que conduzca á llenarlos, es necesario que comprenda los estudios que tengan relación con ellos; y como á su logro deban concurrir por diferentes medios y caminos, no solo todas las clases, sino aun todos los individuos de un estado, aquella educación se dirá pública, que después de abrazarlos, esté abierta á cuantos quieran recibirla. Veamos pues, cuál es la instrucción que debe formar el objeto de nuestra escuela pública.

Si, como hemos indicado antes, el hombre solo es educable, porque es la única criatura instruable, y si toda instrucción debe dirigirse á la perfección de su ser; siendo este compuesto de dos diferentes sustancias, y dotado de facultades físicas é intelectuales, su perfección solo podrá consistir en el desenvolvimiento de estas facultades.

El de las primeras pertenece en gran parte á

la crianza física, y por eso le querriamos confiar á la educacion doméstica. En efecto, la fuerza física se desenvuelve y aumenta con el uso, y la observacion. Del uso nace el hábito; de la observacion la destreza, y ambos aumentan prodigiosamente el efecto de las facultades físicas en su aplicacion. Al uso debemos el hábito de sostenernos en pie, y de conservar el equilibrio andando, corriendo ó saltando, y asi como la facilidad con que ejecutamos otras operaciones que llamamos naturales, y que sin embargo habemos aprendido de él, y sin él no ejecutaríamos; y de aqui es que un hombre habituado á correr, saltar, trepar, nadar etc. vencerá en estos ejercicios á cualquiera que no lo esté, aunque dotado por otra parte de igual fuerza y vigor. Otro tanto podemos decir de la destreza, pues no es menos notorio que un hombre á fuerza de observacion y esperiencia ha alcanzado el mejor modo de levantar ó arrojar un cuerpo pesado, ó de ejecutar otra operacion difícil ó penosa; es decir, que el que ha adquirido por uso y observacion la destreza que conviene á aquella operacion la ejecutará mejor y mas fácilmente que otro alguno. De este origen han nacido, y por estos medios se han perfeccionado la mayor parte de las artes prácticas.

Con todo, si consideramos que el hábito mal dirigido apoca el objeto de la fuerza, en vez de aumentarle, que la destreza supone una direccion acertada; que entre los varios modos de

ejecutar una accion cualquiera , hay uno solo para ejecutarla bien ; que este modo no se puede alcanzar sino por medio de la observacion , y que esta pertenece á la razon humana , concluiremos que la perfeccion de la fuerza física consiste en la ilustracion de esta razon directriz de sus operaciones , esto es la instruccion.

Esta verdad se hará mas palpable si se considera , como ya dejamos indicado , que la simple fuerza del hombre , aunque dirigida por su razon solo puede producir un efecto muy limitado , y que su verdadero poder consiste en la aplicacion de las fuerzas de la naturaleza en su auxilio. El hombre mas robusto , el mas diestro , sin otro auxilio que el de su simple fuerza , jamás podrá cortar una piedra , derribar un árbol , desquiciar una roca : pero con el auxilio de una hacha , de un pico , lo conseguiria facilmente. Su razon instruida le descubre el aumento que puede dar á su fuerza , empleando las de la naturaleza. Por este medio , ¿qué no ha hecho , y que no puede hacer todavía? El ha allanado los montes , dirigido los rios , defendido las costas , cruzado los mares , levantándose sobre las nubes , y medido y pesado las lumbreras del cielo. Criado para dominar en la tierra , su razon , no su fuerza , ha establecido su dominio. Por su razon la fuerza ha proporcionado sus producciones con sus deseos. Su razon prescribe á estas producciones las varias formas que convienen á las necesidades , y á su

comodidad y regalo. Parece inmenso el camino que le ha hecho andar su razon en el uso y direccion de su fuerza; pero quién puede decir, de aqui no pasará?

Pero la necesidad que tiene de instruccion esta razon directriz es mas notoria respecto de ella misma; esto es, de las facultades intelectuales del hombre; porque es claro que se desenvuelven tambien con el uso, y se aumentan y mejoran por el hábito y observacion. El hombre desde que nace tiene sensaciones, y por consiguiente ideas; pero al uso debe el hábito de hablar, el cual no solo supone el talento de espresar sus ideas, sino tambien el de ordenarlas; porque hablar no es otra cosa que espresar las ideas clara y ordenadamente. En este sentido podemos decir que por el uso podemos adquirir el hábito de pensar, ó lo que es lo mismo, que nuestra razon se desenvuelve y mejora. Así que, cuando decimos que un muchacho llegó al uso de razon, solo espresamos que sus facultades llegaron ya á un completo desenvolvimiento.

Aquí no puedo dejar de hacer una digresion para recomendar la importancia de la crianza física, y por consiguiente de la educacion doméstica; porque si á ellas pertenece el primer desenvolvimiento, asi de las fuerzas físicas, como de las facultades intelectuales del hombre, y si de la direccion que recibiere desde sus primeros años ha de depender, como es indispea-

sable, la perfeccion á que pueda aspirar en adelante, visto es cuanto importa que esta direccion sea la mas ilustrada, y cuanta ilustracion es necesaria para llenar tan alto objeto. Debiendo, pues, fiarse este esencialísimo cuidado á la educacion doméstica, y no pudiendo esta perfeccionarse sino por medio de la instruccion pública, ¿cómo dudaremos que en ella están cifradas la felicidad individual y la prosperidad pública?

Volviendo á nuestro asunto, deduciremos de lo dicho hasta aqui dos grandes objetos de la instruccion que conviene al hombre: 1.º Que pues su fuerza física se aumenta por el empleo que hace de las fuerzas de la naturaleza en su auxilio, es claro que debe estudiar la naturaleza: 2.º Que pues á su corazon toca dirigir estas fuerzas y estos auxilios en el empleo que de ellas haga, es claro que el hombre debe estudiar esta razon. En suma, el hombre debe estudiarse á sí mismo, y estudiar la naturaleza.

Pero el hombre ¿podrá contemplar el grande espectáculo de la naturaleza sin levantarse al conocimiento de un supremo Hacedor? Podrá estudiar el órden magnífico que reina sobre toda la creacion, las maravillosas relaciones de conveniencia y de contraste que enlazan todos sus varios seres, las leyes que sostienen este órden, mas admirables por su sencillez que por su grandeza, en una palabra, podrá contemplar la constante é inefable armonía que resul-

ta de este órden , de estas relaciones, de estas leyes, sin reconocer que este Ser criador es á un mismo tiempo omnipotente y omnisapiente? Sobre todo , ¿podrá el hombre bajar desde este conocimiento á la contemplacion de sí mismo, comparar las facultades de que fué dotado con las dispensadas á los demas seres , observar la luz inefable que imprimió en su corazon , y los purísimos sentimientos de que adornó su alma, sin reconocer , que toda esta creacion se ha dirigido á un fin , y que tan preciosas dotes de cuerpo y alma le fueron dadas para vivir segun este fin?

Resulta , pues , que otro objeto esencialísimo de la instruccion humana es el estudio de este gran Ser , y de los fines que se ha propuesto en esta obra tan buena, tan sábia y tan magnífica. Resulta que el objeto general de toda instruccion se cifra en el conocimiento de Dios, del hombre y de la naturaleza. Resulta que este es el término de toda instruccion : que en él se encierran todas las verdades que importa al hombre conocer : que en él deben estar contenidos los objetos de todas las ciencias , dignas de su ser, y del alto fin para que fué criado, y que cuanto está fuera de él en el imperio de la literatura, será vana curiosidad, ó delirio.

Hemos indicado los objetos de la instruccion; califiquemos ahora los estudios en que debe buscarse por la conveniencia ó relacion que tengan con ellos.

Quinta cuestion.

La inmensidad de estos objetos de la instruccion humana no asustó á los primeros filósofos; porque en sus especulaciones aspiraron á conocer todas las verdades que podian referirse á ellos. Por lo mismo hemos indicado que la antigua filosofía, cuyo modesto nombre solo significaba amor á la verdad, abrazaba todas las ciencias en su jurisdiccion. Mas como en el progreso del tiempo y del estudio algunos de los filósofos se dedicasen particularmente á la investigacion de la naturaleza y principios de las cosas visibles, y otros á la del origen y propiedades de esta facultad inteligente que reside en nuestro interior, y con la cual el hombre juzga de aquellas cosas y de sí mismo, de ahí es que la filosofía viniese á dividirse en dos grandes ramos, á saber: en natural y racional. Al primero de ellos se atribuyó el conocimiento de la naturaleza; al segundo el del hombre: y en esta division las verdades relativas á la Divinidad, sin formar un estudio separado, pertenecieron, por decirlo así, á una y otra filosofía. Porque, ¿cómo era posible entonces separar del estudio de la naturaleza ó del hombre la investigacion del alto y eterno principio de donde se deriva y á que se refiere cuanto existe?

Esta particion de las ciencias puede convenir todavía á su presente estado, por mas que se

hayan estendido tan prodigiosamente. No habiendo alguna que no tenga por objeto la investigacion de la verdad, todas pertenecen rigorosamente á la filosofía; y como las verdades derivadas de la luz natural, de cualquier orden que sean, deban referirse al hombre, ó á la naturaleza, ninguna dejará de pertenecer á la filosofía racional, ó natural. Por eso Wolfio abrazó todas las ciencias en su filosofía, bien que dividiéndola, conforme á los objetos y fines, en especulativa y práctica; y por eso tambien ha prevalecido entre nosotros otra particion mas vulgar, que divide las ciencias en intelectuales y naturales: pero todos estos títulos, como quiera que se establezcan y conciban, vienen siempre á referirse á los objetos de los antiguos estudios, como los únicos que califican la verdadera y sólida instruccion.

Con todo, nosotros, sin desechar estas divisiones, y atendiendo al objeto de la presente Memoria, preferiremos otra que nos parece mas adecuada á la direccion de los estudios de la juventud. Porque, consideradas las ciencias con relacion á la enseñanza de esta, ¿quién no advertirá que en su largo catálogo hay unas que se dirigen á instruirlos en los medios de inquirir la verdad en general, y otras á hacerles conocer con el empleo de estos mismos medios las verdades de cierto y determinado orden? Asi que, esta diferencia esencialísima establece de suyo una division entre las ciencias, á saber:

en metódicas é instructivas, la cual seguiremos en el discurso de este escrito, esperando que los sábios nos perdonarán esta innovacion, si acaso lo es, en favor del motivo que nos obliga á hacerla.

En efecto, si los métodos de inquirir la verdad son unos auxilios necesarios á la razon humana para alcanzar este sublime fin, es claro que el primer grado de instruccion que conviene al hombre es el conocimiento y recto uso de estos métodos; y por consiguiente, que las ciencias que los enseñan (y no se nos dispute este nombre que aqui tomamos en su mas amplia y vulgar significacion) pertenecen esencialmente á la educacion literaria. Porque si es cierto, como no puede dudarse, que el jóven sin estos auxilios no podrá alcanzar las verdades que pertenecen á la filosofia natural, ó racional, ó por lo menos que no la podrá alcanzar tan fácil, tan breve y tan cumplidamente como con su auxilio, es claro que ninguno que no los haya adquirido se podrá decir bien educado.

Seguiremos, pues, esta particion, sin perder de vista las antiguas; y tratando en una seccion separada de los que pertenecen á las ciencias metódicas, destinaremos otras para los que conducen á las instructivas, bien que no en toda su estension, sino en cuanto convienen á una educacion liberal y cumplida. Por lo mismo no haremos la enumeracion de unas

y otras ciencias sino al paso que hablemos de su estudio, y entonces cuidaremos mucho de indicar la relacion que tiene cada una con los grandes objetos de la razon humana, porque esto nos parece muy congruente al propósito de esta Memoria y al fin á que aspira nuestra sociedad.

SECCION PRIMERA.

Estudio de las ciencias metódicas.

De las ciencias metódicas se puede decir, en general, que son unos métodos de analizar nuestros pensamientos; y por lo mismo, considerándolas en su término, se pudieran reducir al arte de pensar de las cosas que percibimos por los sentidos, ó deducimos por la reflexion. Mas como el hombre para pensar necesite de una coleccion de signos que determinen y ordenen las diferentes ideas de que sus pensamientos se componen, la lengua ha venido á ser para él un verdadero instrumento analítico, y el arte de pensar ha coincidido de tal manera con el arte de hablar, que vienen ya á ser virtualmente uno mismo.

En efecto, el don de la palabra, uno de los mas sublimes con que el Omnipotente enriqueció á la naturaleza humana, no solo hizo capaz al hombre de representar por ella los mas íntimos secretos de su alma, sino tambien de discernir por el mismo medio y ordenar interiormente las diferentes ideas que envuelven, las

cuales, siendo todas compuestas, cuando se representan á su alma por los sentidos, y entrando, por decirlo así, en ella muchas á la vez, indistintas y confusas, él despues las distingue, las determina y las ordena por medio de los signos que convienen á cada una. Y aunque no se puede negar que el signo presupone la idea que representa, igualmente es constante, que supuesto ya el conocimiento de una lengua, el hombre no solo la empleará en anunciar sus pensamientos, sino tambien, y antes, en analizarlos y ordenarlos interiormente: de forma, que así se puede decir que el hombre piensa cuando habla, como que el hombre habla cuando piensa, ó que para él pensar es hablar consigo mismo.

Cuando los hombres hubieron perfeccionado cuanto en ellos estuvo la lengua gramatical (permítasenos este nombre), y cuando al favor de ella hubieron perfeccionado tambien el arte de analizar sus pensamientos, conocieron que este instrumento era insuficiente para el discernimiento y análisis que en su progreso iban recibiendo las ideas de cantidad, y entrevieron que con signos mas abreviados, y mas diestramente combinados podrian llevarlas mucho mas adelante. De aquí nació la aritmética, que es otra coleccion de signos, ó por mejor decir, otra lengua, otro instrumento analítico mas perfecto para discernir, ordenar y espresar con facilidad las ideas de cantidad en toda la estension en que la humana capacidad podia conce-

birlas. Y ahora ¿por qué no se nos permitirá decir otro tanto de la lengua geométrica? No es ella tambien un método analítico para discernir y ordenar las ideas que percibimos de la estension? Y nótese que la geometría no de otro modo las analiza que calculando: de manera que aunque su objeto y sus medios sean diferentes que los de la lengua del cálculo, al cabo vienen á reducirse á unos mismos, porque la estension se mide calculando, y asi se puede decir, que el que cuenta mide, como el que mide calcula. Y de aquí es que toda la prodigiosa trascendencia que ha recibido la geometría en nuestros dias, no de otra parte le viene que de la aplicacion de la lengua del cálculo á sus operaciones y espresiones: con lo cual de las dos lenguas, esto es, de los dos instrumentos analíticos, se ha formado uno solo, compuesto y pefectamente adecuado para el discernimiento, ordenacion y espresion de todas las ideas que podemos concebir acerca de la estension.

He aquí el plan bajo del cual consideraremos las ciencias metódicas, con relacion á los estudios que convienen á la educacion de la juventud. Si alguno tuviere dificultad en adoctar las ideas que me han conducido á él, no por eso dejará de tener alguna utilidad con respecto al objeto á que les destinamos. La vida del hombre es breve, y mas breve todavía el período que puede destinarse á la instruccion. Por tanto, cualquiera cosa que pueda conducir á economizar sus mo-

mentos, cualquiera que facilite los medios de instruccion, debe buscarse ansiosamente por cuantos se interesan en la pública prosperidad, dependiente de ella.

Consideradas, pues, las ciencias metódicas en su término, y reducidas al arte de hablar y calcular, ó sea á la lengua gramatical, y á la lengua algebráica, distribuiremos los estudios que convienen á entrambas. A la primera adjudicaremos las primeras letras, la gramática, la retórica, dialéctica y la lógica; y á la segunda la aritmética, el álgebra, la geometría y trigonometría. De unos y otros estudios hablaremos en artículos separados.

Primeras letras.

Se estrañará, y no sin razon alguna, que hayamos contado las primeras letras entre las ciencias metódicas; pero sin disputar si les conviene el nombre de ciencias, que ya hemos dicho que tomábamos en su mas amplia acepcion, y que si se quiere se puede suplir por el nombre de estudio, ¿quién dudará que en su conocimiento se cifra uno de los principales métodos de alcanzar la verdad y recibir la instruccion? Nos detendremos un poco en esta idea, siquiera para dar al estudio de las primeras letras el aprecio que no ha tenido hasta ahora y que por tantos títulos merece; y tambien porque lo que dijéremos de ellas será aplicable á los demas estudios metódicos.

Es constante, y lo hemos indicado ya, que la observacion y la esperiencia son las fuentes primitivas de la instruccion humana. A ellas se debe el mayor número de verdades que descubrieron los hombres, y de ellas han nacido todas las ciencias, que no son otra cosa que una coleccion de verdades de cierta clase, ó relativas á ciertos objetos, dispuestas y enlazadas segun el órden de afinidad que la razon hallaba entre ellas. Mas como las verdades descubiertas por los primeros hombres pudieron comunicarse de unos á otros por medio de la palabra y conservadas despues en la memoria, pasar de una en otra generacion, sucedió que la tradicion fuese tambien un medio, aunque imperfecto de alcanzar la verdad, y le llamaron imperfecto, porque sobre el riesgo de la mala expresion, ó la siniestra inteligencia de los que trasladaban ó recibian la tradicion, siendo la memoria el depositario y conductor de las verdades, visto es cuan espuesto estaba el medio á falibilidad y olvido.

Pero los hombres, habiendo inventado despues la escritura, señaladamente la alfabética, dieron á la tradicion toda la perfeccion que podian recibir; pues pudiendo representar ya sus ideas con palabras, sus palabras con signos convenientes á cada una, y siendo estos signos mas inalterables y duraderos que las palabras transitorias, la memoria, siempre frágil y limitada, no tenia ya necesidad de retenerlas, y por lo

mismo la escritura vino á ser el fiel depositario de los conocimientos humanos. Y por último la invencion de la imprenta, que facilitó la multiplicacion y adquisicion de los escritos, dió á este segundo medio toda la perfeccion y estension posible.

Ya he dicho posible, porque este medio de adquirir la verdad será todavía imperfecto, pues que tanto puede servir para la comunicacion de la verdad, como para la del error. La razon es porque el que lo emplea suscribe á la esperiencia agena, y no á la suya; y como el juicio formado á consecuencia de ella puede ser erróneo, y el hombre no tiene los mismos medios para rectificar los juicios agenos que los propios, es visto que en este medio de instruccion hay siempre algun defecto.

Pero si la escritura es un medio menos perfecto de alcanzar la verdad, es por otra parte el mas fácil y de mayor estension para conservarla y transmitirla, pues que no hay verdad de cuantas han descubierto y acumulado las generaciones pasadas que no se pueda derivar por él á la generacion presente. Se estiende al mismo tiempo á todos los paises, asi como á todas las edades, y viene á ser el verdadero tesoro en que el espíritu humano va depositando todas las riquezas y donde deben entrar tambien todas las que fuere adquiriendo en la sucesion de los tiempos.

Y bien: si toda la riqueza de la sabiduría es-

tá encerrada en las letras; si á tantos y tan preciosos bienes da derecho el conocimiento de ellas, ¿cuál será el pueblo que no mire como una desgracia el que este derecho no se estienda á todos los individuos? ¿Y de cuánta instruccion no se priva el estado que le niega á la mayor porcion de ellos? Y en fin, ¿cómo es que cuidándose tanto de multiplicar los individuos que concurren al aumento del trabajo, porque el trabajo es la fuente de la riqueza, no se ha cuidado igualmente de multiplicar los que concurren al aumento de la instruccion, sin la cual ni el trabajo se perfecciona, ni la riqueza se adquiere, ni se puede alcanzar ninguno de los bienes que constituyen la pública felicidad?

Esta reflexion me lleva á otra que no pasaré en silencio, porque mi propósito es persuadir la necesidad de la instruccion pública, y nada debo omitir de cuanto conduzca á él. Obsérvese que la utilidad de la instruccion, considerada políticamente, no tanto proviene de la suma de conocimientos, que un pueblo posee ni tampoco de la calidad de estos conocimientos, cuanto de su buena distribucion. Puede una nacion tener algunos, ó muchos y muy eminentes sábios, mientras la gran masa de su pueblo yace en la mas eminente ignorancia. Ya se ve que en tal estado la instruccion será de poca utilidad, porque siendo ella hasta cierto punto necesaria á todas las clases, los individuos de las que son productivas y mas útiles, serán inep-

tos para sus respectivas profesiones, mientras sus sabios compatriotas se levantan á las especulaciones mas sublimes. Y asi vendrá á suceder que en medio de una esfera de luz y sabiduría, la agricultura, la industria y la navegacion, fuentes de la prosperidad pública, yacerán en las tinieblas de la ignorancia.

Y he aquí lo que mas recomienda la necesidad del estudio de las primeras letras. Ellas solas pueden facilitar á todos y á cada uno de los individuos de un estado, aquella suma de instruccion que á su condicion ó profesion fuere necesaria. Mallorquines, si deseais el bien de nuestra pátria, abrid á todos sus hijos el derecho de instruirse; multiplicad las escuelas de primeras letras; no haya pueblo, no haya rincón donde los niños de cualquiera clase y sexo que sean, carezcan de este beneficio; perfeccionad estos establecimientos, y habréis dado un gran paso hácia el bien y la gloria de esta preciosa isla.

Bien sé que este ramo de enseñanza debe estar separado de la institucion pública que de jo indicada. Las primeras letras reclaman muchas escuelas segregadas y dispersas por toda vuestra isla; tal vez para la capital no bastará una ni dos; pero hay un medio de enlazarlas todas con aquel principal establecimiento. Estén todas bajo su direccion; pertenezcan á él todos sus maestros; sea él quien los nombre y examine, y de él reciban métodos, libros y máximas de enseñanza. Asi se establecerá aquella

unidad moral, que es tan necesaria para que todos los métodos de instruccion se uniformen y conduzcan á un mismo fin, y para que las primeras letras, cimiento y base de toda buena educacion, y primer manantial de la instruccion pública, no estén abandonadas á la ignorancia, al descuido, ó á la arbitrariedad.

Pero no bastará multiplicar estos establecimientos, si no se perfeccionan. Es esto de tanta importancia, que no sabemos si es mas de admirar la lastimosa imperfeccion de los métodos comunes de enseñar las primeras letras, ó la indiferencia con que es mirada esta imperfeccion. No es de nuestro propósito esponerla, asi como no lo es formar el plan de su enseñanza. Esto mereceria ser tratado en una memoria separada, y merece toda la atencion de la sociedad. Pero no dejaré de esponer una idea que debe servir de cimiento á la reforma que necesita un objeto tan importante.

Nada es mas constante ni mas acreditado por la esperiencia, que la viveza con que se imprimen en nuestros ánimos las ideas que se les inspiran en la niñez; y la facilidad con que las recibe, y la tenacidad con que conserva nuestra memoria cuanto se le presenta en esta tierna edad. Pero de esta observacion no se ha sacado hasta ahora el partido que se pudiera, ó por lo menos se ha perdido de vista en la eleccion de los libros y de las muestras por donde se enseña á leer y escribir. Estos libros y estas mues-

tras debieran contener un curso abreviado de doctrina natural, civil y moral, acomodado á la capacidad de los niños, para que al mismo tiempo y paso que aprendiesen las letras, se fuesen sus ánimos imbuyendo en conocimientos provechosos, y se ilustre su razon con aquellas ideas que son mas necesarias para el uso de la vida. Por este método podrian los niños desde muy temprano instruirse en los deberes del hombre civil y el hombre religioso, y recibir en su memoria las semillas de aquellas máximas y de aquellos sentimientos que constituyen la perfeccion del ser humano y la gloria de las sociedades.

Bien sé yo que no existen tales libros, y que probablemente tardarán en existir; porque requiriendo gran fondo de talento, de instruccion y piedad, serán pocos los que poseyendo estas dotes, no se hallen interrumpidos por sus empleos y ocupaciones, y menos los que quieran consagrar sus vigilias á obras que no prometen utilidad ni gloria. Mas si el gobierno conociendo el influjo que puede tener en la prosperidad pública, estimulase los ingenios al desempeño de esta empresa con premios proporcionados á su importancia; sino les escasease aquellas distinciones y recompensas á que anda siempre unida la gloria literaria, ¿quién seria el sabio que no corriese en su auxilio? La empresa no es acaso tan árdua como puede parecer; y ¿quién sabe si la gloria de alcanzarla estará reservada á nuestra Sociedad?

Entre tanto hay una obrita, publicada con este objeto por el erudito don Tomás de Iriarte, que contiene unos elementos de moral, geografía y de historia de España, y un tratado de las obligaciones del hombre por el señor Escoiquiz, que aunque no llenan completamente nuestro deseo, pueden suplir la falta de otros, y son preferibles á los que comunmente se usan.

Hemos dicho que el arte de calcular es una verdadera lógica; y siendo necesario su conocimiento en los usos comunes de la vida, cualquiera que sea la clase y profesion en que el hombre se halle, claro es que sin él ninguno se podrá decir instruido en las primeras letras. Por eso se ha mirado siempre como una parte de su estudio; mas en quanto á él hay todavía mucho que desear. En muchas partes se descuida esta enseñanza, ó se da muy imperfectamente, y en otras solo se enseña el mecanismo del cálculo. Pero es constante que el que no sabe la razon de cada una de las operaciones, no se puede decir que las sabe. Era pues preciso que todos los niños aprendiesen la aritmética. La cosa parece difícil, y acaso lo es, porque nuestros métodos son imperfectos; pero pues que las razones de los rudimentos del cálculo son tomadas de las ideas comunes que todos los niños virtualmente saben, y se trata solo de irselas haciendo distinguir y aplicar á cada operación; visto es cuan fácil seria perfeccionar esta enseñanza. Yo no debo detenerme acerca de

esta ; pero tampoco puedo dejar de recomendar su importancia, pues aun cuando solo aprendiesen los niños la parte de aritmética que llaman cinco reglas, su instruccion seria mas sólida, y serviria de admirable preparacion á los que hubiesen de emprender despues el estudio de las matemáticas.

Quisiera yo unir al estudio de las primeras letras la enseñanza del dibujo, cuya grande utilidad, asi para las ciencias como para las artes, generalmente está reconocida. Para esta enseñanza no se dirá que no están dispuestos los niños, pues en ella tiene mas parte la mano que la razon. Asi lo ha acreditado la esperiencia en todas las escuelas de diseño que hemos visto erigirse en nuestros dias. Pero estas escuelas por desgracia no han producido todo el provecho que podia desearse : 1. ° porque no habiéndose reunido esta enseñanza á las primeras letras, no pudo hacerse general : 2. ° porque presentada como un medio de hacer progresos en ciertas y determinadas artes, no se ha apeteccido por los padres y tutores para una edad en que la carrera ó profesion de los niños no está decidida : 3. ° porque adoptado el método de la Academia que dan esta enseñanza por la noche, y que han tomado sus principios de la figura humana, es decir, de lo que hay mas compuesto y perfecto en la naturaleza, se ha buido de la sencillez que conviene á toda enseñanza; se ha perdido de vista la necesidad mas gene-

ral y comun, y aspirándose á lo mas perfecto; se ha descuidado lo mas conveniente.

Todo se remediaria simplificando esta enseñanza y reuniéndola á las primeras letras. Un dibujo de líneas, de superficies y sólidos claros, sombreados y perspectiva, ordenadamente arreglado en una breve cartilla, bastaria para la enseñanza general, y prepararia tambien admirablemente asi á los que hubiesen de estudiar despues la geometría práctica, ó el dibujo científico, como á aquellos á quienes llamase su genio al estudio de las bellas artes. Esta cartilla falta; pero el *Museo pictórico* de Palomino daria mucha luz para hacerla. Hé aqui otro asunto á cuyo desempeño convendria llamar y alentar á nuestros sabios artistas.

Reconozco de buena fe que asi como faltan buenos libros, faltarán tambien buenos maestros para perfeccionar esta enseñanza; pero no faltarán siempre. El primer cuidado debe ser multiplicar las escuelas, que aunque imperfectas, siempre producirán mucho bien. Sea el segundo perfeccionar en lo posible las de nuestra capital, y esto no es tan difícil. Al paso que se vayan logrando las buenas escuelas, producirán óptimos maestros. Mas que ciencia y erudicion, este ministerio requiere prudencia, paciencia, virtud, amor, y compasion á la edad inocente. Buenos reglamentos, buenas elecciones, buena direccion y continua vigilancia, levantarán al fin estas instituciones al grado de

perfeccion que necesita el bien de la patria. ¡Oh, amigos del pais de Mallorca! Si deseais este bien, si estais convencidos de que la prenda mas segura de él es la instruccion pública, dad este primer paso hácia ella. Reflexionad que las primeras letras son la primera llave de toda instruccion; que de la perfeccion de este estudio pende la de todos los demas; y que la ilustracion unida á ellas es la única que querrá ó podrá recibir la gran masa de vuestros compatriotas. Llamados por su condicion al trabajo, desde que raya su juventud, su tiempo debe consagrarse á la accion, y no al estudio. Reflexionad sobre todo, que sin este auxilio la mayor porcion de esta masa quedará perpétuamente abandonada á la estupidez y á la miseria; porque donde apenas es conocida la propiedad pública; donde la propiedad individual está acumulada en pocas manos y dividida en grandes suertes, y donde el cultivo de estas suertes corre á cargo de sus dueños, ¿á qué podrá aspirar un pueblo sin educacion, sino á la servil y precaria condicion de jornalero? Ilustradle pues en las primeras letras, y refundid en ellas toda la educacion que conviene á su clase. Ellas serán entonces la verdadera educacion popular. Abridle asi la entrada á las profesiones industriales, y ponedle en los senderos de la virtud y de la fortuna. Educadle, y dándole asi un derecho á la felicidad, labraréis vuestra gloria y la de vuestra patria.

HUMANIDADES.

Gramática.

Si las primeras letras, como instrumentos del arte de hablar le facilitan y estienden, las humanidades en calidad de métodos le pulen y perfeccionan. Este por lo menos debiera ser su único objeto; pero el desco mismo de alcanzarle, perdiéndole de vista, ha llevado fuera de sus términos á los antiguos humanistas. Se ha creído hasta ahora, y tal vez se cree todavía, que el estudio de las lenguas latina y griega y de los preceptos de la retórica y poética constituían el fondo del estudio de las humanidades; pero esta idea que pudo ser exacta, y que seguramente fué muy provechosa, ha venido á ser muy funesta á la educacion general. Es de nuestra obligacion fundar este juicio, asi por la relacion que tiene con el objeto del presente escrito, como por su influjo en los progresos de la educacion.

Cuando renacian las ciencias en Europa, y las lenguas vulgares, incultas y groseras todavía, no eran capaces de recibir sus riquezas, nada parecia mas conveniente que el estudio de la lengua griega y latina; porque ¿dónde se buscarian entonces las verdades que habia acumulado la sabia antigüedad, ni donde los sublimes modelos del bien decir, sino en los monumentos que ellas conservaban? En efecto, su estu-

dio ilustró las naciones de Occidente, y se puede asegurar sin recelo, que á él debe la culta Europa los pasmosos progresos que hizo en las ciencias y en la literatura.

Mas al cabo de tres siglos de estudio y trabajo en desenterrar estos tesoros: despues que los fértiles campos de la antigüedad están ya no solo segados, sino espigados y rebuscados: despues en fin que las lenguas vulgares, enriquecidas tambien y pulidas, se han engrandecido y levantado al nivel de las antiguas bellezas, al mismo tiempo que se proporcionaron á la variedad, abundancia y exactitud de las ciencias, ¿será justa la preferencia que damos en el estudio de las humanidades á las lenguas muertas, en perjuicio y con abandono de las lenguas vivas?

Yo por lo menos veo en esta preferencia uno de los obstáculos que mas se oponen á los progresos de la educacion general. Desde luego prolongan demasiado su período, y por lo mismo la imposibilitan; porque la vida del hombre es muy breve, su juventud pasa como un relámpago; las artes y profesiones útiles le llaman luego á un largo aprendizaje, y los empleos y cargos públicos á otros estudios que piden mas larga y detenida preparacion. Las primeras letras bien aprendidas le ocuparán hasta los nueve años. Si ha de estudiar bien la lengua y propiedad latina, la retórica y la poética, y la lengua griega, ¿no tocará ya en los quince años?

Y bien: si no conoce todavía la gramática y retórica castellana, los elementos de geografía é historia sagrada y profana, los de aritmética y geometría, y algunos principios de lógica y ética, se podrá decir bien educado? Pero estos estudios le llevará hasta los quince años de edad, á que no pueden esperar los que se destinan á profesiones activas, y menos los que destinados á la iglesia, al foro, á la milicia de mar y tierra, ó á la política, necesitan otra preparacion especial, que los detendrá hasta los 26 ó 28. Es, pues, claro que un sistema de educacion general que no sea imposible ó quimérico, debe renunciar á alguno de estos estudios.

La razon señala desde luego las lenguas muertas. Por ventura, ¿no podrá formarse sin ellas un buen humanista? El fin de este estudio no puede ser otro que formar el buen gusto de los jóvenes: 1.º para discernir y juzgar el mérito de las obras que hubiere de leer ó estudiar: 2.º para discernir los mejores medios de expresar y ordenar sus ideas hablando, ó escribiendo. Si, pues, lo que el hombre hubiere de hablar y escribir, y por la mayor parte lo que hubiere de leer en el discurso de su vida, no ha de pertenecer á las lenguas muertas, sino á las de la sociedad en que vive, y á la cual debe consagrar sus talentos, ¿quién duda que el estudio de esta le es mas provechoso y necesario?

Se dirá que, siendo nuestra lengua menos perfecta, su estudio no puede conducir igual-

mente al mismo fin. Mas, ¿por qué no? Si se trata de preceptos, ó no merecerán este nombre, ó serán aplicables á todas las lenguas. Si de ejemplos, ¿tan escasa y grosera se halla la nuestra todavía que no pueda presentar una coleccion de ejemplos de pureza, de precision, de elegancia, de belleza y sublimidad en el decir? Y cuando en Oliva y Granada, en Mariana y Moncada, en Herrera y Leon, y en algunos modernos no se hallasen tan escogidos, ¿no podrian traducirse de Platon y Ciceron, de Xenofonte y Livio, de Homero y el Mantuano? Y si todavía se dice que no, ¿qué probaria esto? 1.º que el solo estudio de las lenguas muertas no ha bastado para perfeccionar las lenguas vivas: 2.º que la perfeccion de estas lenguas pende mas de su estudio que del de las lenguas muertas.

Y si se estudiase bien nuestra lengua, se conoceria que tiene ya dentro de sí cuanto basta para servir á la perspicuidad didáctica, á la alteza oratoria, y al colorido y gracias de la dicesion poética. Se conoceria que si algo le falta todavía, vendrá de su mismo estudio, y sobre todo del estudio de la naturaleza, en cuya contemplacion se formaron los grandes modelos de la antigüedad, y no en serviles imitaciones. Se conoceria que pues en ella tenemos el único instrumento de comunicacion de que nos habemos de servir en la sociedad, nada puede sernos tan importante como su perfeccion. Se conoceria, en fin, que pues de esta perfeccion

pende la de nuestra razon, porque la lengua propia es tambien el instrumento analítico de que debemos servirnos para discernir y ordenar nuestras ideas, el olvido de su estudio es el obstáculo que mas se opone á los progresos de la educacion general.

No se crea que damos una opinion nueva; damos la de esos mismos pueblos á quienes los antiguos metodistas profesaron la mas ciega veneracion. ¿Por ventura los griegos se valieron de otra lengua que la propia para enseñar y aprender? Y cuando el grecismo se hizo de moda en Roma, ¿no vemos á Ciceron, el padre y bienhechor de la lengua latina, vehemente airado contra los que escribian y pretendian enseñar en griego? Y qué testimonio se puede buscar mas ilustre, que el de un hombre que estudió en Atenas, y que toda su vida se dedicó, y que tan altamente recomendó la filosofía, la elocuencia y la literatura griega? Mas ¿para qué buscaremos testimonios estraños, cuando los hay tan ilustres dentro de casa? ¿Desecharemos los de Perez, de Ambrosio de Morales, de Abril, de Leon, lumbreras de la lengua castellana, que tanto declamaron contra el desprecio de nuestra lengua, y la preferencia de la latina para la enseñanza? Y por último, ¿desecharemos el de las naciones sabias, que cultivando y enseñando en su propia lengua todos los ramos de ciencia y literatura, han demostrado que no hay otro medio de popularizar,

por decirlo así, la instrucción, y abrir á todo el mundo sus caminos?

Pero ¿abandonaremos la enseñanza del latín y el griego? No quiera Dios que yo asienta á esta blasfemia literaria: 1.º porque estas lenguas ofrecen una recreación inocente y provechosa á los que conocen y se complacen en sus bellezas: 2.º porque no solo contienen mejores modelos de belleza y sublime dicción, sino tambien mucha riqueza de erudición antigua, y mucha y estimable doctrina de filosofía racional y natural: 3.º porque supuesto su general conocimiento, ofrecen un medio de comunicación mas estendido: 4.º porque son absolutamente necesarias para los que estudian las ciencias de autoridad, cuyas fuentes originales están en estas lenguas. En efecto (y pase esto por digresion, pues que nuestro propósito nos permite vagar por los estudios que no pertenecen á la educación general), ¿cómo podrá el teólogo sin su perfecto conocimiento, ó por lo menos de la latina, estudiar las santas Escrituras, los concilios, los padres, en una palabra, los escritos eclesiásticos que conservan el precioso depósito del dogma, la tradición, la disciplina y la moral de la Iglesia? Y porque los lugares canónicos coinciden de tal manera con los lugares y fuentes de la teología, que mas se puede decir que su estudio no pertenece á distintas ciencias, sino á una, ¿cómo se podrá llamar canonista el que no pueda leer y calar

estas obras originales? Asi que, no solo se deben juzgar necesarias estas lenguas al teólogo y al canonista, sino que se debe deplorar como un mal el abandono con que se mira la una, y la imperfeccion con que se estudia la otra, y que se puede pronosticar que la reforma y los progresos de estos estudios deben empezar por el de las letras griegas y latinas, y que será una consecuencia natural de las mejoras.

Con todo, la enseñanza de estas mismas ciencias se haria mejor en castellano que en latin. La lengua nativa será siempre para el hombre el instrumento mas propio de comunicacion, y las ideas dadas ó recibidas en ellas serán siempre mejor espresadas por los maestros, y mas bien entendidas por los discípulos. La enseñanza elemental no se puede dar en las mismas fuentes; pero se debe referir continuamente á ellas. Sea pues, el que aspire á saberlas, buen latino, buen griego, y si fuere posible, capaz de entender bien la lengua hebrea, acuda á las fuentes originales de la antigüedad; pero reciba y espese sus ideas en la lengua propia.

De lo dicho hasta aquí se pueden deducir tres conclusiones: 1.^a Que pues el estudio de las lenguas griega y latina es absolutamente necesario á algunos, y muy conveniente á muchos, debe ser fomentado y perfeccionado entre nosotros: 2.^a Que la perfecta inteligencia de estas lenguas, ó por lo menos de la latina, debe exigirse de cuantos aspiren al estudio de la teología y los cánones

y si se quiere, de los que se dediquen á la jurisprudencia civil y á la medicina; pero debe ser voluntario á los que aspiran á otras ciencias, cualesquiera que sean: 3.^a Que este estudio no pertenece esencialmente á la educacion general, pero que podrá admitirse en ella para los que quieran recibirla mas cumplida y perfecta.

Si la enseñanza de toda ciencia debe esponer ante todas las cosas aquellas verdades abstractas que constituyen su teoria, la de la palabra deberá empezar por un estudio hasta ahora desconocido entre nosotros, y que sin embargo es absolutamente necesario para alcanzar con perfeccion el arte de hablar. Este estudio es el de la gramática general ó racional. Las gramáticas particulares de las lenguas mas bien que teorías dirigidas al conocimiento científico de los principios de este arte, son unos métodos que enseñan el artificio mecánico de cada respectiva lengua. Detenidas en definir las varias partes de que se compone la oracion, esplicar el oficio de cada una, el lugar que le conviene, y las modificaciones que recibe en la construccion, jamás se elevan á la relacion que las palabras tienen con nuestros pensamientos, ni al sublime artificio con que los analizan, combinan y estienden para su mas esacta espresion. He aquí el oficio de la gramática racional que, prescindiendo de los sonidos, contempla en general las palabras en calidad de signos, y con relacion á la idea que presenta cada uno. De aqui es que sus prin-

cipios son aplicables á cualquiera lengua, y que una vez conocidos se facilita admirablemente el estudio de todas. Por consecuencia, el de la gramática general, ofrece las siguientes ventajas: 1.^a conduce al mas perfecto conocimiento de la lengua propia. 2.^a como en esta lengua se deben dictar sus preceptos, conocida la gramática general, el estudio de nuestra gramática se reducirá á unas brevísimas reglas de sintaxis castellana: 3.^a servirá de llave para entrar fácilmente al estudio y perfecta inteligencia de las lenguas estrañas: 4.^a fundándose en principios que se pueden llamar lógicos, facilitará mucho el estudio de la retórica y de la lógica; y 5.^a su sola enseñanza, bien dada y confirmada con el análisis y observacion de buenos ejemplos, tomados en autores clásicos, supliria por un curso de humanidades en aquellos que no puedan ó no quieran recibir mas larga educacion.

Sé que no tenemos libro para dar esta enseñanza; pero no es difícil tenerle: las gramáticas generales de Dumarsais, de Gibelin, de Condillac, y de las Enciclopedias francesa y británica, están á la mano. ¿Faltará entre nosotros un hombre que las examine, que traduzca la que juzgare mejor, y le sustituya ejemplos escogidos de nuestra lengua? Hé aquí otro objeto hácia el cual se debe llamar la atencion de los sabios, y escitar con premios el ingenio.

A la gramática general debe suceder la castellana. Los que conocen una y otra, saben que

la enseñanza de la primera facilita admirablemente la de la segunda. Los mismos ejemplos que se hubieren tomado de esta para confirmar los principios de aquella, pueden servir para explicar la índole de su construcción, y señalar los caracteres que le son peculiares, y la distinguen de otras lenguas. Pero en esta última enseñanza se deben multiplicar y variar los ejemplos, no solo para hacer conocer por medio del análisis la riqueza y el recto uso de nuestra lengua, sino tambien para preparar á los jóvenes á los estudios sucesivos. Por la misma razon en este período de la enseñanza deberán empezar el ejercicio de composición, presentándoles á los niños estudios fáciles, no exigiendo de ellos sino la exactitud gramatical, haciéndoles dar razon de cuanto hicieren, y dándosela de cuanto no hicieren bien; porque no debe olvidarse jamás que solo el análisis de los buenos modelos de una lengua, y la cuidadosa y frecuente composición en ella pueden enseñar su propiedad y recto uso.

A esto se dirige el estudio de la gramática, y esto es lo que mas la recomienda: hablar con facilidad una lengua es lo que todos aprenden por uso é imitación; hablarla con pureza y propiedad, expresar con claridad y exactitud sus ideas, solo es dado á aquellos que por medio de la observacion y el análisis han penetrado su índole y artificio. Si pues este talento no solo es necesario para comunicar sus pensamientos,

sino tambien para formarlos y ordenarlos rectamente, ¿cómo se podrá decir bien educado el que no lo alcanzare?

Quisiera yo asimismo que por via de apéndice de esta enseñanza, se aplicasen los principios de la gramática general á nuestra lengua mallorquina, y se diese á los niños una cabal idea de su sintáxis. Siendo la que primero aprenden, la que hablan en su primera edad, aquella en que hablamos siempre con el pueblo, y en que este pueblo recibe toda su instruccion, visto es que le merece mayor atencion de la que hemos dado hasta aquí. Se dirá que la amamos, y es verdad, pero no la amamos con ciego amor. El mejor modo de amarla será cultivarla. Entonces conoceremos lo que vale, y lo que puede valer: entonces podremos irla llevando á la dignidad de la lengua literata: entonces irla proporcionando á la exactitud del estilo didáctico, y á los encantos de la poesía; y entonces, escribiendo y traduciendo en ella obras útiles y acomodadas á la comprension general, abriremos las puertas de la ilustracion á esta muchedumbre de mallorquines, cuya miserable suerte está vinculada en su ignorancia; y una ignorancia será invencible mientras no se perfeccione el principal instrumento de su instruccion.

Retórica.

Asi preparados los jóvenes, podrán estudiar con fruto la retórica, y hacer progresos en la

elocuencia castellana , cuya enseñanza no será ya mas que una ampliacion de la gramática. Si la miramos como una facultad diferente , es porque hemos determinado mal su objeto , que siendo el de mover y persuadir , nos parece que está fuera de los límites del arte de hablar: como si este objeto no entrase tambien en el objeto general de la palabra , y como si el orador no moviese y persuadiese hablando. El verdadero objeto de la retórica es la aplicacion del arte de hablar á los varios modos de hablar ó de decir. Es verdad que la elocuencia admite, ó mas bien requiere , un estilo figurado ; pero ni las figuras del estilo salen de la jurisdiccion de la gramática , ni hay alguno tampoco que no pertenezca á la de la retórica. Una y otra emplean un mismo instrumento , y unos mismos elementos ó signos , y si se distinguen es solo en el modo de aplicarlos.

De aqui es que nada ha dañado tanto á la elocuencia castellana como la idea siniestra de su naturaleza y objeto , dando mas valor á sus accidentes que á su sustancia : haciéndola casi consistir en la doctrina de los tropos , y cargando sobre los accesorios el estudio y cuidado que debiamos á su principal objeto. De donde se han derivado dos abusos , á cual mas funestos ; á saber 1.º que han desaparecido de la oratoria aquellas palabras familiares de sentido recto y espresivo , y aquellas locuciones llanas y sencillas , pero nobles y enérgicas , que

tanta fuerza y vigor dan á los discursos, como es de ver en los de Mariana y Fr. Luis de Granada, y se pudiera probar tambien con el ejemplo de Isócrates y Demóstenes, y aun de Ciceron: y 2.º introducir en el estilo didáctico las figuras y licencias retóricas, que en vez de engalanarle, le afean y le embrollan.

Asi se ve que mientras algunos de nuestros oradores habian á la imaginacion y al oido, mas bien que al espíritu y al corazon, muchos escritores doctrinales, que solo deberian dirigirse á la austera razon, sacrifican la precision y la fuerza lógica del raciocinio á los efectos y travesuras del espíritu.

Semejantes abusos, que tienen su principal raiz en el desorden de la imaginacion, y en la falta de fondo y doctrina de los que escriben, se aumentan con la lectura y estéril imitacion de los estrangeros, que adolecen tambien de este achaque. ¿Pero no se podrán atribuir tambien al abandono de nuestra lengua, y á que dando tanto tiempo y cuidado al estudio de las estrañas, no dedicamos ninguno al de nuestra gramática y retórica? Porque ¿cómo la hablará con dignidad el que no la conozca? Ni cómo la conocerá bien el que no haya descubierto su abundancia, penetrado sus bellezas en el análisis de los grandes modelos que la han ennoblecido?

Para dirigir pues la educacion al restablecimiento de la retórica, dênse á los niños pocos y buenos preceptos, confirmados con muchos y

escogidos ejemplos de elegancia castellana. Conozcan en ellos los diferentes estilos y modos de decir, y los objetos a que cada uno conviene. Conozcan en ellos la naturaleza y las verdaderas gracias del estilo figurado, y la templanza y oportunidad con que deben emplearse los ornamentos retóricos. Conozcan finalmente en ellos la índole del artificio oratorio, cuyas leyes jamás podrán penetrar sino por medio del análisis. Así es como los preceptos, ilustrados con el ejemplo, se inculcarán en el ánimo de la juventud, é inspirarán el gusto de la pura y castiza elocuencia.

Se ve por aquí que el análisis de que hablamos no se referirá ya al régimen y construcción gramatical, sino á la elegancia y fuerza de la frase, al enlace de las ideas ó pensamientos, y á la serie y conducta del discurso, que en él se debe buscar la fuente y origen de donde se derivan aquellas, y la razón en que estas se fundan: que se deben considerar las palabras como inseparables de las ideas, las ideas como enlazadas con los argumentos, y los argumentos como elementos esenciales del discurso, sobre que se levanta y apoya la conclusión que se trata de establecer y persuadir. Tal es el fin general de la retórica, cualquiera que sea el género de decir á que se aplicare.

Para conducir mas seguramente á la juventud á este fin, convendrá instruir á los niños en el arte de resumir y extractar: cosa de que no se ha cuidado hasta ahora, y que es de gran-

de utilidad , asi para aprovechar en la lectura y meditacion de las obras de ciencia y literatura que hubieren de manejar en el progreso de sus estudios , como para acostumbrarlos mas y mas al análisis , y perfeccionarlos en él. Como en este ejercicio las locuciones figuradas se reduzcan al sentido recto ; como se dirija particularmente la atencion á la sentencia , para discernir las principales ideas de las subalternas y accesorias ; y como para conocer el órden y fuerza del discurso se distinga todo lo que pertenece á los adornos y movimientos oratorios, de lo que pertenece al racionio lógico , y se discierna y separe lo que es necesario y conducente á él , de lo que es redundante é inútil: visto es que este ejercicio perfeccionará el arte de analizar , y cuanto conducirá a ilustrar la razon y formar el gusto de los jóvenes.

Entonces podrán pasar á la composicion retórica , para la cual se les presentarán asuntos breves y sencillos , en que puedan ejercitar los diferentes estilos que convienen á los varios géneros de elocuencia , sin empeñarlos nunca en grandes oraciones y discursos , para los que ni pueden estar preparados , ni menos tener el fondo suficiente. Porque nunca se debe olvidar que nadie sale elocuente de la escuela: que la retórica considerada como un arte, solo se perfecciona con el hábito , y sobre todo , que como dice Horacio ,

Scribendi recté, sapere est et principium, et fons.

Poética.

Todas las máximas prescritas para este estudio son aplicables al de la poética. Nada hay que decir de su doctrina teórica, de que tanto se ha escrito desde Aristóteles á Horacio, desde Horacio á Pinciano, y desde el Pinciano á Luzan. Pero no callaré que faltan todavía á nuestra lengua dos trataditos muy necesarios para completar esta enseñanza: uno de gramática, y otro de prosodia poética. El primero debería determinar las verdaderas calidades del estilo y buena dicción con referencia á los varios estilos que requieren nuestros poemas; y el segundo determinar la construcción mecánica que constituye la dulzura, el número y la armonía poética, con relación á los varios metros castellanos. Esta doctrina, confirmada con muchos y escogidos ejemplos, haría que los niños entrasen á analizar con provecho nuestros mejores poetas, y los dirigiria en el ejercicio de composición.

Porque yo tengo para mí que estos son los dos escollos en que mas frecuentemente han peligrado nuestros ingenios. A cada paso damos con poemas, en que el gusto destruye los esfuerzos del genio, y en que una dicción lánguida y prosáica, una frase sin colorido ni hermo:ra, hace frias y desmayadas las mas sublimes sentencias: ó bien por el contrario, en

que una frase hinchada, llena de rimbombos y palabrones y adornada de figuras y metáforas atrevidas y descabelladas, aturde la razón y la imaginación del que lee, la que no presenta ninguna idea juiciosa, ninguna imagen agradable, ni causa ninguna instrucción ni deleite. Y damos también en otros, en que la dicción más bella y escogida no satisface el gusto ni contenta el oído, por falta de número y de armonía. Los autores de los primeros no han conocido que en el lenguaje de la poesía la imaginación ocupa el lugar y ejerce los oficios de la razón; y aunque recibe de esta el fondo de sus ideas, se encarga de colorirlas y de engalanarlas: no han conocido que esta facultad sabe tomar de la naturaleza las bellezas de unos objetos para trasportarlas á otros, y adornarlas; inventar formas é imágenes para representar las ideas más abstractas, y hacerlas, reales y sensibles: no han conocido, en fin, que pues en este lenguaje la imaginación habla á la imaginación, el estilo debe ser siempre gráfico, aun en los poemas didácticos, y que la poesía que no pinta, jamás será digna de este nombre.

Pero los de los segundos, arrastrados por esta facultad; han olvidado que no basta que la poesía pinte á la imaginación, si no canta al oído; ni basta que su estilo sea gráfico, sino es al mismo tiempo dulce y armonioso. El lenguaje de la poesía es verdaderamente musical, y sus notas se señalan en el sonido de todos los

elementos de la palabra. El de las consonantes y vocales, y el contraste de unas con otras: la cantidad y el número de las sílabas que componen cada palabra, y el lugar conveniente dado á cada una: la colocacion del acento principal que marca la armonía con una especie de cesura, y su juego con los acentos subalternos de cada verso: el juego de unos versos con otros, asi en la colocacion de los acentos, como en la de las pausas mayores á que obliga la terminacion de la sentencia, ya en verso, ya en hemistiquio; y por último, la onomatopeya ó conveniencia de los sonidos con las imágenes que representan: hé aquí lo que constituye el canto de la poesía, y hé aquí la armonía musical, sin la cual la mas bella dición poética será siempre lánguida é insonora.

¿Cómo, pues, se evitarán estos escollos? 1. ° enseñando á los jóvenes á leer bien los versos: esto es, no solo con buen sentido, sino tambien con recta espresion, marcando en ella el valor de cada sílaba, los acentos principales y subalternos de los versos, y las pausas mayores y menores de los períodos y finales de las sentencias; y sobre todo, levantando esta espresion al tono de los sentimientos y las pasiones de que está siempre lleno el idioma del entusiasmo: 2. ° dirigiéndoles en el análisis de los modelos escogidos á buscar asi las propiedades de la frase y locucion poética, como las del número y armonía de los versos: 3. ° haciéndoles prime-

ro componer en prosa poética, (pues que el metro no es de esencia de la poesía) para acostumarlos y encastarlos en la buena diccion: 4.º ejercitándolos en el verso blanco, para que libres de la sujecion de la rima, puedan formar mejor idea de la armonía métrica, pues es bien sabido que si de una parte la gracia y sonsonete de la rima cubre muchos defectos de la locucion y armonía, de otra el verso blanco solo puede agradar y sostenerse por estas dotes: 5.º y sobre todo, dirigiéndoles al estudio de la naturaleza y del corazon humano, donde están los tipos primitivos de todas las bellezas físicas y sentimentales. En ellos se formaron Homero y Eurípides, en ellos se perfeccionaron Horacio y Virgilio, y Milton y Pope, y Boileau y Racine; y en ellos tambien Melendez y Moratin, Cienfuegos y Quintana que podemos citar sin vergüenza al lado de aquellos modelos.

Lenguas.

En la série de los estudios que pertenecen al arte de hablar debemos poner tambien el de las lenguas, que tanto la fortifica y estiende, y del cual ya no se puede prescindir en la primera educacion.

La santa Escritura nos presenta en la confusion de las lenguas el mayor castigo que pudo dar al orgullo y temeridad de los hombres. Impelidos despues de él por sus necesidades, fue-

ron ocupando los diferentes climas de la tierra, y divididos en lenguas hubieron de dividirse tambien en pueblos y naciones. La lengua vino á ser entre ellos el primer vínculo de union social, y por eso fué cultivada separadamente por cada sociedad. Mas como el espíritu de guerra y de conquista dominase en todas, y las relaciones de amistad y comercio fuesen todavía poco conocidas, ó poco apreciadas, ninguno se curó de uniformar su lengua con la de sus vecinos, y por esto la division y diferencia de idiomas creció y se multiplicó mas y mas cada dia.

Pero al fin, ilustradas con el progreso del tiempo algunas naciones, y movidas de su propio interes á establecer entre sí aquellas relaciones, hallaron que la diferencia de idiomas era un grande estorbo para la recíproca comunicacion de sus bienes y sus luces, y que el estudio de las lenguas era el único medio de franquear la barrera de division que su diferencia ponía entre ellas. De aqui el amor á este estudio, que la política y el amor á las letras abrazaron con ansia, mientras la sana filosofía, entendiendo sus esperiencias, se lisongeó de que el progreso de la razon y la comunicacion humana traeria tal vez la época venturosa, en que una lengua universal estableciese entre todas las sociedades y todos los hombres un vínculo de union y fraternidad porque suspiran á una la religion y la naturaleza.

Sea lo que fuere de esta esperanza, ó sea dulce y piadosa ilusion, la necesidad del estudio de las lenguas no puede disputarse, porque ora las consideremos como medios de instruccion, ora como instrumentos de comunicacion, es claro que quien solo sepa la de su pais, ni podrá aspirar á mas instruccion que á la que estuviere consignada en ella, ni tampoco á comunicar la que hubiere adquirido mas que á sus compatriotas. Lo es tambien que el que aprendiere otras lenguas, se hará capaz de adquirir toda la instruccion que estuviere atesorada en ellas; y lo es, en fin, que esta ventaja estará siempre en razon compuesta de la mayor suma de instruccion depositada en la lengua ó lenguas que se estudiaren, y de la mayor relacion ó conveniencia de esta instruccion con la carrera que hubiere de seguir, y género de vida que hubiere de abrazar el que la aprendiere.

Graduando, pues la utilidad de las lenguas por estos principios, daré yo el primer lugar á la lengua latina; bien que no indistintamente, sino 1.º para aquellos que se hubieren de consagrar á la iglesia y al foro, y en general á los que hubieren de seguir los estudios de Universidad: 2.º para los que quieran darse á los estudios de erudicion antigua y moderna que abrazan los varios ramos de la literatura, y 3.º para aquellos que uniendo los dones de fortuna á los de naturaleza, y no pensando abrazar ninguna

profesion ni carrera determinada, aspiren solo á recibir una educacion cumplida en todos sus números.

Mas para aquellos que se hubieren de consagrar á las ciencias exactas ó naturales, y aun á las políticas y económicas, y para aquellos que hubieren de seguir la carrera de las armas en mar ó tierra, la diplomática, el comercio, las artes, etc, daria yo el primer lugar al estudio de las lenguas vivas, y señaladamente de la inglesa y francesa. Estas lenguas abrirán al jóven un abundantísimo campo de doctrina en todos los ramos de ciencia y literatura que quiera cultivar; y por lo mismo su enseñanza se debe estimar necesaria en cualquiera instituto de educacion.

Y ahora, si alguno que solo quiera estudiar una de estas lenguas, preguntare cual debe preferir, le diré que la francesa ofrece una doctrina mas universal, mas variada, mas metódica, mas agradablemente espuesta, y sobre todo mas enlazada con nuestros actuales intereses y relaciones políticas: que la inglesa contiene una doctrina mas original, mas profunda, mas sólida, mas uniforme, y generalmente hablando, mas pura tambien, y mas adecuada á la índole del genio y carácter español; y que por tanto, pesando y comparando estas ventajas, podrá preferir la que mas acomodase á su gusto y sus miras. Pero tambien diré, que pues es tan conocida la utilidad de entrambas

lenguas , asi para la instruccion , como para los demas usos de la vida, lo mejor será siempre que el que aspirare á perfeccionar su educacion, se esfuerce á estudiar una y otra.

No exijo demasiado, porque sobre que el estudio de una lengua facilita siempre el de otra para el que se haya instruido bien en la gramática general, ninguna dificultad ofrece, ni requiere gran tiempo. Trátase solo de aplicar á cada una los principios generales del arte de hablar; y como esto se debe hacer de un modo uniforme y por un mismo método, es visto con cuanta facilidad se aprenderán sus rudimentos, y aun su sintáxis. Fuera de que esta enseñanza debe reducirse en toda lengua á su buena y corriente version; pues cuanto hay relativo á la composicion y libre uso de las lenguas, debe dejarse al tiempo, á la lectura, y al uso práctico de ellas, y está, por decirlo así, fuera de los límites del estudio elemental y del círculo de la educacion.

Con todo prevendré, por lo que esta interesa, que pues el estudio de version requiere muy frecuente y variada lectura, deben cuidar los maestros: 1. ° no solo de que esta sea de doctrina pura y escogida, sino tambien proporcionada á la capacidad de los jóvenes y conducente á su mayor instruccion. 2. ° De que sirva para perfeccionarlos en los estudios hechos, y prepararlos para los que hubieren de hacer. 3. ° De que contenga buenas máximas de educacion y

reglas de conducta: 4. ° y finalmente, de ir sembrando en sus ánimos aquellas ideas sanas, aquellos puros sentimientos que constituyen el carácter civil y moral del hombre y le disponen á buscar su felicidad en la perfeccion de los talentos, y en el ejercicio de la virtud.

Lógica.

Es tiempo ya de pasar á la enseñanza de la lógica, que servirá de cima y corona á la de la palabra. Considerada como el arte de hablar, no hay duda en que su principal objeto son las ideas pues que á ella le toca explicar el origen, sucesion, y el órden con que se deben enlazar en nuestro espíritu para proceder al descubrimiento de la verdad. Mas como las palabras sean ya signos necesarios de nuestras ideas, y esto no solo para hablar, sino tambien para pensar segun dejamos aseñado, claro es que la lógica no pueda prescindir de ellas, ni del artificio de su colocacion, y por consiguiente que el arte de hablar y pensar, aunque diferentes en su objeto, se pueden reducir á uno solo.

Pero la lógica que deseamos para nuestro plan no es esta lógica escolástica y abstracta de nuestras universidades, la que podrá muy bien ser conducente para la especie de estudios que se dan en ellas; pero ciertamente no lo será para preparar la razon de los jóvenes á las varias clases de conocimientos á que deben aspi-

rar. Aquella se ocupa principalmente en el artificio del raciocinio, ó bien en cuestiones estériles, dirigidas á ejercitarla. Mas para esto, ¿qué necesidad hay de llevar á los jóvenes por el largo é intrincado camino de las categorías y universales, ni tampoco de empeñarlos en las vueltas y revueltas del artificio silogístico, en que tanto se deleitan y detienen nuestros dialécticos? Cuando conozcan la naturaleza y diferencias de las ideas que puede concebir nuestro espíritu, las palabras y proposiciones con que deben enunciarlas, y el lugar, órden y enlace que conviene á cada una para proceder á la conclusion que se pretende demostrar, ¿no sabrán cuanto hay que saber de la buena argumentacion? ¿Es esta otra cosa, como observó muy bien Ciceron, que el desenvolvimiento de la razon, que en lo que percibíamos nos hace ver lo que no percibíamos aun?

No por esto condenaremos la enseñanza del artificio silogístico; antes la creemos muy necesaria, no solo para acostumbrar á los jóvenes á enunciar con precision y órden sus ideas, sino tambien para guiarlos en el camino de las ciencias, pues que todas, sin esceptuar las exactas, proceden al descubrimiento de la verdad por medio del raciocinio, y al cabo una demostracion no es otra cosa que un silogismo bien hecho. Pero en esta enseñanza quisiéramos: 1. ° que no se ejercitase á los jóvenes en la argumentacion, sino sobre materias familiares y co-

nocidas , en que puedan ver exactamente la analogía de las ideas con las palabras , y su órden y enlace ; no sea que en vez de aguzar su ingenio , como vulgarmente se dice y cree , se le haga inexacto , versátil y confuso. 2. ° Que se les ejercite con gran cuidado y sobriedad , no sea que se aficionen á esta especie de esgrima de palabras , que girando continuamente en torno de la verdad , sin tocarla , hace estacionarios los errores , y las opiniones indestructibles y eternas.

Pero esta enseñanza nunca será ni la primera ni la mas importante de la lógica ; porque si el objeto principal de ella son las ideas , ¿no deberá indagar su naturaleza antes de tratar de su enlace? Y bien ¿podrá indagar , podrá explicar la doctrina relativa á uno y otro sin dar á conocer : 1. ° qué ser es el que las concibe : 2. ° cuáles los objetos á que se refieren : 3. ° á qué nociones puede subir procediendo de unas ideas en otras ; 4. ° y supuesto el mas alto término de ellas , ¿á qué nuevas séries de ideas pueda descender desde este punto?

Se nos dirá tal vez , que nada de esto pertenece á la lógica , y no sin alguna razon , si se atiende á la vulgar acepcion de esta palabra. Pero ¿no pertenecerá á la ciencia de las ideas? Y no es esta ciencia la verdadera llave de las demas , la que debe colocarse á su entrada , y ocupar el lugar dado al arte del raciocinio? Désele , pues , el nombre de ideología , que sin du-

da le conviene mejor; pero adjudíquesele la doctrina que pertenece esencialmente á su objeto. Hé aqui lo que hará nuestro plan de educacion mas sencillo y mas provechoso. Hemos reducido todos los estudios de humanidades al arte de hablar, procurando siempre referir las palabras á las ideas que debian enunciar, y preparando asi los ánimos de los jóvenes para el estudio de la buena lógica que enlazamos con aquel arte. Ahora reduciendo á la lógica, ó sea ideología, los principios de la filosofía racional, y cuidando de que no prescinda jamás de las palabras que deben enunciar las ideas en que estan contenidas, damos un paso mas hácia la verdadera y sólida instruccion; porque en esta correspondencia y analogía esta la fuente de todo saber, y fuera de ella todo es error é ilusion.

Asi que, nuestra ideología deberá esponer:

1. ° la naturaleza del alma humana, de esta sustancia simple, incorpórea, inteligente, activa, inmortal, unida á nuestro ser, á la cual fué dada la facultad de sentir y percibir las impresiones que recibe de los objetos exteriores:
2. ° las facultades del alma humana, y las diferentes operaciones por cuyo medio las ejercita, desenvuelve y mejora:
3. ° la naturaleza de las impresiones que por el ministerio de los sentidos envian á ella los objetos exteriores, y las ideas y juicios que forma de ellos:
4. ° como aunque no pueda alcanzar la esencia y sus-

tancia de estos objetos, y aunque no perciba de ellos mas que accidentes y propiedades ó modos de existir, los distingue por ellas, y penetra por la fuerza activa de su razon las relaciones que hay entre unos y otros; y descubre alguna parte de la serie de causas eficientes y finales en que estan unidos: 5.º como la serie de causas eficientes le conduce al conocimiento de una causa primera, y en la de las finales ve un orden, y en este orden una inteligencia, y pasando de aquí á contemplar la grandeza, armonía y hermosura de la creacion, concluye que es obra de un Ser eterno, necesario, omnipotente, sapientísimo y perfectísimo por esencia: 6.º como volviendo despues hácia sí, y hallando ser entre todas las criaturas visibles la única capaz de conocerle y conocer sus obras, se pregunta á sí mismo y halla en su corazon los principios eternos de honestidad, de justicia y de beneficencia que este Supremo legislador grabó en su alma, y son la verdadera fuente de la moral pública y privada. En suma, nuestra ideología deberá reunir y enlazar en el orden indicado por su misma naturaleza, las ideas principales de la dialéctica, psicología, cosmología, ontología, teología natural y ética; en una palabra, todos los principios de la filosofia racional.

Si se nos dice que abarcamos demasiado en nuestro plan filosófico, y que á fuerza de quererle perfeccionar le hacemos inmenso, diremos:

1. ° Que si de todas las materias que abraza se quitare lo que es opinable y dudoso, el residuo de verdades, ó sean nociones ciertas y constantes que restará, será muy escaso. 2. ° Que para demostrar una verdad no son necesarias largas disertaciones; basta desenvolver la noción en que está contenida, ó por mejor decir, la razón conocida en que está enlazada, y que nos hace percibirla. 3. ° Que por consiguiente un tratado elemental en que las verdades filosóficas estén bien enlazadas, deben ser muy corto. 4. ° Que si algun mayor desenvolvimiento necesitan estas verdades, ya sea para ampliarlas, ya para inculcarlas mejor en el ánimo de los jóvenes, ya, en fin, para desvanecer las dificultades que pudieren ocurrir contra ellas, esto ya no pertenece al tratado elemental, sino á las oportunas y sucesivas esplicaciones del maestro que las enseñare; y entonces bastará colocarlas y ordenar convenientemente estas nociones para que su estudio sea no solo fácil sino breve y provechoso.

Y bien, se dirá todavía: ¿qué necesidad hay de refundir en uno tantos y tan diversos estudios? Podrá su reunion no ser dañosa? No fuera mejor enseñarlos separadamente? No, por cierto. La clasificación de los conocimientos humanos, así como la de los cuerpos físicos, no es obra de la naturaleza, sino nuestra: no existen en ella, sino en nuestro espíritu. Esta clasificación ha sido sin duda muy útil para cultivarlos

y adelantarlos, á la manera que la division de las artes prácticas ha servido para su mayor adelantamiento y perfeccion. En efecto, dividi- das las ciencias en varios ramos, fué consi- guiente dar á cada uno mayor estudio y me- ditacion, acumular acerca de él mayor suma de observaciones y esperiencias, y descubrir en el mayor número de verdades. Y he aqui á lo que deben las ciencias sus mayores progresos.

Pero si para promoverlas conviene separar- las para comunicarlas ó enseñarlas conviene reu- nirlas, conviene ensartar en una serie el ma- yor número de verdades posibles, conviene en cuanto sea posible reducir las diferentes series que andan sueltas y dislocadas á aquel punto de unidad que forma el principal carácter de la sabiduría. Porque la verdad es una, y estas nociones, á que damos el nombre de verdades, no son otra cosa que porciones de una verdad, ó sea nocion primera y fecunda en que están esencialmente contenidas. No hay alguna que no se derive de otra, y de que otra no pueda ser derivada. Todas son eslabones de una ca- dena inmensa, cuya interrupcion marca los es- pacios de la ignorancia, y cuya continuidad lo que llamamos ciencia. Cada ciencia forma una serie, una porcion de cadena separada. En ella se han ido eslabonando las verdades descubiertas por las generaciones pasadas, y se eslabonarán las que descubrieren la que respira y las que no han nacido aún. Asi se ilustró, así se ilus-

trará el espíritu humano; pero su mayor perfeccion será siempre debida al eslabonamiento de estas series de verdades.

Si el hombre se perfecciona en proporcion de los descubrimientos que hace, la especie humana en razon de los métodos. Por medio de ellos alcanza un jóven en pocos años todas las verdades descubiertas por los sabios de los siglos pasados; y tal vez las alcanza mejor, porque las ve en la serie á que pertenecen. Pero la perfeccion de estos métodos solo puede consistir en dos puntos: 1. ° en la perfeccion del instrumento de comunicacion de las ideas, es decir, de la lengua científica: 2. ° en el enlace del mayor número de ideas en una serie. De lo primero pende la exactitud, de lo segundo la estension de cada ciencia.

Sirva de ejemplo el arte de calcular. Cuando no tenia otro instrumento que la lengua comun sus descubrimientos fueron escasos, y se redujeron á una cortísima série de ideas. Inventáronse los signos y métodos ariméticos; los descubrimientos se multiplicaron, y la serie se estendió inmensamente. Pero ¿cuánto no creció uno y otro cuando la invencion de los signos del álgebra y sus métodos analíticos abrieron un campo inmenso á la ciencia del cálculo?

Por otra parte, ¿cuánta perfeccion y estension no recibió la geometría de la aplicacion del álgebra; esto es, la reunion del arte de calcular al de medir? cuánto las ciencias físico-ma-

temáticas de la geometría trascendental? la astronomía de la física? y finalmente, la geografía, la hidrografía y la navegación de la astronomía?

Pero volviendo á nuestra lógica, ó sea ideología, su perfeccion no bastará para reducir á ella todas las verdades de la filosofía racional, si al mismo tiempo no se perfecciona su nomenclatura. En ninguna ciencia hay mas palabras vacías de sentido, en ninguna tantas de oscuridad y ambigua significacion: y esto prueba que en ninguna las ideas sean tan inexactas y confusas y acaso tambien que en ninguna hay mas errores é ilusiones. La razon es porque en su estudio se ha seguido el método sintético en vez del analítico, que es el único que puede conducir seguramente á la indagacion de la verdad: porque se ha creado su nomenclatura antes de determinar las ideas á que se referia; y en fin porque se ha dado todo á la especulacion; y nada á la esperiencia.

¿Por ventura no puede ser esta nuestra guia en el exámen de las operaciones de nuestra alma? No estamos tan ciertos de la existencia de esta operacion sublime de nuestro ser, como de la mas material y grosera? No lo estamos tanto de las operaciones que pertenecen esclusivamente á la primera, como de las que son propias de la segunda? Por ventura son mas certeros nuestros sentidos para trasladar á nuestra alma las imágenes de los seres que la afec-

tan, que ella misma para discernir las percepciones que recibe de ellos? Y estas operaciones, no son igualmente capaces de analizarse, distinguirse y determinarse? Pues, ¿por qué no se preferirá este método? Hagan los maestros que los jóvenes entren en sí mismos: háganlos observar como sienten, perciben, se aseguran de sus percepciones, atienden á ellas, reflexionan sobre ellas, las distinguen, comparan, juzgan, combinan, desenvuelven, estienden y pasan a i de lo conocido á lo desconocido. ¿No podrán hacerles observar como dudan ó se resuelven, asienten ó disienten, desean ó temen, quieren ó repugnan, y la diferencia que hay entre unas y otras operaciones? Hé aqui lo que yo quisiera, y lo que no puedo detenerme á explicar aqui. Conténtome con remitir los maestros al estudio de las obras de Loke y Condillac, donde hallarán sobre este punto muy perspicua y sólida doctrina.

Y no se diga que en estos autores hay no poco que censurar, y mucho que temer, porque responderé con nuestro doctísimo Eximeno: «Despues (dice á los maestros de filosofia) de haber imbuido y asegurado á vuestros discípulos en la materia de nuestro espíritu, y en la reciproca eficacia de él, no temais engolfarlos en la bellissima doctrina de los modernos acerca de la estructura de los sentidos y de los movimientos del ánimo, porque nada hallareis en ella que pueda empecer á las razones que prueban que

el ente sólido y corporeo no es capaz de sentir ni pensar.»

Pero dándoles de todas estas cosas ideas claras y distintas, cuídese de determinar el sentido de las palabras con que ha de ser representada cada una; y cuiden tambien de hacer lo mismo con cada nueva idea que les fueren comunicando. No olviden jamás que en esta exacta correspondencia de los signos con las ideas consiste el verdadero saber, porque la verdad no es otra cosa que la conveniencia de los hechos ó percepciones con lo que afirmamos de ellas: que no por otra razon se llaman exactas las ciencias matemáticas, que porque en su nomenclatura hay esta exacta conveniencia entre las palabras y las ideas; y en fin, que este es el único camino de elevar las ciencias intelectuales á la clase de demostrativas.

Por aqui se verá que no en vano nos habemos detenido á dar una idea mas amplia del estudio de la ideología, cuyas ventajas recopilaremos diciendo: 1. ° que perfeccionando el arte de hablar esto es, el instrumento de comunicacion de nuestros pensamientos, nos une con toda la especie humana, y nos habilita para concurrir á su perfección: 2. ° que perfeccionando el arte de hablar, se perfecciona tambien el arte de pensar, que es el instrumento de la razon humana, por el cual, al mismo tiempo que promovemos nuestra perfectibilidad individual, concurrimos á la del género humano: 3. ° que

por medio de uno y otro arte nos guía al descubrimiento de las verdades naturales, cuyo conocimiento es el mas connatural, el mas agradable, el mas provechoso, y aun necesario al hombre, no solo porque ocurre á todas sus necesidades, y aun á su comodidad y su regalo, sino porque poniendo á su disposicion las fuerzas de la naturaleza, le hace dominar en medio de ella: 4.º que por el conocimiento de las verdades naturales nos eleva al del supremo autor de la naturaleza, verdad eterna é increada, fuente y origen de toda verdad, y cuyo conocimiento nos levanta sobre todas las criaturas visibles, y nos iguala á las mas sublimes inteligencias; y 5.º que en el conocimiento de esta suprema verdad nos hace ver toda la serie de verdades morales que constituyen la mayor perfeccion de nuestro ser, y proporcionándole á gozar de toda la felicidad que es posible en la tierra, le disponen á alcanzar la felicidad perdurable reservada á los justos.

Ética.

Y hé aquí el último punto á que hemos procurado conducir el estudio de la ideología. Si solo tratásemos de instruir á los jóvenes en el buen uso de su razon, nos hubiéramos contentado con darles algunos principios de lógica; pero era necesario que preparásemos sus ánimos para las importantes verdades de la moral,

sin cuyo conocimiento no podrá decirse buena ni completa su educacion. Importa ciertamente mucho ilustrar su espíritu; pero importa mucho mas rectificar su corazon. Importa mucho dirigirlos en el uso de sus ideas; pero mucho mas en el de sus sentimientos y afecciones. Porque si, como decia Ciceron, toda virtud consiste en accion, no bastará que conozcamos la norma que debe regular nuestra conducta, sino se dispone nuestra voluntad para que se conforme á ella y conozca y sienta que en esta conformidad está su dicha. Tal es el objeto de la ética ó ciencia de las costumbres.

Antes de tratar de esta preciosa parte de educacion, no puedo dejar de deplorar el abandono con que ha sido mirada hasta ahora. Si volvemos los ojos á nuestras escuelas generales, vemos que hasta nuestros dias no fué contada en el círculo de los estudios filosóficos: y si bien la enseñanza de la teología abraza muchas cuestiones de la ética cristiana, cualquiera que conozca sus planes echará de menos una enseñanza separada y metódica de este ramo importantísimo de la ciencia de la religion. Es cierto que al fin la ética natural, ó filosofía moral, fué admitida en nuestras universidades; ¿pero se enseña en todas? se enseña á todos? se enseña en el orden, por el método, y con la estension que su objeto requiere? Lo dicho hasta aquí, y lo que resta por decir acerca de ella, hará ver cuanto falta para llenarle dignamente.

Pero es todavía mas doloroso ver cuan olvidado está el estudio de la moral en la educación doméstica: la única en que la mayor parte de los ciudadanos recibe su instrucción. Porque sin hablar de aquellos que no reciben educación alguna, ni de aquellos en cuya educación no se comprende ninguna enseñanza literaria, los cuales por desgracia componen la gran masa de nuestra juventud, ¿cual es el plan de enseñanza doméstica que haya abrazado hasta ahora la ética? Y quienes los que la estudian, aun en aquellos seminarios establecidos para suplir los defectos de esta educación? Se cuida mucho de enseñar á los jóvenes á presentarse, andar, sentarse y levantarse con gracia, á hablar con modestia, saludar con afabilidad y cortesanía, comer con aseo, etc.; se consume mucho tiempo en enseñarles la música, la danza, la esgrima, y en cultivar todos los talentos agradables ó inútiles: y entre tanto se olvida la ciencia de la virtud, origen y fundamento de sus deberes naturales y civiles, y se les deja ignorar aquellos principios eternos de donde procede la honestidad; esto es, la verdadera decencia, modestia, urbanidad; en una palabra, los que enseñan la verdadera honestidad, fuente de las sublimes virtudes que hacen la gloria de la especie humana.

Estoy muy lejos por cierto de condenar aquellas enseñanzas; ¿pero quién no se dolerá de ver cifrada en ellas toda la doctrina de la buena crianza? No hay ya que temporizar con este

error, no hay ya que despreciar sus consecuencias, que por desgracia son demasiado funestas, asi como demasiado generales, porque este abandono, esta imperfeccion, estos vicios de la educacion pública y doméstica son mas ó menos de todos los tiempos y todos los paises. En ellos, si no la única, esta es la primera causa de los males y desórdenes que inficionan y debilitan todas las sociedades. La ignorancia es el verdadero origen de ellos; pero la ignorancia en este artículo, la ignorancia moral, si asi decirse puede, es el mas fecundo y poderoso; porque los demas estudios ilustran la razon, y este solo perfecciona el corazon: los demas disponen la juventud á recibir la luz de las ciencias y las artes; este dispone é inclina sus ánimos al ejercicio de la virtud: este solo forma, este solo reforma, este solo mejora y perfecciona las costumbres. Los demas forman ciudadanos útiles, este solo útiles y buenos. Los demas en fin pueden atraer á los estados la abundancia, la fuerza y cuanto lleva el nombre de prosperidad; este solo la paz, el órden, la virtud, sin los cuales toda prosperidad es precaria, es humo, es nada.

Por otra parte, la licencia de filosofar que tanto cunde en nuestros dias, llama poderosamente la atencion de los gobiernos hácia este estudio. El solo puede hacer frente á tantos y tan funestos errores como han difundido por todas partes estas sectas corruptoras, que ya por medio de escritos impíos, ya por medio

de asociaciones tenebrosas, ya en fin, por medio de manejos, intrigas y seducciones, se ocupan continuamente en sostenerlos y propagarlos. Estos errores corrompiendo todos los principios de moral pública y privada, natural y religiosa, amenazan igualmente al trono que al altar. En vano se prohíben los escritos que los contienen; en vano se persigue á los autores que los propagan; en vano se prohíben sus asociaciones, y se vela sobre sus astucias y manejos: todo esto es bueno, todo es necesario; pero todo esto no basta contra la curiosidad de una juventud ignorante é incauta, contra el atractivo de unas doctrinas dulces y seductoras, y contra la constancia y los artificios de unos impíos, que meditan y maquinan en las tinieblas la subversion del orden público, y que cobijan el fuego hasta que cobre la fuerza necesaria para hacer inevitable el estrago. Si algun dique se puede oponer á este mal, es la buena y sólida instruccion. Es necesario oponer la verdad al error, los principios de la virtud á las máximas de la impiedad, y la sólida y verdadera á la falsa y aparente ilustracion. Es preciso formar el espíritu y rectificar el corazon de los jóvenes: es preciso desterrar de aquellos aquella estúpida ignorancia, que no solo está igualmente dispuesta á recibir la verdad que el error, sino mas espuesta á recibir este cuando lisonjea sus pasiones. En una palabra, la educacion es el único dique que se puede oponer á este mal, y

por lo mismo el estudio de la moral es el mas importante y mas necesario en su plan.

A este grande objeto hemos dirigido el plan de los primeros estudios de la juventud, y á él dirigimos tambien el de la ética. Por lo mismo, abrazaremos en él todos los estudios que pertenecen á la moral, no solo porque todos son necesarios para la buena educacion, sino porque no pueden separarse sin grave inconveniente. La ética, ora se considere simplemente como la ciencia de las costumbres, ora como la que determina las obligaciones naturales y civiles del hombre, envuelve necesariamente en sí la notion del derecho natural, de donde se derivan sus principios; del de gentes, que tiene el mismo origen, ó mas propriamente es uno con él, y del derecho social derivado de entrambos. Asi que, la enseñauza de la ética será imperfecta é incompleta si no abraza toda la doctrina que los modernos metodistas han desmembrado para adjudicarla á estos tratados, y acaso para confundir sus principios.

Por lo menos sin esta reunion será difícil, sino imposible, establecer los principios de la moral universal sobre su verdadero y sólido fundamento, pues no por otra razon es vacilante y oscura la moral de los antiguos éticos, y de muchos modernos filósofos, sino porque no reconocieron su verdadero origen, ó por mejor decir, no establecieron sus principios sobre un fundamento reconocido é indubitable. Los ju-

risconsultos romanos, imbuidos en la doctrina de los estóicos ó de los peripatéticos, fundaron el derecho natural sobre aquellas afecciones del instinto animal que nos son comunes con los brutos; con los cuales de tal manera mancomunaron al hombre, que ni aun contaron su razon entre los orígenos de este derecho; y si sobre ella levantaron las máximas del derecho de gentes, fue solo para fundarlas sobre el asenso general de los pueblos. Asi que, no reconocieron otro autor de estos derechos que la naturaleza misma, ya considerada en toda la especie animal, y ya solo en la racional. Y aunque muchos de estos filósofos reconocieron una causa primera, y tuvieron idea mas ó menos clara de su ser y perfecciones, ninguno se elevó á buscar sus orígenes en el Ser Supremo, de quien solo pudo descender esta ley eterna, y esta voz íntima y severa que la anuncia continuamente á nuestra conciencia.

De aqui tantos errores como se hallan desde la entrada de la ética: 1.º en suponer á los brutos capaces de derecho, cuando es claro que no puede haber derecho cuando no hay razon, y cuando movidos por un instinto necesario sin reflexion ni libertad, no podian seguir en sus acciones ninguna regla determinante, ni reconocer ninguna obligacion determinada por ella: 2.º en señalar á la naturaleza como autor de este derecho, cuando este nombre, ora se refiera á la coleccion de seres que componen el uni-

verso, ora á la coleccion de leyes que dirigen su conservacion, solo indica una idea universal y complexa, y no un ser simple é inteligente, de que solo pudo proceder su establecimiento: 3.º en dar este mismo concepto á la razon humana, cuando esta razon no es un ser, sino una cualidad ó facultad de nuestra alma; cuando esta facultad no supone conocimientos, sino disposicion para adquirirlos, y cuando por lo mismo esta razon nunca pudo preceder á la norma, ni ser la misma norma, por mas que pueda discernirla, y determinar por ella nuestras acciones. En suma, el grande error en materia de moral ha sido y es reconocer derechos sin ley ó norma que los establezca, ó bien reconocer esta ley sin reconocer su legislador.

De aquí tambien la incertidumbre y ambigüedad con que los filósofos trataron la importante cuestion del sumo bien, y la variedad de opiniones en que se dividieron acerca del último fin del hombre. Arístipo y sus sectarios colocaron el sumo bien en el placer, y el sumo mal en el dolor, y esta opinion despreciada y olvidada por mucho tiempo, dice Ciceron que la renovó despues Epicuro, y la espuso su discípulo Metrodoro cerca de su edad. Coincidió en el mismo error Carneades, colocando el sumo bien en el interés y el provecho, y á esta opinion parece que aludió Horacio en aquella célebre sentencia:

Quæque ipsa utilitas prope justæ est et mater æqui.

Por último. Hobbes, Espinosa, Helvecio y la turba de los impíos de nuestra edad, confundiendo el sumo bien con el último fin del hombre, siguieron con su ordinaria inconstancia, una ú otra de estas opiniones, y desconociendo el origen, corrompieron toda la doctrina de las costumbres.

Estos éticos, si tal nombre merecen, observando la innata propension que mueve constantemente al hombre á buscar el placer y evitar el dolor, y viendo fundada en ella así la ley de su preservacion y conservacion, como la de la procreacion, y reproduccion de la especie, hicieron de su objeto el sugeto de la humana felicidad. Su doctrina, como ya observó el docto Eximeno, pudiera admitirse sin reparo si hubiesen entendido el placer y el dolor segun la estimacion de la razon sana y cultivada; porque el hombre tiene sin duda derecho á apetecer y buscar el bien, y á aborrecer y evitar el verdadero mal. Pero, como decia Ciceron, *¿cuán miserable ministerio fuera el de la virtud, si solo hubiera de servir al delcete?* Y despues de recomendar la modestia, la moderacion, la continencia y la templanza: *¿qué cosa, decia, podia llamarse útil, si fuese contraria á este illustre coro de virtudes?*

No por eso asentirémos á la opinion de este gran filósofo, á cuya dulce y sublime doctrina tanto deben por otra parte las ciencias morales, pues aunque, siguiendo á los estóicos y académicos, colocó el último fin del hombre en la

honestidad, y aunque purgó, por decirlo así, la idea de la virtud de la dureza con que la concebían los primeros, y de la incertidumbre con que la esponían los últimos, todavía no la derivó de su verdadero origen, ni la dirigió á su verdadero término, el cual solo se puede hallar en el Ser supremo. Así que, no disentiremos de él en cuanto colocó la humana felicidad en el ejercicio de la virtud, sino en cuanto no la determinó según su verdadero objeto. Ni tampoco negarémos el nombre de felicidad á la satisfacción que produce este ejercicio, ya en el sentimiento interior de nuestra conciencia, y ya por la pública aprobacion de nuestra conducta; pero siempre la miraremos como una felicidad imperfecta y pasajera. Porque, ¿quién se atreverá á compararla con aquel puro y sublime sentimiento que goza el hombre religioso cuando, penetrado de amor y reconocimiento hácia el divino Autor de sus dias, siente en su alma haber llenado en cuanto pudo su flaca condicion, el alto fin de amor y de bondad para que le colocó sobre la tierra?

Es, pues, claro que toda moral será vana, que no coloque el sumo bien en el Supremo Criador de todas las cosas, y el último fin del hombre en el cumplimiento de su ley: de esta ley de amor cifrada en dos artículos tan sencillos como sublimes: 1.º amor al supremo Autor de todas las cosas, como al único centro de la verdadera felicidad: 2.º amor á noso-

tros y á nuestros semejantes, como criaturas suyas, capaces de conocerle, de adorarle, y de concurrir á los fines de bondad que se propuso en todas sus obras. En el cumplimiento de esta ley se contiene la perfeccion del hombre natural, civil y religioso, y la suma de la moral natural, política y religiosa, cuya enseñanza, reducida á este punto de unidad, se debe hacer con la debida separacion y por el órden que va indicado.

De este puro y sublime origen se deben deducir primero los officios y deberes naturales del hombre. Los éticos modernos, y aun los antiguos se han detenido muy poco en este punto, tratando solo de las obligaciones civiles sin distinguir las de las naturales. Pudo nacer este descuido de haber creído que la sociedad era el estado natural del hombre, en lo cual ciertamente no se engañaron: porque digan lo que quieran los poetas y los pseudo-filósofos, la historia y la esperiencia jamás nos le presentan sino reunido en alguna asociacion mas ó menos imperfecta. Pero no es menos cierto que el hombre pertenece al gran círculo del género humano; que la ley eterna le une con un vínculo de amor á toda su especie, y que esta ley le impone officios y deberes que dicen relacion á todos y á cada uno de sus individuos. No es menos cierto que las instrucciones sociales, lejos de debilitar estos deberes, los confirman y perfeccionan, dirigiéndolos y determinándolos en su objeto.

En ellos está el fundamento de la justicia natural, y por ellos se debe regular la justicia de todas las leyes, y la bondad de todas las instituciones civiles.

Los escritos de los antiguos filósofos y la conducta de los antiguos pueblos acreditan hasta qué punto habían perdido de vista estas obligaciones naturales. Si de una parte establecieron la esclavitud, y violaron en ella todos los derechos de la humanidad, de otra no menos inhumanos, miraban como sinónimos los nombres de extranjero y enemigo. De aquí nació aquella política destructora, cuyos proyectos de engrandecimiento y vanagloria se levantaron sobre la ruina de cuanto estaba fuera de su círculo. La fuerza y el fraude fueron sus medios; sus instrumentos la muerte y la desolación; y una dominación sin límites, y por lo común tan funesta á los usurpadores como á los subyugados, su objeto y último fin. De aquí también aquella vergonzosa rivalidad de intereses, ya políticos, ya mercantiles, que armó unas naciones con otras, y á cuyo impulso se persiguieron, se suplantaron y conspiraron á su recíproca destrucción. Tal es la suma de la historia, no ya de los pueblos bárbaros, sino de las sábias repúblicas de Grecia y Roma: tal la de Tiro, y Sydon y Cartago. Hé aquí el origen de tantas guerras como affigieron al género humano desde sus mas remotas épocas. ¡Y ojalá que la historia moderna no presentase también

tantos ejemplos de esta feroz política ; de este funesto olvido de la eterna ley de amor que el Supremo legislador quiso que reinase entre los hombres!

Estoy muy lejos de erigirme en censor de mis contemporáneos ; pero tratando de la educación pública en una nacion humana y generosa , creo tener algun derecho para encaminar sus estudios hácia aquellas máximas y sentimientos que son tan conformes á su noble carácter , como á la dulce y divina religion que profesa. Quisiera que sus hijos, preciándose de ser españoles y católicos, no se olvidasen jamás de que son hombres ; por lo mismo que su imperio se estiende por todo el ámbito del globo, quisiera que mirasen como hermanos á cuantos viven sobre él. Quisiera, en fin, que sirviendo fielmente á su patria, no perdiesen jamas de vista el vínculo que los une á toda su especie, y que á su perfeccion y felicidad deben concurrir á una todos los pueblos y todos los hombres.

En estos deberes de la ley natural se debe buscar tambien el fundamento de la sociedad civil, porque los hombres no se reunieron para sacudirlos, sino para determinarlos, ni tampoco para abandonar los derechos relativos á ellos, sino mas bien para preservarlos. Rodeados de necesidades y peligros, y espuestos continuamente á los insultos de la fuerza y las asechanzas de la astucia , sintieron la necesidad de reunirse para hallar en la fuerza y razon comun la seguridad individual. El amor á su especie, cen-

natural á cada individuo, estrechó más y más los vínculos de esta asociación, y los hizo más dulces y firmes. Sin duda que este amor; como ilimitado por su objeto, tiende constantemente á la asociación general. Pero los hombres, esparcidos por la vasta superficie del globo, divididos en climas y regiones, y separados por montes y mares, hubieron de limitar el ejercicio de este amor á círculos más reducidos. Por esto se reunieron sucesivamente en familias y tribus, en pueblos, en pequeñas, y al fin grandes sociedades. Y por esto también, sean las que fueren las convulsiones de la ambición y las empresas de la política, los hombres vivirán siempre en sociedades separadas, mientras los medios de unión y comunicación general no los proporcionen á llenar todos los votos, y todos los límites del amor á su especie.

Tal fué el origen de la sociedad civil, cuyos deberes, como derivados de la ley natural, no pueden ser desconocidos ni menos dudosos. Mas como la moderna sofistería haya tratado también de pervertir los principios de la moral civil, é introducido en ellos muchos errores absurdos, es de nuestra obligación y del objeto de la presente Memoria indicar los más principales, para establecer la enseñanza de esta importantísima parte de la ética sobre tan verdadero fundamento. ¿Y quién pudiera prescindir de ellos en un plan de educación pública? Precaverlos es ya un objeto que reclama la atención de to-

dos los gobiernos que quieran asegurar la pública tranquilidad contra su perniciosa influencia. ¿Pero cómo se precaverán sino por medio de la educacion? Solo ella puede preparar los ánimos de los jóvenes contra la ilusion de unas doctrinas que tanto halagan por su novedad como por la desenfrenada licencia de pensar y obrar que ofrecen á los incautos. El gobierno, pues, que descuidando la educacion pública abandonáre su juventud á una estúpida ignorancia ó á una enseñanza defectuosa, ¿qué otro medio hallará de preservarla de un contagio que aunque á la sordina, va cundiendo rápidamente por todas las naciones?

De la perversion de los principios de la moral natural nació el mas monstruoso de estos errores, so pretesto de amor al género humano y de conservar á sus individuos la integridad de sus derechos naturales, una secta feroz y tenebrosa ha pretendido en nuestros dias restituir los hombres á su barbarie primitiva, soltar las riendas á todas sus pasiones, privarlos de la proteccion y del auxilio de todos los bienes y consuelos que pueden hallar en su reunion; disolver como ilegítimos los vínculos de toda sociedad, y en una palabra, envolver en un caos de absurdos y blasfemias todos los principios de la moral natural, civil y religiosa.

Si la razon delirante hubiese fraguado tan extravagante sistema, no fuera difícil combatirle con las solas luces de la razon sana y sensa-

ta. Porque, ¿quién creerá que el hombre dotado de un amor innato á su especie, de una razon capaz de penetrar todas las relaciones de este amor, y de dirigirla segun ellas, y llamado por el sublime don de la palabra á la comunicacion y participacion con sus semejantes de todos los movimientos de su alma, nació para vivir separado de ellos? ¿Quién creerá que el hombre á quien esta comunicacion conduce á la perfeccion de sus facultades fisicas y mentales, y que halla en esta perfeccion todos los elementos de su felicidad, y todos los medios de alcanzarla; que ve crecer y estenderse estos medios al paso que se estrecha aquella comunicacion, y que vé nacer de ella las ciencias que esclarecen su espíritu, las artes que aumentan su bienestar, y las instituciones que le aseguran su posesion tranquila, nació para vivir sin comunicacion, sin cultura, ni asociacion alguna? ¿Quién creerá que perteneciendo á una especie privilegiada con tan sublimes dones en el órden de la creacion, destinada á tan alta felicidad, é impelida por la voz de la naturaleza, y de su divino autor á crecer, multiplicarse, henchir la tierra y dominar sobre los demas seres, nació para vivir emancipado de esta especie y sus individuos, errante y solitario en los bosques? Que nació para vivir sin pátria, sin familia, sin educacion, y en continua guerra, no solo con los elementos y los brutos, sino tambien con sus semejantes? Quién

creerá que un ser tan ignorante y débil podrá hallar ninguna especie de felicidad, abandonado á sí mismo sobre una tierra horrible, inculta y llena de seres enemigos, superiores á él en fuerza y en recursos? Quién creerá que suspirando continuamente por el conocimiento de las propiedades de estos seres, y arrastrado por una innata invencible curiosidad en pos del orden que los enlaza en el sistema de la naturaleza, y que la hace aparecer á sus ojos tan magnífica, tan bella, tan provechosa, tan conveniente á su ser, nació para vivir sin cultura ni instruccion? Y cuando del conocimiento de este orden deriva las sublimes verdades, y los purísimos sentimientos que tanto ennoblecen su ser, y cuando por este conocimiento se levanta al conocimiento de su divino autor, y de sus inefables perfecciones, y de sus benéficos designios, y cuando en una palabra, por este conocimiento descubre la razon porque fué dotado de un espíritu inmortal, el fin para que fué colocado sobre la tierra, y la suprema eterna felicidad destinada por remuneracion de su cumplimiento, ¿quién creerá que nació para vivir sepultado en una brutal y absoluta ignorancia?

Pero semejante sistema no pudo éaber ni aun en los extravíos de la razon. Fué aborto del orgullo de unos pocos impios, que aborreciendo toda sujecion, buscaron su gloria y su interés en la subversion de todo orden social, bajo el nom-

bre especioso de cosmopolitas; y dando un colorido de humanidad á sus ideas antisociales y antireligiosas, pretenden iludir á los incautos, cuyo consuelo aparentan desear, y cuya miseria y destruccion secretamente meditan. Enemigos de toda religion y de toda soberanía, y conspirando á envolver en la ruina de los altares y los tronos todas las instituciones, todas las virtudes sociales, no hay idea liberal y benéfica, no hay sentimiento honesto y puro á que no hayan declarado la guerra, que no hayan pretendido borrar del espíritu de los hombres. La humanidad suena continuamente en sus lábios; el odio y la desolacion del género humano brama secretamente en sus corazones.

Los males y desórdenes que afligen á las sociedades políticas realizados por estos monstruos criados en su seno, sirvieron de pretesto y apoyo á su pérfida doctrina. Mas quién no ve que estos males no son vicios de las instituciones, sino de los hombres; y que gobernadas por ellos deben resentirse de los descuidos y flaquezas inseparables de su condicion? Quién no vé que estos males nunca serán tan necesarios como los que nacen del estado de disolucion é independencia absoluta á que aspiran, y nunca tan atroces como hombres abandonados al ímpetu de sus pasiones, sin mas derecho que la guerra, sin mas ley que el capricho, sin mas razon que el momentáneo impulso de sus irrefrenados apetitos? Quién no ve que estos males ora provengan

de la imperfeccion de las mismas instituciones, ora de la ignorancia ó corrupcion de sus miembros: deben ir á menos al favor de la instruccion que las mismas sociedades promueven, y que no se puede hallar fuera de ellas? Quien no ve que perfeccionadas por una parte las facultades físicas y morales del hombre, y por otra los sistemas de asociacion que los reune, debe mejorarse la conducta pública y privada de los pueblos, y que sus males y desórdenes menguarán en razon inversa de lo que crezca su ilustracion? Quién no ve que en el progreso de esta ilustracion los gobiernos trabajarán solo y constantemente en la felicidad de los gobernados, y que las naciones en vez de perseguirse y destrozarse por miserables objetos de intereses y ambicion, estrecharán entre sí los vínculos de amor y fraternidad á que las destinó la Providencia? Quién no ve que el progreso mismo de la instruccion conducirá algun dia, primero las naciones ilustradas de Europa, y al fin las de toda la tierra á una confederacion general, cuyo objeto sea mantener á cada una en el goce de las ventajas que debió al cielo, y conservar entre todas una paz inviolable y perpetua, y reprimir no con ejércitos ni cañones, sino con el impulso de su voz, que será mas fuerte y terrible que ellos, al pueblo temerario que se atreva á turbar el sosiego y la dicha del género humano? Quién no ve, en fin, que esta confederacion de las naciones y socie-

des que cubren la tierra, es la única sociedad general posible en la especie humana, la única á que parece llamada por la naturaleza y la religion, y la única que es digna de los altos destinos para que la señaló el Criador.

Otro error mucho mas funesto, por lo mismo que es mas especioso, ha pretendido introducir la filosofía sofística en los principios de la moral civil. Su objeto parece reducirse á reformar las imperfecciones y remediar los abusos de las sociedades políticas. Este sistema menos tenebroso, pero mas estendido que el precedente, y demasiado conocido por la sangre y las lágrimas que ha costado á la Europa, se ha pretendido establecer sobre una base que la sabia razon no puede reconocer ni aprobar. Su principal apoyo son ciertos derechos que atribuyen al hombre en estado de libertad ó independendencia natural. Pero si las memorias mas antiguas y venerables, y los descubrimientos mas auténticos y recientes representan constantemente al hombre unido en sociedad con sus semejantes en todas las épocas y en todos los climas de la tierra; si el estudio mismo de su naturaleza, sus necesidades, sus afecciones, su ignorancia, su debilidad demuestran que nació para vivir en comunicacion con ellos: ¿cómo no se ha visto que tal estado es puramente ideal y quimérico, y que el estado de sociedad es natural al hombre? Y cuando quisiéramos suponerla realidad de aquella quimera, ¿puede dudarse que el hombre insocia-

ble debería reconocer algún imperio, ora de la razón mas ilustrada, ó por lo menos de la fuerza de la astucia natural? Luego no se puede concebir un estado en que el hombre fuese enteramente libre, ni enteramente independiente. Luego unos derechos fundados sobre esta absoluta libertad é independencia, son puramente quiméricos. No diré yo por eso que el hombre no tenga sus derechos como obligaciones naturales; pero pues el estado social es conforme á su naturaleza, diré si, que están modificados por el principio de su asociacion cualquiera que ella sea. Diré tambien que este principio modificante, como dirigido á la conservacion y perfeccion de aquellos derechos y obligaciones, será el mismo, y tanto mas perfecto, cuanto mas perfeccione y menos disminuya unos y otros. Diré, finalmente, que la tendencia á esta perfeccion se debe mirar como propia y esencial al principio de toda sociedad política.

De aquí es que aun suponiendo como ciertas, pues sin duda lo son, las imperfecciones de las sociedades, y aun suponiendo que algunas de ellas en vez de modificar y perfeccionar, menguan en demasía, y acaso destruyen algunos de los derechos y obligaciones naturales del hombre; y aun suponiendo que toda sociedad debe cuidar de corregir sus imperfecciones, y que este saludable propósito debe dirigirse; 1.º á la conservacion de la mayor porcion posible de los

derechos y obligaciones naturales del hombre; 2.º á su mayor perfeccion posible: siempre será constante, primero, que á esta perfeccion se debe proceder no arbitrariamente y segun el capricho de cada individuo, sino con acuerdo del gefe del estado, y por los medios contenidos en el mismo principio de asociacion, ó sea la ley fundamental ó por lo menos que no sean contrarios al órden por el establecido: 2.º que pues no hay forma alguna de gobierno legítimo que no pueda recibir toda la perfeccion de que es capaz la sociedad civil, las reformas sociales nunca deberán consistir en la mudanza de la forma de gobierno, sino en la perfeccion mas análoga á ella: 3.º que por consiguiente los medios de reforma nunca deberán ser dirigidos á destruir, sino á mejorar; nunca á subvertir el órden establecido hácia los verdaderos fines de la institucion social: 4.º y por último, que cualquiera reforma que se solicite por el medio de insurreccion de los individuos contra la autoridad legítima; cualquiera que so pretesto de moderarla, la desconoce y atropella; cualquiera, en fin, que en vez de dirigirla al bien social, la ataca y la destruye, y busca este bien por medio de la anarquía y el desórden, es injusta, agresiva y contraria á los principios del derecho social.

Bien sé que estas verdades, á pesar de su claridad y solidez, serán combatidas por la sofistería. Ella pronunció: *todos los hombres na-*

cen libres é iguales, y de este su axioma favorito sacó las funestas consecuencias que son tan contrarias á ellas. Pero si todo hombre nace en sociedad, sin duda que no nace enteramente libre, sino sujeto á alguna especie de autoridad, cuyos dictados debe obedecer: sin duda que no nace enteramente igual á todos sus consocios, pues que no pudiendo existir sociedad sin gerarquía, ni gerarquía sin órden gradual de distincion y superioridad, la desigualdad no solo es necesaria, sino esencial á la sociedad civil. El axioma, pues, de que todos los hombres nacen libres é iguales, tomado en un sentido absoluto será un error, será una heregía política; pero será cierto y constante en el sentido relativo al caracter esencial de la asociacion política. Es decir: 1.º que todo ciudadano será independiente y libre en sus acciones, en cuanto estas no desdigan de la ley ó regla establecida para dirigir la conducta de los miembros de la sociedad: 2.º que todo ciudadano será igual á los ojos de esta ley, y tendrá igual derecho á la sombra de su proteccion; será igual para todos, asi en gozar de los beneficios de la sociedad, como igual la obligacion de concurrir á su seguridad y prosperidad. Tal es el carácter de la perfeccion social: no aquella perfeccion quimérica, cuya idea ha causado ya tantos males y tantos errores, sino aquella que teniendo por objeto la plena y constante preservacion de los derechos sociales, produce á un

mismo tiempo la felicidad de los estados y de sus miembros. Pero estos derechos sociales, aunque derivados de la naturaleza, no deben suponerse tales cuales los tendria el hombre en una absoluta independencia natural sino tales cuales se hallan despues de modificados por la institucion social en que nace. Ni esta modificacion debe ser arbitraria, sino señalada y determinada por las relaciones esenciales del estado resultante de la asociacion con sus miembros, de estos con el estado, y de los mismos entre sí. Las primeras y segundas, que deben declararse y fijarse por la ley fundamental, pertenecen al derecho público exterior é interior del estado: las últimas, que deben regularse por la legislacion, al derecho privado ó positivo, que impropiamente se llama derecho civil.

En efecto, estas relaciones no pueden ser oscuras ni dudosas, pues que toda asociacion bien constituida supone una autoridad que dirija una fuerza que defienda, y una coleccion de medios que sustente. De aqui es que todo miembro de una asociacion, por el hecho solo de nacer ó pertenecer á ella debe: 1. ° sacrificar una porcion de su independencia para componer la autoridad pública: 2. ° una porcion de su fuerza personal para formar la fuerza pública: 3. ° una porcion de su fortuna privada para juntar la renta pública; y en la reunion de estos sacrificios se hallan los elementos esenciales del poder del estado.

Pero el estado, en cambio de estos sacrificios debe á todos y á cada uno de sus miembros la proteccion necesaria para que goce en plena seguridad del residuo. 1.º de su independencia: 2.º de su fuerza: 3.º de su fortuna individual. Y pues este gobierno supone una gerarquía y funciones atribuidas á cada uno de los miembros, y órden y límites en el ejercicio de estas funciones, todo lo cual debe regularse ya por la constitucion del estado, ya por la legislacion, hé aqui el punto porque se debe graduar la perfeccion de una y otra; esto es, la de toda institucion social.

Tales son las verdades fundamentales de la moral civil. Si me he detenido algun tanto en establecerlas, es para acomodar esta ensenanza á las actuales exigencias de la educacion, y para que su doctrina diste tanto de la oscuridad y confusion con que la espusieron los antiguos, como de la temeraria arbitrariedad de los modernos éticos. De otro modo los jóvenes quedarían muy imperfectamente instruidos en materia tan importante, y sus ánimos sin luz ni defensa, espuestos al contagio de tantas ilusiones y sofismas como ha inventado nuestra edad para corromper la moral de los pueblos.

No es de mi propósito tratar de las virtudes civiles, las cuales se derivan del mismo origen; pero no puedo dejar de decir alguna cosa acerca de la que es fuente de todas las demas, y que ha merecido poca atencion á los meto-

distas, sin embargo que es la que se debe inculcar con mas cuidado en la primera educacion.

Esta virtud primordial del hombre civil, es el amor público. Ella es el verdadero apoyo de los estados, porque ella sola puede dar á la accion de sus miembros una continua y constante tendencia hácia la comun felicidad. Por el amor público son perfectamente mantenidas todas las relaciones, preservados todos los derechos, desempeñados todos los deberes, y alcanzados todos los fines de la institucion social. Acercando á los que mandan y á los que obedecen, él es el que establece la unidad civil, y dirige uniformemente la accion de todos al término que conviene á aquellos fines. Por él cada individuo aprecia la clase á que pertenece, y cada clase los deberes y funciones que le son atribuidos. De él nace el respeto á la constitucion, la obediencia á las leyes, la sumision á las autoridades constituidas, y el amor al órden y á la tranquilidad. En fin, él es el que obtiene del interés particular todos los sacrificios que demanda el interés comun, y hace que el bien y prosperidad de todos entre en el objeto de la felicidad de cada ciudadano.

Pero nada manifiesta mejor la importancia de esta virtud que los efectos del vicio que mas se le contrapone. Dásele en la nueva nomenclatura política el nombre de egoismo, y no sin mucha propiedad; porque asi como el amor público refiere la conducta del ciudadano hácia

el bien comun, este vicio, por el contrario, hace que el egoista, mirándose como centro de todas las relaciones, refiera toda su conducta á su sola utilidad. Cuando siempre por el interes personal, jamás se cura de consocios ni de la prosperidad del estado, y aun mira con indiferencia las injusticias, los desórdenes, el peligro y la ruina de la causa pública, con tal que se salve su conveniencia. ¿Es ministro público? Pospondrá el bien comun á las tentaciones de su ambicion, y preferirá su comodidad y descanso al pronto y exacto desempeño de sus funciones. ¿Es magistrado? Prostituirá la justicia á las insinuaciones del poder, á los manejos de la amistad, ó al atractivo del interes. ¿Es hombre opulento? Por satisfacer sus placeres ó los caprichos de un lujo excesivo y ruinoso, ó bien la sed de una avaricia sórdida, desconocerá la beneficencia, y defraudará á sus pobres conciudadanos del sobrante de su fortuna que les pertenece. ¿Es comerciante? Combinará sus especulaciones con detrimento público, suplantará ó engañará á sus concurrentes, y antepondrá cualquiera tráfico ilícito y lucroso á las negociaciones permitidas y honestas. ¿Es en fin, mercader, fabricante, artesano? No reparará en alterar la medida, contrahacer las marcas, alterar la calidad de sus géneros, y engañar al público con tal que aumente sus ganancias. En suma, el egoista promoverá constantemente su interes individual á espensas, ó

por lo menos, sin consideracion alguna al interes comun.

Pero el perfecto desempeño del amor público supone otra obligacion civil, poco atendida y recomendada en la enseñanza comun de la ética, y de la cual diré alguna cosa antes de cerrar este artículo. Hablo de la obligacion de instruirse, que aunque pertenezca igualmente al hombre natural y religioso, es por decirlo así, mas propia del ciudadano, ó por mejor decir, es en el ciudadano mas fuerte y estendida. En efecto, el amor público se refiere al recto uso de todos los deberes civiles, claro es que el ciudadano debe instruirse en unos y otros, porque mal se puede practicar lo que no se conozca bien. Debe, pues, el ciudadano aspirar á este conocimiento y emplear con el mas ardiente deseo, y con la mas perfecta disposicion, todos los medios de alcanzarle.

Esta disposicion es tanto mas necesaria, cuanto el objeto de la instruccion es mas estensivo, pues que abraza el conocimiento de todas las relaciones que constituyen el estado social ó nacen de él; y tambien, si puede decirse así, cuanto es mas preternatural, pues aunque estas relaciones se derivan del derecho de la naturaleza, no se hallan en las ideas y sentimientos primitivos de la razon humana, sino que se deducen de ellas por racionios fundados en los principios del mismo estado social. Por esto el objeto general de la instruccion en el hombre na-

tural es la perfeccion de sus facultades físicas é intelectuales, como medios necesarios para aumentar su felicidad y la de su especie; pero la instruccion del ciudadano abraza ademas el conocimiento de los medios de concurrir particularmente á la prosperidad del estado á que pertenece, y de combinar su felicidad con la de sus conmiembros.

Sin duda que esta obligacion se modifica: 1. ° por el tiempo, la proporcion y los medios que cada ciudadano tenga: 2. ° por el estado civil en que se halle. Pero siempre será cierto que todo ciudadano es obligado en cuanto y hasta que pueda, á instruirse: 1. ° en el recto uso de los derechos y obligaciones generales que tiene como tal: 2. ° en las obligaciones y funciones particulares del estado, empleo ó profesion en que se hallare.

Entre las inducciones que emanan de este principio hay una que no se debe olvidar en la enseñanza de la ética civil, y es, que pues en la edad propia para recibir toda especie de instruccion el ciudadano se halla bajo la potestad paterna ó tutelar, la obligacion de que hablamos es extensiva á los padres y tutores, y aun debe ser tanto mas fuerte respecto de ellos, cuanto se deben suponer mayores las luces y los medios con que se hallan para desempeñarla. Los hijos, pues, serán siempre obligados á recibir con docilidad y buscar con ansia y aplicacion la instruccion que les proporcionen sus

padres ó tutores; pero será un estrechísimo cargo de estos proporcionarles: 1. ° toda la instrucción necesaria para el desenvolvimiento de sus facultades físicas y mentales: 2. ° para el desempeño de sus deberes civiles: 3. ° para el de los deberes particulares del destino ó profesion á que los consagraren.

Por esta determinacion del objeto de la instrucción se ve: 1. ° que ninguna calidad, distincion, ni riqueza puede dispensar al ciudadano de buscar los conocimientos que dejamos indicados: 2. ° que ninguna especie de instrucción por grande y sublime que sea, puede suplir la falta de estos conocimientos. Ellos forman la ciencia del ciudadano, y son la guia y el apoyo del amor público y la felicidad social. Asi es que el hombre que con tiempo y proporcion para cultivar esta especie de estudio yace en una perezosa y estúpida ignorancia; el que pudiendo consagrar sus talentos al estudio de verdades útiles á la causa pública, los emplea en especulaciones inútiles y vanas; el que dado á estos conocimientos útiles, se contenta con cultivarlos especulativamente, y no los emplea en su propio provecho ó de la sociedad en que vive; y en fin, el que en vez de promoverlos consagra sus talentos al error y al delirio, y en vez de servir á su patria la seduce, turba su quietud ó la engaña: falta enorme y groseramente á una de las mas sagradas obligaciones del ciudadano.

Moral religiosa.

Pero entre todos los objetos de la instruccion siempre será el primero la moral cristiana, de que va á tratarse ahora: estudio el mas importante para el hombre, y sin el cual ningun otro podrá llenar el mas alto fin de la educacion. Porque, ¿qué hará esta con formar á los jóvenes en las virtudes del hombre natural y civil, si les deja ignorar las del hombre religioso? ¿Ni cómo los hará dignos del título de hombres de bien y de fieles ciudadanos, sino los instruye en los deberes de la religion, que son el complemento y corona de todos los demas?

Yo no creo que sea necesario persuadir entre nosotros esta preciosa máxima, cuyo abandono y olvido ha producido ya en otras partes tantos males. ¿Pero acaso ha tenido el influjo que debiera en nuestros métodos de educacion? Creo que no: por lo menos yo debia mirarla como uno de los fundamentos de mi plan, y he aquí porque me he propuesto tratar con mas detenimiento esta parte de él. ¡Ojalá que acierte á llenar todas las miras que me ha sugerido el método que voy á proponer!

La enseñanza de la moral cristiana presupone el conocimiento de los misterios de la religion que estableció su divino Autor. ¿Pero cuál es el plan de educacion que haya reunido en un mismo sistema estos dos sublimes esta-

dios? ¿Cuál es el que haya consagrado á ellos todo el cuidado que requieren? ¿Cuál es el que los haya tratado en el órden, por el método y con la estension que convienen á su dignidad é importancia?

Sé que esta enseñanza se halla confiada así al cuidado de los padres de familia, como al celo de los párrocos y ministros de la Iglesia, y no debo dudar que sea el principal objeto de la vigilancia de unos y otros. Mas á pesar de esto, ¿quién no conoce la imperfeccion con que se hace? Porque es constante que muchos padres de familia la descuidan, ó por ignorancia, ó por desidia, ó porque están persuadidos á que es toda de cargo de los párrocos; y por otra parte lo es que los párrocos, no teniendo otro medio de comunicarla que las pláticas y exhortaciones dominicales, ni pueden suplir enteramente el descuido de los padres, ni hacerla descender individualmente á todos los feligreses. Resta en verdad el cuidado de los maestros de primeras letras; pero ya se ve que este medio no alcanza á todos ni á la mayor parte de los niños, y que al cabo se reduce á hacerles decorar una parte del catecismo, que se aprende y no se comprende en la primera edad, y sobre la cual en ninguna otra se renueva ni amplía la enseñanza. ¿Qué hay pues que admirar que en materia de religion sea la instruccion tan imperfecta y limitada, aun en personas que se dicen bien educadas? ¿Ni qué tampoco que

la juventud salga al mundo tan indefensa y poco prevenida contra los sofismas y artificios de una impiedad que le asesta por todas partes?

No digo esto para censurar á otros, dígolo para justificar el método que voy á proponer, muy confiado de que merecerá la aprobacion de cuantos miran con verdadero interés el bien de la religion, del estado y de la humanidad.

El método de que hablo, entre otras ventajas, tendrá la de conciliar dos opiniones harto diferentes acerca de este asunto. Quisieran algunos que los niños (por decirlo así) mamasen con la leche la doctrina de la religion; y otros que no se les hablase de religion hasta que bien desenvuelta y cultivada su razon fuese capaz de comprender la alteza de sus misterios. Aquellos atienden solo á la necesidad é importancia; estos á la dificultad y sublimidad del objeto. Para los primeros, se trata solo de recibir y creer desde temprano las verdades sobre que está librada la eterna felicidad del hombre: para los segundos de comprender su augusta sublimidad y abrazarlas con una íntima persuasion. ¿Qué diremos? Que los primeros se contentan con poco, y los segundos exigen demasiado. Parecia por tanto necesario combinar la razon de unos y otros para dar mas perfeccion á esta enseñanza; y esto hemos hecho.

A este fin nos ha parecido que conviene distribuir el estudio de la religion por todos los periodos de nuestro plan; de forma que sin tener

lugar ni periodo determinado entre los demas estudios, los siga y acompañe por toda su duracion. En las primeras letras se hará que los niños aprendan un breve catecismo para que los primeros destellos de su razon hallen ya estas importantes verdades sembradas en su alma, pero el restante tiempo se destinará á desenvolverlas y hacerlas comprender á los jóvenes, dándoles idea del origen, historia y fundamentos de la religion cristiana, y representándola á su corazon tan augusta y amable como es en sí misma. Esto es lo que toca á la educacion: lo demas debe esperarse por el cristiano del Autor de la gracia, porque al fin la fe es un don sobrenatural, á que no puede alcanzar nuestra flaqueza si no le recibe de su mano.

Para hacer, pues, esta combinacion y establecer en ella nuestro método, creemos tambien necesario destinar á él un dia cada semana por el tiempo que dure la enseñanza. Este dia quisiéramos que fuese el domingo; no tanto para no disminuir el número de los dias lectivos destinados á otros estudios, cuanto para dar á este mayor solemnidad. Ningun reparo me ha detenido para proponerlo asi; porque ni el enseñar y aprender son obras mecánicas ó serviles, ni el tiempo destinado á ello puede defraudar á los maestros y discípulos del reposo á que son acreedores en tales dias. Por otra parte, si todo cristiano es obligado á santificar este dia, y si su santificación requiere en él algunas obras ó

ejercicios de piedad que muestren respeto y adoración al Ser á quien está dedicado, ¿cuál otro pudiera ser mas piadoso, mas digno del cristiano, que el de consagrar algun tiempo al estudio y meditacion de las santas verdades del cristianismo?

¿Y no tendria este método tambien la ventaja de desterrar de los ánimos de los jóvenes una idea que por desgracia es demasiado comun entre los adultos? Estos dias, del Señor, y particularmente consagrados á su adoracion, se miran solamente como dias de divertimiento y placer. Oida de carrera una misa, todo el mundo corre en pos de los objetos de su entretenimiento, y los que en toda la semana apenas han levantado el espíritu hasta su Criador, llegado el dia santo olvidan su principal destino, y se dan enteramente á sus juegos y diversiones. Sin duda que las fiestas son dias de reposo, santo y digno de su alta institucion. Nuestra tibieza los ha convertido en dias de zambra y alegría; ¿y quién duda que en esto tenga mucha parte la educacion, que nada hace para inspirar á estos santos dias la veneracion que se les debe? Y no seria un modo de inspirarla destinar desde la edad primera algunas horas á tan alto objeto, acostumbrando los jóvenes á mirar las fiestas no solo como dias de descanso, sino tambien de santificacion?

Tal por lo menos es mi deseo, proponiendo el domingo para la enseñanza de la religion. Si por desgracia esto no se adoptare, se podrá des-

tinar otro dia de la semana, pues aunque se defraude á los demas estudios, y prolongue por lo mismo la duracion de sus períodos, ningun sacrificio debe ser sensible, si se atiende á la alteza é importancia de su objeto.

Esta enseñanza se debe dividir en cinco partes, á saber: el catecismo comun, el catecismo histórico, el símbolo de la fe, la historia del nuevo y viejo testamento, y la lectura de la santa Biblia. A ella deben asistir los discípulos de todas las clases, divididos, no segun ellas, sino segun la parte del estudio religioso que hiciere cada tanda. Pero todos recibirán la enseñanza á presencia unos de otros, y además se dará en público, para que puedan recibirla, si quieren, los jóvenes que no hicieron otros estudios; y en una palabra, cuantos desearan aprovecharse de tan útil institucion.

Para los niños que aprendieren las primeras letras, la enseñanza se reducirá á decorar un breve catecismo. Haráseles llevar estudiada su leccion cada domingo, y decirla sucesivamente en público, cuyo ejercicio durará respecto de cada uno, hasta que conste que sabe perfectamente de memoria toda la doctrina que contiene. No se hará esplicacion alguna del catecismo en esta primera enseñanza, para que los niños que estén presentes á las de las sucesivas, puedan y deban aprovecharse de ellas.

Para preparar á los discípulos de esta primera clase al estudio de la que debe seguirse,

convendría que en el ejercicio de leer de la escuela, y en el testo de las muestras de escribir, se emplease el catecismo histórico de Fleuri, por cuyo medio se facilitaría admirablemente su estudio.

Este catecismo se estudiará por los niños que hayan pasado de las primeras letras al estudio de las humanidades, que formarán la segunda tanda. A estos se señalará igualmente una lectura cada domingo, y se cuidará de que la digan, ó mas bien la espliquen todos ó la mayor parte de ellos que cupiere. Y digo la espliquen, por que estas lecciones no se llevarán de memoria, sino que se hará que cada uno la haya estudiado de manera que pueda dar razon de su contenido cuando fuere preguntado. En esto no irán precisamente atenedos á la letra, y la doctrina se grabará mas bien en su razon que en su memoria.

La tercera tanda, á que entrarán los jóvenes que hayan pasado al estudio de la ideología, estudiará el símbolo de la fé ó los fundamentos de la revelacion por el compendio de Fray Luis de Granada. En esta parte se cuidará tambien de que los niños puedan hacer por sí mismos la esplificacion de la leccion que se les señalare, destinando uno ó dos cada domingo para ella, y haciendo que los demas vengan de tal manera preparados, que puedan dar razon de lo que se les preguntáre, asi de la leccion del dia como de las atrasadas.

Bien quisiera yo que para hacer mas provechoso este estudio, una mano docta y piadosa se ocupase en acomodar á él la obra de Granada, reduciéndola á la forma que requiere su objeto, y distribuyéndola en lecciones breves y claras, y aun aligerando algunos capítulos, ampliando y completando otros; porque, salva la justa fama de tan célebre autor y tan piadosa obra, creo que esto pudiera hacer sin mengua de su gloria, y con gran provecho de la enseñanza.

De cargo de la cuarta tanda será el estudio de la historia del viejo y nuevo Testamento por el breve y escelente compendio trabajado para el uso del seminario Patavino, que anda impreso en latin, y se deberá traducir en castellano. Este compendio se puede dividir cómodamente en cincuenta y dos lecciones, y ser estudiado en el periodo de un año. Y ya se ve cuanto se prepararia el espíritu de los jóvenes para que despues hiciesen con fruto la lectura de la santa Biblia.

Tampoco querria yo que se les obligase á llevar estas lecciones de coro, sino así estudiadas y entendidas, que pudiesen dar razon de su contenido: quisiera empero que las datas cronológicas y los nombres de personas y lugares se tomasen por todos de memoria, y que se les hiciese repetirlos una y muchas veces, para fijarlos en ella. Lo primero, porque estos son los verdaderos puntos de apoyo que ha menester la memoria para retener las verdades de hecho y

de raciocinio que abraza tan importante historia. Lo segundo, para que este estudio sirva de principal fundamento al de la geografía histórica, el cual tomado de la residencia y épocas del pueblo de Dios, se puede derivar y estender fácilmente á los demas lugares é imperios de la tierra.

A este estudio sucederá el de la quinta tanda, que tendrá por objeto la lectura seguida de la Santa Biblia en castellano. Para hacerla mas provechosa deberá ser precedida de algunas breves y claras esplicaciones acerca de la antigüedad, integridad, autoridad, carácter y estilos de este divino libro, y acompañada de la sencilla esposicion de los lugares oscuros ó difíciles que fuere ofreciendo en su curso.

El objeto de uno y otro no debe ser formar profundos escriturarios, sino facilitar la inteligencia á infundir amor y veneración á este libro inspirado por el mismo Dios, y que es el verdadero código del cristiano. Por fortuna está ya dirimida aquella antigua controversia, que no sé si con descrédito de nuestra piedad, se suscitó acerca de su lectura, negada por algunos á los legos como peligrosa, y abierta temerariamente por otros al uso é interpretacion de todo el mundo. Nosotros nos contentamos con mirarla como esencial á la buena educacion literaria; porque ¿quién nos disculparia si despues de haber dado tanto tiempo y cuidado á otros estudios y objetos, olvidásemos el que es mas pro-

pio de la sólida y verdadera instruccion, de la instruccion religiosa?

Con todo, bien quisiéramos que los maestros encargados de esta enseñanza cuidasen mucho de infundir en los juvenes aquel espíritu de docilidad y respeto con que deben acercarse á abrir su oído y su corazón á las palabras dictadas por el supremo autor de la verdad. Quisiéramos cuidasen tambien de prevenirlos, así contra aquella liviana confianza de que dijo San Agustin (*de Doctr.* lib. 2 cap. 6.); *cui facile investigata plerumque vilescunt*, como contra aquella mas temeraria presuncion por quien dijo el sábio: que el que escudriña la Magestad será oprimido de ella. Quisiéramos, en fin, que se les hiciese mirar como indigno de un cristiano, darse con afán á otras lecturas y estudios, mirando con desden ó con indiferencia el mas importante de todos, y el que es la cima y complemento de la verdadera sabiduría.

La enseñanza de esta última época tendrá además otros dos grandes objetos; uno confirmar á los jóvenes en la historia y fundamentos de la revelacion, que habrán estudiado ya, y otro preparar sus ánimos para el estudio de la ética cristiana, que deberán hacer separadamente en los dias lectivos ordinarios, y en seguida de los principios de moral natural y civil. Para lograr, pues, mas cumplidamente estos objetos, quisiéramos que el maestro los detuviese mas de propósito en la lectura y esposicion de

los libros sapienciales, y señaladamente de los Proverbios, de la Sabiduría y el Eclesiástico, y en la del nuevo Testamento; porque en los primeros hallarian recogidas y en grande abundancia aquellas escelentes máximas de conducta pública y privada y de doctrina civil y religiosa, que en vano buscaran en los sábios y filósofos de la antigua edad, ni en los éticos de la nuestra; y en los segundos verian como el cumplimiento de las antiguas profecías, y la aplicacion é interpretacion de la larga série de hechos que prepararon desde el principio de los tiempos la obra de la redencion del género humano, sirven de fundamento al augusto edificio de la Iglesia fundada por Jesucristo, confirman los dogmas y doctrinas que dejó en depósito, y esplican la maravillosa celeridad con que los discípulos que se dignó escoger y enseñar, aunque rudos y sencillos, los difundieron por toda la tierra.

Pero la mejor y mas alta preparacion para el estudio de la ética cristiana será la frecuente lectura y detenida meditacion de los santos Evangelios, que contienen su verdadero código. En ellos verán los jóvenes confirmados y sublimemente espuestos aquellos preceptos de la ley natural y eterna que el Criador grabó en nuestras almas, y que la razon sana y despreocupada de todos los sabios y justos de la antigüedad reconoció y veneró. Verán como Jesucristo, lejos de alterar ó destruir los artículos de esta

ley, vino solo á ilustrarla y perfeccionarlos. Verán como todos los pasos, todas las acciones, todas las palabras de este divino Maestro, las virtudes que ejercitó, los prodigios que obró, los ejemplos y documentos que nos dejó, fueron dirigidos á la perfeccion de esta doctrina. Verán, en fin, como despues de haberla confirmado con la santidad de su vida, la consagró con la paciencia y voluntario sacrificio de su muerte; dejándonos en una y otra un perfectísimo dechado de santidad, de mansedumbre y de beneficencia, y marcando el camino que deben seguir cuantos aspiren á santificarse, y merecer la eterna recompensa que prometió á los justos.

Si se vuelve la atención á la série de estudios filosóficos y religiosos que acabamos de esponer, se hallará que la enseñanza de la ética se puede reducir á un breve tratado de las virtudes. Porque instruido por el estudio de la teología y ética natural en la pruebas de la existencia de Dios y en el conocimiento del sumo bien y último fin del hombre, y ampliadas é ilustradas, y arraigadas en su ánimo estas pruebas por las lecciones dominicales que habrán recibido desde el principio, y por todo el curso de su educacion, ¿qué restará sino desenvolver estos principios, aplicarlos y deducir de ellos las reglas de conducta y costumbres propias del cristiano?

De aqui se inferirá que no nos contentamos

con la doctrina de los antiguos acerca de las virtudes morales, porque aunque esta por sí sola pueda mejorar en gran manera la conducta del hombre y el ciudadano, y haya producido en todos tiempos ejemplos ilustres de justicia y de heroicidad, todavía hay en ella mucha incertidumbre é imperfeccion. Son sin duda dignos de imitacion los documentos que acerca de estas virtudes nos dejaron los antiguos, y de que están henchidas las obras de Platon, Epiceto, Ciceron, Séneca, Marco Aurelio y otros. Empero ni en sus principios hay la uniformidad y certidumbre, ni en sus consecuencias la claridad y constancia que la gravedad de sus objetos requiere. Lo que hemos dicho arriba acerca de la doctrina del sumo bien, sus disputas acerca del origen del bien y del mal moral, y sus varias opiniones sobre la justicia y honestidad de las acciones humanas, prueban bien claramente esta verdad.

Ni tampoco se ocultó á los mismos filósofos: Platon, el mas recomendable de ellos, y el que con tanta claridad y fuerza de raciocinio espuso, y con tanta gracia y vigor de elocuencia exornó la sublime doctrina de su maestro Sócrates, todavía reconoció con admirable sinceridad la insuficiencia de la razon humana acerca de este objeto. Solia decir, hablando de su doctrina, que nada habia alcanzado de ella por sí mismo, sino con el auxilio de la divina luz; y preguntado de sus discípulos hasta cuando de-

berian seguirla y observarla, «seguidla, les dijo, hasta que aparezca sobre la tierra un hombre mas santo que yo, que abra á todos la fuente de la verdad y al cual todos sigan.»

Esta prediccion, ó sea presentimiento de Platon, fué confirmada para dicha del género humano con la aparicion de nuestro Salvador en el mundo el cual vino á iluminar, derramando sobre él aquella luz divina que debia disipar todas las tinieblas, todos los horrores de los filósofos, confundir la presuncion de la sabiduría humana, y abrir á los hombres las fuentes de la verdad y los caminos de la verdadera sabiduría.

Asi que, sin traspasar los límites de la ética, ni pretender que se enseñe á los jóvenes un tratado de teología moral, quisiéramos que la enseñanza de las virtudes morales se perfeccionase con esta luz divina, que sobre sus principios derramó la doctrina de Jesucristo, sin la cual ninguna regla de conducta será constante, ninguna virtud verdadera ni digna de un cristiano.

Llevando siempre esta mira, se deberá poner mas cuidado en enseñar á los jóvenes qué cosa sea la virtud, que en definir y en deslindar la naturaleza y carácter de las virtudes particulares: en lo cual acaso se han detenido demasiado los escritores de ética. Porque la virtud, así como la verdad, es una: es aquella constante disposicion de nuestro ánimo á obrar conforme á la voluntad del Supremo Legislador: la cual confirmada con el hábito de obrar bien consti-

tuye el verdaderamente virtuoso. Y como esta disposicion ó inclinacion abraza y se estiende á todos los oficios y todas las acciones de la vida humana, claro es que en ella se contienen, y á ella se refieren todas las virtudes, ó por mejor decir, que la virtud es una.

Aunque esta disposicion presuponga el conocimiento de la voluntad del Supremo Legislador, esto es, de la ley que propuso para norma de nuestras acciones, la virtud consiste mas principalmente en el constante deseo de seguirla, y en que todas nuestras ideas y sentimientos se conformen con ella. Y por tanto no bastará que se de á los jóvenes una idea exacta de la virtud, si ademas no se los mueve á amarla, porque en esta ciencia, á diferencia de las otras, se trata mas de mover la voluntad que de convencer el entendimiento. La norma está escrita con mas ó menos claridad en el espíritu de todos. Importa sin duda desenrollarla, aclararla, ampliarla; pero importa mas todavía arraigarla en el corazon de los jóvenes, moverlos á amarla y abrazarla y fortificarlos contra los estímulos del apetito inferior que tiran á oscurecerla ó desconocerla.

Asi que, se deberá hacer sentir á los jóvenes que solo por medio de la virtud podrán llegar á alcanzar aquella felicidad en pos de la cual los hombres, por una inclinacion innata ó inseparable de su ser, suspiran y se agitan continuamente. Que esta felicidad no es un bien

que exista fuera de nosotros, sino una idea, ó mas bien un sentimiento, que reside en lo mas íntimo de nuestra conciencia; pues nadie es feliz sino el que está íntimamente persuadido de que lo es; y en tanto lo es en cuanto goza las dulzuras de esta persuasion. Que aunque se suponga que los bienes exteriores sean elementos de felicidad, solo lo serán cuando su fruicion esté exenta de toda inquietud y remordimiento, y acompañada de aquella íntima y dulce persuasion que solo cabe en una conciencia pura y tranquila. Y por último, que no pudiendo la conciencia humana sentirse pura ni tranquila sin la seguridad de haber cumplido la voluntad del legislador, que es el mas dulce fruto de la virtud, solo deben mirar la virtud como medio de alcanzar la felicidad.

Asi se desterrará de sus ánimos aquella preocupacion tan comun como funesta, que hace mirar los bienes exteriores como elementos necesarios de la felicidad, y tener por dichosos á cuantos los poseen. Se debe hacer ver á los jóvenes que el hombre puede ser feliz sin ellos, porque la providencia del Criador, reduciendo á muy pocas las necesidades absolutas de la vida; derramando abundantemente por todas partes los objetos que pueden sustentarla, y aun hacerla agradable; facilitando de tal manera su adquisicion, que nadie carecerá de ellos sino por su propia desidia; y finalmente, haciendo que la felicidad naciese del ejercicio de

la virtud, la puso al alcance de todos, y la hizo independiente de la fortuna. Que la riqueza, los honores, los placeres no pueden constituir esta felicidad: 1.º porque no son accesibles á todos, ni aun al mayor número de los hombres: 2.º porque no se adquieren sin afán, no se poseen sin inquietud, no se pierden sin grave dolor y amargura: 3.º porque de suyo no son capaces de producir aquella tranquilidad de ánimo, aquella interna y dulce persuasión de bienestar en que consiste esencialmente la felicidad; antes bien la alejan, perturbando el ánimo con el cuidado de males presentes, de peligros próximos, ó de futuros temores; 4.º finalmente, porque estos bienes solo pueden concurrir al aumento de la felicidad, cuando son adquiridos con justicia, poseidos con moderación y dispensados con beneficencia, es decir, cuando se emplean como medios de ejercitar y estender la virtud, y producir aquella dulce persuasión que es el verdadero elemento de la felicidad.

Por último, se les hará ver que el hombre no puede gozar esta dulce persuasión de felicidad sin la esperanza de alcanzar su último y mas sublime objeto. Porque el hombre dotado de espíritu inmortal, penetrado de la idea de su existencia eterna, y convencido de que no puede ser igual en ella la suerte de la iniquidad y la virtud, ni puede dejar de pensar en la suerte que le aguarda para despues de su vida, ni contentarse con una felicidad circunscripta

á su fugaz y brevísimo plazo. Por consiguiente, no podrá gozar ninguna especie de felicidad temporal que no esté acompañada de la esperanza de la felicidad eterna. Sí, pues, esta esperanza es independiente de todos los bienes de fortuna; si ninguno de ellos es por su naturaleza capaz de dárla; si solo puede existir en una conciencia tranquila, y esta tranquilidad solo puede nacer del sentimiento de haber llenado la voluntad del Supremo legislador, y aspirado constantemente á la eterna recompensa que reservó á los justos: es indubitable que solo en la virtud hallará un medio de alcanzar la verdadera felicidad.

Estas verdades son tan claras, que todos las verian de bulto y sentirian su fuerza, si las tinieblas de la ignorancia y las pasiones no las oscureciesen y debilitasen. Por lo mismo, y para darles el último grado de conviccion, se les hará ver 1.º como están contenidas en el apetito natural que tiene todo hombre á su felicidad. Porque el hombre no solo apetece vehementemente su bien, sino de tal manera le apetece, que no contentándose con una porcion de él, por muy grande que sea, pasa continuamente de deseo en deseo, aspira á poseer la mayor suma posible de bien, y á esta posesion solamente une la idea de su felicidad: 2.º que con la misma vehemencia tiene una natural y absoluta aversion al mal, dando este nombre á todo cuanto es contrario al bien y de cualquiera manera le turba, le mengua ó aleja de nosotros. De for-

ma que en el apetito al sumo bien se envuelve necesariamente la aversion al mínimo mal. 3. ° Por consiguiente, que el objeto de la verdadera felicidad debe ser infinitamente perfecto, é infinitamente bueno y amable; esto es, debe contener en sí de una parte el complemento de toda perfeccion, toda bondad; y de otra la repugnancia y exclusion de toda imperfeccion y todo mal. ¿Quién, pues, no conoce que este natural apetito del hombre al sumo bien, le conduce continuamente hácia Dios, único ser perfectísimo, y fuera del cual no puede existir ninguna especie de felicidad?

Y he aqui el centro de toda la doctrina moral y á donde deben ser conducidos la razon y el corazon de los jóvenes, para que vean reunidos en él el sumo bien con el último fin del hombre, y el objeto de la virtud con el de la felicidad.

La ley que existe en el corazon del hombre, y que es la fiel espresion de la voluntad del Supremo legislador, le conduce tambien al mismo centro, y en él tiene su complemento. Porque no exige de nosotros sino amor á Dios, como nuestro sumo bien. Es verdad que abraza tambien el amor que debemos á nosotros mismos y á nuestros prógimos; pero este amor está virtualmente contenido en aquel, pues de él procede y á él debe encaminarse como á último término de la virtud y la felicidad. No exige, pues, de nosotros sino lo mismo que naturalmente apetecemos, y lo que un ser racional no puede dejar

de apetecer; esto es, intenso amor al sumo bien.

Mas porque no se crea que este es un círculo de palabras inventado para componer un sistema ni se mire como ociosa ó repugnante una ley que solo manda al hombre lo que no puede dejar de apetecer, convendrá explicar con claridad á los jóvenes este artículo por la naturaleza misma del ser humano.

Es una verdad constante que el Criador imprimió á todos los entes animados el apetito de su felicidad, para proveer á su conservacion y perfeccion. Los brutos siguen sin desvío la direccion de este apetito, segun la sola ley de su instinto, y siguiéndola hallan en él los medios para alcanzar aquel fin. Pero el hombre compuesto de dos sustancias, entre sí diferentes, es movido por decirlo así, de dos diversos apetitos. El uno procede del instinto animal, que nos es comun con los brutos, y por lo mismo se llama inferior. El otro, llamado superior, procede de la razon con que el hombre fué distinguido entre todas las criaturas. Sin combinar el impulso de estos dos apetitos, el hombre no puede hallar la perfeccion de su ser. Porque el primero le mueve solamente á buscar el placer y evitar el dolor, sin considerar otra ley que la de su bienestar presente, y sin idea de otra perfeccion que la de la satisfaccion de sus sentidos. Pero el segundo, descubriéndole el fin para que fué criado, y presentándole la idea de un bien mas real y permanente, y de una

perfeccion mas propia de su ser, le inspira el deseo de aspirar á ella, y de alcanzar la verdadera felicidad.

El Criador, pues, aunque hizo al hombre libre para que pudiese merecer por sí mismo esta felicidad, pero al mismo tiempo dejó á su albedrio seguir uno ú otro apetito, y puso en su alma una luz capaz de conocer la norma que debia seguir para moderar los ímpetus del apetito animal, y dirigir sus acciones al verdadero y sumo bien.

Asi que, ambos apetitos nos mueven hácia nuestra felicidad; pero el apetito animal, mirando solo á lo que nos parece deleitable y provechoso, da impulso á nuestras pasiones, y en vez de conducirnos suele alejarnos de nuestro verdadero bien, mientras el apetito racional, siguiendo la norma impresa en nuestra alma, busca lo que es honesto y justo, y no reconoce deleite ni utilidad verdaderos, donde no ve utilidad y justicia. Por lo mismo en este apetito está el principio de nuestras virtudes. Y hé aqui como el deseo del sumo bien en que está cifrada toda la ley natural, es el único principio de la perfeccion humana, contiene en sí el último fin del hombre, y reúne en un punto el objeto de la virtud y el de la verdadera felicidad.

Infiérese de aqui, que pues el primer precepto de la ley es el amor á Dios, como sumo bien, y este amor debe crecer en razon: 1.º de la alteza de su objeto: 2.º del número y escelencia

de los beneficios dispensados al hombre: 3.º de la grandeza de las promesas que le hizo; el primer deber natural del hombre es perfeccionar este conocimiento no solo porque el amor á Dios, en que se cifra toda la ley natural, presupone este conocimiento, sino porque tan infinita es la perfeccion de su ser, que no puede ser conocido sin ser amado, y que tanto mas perfectamente será amado, quanto sea mas perfectamente conocido. Es cierto que el hombre eleva fácilmente su razon hasta la existencia de Dios, pero lo es mas aun que estiende, engrandece y perfecciona esta idea á proporcion que aplica su razon á la contemplacion de sus obras, del órden admirable que las enlaza, y de los fines de amor y bondad á que los destinó; y á conocer por aqui alguna cosa de la omnipotencia, sabiduria y bondad infinita de su Dios. Y como el hombre penetrado de esta idea no puede dejar de amarle con todas las fuerzas de su alma, ni dejar de depositar en él toda la confianza y todas las esperanzas de su corazon; de aqui es que el hombre sea obligado á buscar y perfeccionar este conocimiento hasta donde la luz de su razon alcance; y en quanto su estado le permita. Y he aqui como se reunen en un punto central las tres primeras virtudes morales del hombre; esto es, la fe, la esperanza y la caridad naturales, y como la ética las debe presentar á los jóvenes, mientras la doctrina cristiana les descubre la alteza y ca-

rácter de estas virtudes, como teologales y primeras de nuestra religion.

Tambien se infiere que el hombre es por naturaleza un ente religioso; y que como tal le presenta la ética. Porque, ¿cómo podrá concebir alguna idea de las infinitas perfecciones de Dios, y de los inmensos beneficios que le dispensó, sin que ademas de amarle y confiar en él; se considere obligado á tributarle un humilde culto de adoracion y de gratitud? O cómo podrá el hombre concebir esta idea sin que sienta que esta adoracion y culto de su Criador es una de sus primeras obligaciones, y que su desempeño concurre á la perfeccion de su ser? Ni se trata solo de un culto puramente interno, porque si cuanto es, cuanto puede, cuanto tiene el hombre procede de la bondad de Dios, su adoracion no seria cumplida sino procediese de todas las facultades mentales y físicas, y si no se demostrase, ademas de los sentimientos internos de adoracion y sumision con actos exteriores de culto y de gratitud. Es verdad que la razon por sí sola no especifica ni determina con precision los actos particulares de este culto exterior; pero porque reconoce á Dios como autor y señor de todo lo criado, y como criador y singular bienhechor del hombre, no hay duda sino que dicta: 1.º que nuestro culto exterior debe ser un reconocimiento de su dominio absoluto y su bondad infinita; 2.º que esta espresion debe ser decorosa, humilde, agra-

decida ; en suma , análoga , congruente , de una parte con la grandeza y bondad de Dios , y de otra con nuestra pequeñez y gratitud.

A poco que se reflexione sobre esta primera virtud del hombre religioso, se la hallará colocada entre dos extremos , contra los cuales conviene precaver desde luego á los jóvenes. El primero es la propiedad, la cual no conociendo á Dios, ó para hablar con mas propiedad, desconociéndole, ni le puede amar debidamente, ni poner en él su confianza, ni mirarle como bien supremo, y término y complemento de la felicidad. Tampoco le puede considerar como supremo legislador, y entonces la ley natural, si acaso reconoce alguna el incrédulo , no será para él sino una ley de conveniencia , ó una elección de máximas de mera prudencia humana, que seguirá sin escrúpulo , ó abandonará sin remordimiento, segun que el interés momentáneo le dictase. ¡Pluguiera á Dios que no estuviese tan cerca de nuestras moradas y de nuestros dias el ejemplo de los horrendos males á que puede arrojarse este mónstruo! A sus ojos desaparece toda relacion entre el Criador y la criatura, y toda idea de armonía y orden moral se disipa de la faz de la tierra. El interés solo domina sobre ella. Ningun principio de equidad y justicia asegura, ningun sentimiento de honestidad y gratitud acerca, ningun vínculo de amor y fraternidad une á los hombres entre sí. Cada uno existe aislado y pa-

ra sí solo, y el interés individual prepondera al bien, á la concordia, y á la existencia misma del género humano.

Con ideas y sentimientos del todo diferentes, la supersticion produce males no menos funestos, cuando socolor de obsequio al Ser supremo, pretende consagrar todos los errores del espíritu, y todas las ilusiones del corazon humano. Porque, ¿quién no verá con espanto los horrendos é indecentes cultos que estableció en los antiguos pueblos, y los atroces males y miserias á que sujeta aun á los que se hallan en estado de barbarie ó imperfecta cultura? Sometiendo de una parte los hombres á vanas y ridículas creencias, y á horribles ilusiones y temores, y de otra multiplicando sus leyes morales y rituales y las reglas de su conducta religiosa y civil, degrada á un mismo tiempo el augusto carácter de la divinidad y la dignidad de la especie humana, robando á sus individuos hasta la escasa porcion de felicidad que pudieran gozar en la tierra. Hija de la ignorancia es madre del fanatismo, si acaso el fanatismo no es la misma supersticion puesta en ejercicio, y arrojada por otro derrumbadero á los mismos males que produce la impiedad.

El amor á nosotros mismos está virtualmente contenido en el amor al Ser supremo, porque ¿cómo podrá el hombre amar de corazon á Dios, su criador y bienhechor, sin que se ame

á sí mismo como criatura suya y objeto señalado de su amor? Ni cómo podrá amarse á sí mismo con puro y verdadero amor, sin que ame á este Ser perfectísimo á quien debe su existencia, que le colmó de tantos beneficios, y le elevó á tan augustas esperanzas? Y he aquí porque este amor se supone, mas bien que se manda, en la ley, y porque esta mas que á excitarle, se dirige á regir y moderar sus aficiones. El es connatural al hombre é inseparable de su ser, principio de perfeccion y medio de su felicidad.

Asi que, el amor propio, tan injustamente calumniado por algunos moralistas, es en su origen esencialmente bueno, porque procede de Dios, autor de nuestro ser. Y lo es en su término, pues que tiende siempre á la felicidad, cuyo apetito nos es tambien innato. Debemos, pues, mirarle como una propiedad del ser humano, inspirada por su divino autor; y por lo mismo esencialmente buena.

Y si esto es asi, tambien serán esencialmente buenos los objetos que apetece este amor, porque su término es la posesion de los bienes que perfeccionan nuestro ser. Si se trata de aquellos que constituyen esta perfeccion; y están identificados con el último fin y felicidad del hombre; esto es, de los bienes internos y sobrenaturales, ya se ve que son el mas digno objeto de nuestro amor propio, como son los únicos bienes puros y esentos de todo mal. En-

pero aunque los bienes naturales y externos sean de mas humilde y fragil condicion, y en ellos quepa mucha liga y mezcla de mal: todavía pueden concurrir á nuestra perfeccion, y para esto nos son dispensados por el Supremo bienhechor. Es verdad que estos bienes tienen mas analogía con la felicidad temporal que con la eterna del hombre, y que por lo mismo abusa mas facilmente de ellos nuestra corrompida naturaleza. Mas pues que Dios nos ha dado derecho á una y otra felicidad; y ellos virtuosamente poseidos y dispensados son medios de alcanzar una y otra, visto es que deben ser mirados como bienes reales y esencialmente buenos.

Asi que los males y desórdenes á que nos conduce el amor propio no son de atribuir á su esencia, ni á la de los objetos que apetece, y al abuso que hace de ellos en su fruicion y empleo, cuando estraviados por la depravacion de nuestra naturaleza del fin de perfeccion para que nos fueron dados, los buscamos ó gozamos en sentido contrario del mismo fin. Por esto cuando el amor propio, sin consideracion á la norma impresa en nuestras almas para moderar sus aficiones, nos arrastra en pos de una felicidad puramente mentida y agena de la dignidad de nuestro ser, es claro que lejos de perfeccionarle, lo corromperá y alejará de la verdadera felicidad. Empero si obedeciendo al apetito superior, regula nuestras

determinaciones por el consejo de la razon sana y sensata, y nos conduce al sólido y verdadero bien entonces será el verdadero principio de perfeccion y el mas poderoso medio de la felicidad humana. Los bienes naturales se pueden reducir á quatro objetos: la vida, la fama, la hacienda y el placer; y nada probará mejor lo que habemos dicho, que la consideracion del uso y el abuso que puede hacer el amor propio de cada uno de estos bienes. Bien empleados sirven al desempeño de nuestros deberes, y al ejercicio de las mas recomendables virtudes; mal empleados fomentan los vicios mas vergonzosos, y nos alejan de nuestro último fin. Por eso el Criador, al mismo tiempo que nos dió derecho á su posesion y nos inspiró el deseo de ellos, nos impuso la obligacion de emplearlos conforme á aquel fin, como medios de alcanzar la verdadera felicidad.

La vida es el don mas precioso que hemos recibido de su mano, y no solo podemos amarla, sino que debemos conservarla y perfeccionarla conforme al fin para que nos fué dada. Debemos por consiguiente buscar todo lo que conduce á esta perfeccion, á saber: 1.º la salud, la fuerza, la agilidad, la destreza corporal, el buen uso de nuestros sentidos, pues que en esto se cifran los medios de socorrer nuestras necesidades y las de nuestros prógimos, y por consiguiente constituye nuestra perfeccion física: 2.º debemos cultivar las facultades de

nuestra alma, ya facilitando el mas recto uso de nuestra razon, ya ilustrando nuestro entendimiento y memoria, con conocimientos necesarios y útiles, ya rectificando nuestra voluntad con sentimientos y hábitos virtuosos: todo lo cual constituye nuestra perfeccion moral, y nos conduce al mismo fin. Asi que del amor á la vida nacen la prevision para buscar todo el bien, y huir todo el mal que se refiera á ella; la actividad y el amor al honesto trabajo, la frugalidad y parsimonia, la moderacion y templanza en el placer, la constancia en el estudio y observacion, y esta venturosa curiosidad que nos lleva constantemente hácia la verdad, y haciéndonos buscar con insaciable afan cuanto es sublime, bello y gracioso en el órden físico, y cuanto es honesto, provechoso y deleitable en el órden moral, es fuente de verdadera sabiduria, y principio de la mayor perfeccion que puede alcanzar nuestro ser.

Pero nada le aleja mas de esta perfeccion que el desordenado amor á la vida. De él nace la pereza, la ociosidad, la indolencia, la accidia, la molicie, la afeminacion, la cobardia, la indiferencia en los males agenos, el abandono de los deberes propios, y en una palabra, aquel desenfreno de nuestros deseos que enflaqueciendo nuestras fuerzas físicas entorpeciendo nuestra razon, y corrompiendo nuestra voluntad, nos sepultan en perpétua torpeza é ignorancia y nos esponen á los errores y excesos que mas de-

gradan la dignidad de nuestro ser.

Despues de la vida es la fama el bien mas codiciado de nuestro amor propio, asi por el placer que hallamos en el aprecio ageno, como por las ventajas que nos proporciona en el curso de nuestra vida. El deseo de adquirirla, conservarla, aumentarla, es uno de los reguladores de las acciones humanas, y cuando no su primer móvil, jamás deja de tener en ellas algun influjo. Mozos y viejos, ricos y pobres, sabios é ignorantes, todos aspiran á distinguirse, aunque por diversos caminos. Pero el hombre de bien mira la reputacion y buen nombre como su mas preciso patrimonio; le considera como legitimo fruto de su buen proceder, y le estima como el único cuya posesion es independiente del poder y la fortuna. Por lo mismo que este bien no reside en nosotros sino en la opinion agena, nos mueve poderosamente hácia el mérito que la concilia; y mientras nos hace cultivar las dotes y talentos que recomiendan nuestra persona, regula nuestra conducta pública y privada por aquellos principios de honor y probidad, que grangean la aprobación y benevolencia general. El hombre poseido de este deseo, todo lo emprende, todo lo sufre por alcanzarle. El ha inspirado las ilustres hazañas y las heróicas virtudes que tanto realzan la dignidad del hombre, y ha sido siempre uno de los mas activos y constantes principios de la perfeccion de su especie.

Pero este deseo de escelencia y superioridad se desordena cuando desdeñando la luz y el consejo de sana razon, se deja arrastrar hácia la vana gloria. ¡Qué de guerras no ha encendido, qué de laureles no ha ensangrentado, qué de naciones no ha desolado esta furiosa pasion de gloria militar, cuyo falso esplendor tanto deslumbra á los mismos infelices pueblos á quienes tanta sangre y lágrimas hace derramar!

No menos funesto ha sido el desenfrenado deseo de mando, de autoridad, de influjo, á que llamamos ambicion. Siempre ocupada en serviles adulaciones para captarse el favor, ó insidiosas maquinaciones para sorprenderle; siempre irritada por la envidia, acompañada del odio, y seguida del espíritu de venganza, persigue el mérito modesto, cuya concurrencia teme; persigue á la inocencia, cuya pureza y candor la corroen; y persigue á la virtud, cuyo modesto esplendor la desluce. Del mismo deseo de escelencia nace este lujo insensato, azote de las naciones cultas, que devora la fortuna pública y privada. El es el que, á falta de prendas y mérito real, busca la superioridad y la gloria en la vana ostentacion de galas y trenes, ricas preseas y muebles esquisitos, profusiones y gastos que satisfacen el capricho de unos pocos hombres ociosos é inútiles á costa del sudor de innumerables familias; y él es tambien el que llevando de clase en clase el contagio, inspira á las humildes el deseo de remedar á

las mas altas , aumenta las necesidades de todas , corrompe sus costumbres , consume su miseria y la ruina del Estado. De él nace , en fin , esta vana y ridícula afectacion de mérito , de valor , de virtud , de nobleza y de ingenio que infesta las sociedades con tantos hombres vanagloriosos , hipócritas , baladrones , quijotes ó charlatanes , y tanto degrada la perfeccion humana.

Del amor á nosotros mismos procede el amor á la hacienda , cuyo nombre abraza todos los medios de proveer á nuestras necesidades y comodidades. El deseo de adquirirlos , conservarlos y aumentarlos por vias lícitas y honestas , es en el hombre un principio de perfeccion , y por lo mismo esencialmente bueno. Por él provee á su sustentacion y á la de cuantos la naturaleza ó la sociedad pone á su cuidado , y de él depende en gran parte el bienestar de unos y otros. Como el primer móvil de su industria , él ha inventado las artes prácticas , que multiplican y diversifican estos bienes ; ha investigado , descubierto y ordenado en sistema de ciencias los conocimientos útiles que promueven el adelantamiento de estas artes , y se ocupa incessantemente en perfeccionar unas y otras. Como regulador de la economía doméstica y social , dicta la vigilante prevision y prudente máxima que dirigen la conservacion y disposicion de las fortunas pública y privada ; y en este sentido es uno de los principios mas activos de la

prosperidad de los estados y de las familias. El facilita al hombre los medios de aumentar y perfeccionar sus facultades físicas y mentales, los de satisfacer aquellos puros é inocentes placeres que hacen mas dulce la vida, y sobre todos los de ejercitar aquellas virtudes benéficas, sin las cuales las sociedades políticas no serian mas que congregaciones de fieras, y la especie humana una raza inmensa de salteadores y miserables.

Mas cuando la razon no regula por los principios de la ley este amor, ya sea en la adquisicion, ya en la posesion, ya en la dispensacion de los bienes de fortuna, su desorden produce los vicios y males mas funestos. El deseo inmoderado de adquirir engendra la codicia, cuya sed insaciable, absorbiendo en el hombre todos los principios de su actividad, le arrastra hácia todos los medios de saciarla por inicuos y reprobados que sean. Fraudes, mentiras, usurpaciones, logrerias, infidelidades, cohechos, sobornos; en una palabra, la prostitucion de todas las ideas de justicia y de todos los sentimientos de honestidad, son compañeros inseparables de este mónstruo, y la fuente mas copiosa de corrupcion y de miseria.

Otros dos vicios entre sí repugnantes suelen acompañar la codicia y aumentar sus estragos: de una parte la sórdida avaricia que adquiere solo para atesorar, y atesora solo para adquirir: que insensible á los males agenos, y aun á los propios, va siempre en pos de un bien

cuya bondad y usos desconoce, convierte la opulencia en penuria, y se hace mártir voluntario de un temor que crece á la par que su seguridad. De otra la prodigalidad insensata desperdicia los bienes con la misma locura con que los apetece: devora despues de los suyos los ajenos, y disipando unos y otros sin razon ni objeto, ó por lo menos en objetos indignos de la razon humana, sigue siempre una ilusion que siempre se aleja, y va siempre tras de una sombra de felicidad que nunca alcanza.

No les anda lejos la furiosa pasion del juego: la única que ha sabido hacer el monstruoso maridaje de la avaricia y la prodigalidad: pasion que absorbe todas las demas; que agita en la juventud, y enloquece en la vejez, que busca siempre su felicidad en la fortuna, y la fortuna en el camino que conduce mas breve y seguramente á su ruina. En suma, el apetito desordenado de estos bienes, corrompiendo y extraviando el interés individual del hombre, convierte el principio mas activo de perfeccion social en el instrumento mas funesto de corrupcion, de iniquidad y de miseria pública y privada.

Pero ninguna propension del amor propio es mas poderosa que la que tiene por término el placer. Ella es acaso la única, la primera del hombre que envuelve en sí todas las demas. Por el placer buscamos la gloria, y por él, deseamos la riqueza. Por él vencemos nuestra natural aversion al dolor, y le sufrimos, y por él en fin,

aventuramos muchas veces esta misma vida que queremos beatificar con él, y que sin él nos parece grave y molesta. Por su medio nos conduce el Criador á nuestra conservacion, haciendo que el placer sea inseparable de la satisfaccion, y el dolor de la privacion de nuestras necesidades. De ahí es que el comer, beber, ejercitar nuestras facultades físicas, descansar y dormir, sean á un mismo tiempo las primeras necesidades y los primeros placeres del hombre. Sin ellos ninguno conservaria su vida; con ellos vive contenta la mayor parte de la especie humana.

De aqui proviene la vehemencia con que el hombre se mueve hácia esta especie de bien, y la facilidad con que abusa de él. Entre el uso y abuso de los objetos delectables no hay mas que un paso, y este paso le da la ilusion del placer. El deseo de comer declina en gula, y el de beber en embriaguez: el de ejercicio pasa á brutalidad, como se ve en la caza, en las luchas y juegos violentos, y en los excesos de la lujuria; y el de descanso y sueño cae en torpeza y torpe poltroneria. Pero en estos excesos ya no hay verdadero placer; porque consistiendo en la satisfaccion de alguna necesidad, es preciso que acabe el placer donde empieza el exceso en la fruicion; esto es, cuando lo que apeteciamos para nuestra conservacion empieza á convertirse en daño y ruina de nuestro ser.

Por este principio se pueden calificar los demas placeres de los sentidos, pues que todos los

objetos que los afectan agradablemente pueden conducir á nuestra conservacion ó perfeccion. Hay, pues, alguna relacion de necesidad entre ellos y nuestro ser, en cuya satisfaccion consiste el placer que nos causan. El Criador deramando en torno de nosotros tanta abundancia y variedad de bienes; dotándonos de la aptitud necesaria para convertirlos en nuestro uso y provecho, y en nuestra comodidad y regalo, y escitando nuestra actividad hácia ellos por medio del placer que hizo inseparable de su fruicion, quiso que fuesen para nosotros un medio de perfeccion y de felicidad. Asi es que nuestro apetito naturalmente se dirige á la bondad que descubre en ellos, y esta bondad es siempre relativa á nuestra perfeccion, porque es la idea de la conveniencia que hay entre ellos y alguna especie de necesidad nuestra. Cuando, pues, regulamos el uso de estos bienes por su bondad; esto es, por la necesidad que es término de su conveniencia, su fruicion conduce á nuestra conservacion ó perfeccion, y nos da un verdadero placer; mas cuando abusamos de ella desaparece su bondad, y con ella el placer.

Otra especie de placer producen en nosotros los objetos exteriores, en el cual el ministerio de los sentidos se reduce simplemente á pasar á nuestra alma las impresiones que reciben de ellos. Este placer pertenece esencialmente á nuestra alma, y ella sola es capaz de juzgarle, así como de sentirle. Este placer se refiere tam-

bien á una necesidad primaria, pero no del cuerpo, sino del alma: tal es el de ejercitar y perfeccionar las facultades, en la cual puso el Criador un medio de conservacion y perfeccion, una vehemente curiosidad, que nace con nosotros, se desenvuelve con nuestra razon, y nos lleva por todo el curso de la vida hácia lo nuevo y lo desconocido. Cuanto existe nos interesa y llama nuestra atencion. Quisiéramos saber la naturaleza y propiedades de todas las cosas, por qué y para qué existen, descubrir sus causas y sus fines, y penetrar todas las relaciones que las unen con nuestro ser, entre sí mismas, ó con el órden general del universo. Por estas relaciones juzga nuestra alma de la bondad de cada una; esto es, de su perfeccion, y se deleita en conocerla y descubrirla en ellos.

Y hé aqui la razon del placer que produce en nosotros la percepcion de la belleza de los objetos exteriores, y la única que se puede dar de la misma belleza. Do quiera que la percibimos nos arrebatamos en pos de sus encantos. No solo nos deleita en los objetos mismos, sino tambien en su imitacion. Aun parece que en esta se deleita mas suavemente nuestra alma, sin duda porque á la idea de perfeccion que se refiere á cada objeto, se agrega la de la perfeccion del arte con que está imitado. ¿Puede ser otro el origen del placer que nos dan la pintura y demas artes del diseño, las narraciones histó-

ricas, la poesía descriptiva, la música melodiosa, y el baile pantomímico? Y cuál otro se puede dar de este vivísimo deleite que nos hacen sentir las representaciones dramáticas, sino porque reúnen en sí la imitación de todas las bellezas que pueden herir nuestros sentidos é interesar nuestra alma? Aun por eso el teatro sería el espectáculo mas digno del hombre, si la ignorancia y la malicia no conspirasen á una á corromperle y desviarle de su fin.

Pero del mismo origen procede otro deleite mas puro y de mas alto órden: este dulcísimo y delicioso placer que escitan en nuestra alma la verdad y la virtud. Nuestro apetito respecto de ellas crece en razon de su conducencia á nuestra perfeccion, y por consiguiente de su necesidad. Nacemos en absoluta privacion de una y otra; pero el Criador, para movernos hácia ellas encendió en nosotros una luz capaz de conocerlas, un activo deseo de alcanzarlas, y un sentido íntimo de sus relaciones con la perfeccion de nuestro ser y nuestra felicidad. En efecto, solo el hombre en medio de la inmensa naturaleza, y cercado de tantas necesidades y peligros, ¿cómo seria feliz sin conocer los objetos que le rodean? Hé aqui el origen de su curiosidad hacia ellos, porque observa sus propiedades, porque busca la razon y el término de su existencia, y porque indaga las relaciones de utilidad y agrado que hay entre cada uno y su propio ser, y porque siente un pla-

cer tan puro en descubrirlas. Cuando pues busca el hombre tan ansiosamente la verdad, la busca como un medio necesario de perfeccion y felicidad.

Pero no se satisface con la série de verdades físicas, que son objeto de las ciencias naturales, sino que busca otras de superior orden y mas de su naturaleza. En las causas eficientes y finales de los fenómenos busca las leyes que los producen, el orden que enlaza todos los seres, el fin general á que son destinados, y el lugar y dignidad que le cupo en esta admirable y magnífica creacion. Entonces, conociendo el fin de su existencia, se abre á sus ojos la gran cadena de relaciones morales que desde el supremo Autor corre por todo el universo, y une su ser con la inmensa cadena de los seres que abraza. En estas relaciones ve la norma de sus acciones: ve todos los principios de honestidad, y todas las reglas de conducta: ve que su felicidad se cifra en la conformidad de sus acciones con el fin particular de su existencia, y con el fin general de todas; esto es, con la voluntad del supremo Hacedor: ve en fin la virtud. Un sentido íntimo le hace conocer su belleza y sentir los atractivos que la hace amable. Entonces, lanzándose en pos de su divina imágen, suspira por el alto grado de felicidad que juzga inseparable de su posesion. ¿Quién será el hombre tan desgraciado que no haya sentido alguna vez este purísimo deleite

que deja en el alma el descubrimiento de una verdad útil, ó de una verdad provechosa? Y en medio de este caos de error é iniquidad en que anda envuelta la especie humana, ¿quién no descubre el esplendor con que brillan la verdad y la virtud? Cuando no hubiese tantos testimonios en favor de ellas, seria bastante el de esta hipocresía con que buscan y remedan sus apariencias los mismos que las insultan.

De aqui se puede deducir una regla harto segura para calificar los movimientos del amor hácia el deleite, de cualquiera especie que sea. Gobernados por el dictámen de la sana razon, y dirigidos á la satisfaccion de alguna necesidad que los refiera á la conservacion ó perfeccion de nuestro ser, producirán un placer verdadero, serán conformes á la naturaleza humana, y por consiguiente buenos. Empero si arrastrados de la ilusion de los sentidos ó extraviados por los errores de la razon, buscan y siguen el deleite mas allá de la línea marcada en sus relaciones con el fin de nuestra existencia, entonces ya en lugar de la realidad hallarán solo una apariencia, una sombra de bien y de placer, y lejos de conducirnos á nuestra felicidad, solo serán causa de nuestra perturbacion y nuestra ruina.

En efecto, ¿hay algun hombre sensato que pueda creer conforme á la norma de honestidad y á la idea de perfeccion que están grabadas en el alma humana la perturbacion y de-

lirios de la embriaguez, y la voracidad y embrutecimiento de la glotonería? Lo serán la torpe inmundicia del lujurioso, los raptos de inquietud y de despecho del jugador, ni la melindrosa flaqueza y absoluta inutilidad del hombre revolcado en las sensualidades? Y sin la serie de afanes que preceden, de sobresaltos que acompañan, y de males y angustias y remordimientos que suceden al furor de estas pasiones, ¿quién es el que puede ver en ellas la menor idea de verdadero deleite? Quién la mas remota relacion de conveniencia con nuestra naturaleza, ni con la del sumo bien, cuyo apetito está grabado en nuestras almas?

De esta regla que es aplicable al uso y al abuso de todos los bienes que el hombre apetece, se deduce una de sus primeras obligaciones, que es la de conocerse á sí mismo. Porque sin este conocimiento, su razon, falta de luz y discernimiento, no podria dirigir su amor propio, ni moderar sus ímpetus. Debe pues observar la naturaleza de su ser, y la de la propension con que nace á conservar y perfeccionarle: las necesidades á que nace sujeto y los objetos á que se refieren, y las facultades de que fué dotado para proveer á ellas. Debe investigar el origen y último fin de su existencia, y los medios que tiene en su mano para llegar á esto, y el grado de perfeccion á que pueden conducirle. Debe, finalmente, conocer el auxilio y los estorbos que sus apetitos pueden presentarle para al-

canzar esta perfeccion , y la línea en que los debe contener , para que no le alejen de ella y de la felicidad , que es el verdadero término de todos ellos.

Diráse acaso , que pues la ley ó norma de nuestras acciones está grabada en nuestra alma , ella contendrá en sí este conocimiento , y podrá suplir por el estudio de nuestro ser. Pero reflexiónese que esta norma no nace con nosotros formada y desenvuelta sino que nuestro espíritu nace con toda la aptitud necesaria para conocerla , discernir sus dictados , y dirigir según ellos nuestra conducta. Es pues necesario cultivar las facultades que constituyen esta aptitud , y perfeccionar el discernimiento que resulta de su ejercicio ; lo cual solo se puede hacer por medio del estudio de nuestro propio ser. En él ve el hombre las relaciones que hay entre el Ser supremo y los demás seres que le rodean , y ve el lugar y funciones que le fueron señalados en el orden general de la creación. De aquí deduce el conocimiento de sus derechos y sus obligaciones , y concluye que solo llenando fielmente estas , y cuidando de no traspasar aquellos , puede alcanzar su perfeccion y felicidad , y concurrir á la felicidad general , que estan contenidas en el mismo orden.

Por último , por el estudio de sí mismo se elevará no solo á la verdadera idea de la virtud , sino tambien á la de aquellas modificaciones que se refieren á su conducta pública y

privada, y que se distinguen con los nombres de virtudes particulares. Hallará que la conformidad de sus acciones con ellas, constituye la perfeccion de su ser, pues que ellas contienen la espresion individual de la voluntad del Supremo legislador. Y en fin, hallará una íntima conviccion de que solo este camino le puede conducir al sumo bien, que es el último término de su felicidad.

FIN DEL TOMO VII.

INDICE.

	<u>Páginas.</u>
<i>De las figuras y su division.</i>	5
<i>Lecciones de poética.</i>	68
<i>Tratado de declamacion.</i>	125
<i>Tratado del análisis del discurso, conside- rado lógica y gradualmente.</i>	142
<i>Rudimentos de la gramática francesa.</i>	164
<i>Rudimentos de la gramática inglesa.</i>	200
<i>Memoria sobre la educacion pública, ó sea tratado teórico-práctico de enseñanza, con aplicacion á las escuelas y colegios de niños.</i>	222



R. 23.943





M. DE

JOVELLANOS

OBRAS

VII

E

RES

GI

29(7)